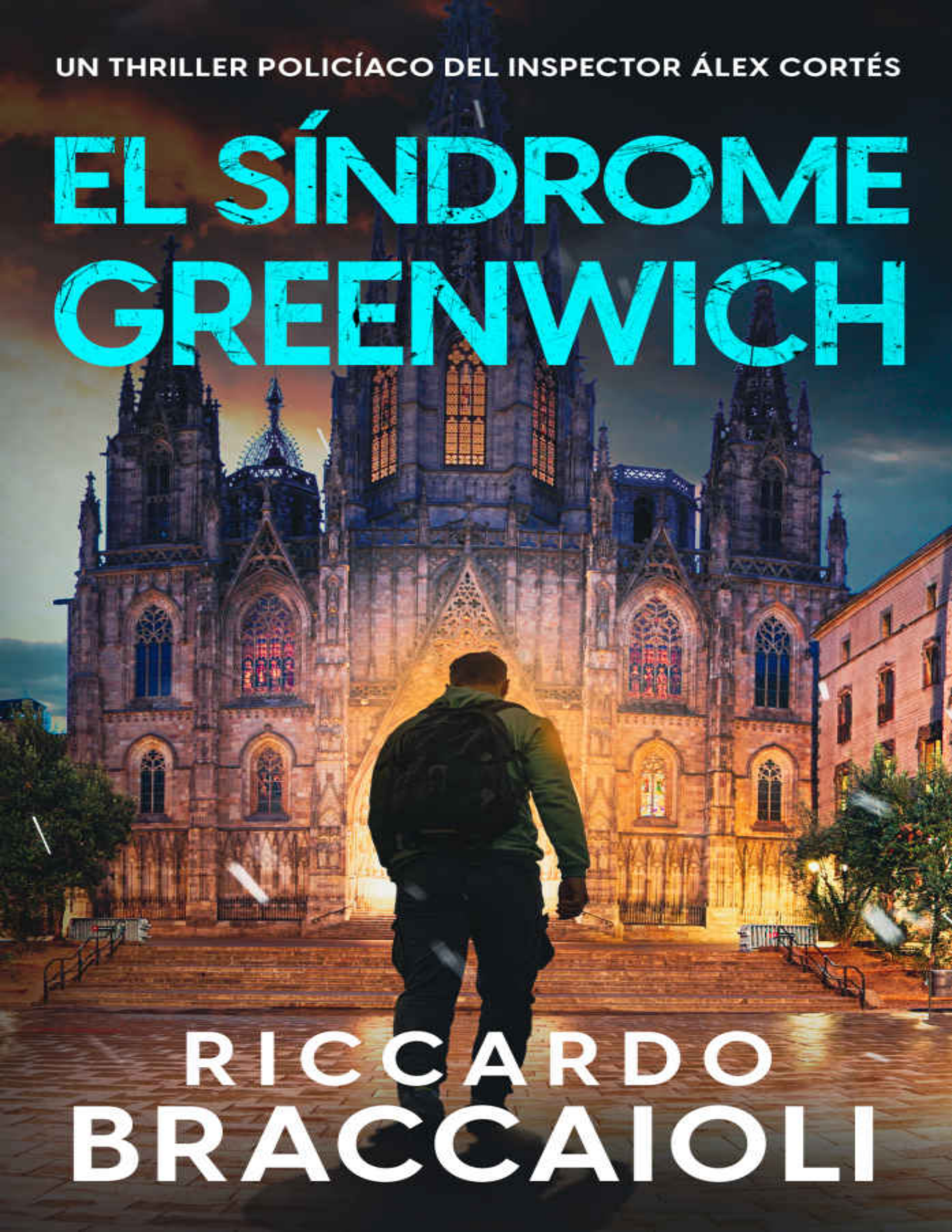
UN THRILLER POLICÍACO DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS

EL SÍNDROME GREENWICH



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El síndrome Greenwich

Un thriller policíaco del inspector Álex Cortés

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2512083969146

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A ti, que después de trece novelas, sigues leyendo a
Álex Cortés.

“El tiempo cambia a las personas, pero no las cura.”

— Franz Kafka

IMPORTANTE

Querido lector,

Gracias por leer la decimotercera investigación de Álex Cortés.

Me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

Dicho esto, al final del libro encontrarás tres sorpresas.

La **primera** es que este 2026 Néstor tendrá su propia novela: *Néstor: El origen del asesino*

La **segunda** es la decimocuarta novela de Álex, que saldrá para mediados del 2026: *El tiburón de Barcelona.*

Y la **tercera** y no menos importante, que en marzo sacaré **una nueva serie**. Al final del libro te explico algo más.

Dicho esto, te dejo con la investigación de Álex y te veo al final del libro con más datos sobre estas tres novedades.

Feliz lectura, Riccardo.

PD: También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:



Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una

historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….

Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

01

Comisaría de los Mossos d”Esquadra.

Travessera de les Corts, Barcelona.

Martes, 21 de octubre de 2025.

El subinspector Toni Ferrer no tenía buena cara.

Unas clamorosas ojeras anidaban debajo de sus ojos. Una tez oscura, casi grisácea, y el pelo largo, dejado, igual que la barba, le habían hecho ganar en pocas semanas unos años de más. La camisa blanca mal planchada no ayudaba para nada. No era que a Álex le molestase ni mucho menos, tampoco le daba una impresión de vagabundo, pero esa versión del subinspector difería mucho de la de los últimos meses.

Sabía lo que le pasaba.

O eso creía. De hecho, dentro del cuerpo todos creían saberlo, pero al final solo él sabía en realidad qué le estaba pasando.

Los rumores, la información que venía de las indiscreciones de la comisaría, esa «radio macuto» que nunca callaba a pesar de no alimentarla, galopaba por las bocas de los agentes. Indiscreciones y

chismorreos, como en toda buena casa, siempre había. Y la comisaría de la Travessera de les Corts no era menos.

Se decía que la mujer del subinspector le había cortado todo tipo de acercamiento físico, que dormía en el sofá y que la situación estaba a punto de desembocar en divorcio.

Antes de entrar en el despacho esa fría y lluviosa mañana de octubre, atribuía a los chismorreos una base infundada. Hasta ver, aquel martes, el aspecto del jefe.

No estaba solo en el despacho. Una mujer estaba sentada en la otra silla delante del escritorio. No hablaba. Desde que él había entrado, no había abierto la boca. Era joven, muy joven, no sabía qué hacía allí, pero intuía que estaba incómoda.

—¿Por qué me ha hecho venir, jefe? —preguntó Álex.

Ferrer cogió una gruesa carpeta y se la acercó. La sujetaba en el aire para que el sargento la cogiera, pero no lo hizo.

—¿Qué es? —preguntó, levantando una ceja con aire de pocas ganas y sin intención de moverse.

—Su próximo caso. Quiero que lo lleve personalmente.

Álex ahogó una risa. Esa frase típica del jefe era lo más visto en su carrera y en ese despacho.

—A ver. ¿Es un caso o es un marrón?

La pregunta lo cogió casi de sorpresa. Apoyó la carpeta en la mesa, cerca del sargento. Álex no la miró, no despegaba los ojos del jefe.

—Es un caso frío —respondió Ferrer de forma ambigua—. Hay gente de arriba que quiere que se resuelva y que se escarbe qué

está pasando —dijo, y después de carraspear, rectificó—. Qué ha pasado.

El detalle era sustancial, pero el jefe lo intentó camuflar. Ese verbo en presente o pasado era decisivo.

—Tengo mucho trabajo. Se lo daré a Iván y a Víctor —respondió, resistiéndose a coger la carpeta.

El jefe sacudió la cabeza.

—¡No! Quiero que sea usted quien lo lleve y…

Álex arrugó el ceño. Había algo más. Lo tenía claro desde que había entrado en el despacho y ya se lo esperaba. El jefe nunca venía solo con una mala noticia.

—¿Y?

—Y quiero que forme un equipo con Júlia —ordenó, y miró a la chica que tenía enfrente.

Álex se giró y la chica se quedó mirando al jefe, impasible, como si la conversación no fuera con ella. Se mantenía seria y mirando al frente.

—¿Cómo dice?

—Júlia Miró es una cadete que acaba de salir de la academia y se incorporará a nuestro equipo. Mejor dicho, a su equipo. Quiero que lleven este caso frío de forma conjunta, quiero que aprenda, que investigue y que huela la calle con usted. Es el mejor instructor para esta nueva incorporación.

Álex dudó por un instante y le dio tiempo de pensar cómo salir de esa encrucijada.

—Júlia será una excelente compañera de Iván. A Víctor lo pondré con otro agente. Yo no tengo tiempo.

—Sí que tiene tiempo, y no, va a investigar con ella. No quiero repetirlo. Son mis órdenes y hay que cumplirlas.

Al escuchar esa respuesta, Álex empezó a enfurecerse. Hubiera dado un puñetazo en la mesa y salido por la puerta, pero Karla le habría dicho lo de siempre.

Se contuvo y apretó fuerte, muy fuerte, la mandíbula.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué, sargento?

—Es una agente y, como tal, no debería empezar acompañando a un sargento. ¿Por qué este caso frío? ¿Por qué yo? ¿Por qué es tan importante?

El subinspector se levantó y dio la vuelta al escritorio, se acercó al sargento y, después de suspirar, lo miró con atención.

—Júlia es la mejor de su promoción. Quiero que le enseñe lo que acontece en la vida real, fuera de los manuales de la academia y todo eso. Quiero que sea usted y qué mejor que este caso. Júlia está al tanto de todo. Se ha estudiado el dosier y se lo explicará —dijo, y levantó la mano en dirección a la puerta—. Ahora tengo más cosas que hacer.

El jefe se quedó callado esperando que el sargento saliera.

Júlia se levantó como un autómata y abrió la puerta. Álex, sin mirar al jefe, cogió la abultada carpeta y se levantó. No lo volvió a mirar a la cara, se detuvo delante de la chica que sujetaba la puerta y le indicó que saliera.

Ella bajó la mirada que tenía fijada al techo e hizo un gesto para que saliera primero el sargento.

Álex la miró a los ojos, eran pequeños y oscuros y en su rostro había unos rasgos dulces, casi pueriles. El pelo castaño y largo hasta los hombros. Vestía ropa cómoda y oscura, casi de hombre, que no llamaba la atención y no dejaba entrever ninguna de sus curvas femeninas.

Álex insistió y Júlia salió. Cerró la puerta, como el jefe se esperaba, con un portazo. Era su respuesta a la reunión que acababan de mantener.

El grupo de homicidios se había silenciado por el portazo. Álex avanzó y se sentó en su escritorio con la carpeta, quería saber qué caso tan importante escondían esos papeles.

02

Los ojos de Júlia estaban clavados en el sargento.

Álex empezó a hojear las páginas. La agente o, mejor dicho, la nueva se había plantado delante de él con las manos detrás de la espalda y en silencio.

Karla, que mantenía la frente arrugada desde que apareció Álex con la mujer, no pudo aguantarse.

Tocó el codo del compañero, llamándole la atención.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, discreta.

Álex salió de la concentración del nuevo caso y señaló con la barbilla a la muchacha.

—Perdona, el jefe me ha endiñado un marrón. Ella es Júlia —dijo con poco convencimiento, y se giró hacia ella—. Júlia, ¿verdad?

La cadete dio un paso adelante y tendió la mano a Karla.

—Júlia Miró Planas. Me han asignado a vuestra comisaría y estoy orgullosa de formar parte de vuestro grupo. Es un sueño hecho realidad.

Karla sonrió y levantó las cejas.

—Ya era hora de que nos enviaran cadetes con energía —dijo Karla mientras le estrechaba la mano—. Además, siempre nos envían

hombres, una mujer es más que bienvenida, ¿verdad, Álex?

El sargento asintió, aún imbuido por el papeleo que estaba estudiando.

—Claro que sí, toda ayuda a este grupo es poca —respondió casi sin prestarles atención.

—¿Quieres un café? —preguntó Karla, y Júlia asintió—. Te invito a un café de máquina. Álex, ¿quieres uno?

Álex asintió y las dos mujeres fueron hacia la máquina expendedora de bebidas calientes.

Por los pasillos, Karla, de forma sutil, realizó un escaneo a la nueva compañera. Las dos iban vestidas muy parecidas, tejanos y ropa sin marca y oscura, pero con una diferencia sustancial, Karla llevaba un talla ajustada, mostrando sus formas y su esbelto cuerpo femenino. Júlia, en cambio, había optado por una talla o dos de más.

Karla le iba hablando con entusiasmo de la comisaría de Travessera de les Corts, de los departamentos y qué encontraría en cada piso; se convirtió en una guía turística improvisada.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes? —preguntó Karla.

Júlia dudó unos instantes.

—Veintiséis.

—¡Dios! Parece que tengas diecisiete. Cuando yo tenía… Por cierto, ¿qué quieres?

—Café solo sin azúcar. Gracias.

Karla levantó una ceja, esa respuesta le gustó.

—Marchando —respondió, metiendo una moneda en la máquina —. Te iba a contar una batallita de cuando tenía tu edad, pero mejor

que no. Dime tú, háblame de ti. ¿De dónde eres, en qué te has especializado?

Karla se mostró interesada en saber de dónde venía la chica e invitarla a un café era la mejor manera de romper el hielo. Cuando se empieza en un lugar nuevo, encontrar a alguien que sea tu punto de referencia y te explique un poco cómo va todo siempre se agradece.

Júlia sopló el café y dio un sorbo muy pequeño.

—Soy de Girona. He vivido allí toda mi vida y, después de un año en Derecho, sentí que mi vida no era entre leyes y casos. No era feliz, ¿sabes?

Karla asintió mientras esperaba su café.

—Sé lo que quieres decir, sí. He probado esa sensación muchas veces. ¿Y luego?

Júlia sonrió por primera vez, pero duró poco.

—Por circunstancias de la vida, uno de los últimos días en la uni, llegó a mis manos un libro que me cautivó. Esa noche lo leí de tirón y, al día siguiente, me estaba inscribiendo en la academia de los Mossos.

—Buena decisión, ¡bravo! ¿Y estás contenta?

La sonrisa que apareció en el rostro de Júlia no necesitó de palabras. Karla asintió y sacó su café. Lo apoyó en la base superior de la máquina e introdujo una moneda más para el café de Álex.

—Desde luego. Esto es lo que me gusta —contestó, bajó la vista al café y dio un par de vueltas con el palito aunque no hubiera azúcar, solo para que bajara de temperatura—. Estoy agradecida de

trabajar aquí. Cuando me dieron a elegir, no tuve dudas, dije que quería estar aquí —concluyó.

Por el tono de Júlia, a Karla le dio la sensación de que no había acabado la frase. Lo dejó alto, como si faltara una parte de la frase que se guardó por vergüenza, por falta de confianza. Karla fue a preguntarle y justo pasó Iván.

—¿Hora del café?

Júlia, al girarse, se encontró al agente de frente y casi le volcó el café por encima. En un acto reflejo, él hizo un movimiento de cadera hacia atrás para esquivarlo.

—Perdona —dijo Júlia.

—Por poco no tengo que volver a casa a cambiarme.

Karla puso los ojos en blanco.

—Iván, Júlia. Ella es nueva y tienes que tratarla con cariño y ser un buen compañero —amonestó, y luego se giró hacia ella—. Iván es uno de los mejores compañeros de este departamento.

Ella sonrió a Iván y él se la devolvió.

—Mucho gusto —dijo ella, tendiendo la mano.

Él se la estrechó y se intercambiaron un par de frases de cortesía mientras Karla se fijaba en cómo la nueva se movía y su cuerpo de forma involuntaria se expresaba.

—Bueno, tengo mucho trabajo. Cualquier cosa que necesites, estoy arriba.

—Ahora vamos nosotras también —aseguró Karla.

—¿Ese es para mí? —preguntó Iván, indicando el segundo café que sujetaba Karla.

—¡No! Es para el jefe —exclamó con un tono desenfadado—. ¿No tenías tanta prisa?

Iván asintió y se fue rápidamente.

—¿Subimos?

—Claro —dijo la nueva, y de un sorbo se tragó el brebaje que tenía en el vaso. Luego, lo tiró a la papelera.

Karla observó cómo lo hacía.

—Mi padre me ha enseñado que el café hay que tomárselo muy caliente y amargo.

Karla asintió e hizo un gesto con la cabeza. Mientras subían las escaleras, siguieron hablando.

Hija única, de padres con trabajos sacrificados, la madre trabajaba de cajera en un Esclat y el padre, de mantenimiento en la fábrica de Nescafé. Le encantaban las películas policíacas, desde pequeña las veía con su padre. Su madre, en cambio, era de películas de sobremesa, cortas, románticas y repetitivas.

Cuando llegaron al escritorio de Álex, este estaba sujetándose la cabeza con las manos. Karla le apoyó el café al lado.

—¿Todo bien?

—No, todo esto es muy lioso, no lo acabo de entender —dijo, se levantó, cerró la carpeta y la cogió—. Voy a ver a Ferrer y que me explique qué es todo esto.

—Pues lo tienes crudo, Álex, se estaba marchando justo cuando nosotras estábamos subiendo —afirmó Karla.

Júlia se colocó delante de Álex impidiéndole el paso.

—Espere. Hay algo que el subinspector Ferrer no le ha dicho adrede. No es solo un cadáver, son dos los que hay en este caso.

03

A Álex no le gustaba esa sensación.

Sentirse un pez fuera del agua. El espectador de un caso que no conocía ni dominaba. Un invitado a una cena en la que no podía comer.

El subinspector Ferrer le había soltado sobre su escritorio un caso que era más complicado de lo que parecía en un primer momento.

Ya de por sí, los casos fríos lo son. Cuando pasan los meses y no se avanza o no se consigue atrapar al asesino, se enfría. Se pierde información, testigos, coincidencias y, en consecuencia, las probabilidades disminuyen de forma exponencial con cada mes que pasa.

A él le gustaban los casos calientes. Cerrarlos rápido era su vocación y su naturaleza. No entendía que se enfriasen.

En cierto modo, los casos fríos eran considerados los asesinatos perfectos.

¿Existía el asesinato perfecto? Se había repetido miles de veces en su fuero interno.

Cuando salió de la academia, quería pensar que no, todos eran imperfectos porque los humanos lo eran. Pero con el tiempo

entendió que la perfección de un caso estaba sujeta, principalmente, a dos factores que se equilibraban en una balanza.

El primero: que el asesino lo hubiese estudiado tan bien que no hubiera dejado ninguna pista en la escena del delito y ni traza rastreable por los alrededores. Y ahí, un policía no podía hacer nada.

El segundo, y en este sí entraba el factor policial: cómo se realizaba la investigación. En este segundo factor, entraba el análisis de la escena del delito, rastreo de la estela que dejaba el asesino, las posibles motivaciones, los testigos y un larguísimo etcétera que se fraguaba con el tiempo. El tiempo era el factor determinante.

Pero lo más importante era la balanza, pensaba Álex mientras escuchaba las palabras de Júlia explicando el caso que tenían entre manos, sentado en la sala del *briefing*.

Por un lado, estaba la habilidad del asesino de hacer desaparecer su rastro y, en el otro, la profesionalidad de la investigación.

En ese caso particular, vio que las dos partes pesaban casi igual. Por lo poco que estaba escuchando y que había leído, el asesino había sido muy meticuloso. Y le estaba costando admitirlo.

—La primera víctima fue una mujer de cincuenta y dos años, Carme Altisent Lluch. Fue hallada sentada en un banco en la plaza Reina María Cristina. En plena plaza. El forense dictaminó que le fue administrada una dosis de benzodiacepina y, una vez semiinconsciente y sentada en el banco, fue estrangulada. Una mujer activa en temas sociales y políticos. No era famosa.

Álex levantó la vista de las fotos que aparecían en el informe.

—¿Cuándo fue?

—En octubre del año pasado, el día… —dijo, y miró ella también los documentos— 27 de octubre.

—Hace casi un año —intervino con un tono que escondía rabia—. Esto está tan frío que será muy complicado tirar del hilo a estas alturas.

—Ya… —respondió a Álex.

—Pero está claro que tenemos que encontrar al asesino de esta mujer —acabó con cólera ahogada.

Los ojos de los dos *mossos* veteranos volvieron a caer en la nueva, que no esperó que le dijeran nada y siguió con la exposición.

—No hay más elementos para entender qué le puede haber pasado. No hay un motivo claro de por qué la mataron. Solo posibles conflictos sociales, por su ideología, pero no resulta nada relevante.

Álex gruñó.

—Ya. ¿Y la otra?

Júlia se aclaró la voz y sin mirar los papeles siguió.

—30 de marzo de este año. Eloi Massip Fornells, de cuarenta y seis años. Ingeniero en la red ferroviaria catalana. Una persona común, como tantas más en Barcelona. Nada de enemigos, nada por lo que alguien quisiera matarlo, ni mucho menos.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la calle Rocafort.

—¿Rocafort? —preguntó Karla, extrañada—. ¿Allí también hay una plaza?

—No, lo encontraron tirado en el suelo.

Karla siguió mirando el informe hasta llegar a las fotos de la escena del delito.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Álex sin dejar de mirar la misma foto que estaba observando Karla.

—Golpe en la cabeza con una herramienta pesada y posterior estrangulamiento.

Álex se tomó un segundo para reflexionar y se levantó. Se acercó a la ventana. En el edificio de enfrente, había una mujer que limpiaba los cristales dos plantas por encima de donde estaba él. Una señora apagaba una televisión y un hombre regresaba arrastrando un carro de la compra. Un chico abría una ventana para escuchar la lluvia que caía en la ciudad mientras estudiaba. Todo momentos de normalidad cotidiana, los mismos que ese asesino había interrumpido a esas personas. No se sabía si volvería a actuar, pero esos detalles lo inquietaban.

Álex era consciente de que haber aceptado ese caso comportaba entrar de nuevo en un estado de estrés y que solo lo aplacaría cogiendo al asesino.

—Tenemos que volver a empezar todo desde cero, como si el informe no se nos hubiera entregado —dijo, girándose, ante el asombro de Júlia, pero Karla, que lo conocía bien, ni se inmutó—. Todo, desde cero. Visitaremos la zona del delito. Hablaremos con el forense y con los familiares, amigos y compañeros de trabajo. Todo, hasta que demos con el asesino —repitió, y siguió casi susurrando—, y rezando para que no vuelva a actuar.

—Está bien. ¿Por dónde empezamos? —preguntó Júlia.

—Por el forense. ¿Quién fue?

Ella no lo sabía y lo consultó.

—Doctora Alba Guevara.

Apareció una cierta sonrisa en el rostro de Álex.

—Bien, en marcha.

Karla también se levantó.

—¿Los tres? —preguntó, extrañada, deseando que dijera que la nueva se quedaría de apoyo en la oficina o encargándose de otras cosas.

Álex suspiró y le explicó que el jefe quería que, en ese caso, llevara como compañera de investigación a Júlia. Los planes eran que Karla se quedara en la oficina, justo al revés de lo que esperaba.

Ella soltó el informe en la silla sin disimular que se sentía ofendida.

—Claro, y tú no le has dicho nada, ¿verdad? ¿No te has opuesto?

—No hay que tener una discusión sobre esto. Son órdenes del jefe.

—¿Del jefe? ¿Desde cuándo haces lo que dice el jefe? —espetó, y, antes de salir de la sala del *briefing*, concluyó casi susurrando—: No te reconozco.

La compañera tenía razón, pero él tenía más grados y debía acatar lo que decía Ferrer, no siempre, pero casi siempre.

—Lo siento, es por mi culpa —dijo Júlia—. Karla tiene razón, sería mejor que me quedara y que usted fuera con ella.

Álex suspiró otra vez. Eso se lo esperaba desde el momento en que el jefe le impuso la exigencia con ese maldito caso frío.

—No te preocupes —dijo Álex mientras recogía alguna foto que había caído de la carpeta. Las metió de nuevo y, al incorporarse, sus cejas se arrugaron—. Júlia, ¿por qué creen que estos dos casos están relacionados?

Ella sonrió, casi como si hubiera esperado esa pregunta.

—En los dos cadáveres, el asesino escribió en su piel una frase con bolígrafo —dijo, dejó un segundo de espera solo para respirar y siguió pausadamente—: Tic-tac.

04

La frase dejó sin aliento a Álex por un instante.

Tic-tac.

Tic-tac.

Una frase escrita en la piel.

No se había fijado en esa foto. Seguramente, tenía que ser una de las últimas que no había visto o del informe forense al que no había prestado la suficiente atención.

Tic-tac.

Una frase y una incógnita.

Un mensaje claro a los que tenían que encontrar los cuerpos. Un mensaje para los forenses y para los policías.

El espectro de Néstor Luna regresó de repente, como el recuerdo de una ex alimentado por un perfume olvidado. Un viejo temor personificado por un ser malvado que se le había escapado de las manos. Una anguila asesina con rostro y piernas y sin corazón.

No pudo enjaular el pensamiento en su mente. De la misma forma que el viento, que no se puede encerrar en una jaula, una palabra salió de su boca.

—Néstor —susurró lo bastante alto para que Júlia la escuchara.

No preguntó nada, solo se extrañó de ese nombre en ese contexto.

Álex se dio cuenta del efecto de esas cinco letras en el rostro de la joven agente, pero no le dio importancia.

Cogió la carpeta que con esa frase, tic-tac, no había explorado bastante y salió de la sala de *briefing*.

—Vamos —ordenó, ya fuera.

Recorrió el pasillo y fue directo a la mesa de Karla.

Ella esperaba que el ordenador cobrara vida de nuevo, con la pantalla apagada y mirando por la ventana cómo llovía fuera. Estaba claro que no quería escuchar lo que tenía que decir Álex.

Él, en cambio, se agachó entre los dos escritorios, el suyo y el de ella.

—No podemos permitir que eso nos influya en lo profesional —dijo Álex—. Tienes que considerar la posibilidad de que no podemos hacer siempre lo que queremos.

La voz de Álex no era la de un superior, sino la de un amigo, la de un amante y compañero de vida. Tierno y suave, convincente en su tono y en sus palabras, que solo podía escuchar Karla por el volumen.

Karla no lo miró a los ojos, pero Álex supo leer en sus facciones lo que estaba pensando.

—Es trabajo, solo trabajo. En este caso, te necesito aquí. Un poco de oficina a lo mejor te viene bien —insistió, y ella siguió sin decir nada—. ¿Lo has encontrado? ¿Tienes alguna nueva línea de investigación? ¿Algo que seguir?

Entonces ella dirigió su mirada hacia él.

—No, aún nada.

Él asintió y apoyó la mano en su pierna.

—Pues sigue con ello, es importante.

—Pero ¿y si se entera Ferrer de que estamos buscándolo?

—Da igual, es muy importante para nosotros. No le dediques todo el tiempo, pero sí un buen rato, ya sabes…

Por fin, esas palabras consiguieron sacar una sonrisa a Karla.

—¿Y tú?

—Voy a la morgue, quiero preguntarle a la Dama de la Muerte por las autopsias.

Álex se levantó y le dio un beso en los labios a Karla. Júlia estaba en el pasillo y, ante ese acto de afecto, se giró por pudor.

Álex indicó a Júlia con un gesto de la cabeza que lo siguiera.

Bajaron al garaje y se quedaron mirando el Seat Altea camuflado.

Abrió el coche con el mando y, antes de entrar, levantó la mirada hacia la joven agente.

—¿Te apetece conducir? —preguntó Álex.

Ella sonrió y asintió.

—Encantada.

—Pues aquí tienes las llaves.

Los dos se cambiaron de puesto y Álex se sentó en el asiento del copiloto. Sacó el móvil y lo colocó en el soporte con el destino iniciándose.

—Vamos a la morgue de la central de los Mossos. Sigue las indicaciones del móvil. Ve aprendiendo el camino, te vendrá bien, porque me temo que lo necesitarás.

Dicho eso, Álex abrió la carpeta y, aparentemente, desconectó. Por el rabillo del ojo, observó todo lo que hacía la chica.

Primero, recolocó el asiento, alargando el brazo y que la muñeca quedase justo por encima del volante. Luego, probó una posición más adelante y más atrás. Finalmente, se quedó con la posición inicial. Hecho eso, ajustó los espejos retrovisores y cuando todo estuvo a su gusto, sacó el móvil de la cazadora y lo apagó. Solo entonces arrancó el coche.

El Altea arrancó suave y se incorporó al tráfico de forma elegante, sin sacudidas y sin indecisión.

Se fue colando por el tráfico hasta llegar a la Ronda de Dalt, que tenía un tráfico sorprendentemente fluido a pesar de la lluvia otoñal.

—¿Dónde has aprendido a conducir?

—¿Va mal? ¿Hago algo que no va bien? Por favor, dígamelo.

—No, parece que seas un chófer profesional y este viejo Seat, una limusina.

Ella relajó los músculos de la cara con esa respuesta.

—Mi padre. Desde antes de que tuviera carnet, me llevaba a un descampado y me hacía conducir su pobre coche.

—Estará orgulloso de lo bien que conduces.

—Bueno, si me permite, sargento, creo que no tanto, le costó cambiar el embrague un par de veces.

—Primera regla en mi equipo: todos nos tuteamos. Tú igual. Tienes que empezar a llamarme Álex.

—¿Álex? —replicó, extrañada, como si dijera el nombre de alguien desconocido.

—Álex a secas, porque yo te llamaré Júlia a secas. Agilizará el trabajo.

—Está bien, Álex. ¿Hay más normas?

Esa pregunta era muy pertinente, sobre todo, viniendo de una mujer metódica y escrupulosa como era ella.

—De momento, solo esta —confirmó sin levantar los ojos de los papeles de la carpeta.

Pasaron un par de minutos de silencio y de tranquila conducción por la ronda cuando ella rompió de nuevo el silencio.

—¿Por qué has dicho antes Néstor?

Álex alzó la mirada al tráfico, no a ella. Dudó durante unos instantes en si decir o no lo que pensaba sobre ello.

—Tic-tac —contestó a secas—. Es una pista que nos deja el asesino. Es lo más importante que he escuchado de todo esto.

Fue en ese momento, el primero desde que el Seat Altea se había puesto en marcha, que la joven agente se giró por un segundo hacia el sargento y lo miró un instante.

—Por favor, siga —dijo, y rectificó enseguida—. Quería decir sigue. Sigue, por favor.

Él miró los edificios que estaban a su derecha. Las gotas de la lluvia bajaban por el cristal. Habían abandonado ya la ronda sin darse cuenta. Estaban saliendo de Barcelona y comenzaban a entreverse los primeros edificios de Sabadell. El aeropuerto. En uno de esos hangares, abrieron la furgoneta y comenzó la macabra historia de Néstor.

—Es un mensaje, una pista, algo encriptado que quiere que descubramos. Un maldito juego. Como con Néstor. Un asesino

esporádico que mata por celos o por dinero no deja un mensaje. Un asesino en serie sí. Ese maldito hijo de perra volverá a matar y más vale que estemos preparados y lo pillemos o esto pasará de ser un caso frío a uno muy caliente. Sobre todo, si se entera la prensa.

05

Aparcaron en la central de los Mossos d'Esquadra en Sabadell.

Álex cerró la carpeta y se desabrochó el cinturón. Bajó del coche, esperó a que Júlia cerrara y le indicó que lo siguiera. Había tenido tiempo para dar otro vistazo a todos los informes. Cada vez que los repasaba, encontraba más detalles y más matices de los cuales no se había percatado la vez anterior.

Dejaron el aparcamiento y siguieron hacia la morgue. Júlia, siempre a un paso por detrás del jefe.

—Así que esta es nuestra central —dijo ella sin podérselo aguantar con un tono que era entre la expectación y la excitación.

Álex se detuvo justo antes de las alargadas ventanas de la morgue. Ella se extrañó y lo observó perpleja.

—Vas a conocer a la persona que más sabe de medicina forense. Esta mujer, que te dobla la edad, tiene más experiencia que todo nuestro equipo junto. Es una eminencia y una persona muy singular. Hoy no digas nada, solo te presentas cuando te lo diga yo. No tendrás otra oportunidad de caerle bien y muchas para caerle mal. Si hoy te acepta, tendrás parte de tu carrera allanada en mi grupo. Como te la cruces, lo habrás fastidiado, ¿me has entendido?

Ella no pudo esconder la preocupación en su rostro; le hubiera gustado saber fingir que le daba igual, pero no era así. Para ser el primer día, y que tantas cosas sucedieran a un novato, comenzaba a ser demasiado.

—¿Lo has entendido?

Júlia tragó y asintió.

—Bien.

—¿Cómo se llama?

—La conoces —respondió Álex, y ella se extrañó porque parecía una contradicción con todo lo que le acababa de decir—. Está en los informes de nuestras dos víctimas. Se llama Alba Guevara, alias la Dama de la Muerte. Pero esto es un secreto, ella no sabe que se la llama así. No se lo digas o será un problema.

Ella asintió con ojos asustados.

—Pero lo más importante de todo, lo más imprescindible es que nunca nunca nunca se te ocurra, bajo ninguna circunstancia… —dijo Álex, y fue interrumpido por una voz.

—Álex Cortés, ¿qué diablos haces aquí?

Del otro lado del pasillo, la forense había salido de las puertas de la sala de autopsias y, con los brazos en jarra, lo observaba.

Álex no pudo acabar la frase y en los ojos de Júlia apareció el terror, por tener el sentimiento de que no le acababan de concretar el consejo más importante de su vida.

Alargó unos centímetros la mano casi para cogerlo y decirle qué diablos era ese consejo que la dejó con las piernas flojas.

—Justo veníamos a verte a ti. ¿Cómo nos has oído? —preguntó Álex.

—Iba a por un café, ¿quieres uno?

Álex hizo un gesto con la mano declinando la invitación.

—No, gracias, ya llevo demasiados.

A pesar de que Álex nunca decía que no a un café, eso no fue lo que llamó la atención a Alba, sino que no iba solo y que, además, no la conocía.

—¿Y ella es?

Álex se giró y, alargando el brazo, la presentó.

—La agente Júlia Miró Planas. Nueva incorporación al grupo de homicidios de Travessera de les Corts —dijo en un tono pomposo y ceremonial—. Júlia, la doctora Alba Guevara en persona.

Esta hizo un ademán para que el sargento se callara y tendió la mano a la otra mujer, que se había acercado.

Júlia se pasó la mano por el tejano para quitar todo tipo de rastro de sudor y se la estrechó.

Las dos se miraron a los ojos unos segundos, sosteniendo las miradas. El apretón fue intenso y largo.

—¿De dónde eres, hija? —preguntó de forma directa.

—De Girona.

Alba puso los ojos en blanco un instante y soltó la mano.

—Preciosa ciudad. Tuve un novio allí hace mucho mucho tiempo. Me robó el corazón y lo tiró desde una de las torres de la muralla —confesó, y bufó—. Una lástima, no sabe lo que dejó pasar y perdió.

Se acercó a la joven, le pasó un brazo por los hombros y se encaminaron hacia la puerta de la morgue.

Júlia no sabía bien cómo responder a ese comportamiento, pero después de lo que había dicho Álex se dejó llevar creyendo que era

lo mejor que podía hacer.

—No te preocupes, Júlia, suéltate, estás más rígida que los fiambres que tengo en las cámaras frigoríficas —dijo, y rio ella sola —. Júlia, tú que eres joven, ¿cuáles son los mejores hombres?

Al formular la pregunta, ya dentro en su reino de la muerte, Alba la soltó. Álex estaba justo detrás. Dejó la carpeta en una mesa de aluminio y esperó con un cierto temor la respuesta.

—¿Tienes novio?

Júlia, al mismo tiempo que negaba, se ruborizó.

—¿No tienes? Bien, aún estás a tiempo de salvarte. Tienes que venir a una noche de chicas para que entiendas cosas sobre los hombres. Vas a aprender cosas que ojalá yo hubiera sabido cuando tenía tu edad.

Ella sonrió forzada y asintió.

—Claro, encantada.

—Bien, déjame tu número de teléfono y te llamaremos para la próxima cena de chicas.

Júlia sacó el móvil y miró a Álex, que asintió. No podía negarse y, menos aún, a una de las cenas con su hermana, con Karla y la forense. Hasta él iría con gusto para ver cómo hablaban de los hombres y averiguar los pensamientos profundos y sinceros de esas tres mujeres sobre el género masculino. La última vez que se habían visto hasta encontraron varios cadáveres en una piscina. Eso podía prometer.

Una vez que se intercambiaron los números, Álex sintió como la tensión de la novata estaba bajando.

—Alba, acaba el chiste. ¿Cuáles son los mejores hombres?

Alba se había distraído un segundo, guardó el móvil en la bata blanca y se arregló detrás de la oreja un mechón rebelde que se había escapado de la coleta rubia.

—Los que no discuten, no engañan y no mienten —respondió, seria.

—¿Y dónde se encuentran? —preguntó Álex, ya riendo y siguiéndole la corriente.

—En la morgue. ¿Dónde si no?

06

A pesar de que la Dama de la Muerte en alguna ocasión podía parecer irónica sobre su trabajo, nunca se dejaba llevar más de la cuenta por las burlas y los temas triviales.

Cuando era hora de cortar, ella siempre era la primera y entonces todos se ponían serios.

—Déjame ver… —dijo Alba, acercándose a la carpeta que había dejado Álex sobre la mesa. La abrió y apareció una foto de la escena del crimen de la primera víctima—. Vaya, ¿puedes explicarme cómo ha llegado a tus manos este caso más frío que un témpano?

Álex cambió el peso de una pierna a la otra y cruzó los brazos.

—Esa es la misma pregunta que te quería hacer yo a ti, si tenías alguna idea.

—¿Yo? —respondió con otra pregunta—. Si el policía eres tú, yo solo soy la forense. Si no lo sabes tú…

Álex suspiró mientras levantaba una ceja. Miró a Júlia y apuntó con su dedo índice la foto que estaba en la carpeta.

—Hemos venido para que me expliques lo que recuerdas de este tema, por favor.

La mujer se pasó la mano por el pelo recogido para que algún mechón rebelde fuera en la misma dirección que el resto. Lo que podía haberse consumado o habido entre Álex y Alba se había cerrado, pero la mujer siempre tenía unos ojos tiernos para el sargento a pesar de todo. Se sentó encima de la mesa, al lado de la carpeta, y se arregló la blusa.

—¡Hace un año de esas muertes! —exclamó Alba.

—Eloi Massip Fornells, 30 de marzo de 2025 y Carme Altisent Lluch, 27 de octubre de 2024 —respondió Júlia sin mirar los papeles, tres pasos atrás.

—¿Por qué has venido si tienes a Júlia, que se ha estudiado el caso?

—Necesitamos saber qué viste, qué sentiste, no lo que pusiste en el informe, eso ya nos lo hemos leído.

—Está bien —respondió Alba—. ¿Por dónde empiezo? Lo que te puedo decir de estas dos muertes es que, si no fuera por esa inscripción en la piel, hubiera jurado que eran dos asesinos distintos. Dos lugares completamente diferentes y *modus operandi* distintos. Unos… ¿cuántos? —preguntó a la joven—. ¿Seis meses de distancia el uno del otro? —preguntó, y Júlia afirmó—. Eso fue raro, pero posible.

Álex descruzó los brazos.

—¿Qué es raro?

—Bueno, no soy la mejor en este campo, deberías preguntar a tu hermana, pero un asesino en serie es poco probable que cometa dos asesinatos con tanto tiempo entre ellos. Alguno hay que consigue mantener a raya esa ansia de matar. Seis meses es difícil, pero es

posible. Hay muchos casos en que lo han conseguido, incluso ciertos que no los pillaron porque pararon a tiempo.

—Está bien. Pero no me ha quedado claro, ¿tú crees que son dos asesinos o uno?

Alba se encogió de hombros.

—Yo diría que dos, pero la caligrafía me pareció de la misma persona; también podría ser un imitador. Este caso nunca fue de interés para la prensa, por lo tanto, no trascendió el tema de la frase, tic-tac. ¿Se hizo un estudio de la caligrafía?

—Sí, dice que el mismo asesino lo escribió —confirmó Álex sin mirar los papeles que había estudiado en el viaje de ida.

—Pero… —dijo Alba.

—¿Pero?

—El asesino actuó diferente en uno y otro caso —afirmó la médico forense, que necesitó mirar un momento en la carpeta para refrescar la memoria.

Seguía el informe forense con la velocidad típica de cuando ya se ha leído un texto.

—La víctima de este año, el señor Massip, murió por estrangulamiento. Sin embargo, tenía un traumatismo en el cráneo. Así que deduje que le arrojaron un objeto a la cabeza y después, lo estrangularon.

Júlia seguía escuchando la conversación entre la forense y el sargento. Estaba erguida y con las manos detrás de la espalda. No se perdía ni una coma, con una expresión intensa y atenta. Eso ya no era la academia, era la vida real, su primer caso. Estaba tan atenta que se olvidaba de parpadear.

—¿Y la otra víctima?

—La del año pasado fue diferente —aclaró mientras desviaba su mirada de los apuntes—. Con Carme Altisent fue diferente: primero, una inyección y luego, asfixia.

—¿Asfixia? ¿Por estrangulamiento? —preguntó Álex.

—No. La víctima tenía una marca fina en el cuello. Así como con Eloi Massip fue una cuerda gruesa que dejó un surco importante y fibras textiles, con la señora fue una franja continua y homogénea en el cuello. Eso quiere decir que usó una brida. Eso significa que, probablemente, y eso es lo que yo creo, fue con una bolsa.

—¿Una bolsa y una inyección contra un golpe y una estrangulación? ¿Es que es más suave con las mujeres?

Alba no se lo pensó dos veces y asintió enseguida.

—Ahora que recuerdo tuve la misma sensación. Pero hay más, normalmente, los asesinos se perfeccionan, pero este fue a peor.

—No te entiendo.

—Álex, cuando se empieza a hacer algo, cuantas más veces lo haces, más lo perfeccionas y vas adquiriendo maestría. Eso me llevó a pensar, ¿por qué lo hizo al revés?

—Sigo sin entenderte —contestó Álex, ladeando la cabeza y volviendo a cruzar los brazos.

—¿Primero haces un trabajo fino y luego, uno rudo y torpe? No se entiende, debería ser al revés.

—Ahora lo entiendo. Quizá no es por práctica, sino por el estado de ánimo o la persona en sí. Es decir, por algo más, algo que se nos escapa.

—Puede ser, Álex, eso es cosa tuya —dijo, y enseguida miró a la chica—. Bueno, cosa vuestra.

Álex se quedó silencioso por unos instantes, pensando. Luego, bajó la vista a la carpeta.

—¿De qué fue la inyección? —preguntó Júlia, adelantándose a Álex.

Este levantó la mirada enseguida con una expresión sorprendida y orgullosa a la vez.

—Benzodiacepina —contestó Alba.

La respuesta provocó una ligera sonrisa en la agente.

—Y… ¿qué es exactamente? —preguntó a la forense, y se giró hacia Álex con la esperanza de no haberse equivocado.

—Las benzodiacepinas son un grupo de fármacos psicotrópicos que actúan sobre el sistema nervioso central. Su efecto principal es depresor: calman, relajan y disminuyen la actividad cerebral.

Júlia asintió, pero su expresión demostraba que esa respuesta no la había satisfecho del todo.

—¿Y dónde se pueden conseguir estas benzodiacepinas?

La forense bajó de la mesa y estiró la espalda.

—El asesino la pudo conseguir en el mercado negro. Aunque no es tan difícil de conseguir en un entorno sanitario: en un hospital, en una clínica dental o incluso en una veterinaria o en una ambulancia. Si lo ha robado, lo tendrás difícil de localizar.

—Puede que el asesino trabaje en un entorno relacionado con el ámbito sanitario —añadió Álex.

Alba subió sus finas cejas. Esa opción podría acotar el cerco del asesino, pero era tan amplio que casi era como no tener nada.

—Creo que necesitarás más detalles. Si fueran los dos homicidios con inyección, a lo mejor, pero no le daría demasiado peso a dónde la ha conseguido. Puede que la haya robado. No es una pista interesante bajo mi punto de vista —añadió Alba.

Álex asintió.

—¿Tienes alguna pregunta más? —dijo Álex a la novata, y ella negó—. Yo sí. Es algo que llevo pensando desde hace horas. Tic-tac. El maldito tic-tac. Esconde mucho más de lo que creemos.

—Seguramente —aseguró Alba—, pero esto es cosa vuestra, sabuesos.

Como siempre, afilada y directa, Alba Guevara lanzaba flechas a Álex, que a veces se entendían y a veces no, a veces se veían y a veces no. Álex Cortés se había quedado para siempre en su corazón, frío y calculador por fuera y apasionado por dentro.

Se acercó a su escritorio y cogió un bolígrafo.

—¿No habrás tenido otras muertes en el pasado con una inscripción como esta o parecida?

Alba no tardó en confirmar que no había tenido ningún otro caso, añadiendo que, si hubiera sido así, lo habría dicho.

—Por favor, piénsalo, es importante. Si te acuerdas, llámame.

—¿A cualquier hora? —preguntó la forense con malicia.

—¡Alba!

Ella resopló.

—Ya sé que es importante.

—Bueno, en fin, nos vamos.

Álex recogió los papeles de su abultada carpeta de pesquisas y se acercó para dar dos besos a la forense.

—Antes de que llegásemos, te ibas a tomar un café.

—Ya se me han pasado las ganas.

Júlia se acercó y tendió la mano a la otra mujer.

Alba se la estrechó y la apuntó con el dedo índice de la otra mano.

—Tengo tu número, a la próxima cena de chicas, te vienes con nosotras —dijo con un tono casi amenazador.

Júlia no pudo aguantar la sonrisa y bajó la cabeza confirmando. Cuando estaban en el umbral a punto de salir, Alba le dijo a Álex:

—Yo no lo entiendo, pero a ti, Álex Cortés, siempre te tocan agentes de policía atractivas. Me gustaría conocer al responsable de vuestro departamento de recursos humanos —afirmó con un tono algo celoso.

Él no contestó, se limitó a salir detrás de la novata.

Alba podía tener razón. Él no se había dado cuenta, detrás de esos rasgos finos y casi adolescentes, había una mujer atractiva e inteligente. Una combinación explosiva. Entonces entendió la reacción de Karla y la de Alba al final de su entrevista.

—Álex, ¿qué era lo que me ibas a decir de Alba antes de que ella llegara?

Él se lo pensó unos instantes. Se colocó el cinturón de seguridad y se aclaró la voz.

—No me acuerdo, seguro que no era nada importante. Lo has hecho muy bien. Si te llamara Alba para acudir a esa cena, sería bueno que fueras —aconsejó Álex, y sacó de su chaqueta el móvil. Introdujo la dirección y lo colocó en el salpicadero—. Sigue las indicaciones, vamos a ver el lugar donde mataron a la mujer.

Necesitamos entrar más en el delito y en la comisaría no lo lograremos.

07

—¿Llevamos paraguas? —preguntó Júlia una vez aparcado el coche.

Barcelona estaba como adormecida por una lluvia otoñal que hacía el día más gris y más frío. No era un diluvio ni mucho menos, una simple y molesta lluvia fina que entorpecía el transcurso normal de las vidas. Si no llevabas paraguas, te mojabas. Eso los ingleses lo sabían bien; con un buen Barbour, no hacía falta un paraguas.

Aparcaron en una calle en las inmediaciones del edificio ajardinado de la editorial Planeta, en una calle trasera con poco tráfico. En el maletero del Seat Altea, solo había un paraguas, así que tuvieron que compartirlo.

Dejaron la carpeta abultada y se fueron al lugar donde se había encontrado el cadáver.

Cruzaron y siguieron por la acera en dirección sur, hacia las universidades. De pronto, se encontraron en la plaza de la Reina María Cristina. Una plaza en sí no era. Era más bien una rotonda de un diámetro de casi doscientos metros, es decir, que casi podía caber en su interior un campo de fútbol. La cruzaba una de las arterias más importantes de Barcelona, la Avenida Diagonal, y una rotonda que la rodeaba permitiendo a los conductores tomar varias

direcciones, accediendo a calles como la Gran Vía de Carlos III o la Ronda del Mig. Ese entramado de calles dejaba a la plaza solo unos pocos metros cuadrados, además, partidos por la mitad por unos carriles de ciclistas. Ni por asomo era lo que Álex se esperaba de una plaza.

Para evitar que se mojaran las fotos de la carpeta, las había fotografiado en el coche, así que sacó su móvil y sobrepuso la imagen a lo que estaban viendo.

En ese momento, en la plaza y bajo la lluvia, solo había un par de personas que esperaban el autobús cobijadas por una marquesina.

Enfrente, un banco de madera vacío donde hacía menos de un año se apoyaba el cadáver de una mujer, la doctora Carme Altisent Lluch.

La policía científica, según se veía en la foto, había acordonado la escena del delito con mamparas para proteger la intimidad de la víctima.

Estaba postrada por un lado y el busto, sujetado con una cuerda para que no cayera desplomada. El banco, el único en ese lado, estaba justo delante de la inmaculada estatua de su majestad, la misma que le daba el nombre a la plaza.

—¿Qué ves? —preguntó Álex.

A Júlia la pilló de sorpresa la pregunta.

—Ehh —titubeó—. Difícil. Una mujer… Está con el cuerpo…

—Júlia, eso lo veo yo también, no es un acertijo ni un examen. Tenemos que concentrarnos en lo que es obvio y no vemos.

Júlia tragó saliva, callada, sintiendo que ese era uno de sus primeros aprendizajes de verdad.

—Deja de verlo con ojos de adulto, de policía, de persona acostumbrada a ver lo obvio. Lleva un año como caso frío, seguro que a los investigadores que llevaron el caso se les escaparon detalles, pistas. Hay que oler este lugar. Júlia, para coger a ese malnacido, hay que entender una cosa, hay que ver lo que el asesino quería decirnos y responder a la pregunta.

Júlia arrugó la frente. Dejó de mirar a su alrededor y se giró hacia él.

—¿Qué pregunta, Álex?

—¿Por qué dejó aquí el cadáver?

Ella suspiró e introdujo un dedo en la camiseta negra de cuello alto que le apretaba.

—¿Habías estado antes aquí?

Ella negó.

—¿Y tú?

Álex se giró en la dirección contraria al banco.

—¿Ves ese centro comercial? Es El Corte Inglés, uno de los más pijos. He venido un par de veces con Karla porque quería comprar unas cremas. Y otra vez, al supermercado, para comprar alguna cosa para Navidad. He pasado miles de veces por aquí, en coche, y ni siquiera sabía que esto era una plaza. Y nunca me habría imaginado que aquí se había producido un asesinato.

Dicho eso, se dio la vuelta otra vez. Júlia no era de la ciudad, pero, a pesar de eso, aprendería rápido y, desde ahora, esa plaza sería la de la víctima del asesino del tic-tac. No la del centro

comercial, ni la de Planeta ni nada de eso, sería la de la escena del delito.

—¿Qué es eso? —dijo ella sin moverse porque el paraguas lo sujetaba Álex.

Se acercaron a una figura geométrica que estaba en el suelo. Parecía parte de la decoración de la misma plaza, pero tardaron poco en comprender que se equivocaban.

Tuvieron un segundo de silencio, estudiando esa estructura empotrada en el suelo que sobresalía de la acera e invadía el carril bici.

Líneas que se cruzaban en el centro de un planeta de metal. Números y círculos.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Álex casi con el mismo tono que usaría al ver un cadáver amputado en miles de piezas—. ¿Qué es esto justo aquí?

—Seguro que no es una coincidencia, Álex. A lo mejor es lo que buscamos —dijo ella, y sacó su móvil del bolsillo de la cazadora—. ¡Por todas las barretinas, es un reloj de sol analemático!

—¿Anale qué? —preguntó Álex, y miró la pantalla.

—Analemático —repitió ella, leyendo en voz alta—: Un reloj de sol en el que la persona misma hace de aguja: se coloca en un punto específico y la sombra de su cuerpo marca la hora sobre una elipse de números en el suelo.

Álex ladeó la cabeza, nunca había oído eso. Recordaba que en casa de sus abuelos había un reloj que, con un hierro que sobresalía, marcaba la hora, pero eso no lo había oído nunca.

—O sea, que mides el tiempo usando tu cuerpo en un día de sol, claro, hoy lo tenemos complicado para verlo.

—No es como los relojes normales —dijo Júlia, aún con los ojos en la pantalla—. Esto requiere que alguien esté en la marca. Que alguien se ponga ahí.

—Y nuestra víctima estaba sentada en el banco, justo frente a este.

—Exacto. —Ella guardó el móvil—. No me digas que no parece un escenario escogido a propósito.

Álex la miró con seriedad, recorriendo con la vista los números grabados en el suelo. Cuatro, cinco, seis, siete, hasta el doce en la parte más alta y lejana de los dos policías, y de nuevo volvía a comenzar desde el uno, dos, hasta el siete que marcaba al este.

—Nada es al azar en un asesino en serie, ¿cómo no vieron esto nuestros compañeros? Esto es clave y no aparece en los informes, o eso creo.

—No, te aseguro que no, Álex. Los he leído y releído y de esto no se habla. Lo acabas de descubrir.

Álex la miró con seriedad.

—No, lo acabamos de descubrir y me temo que esta coincidencia no será la última.

Álex, no contento con eso, se acercó aún más. En el centro del círculo, había una placa de metal redonda y, dentro, los meses del año seguían una línea que formaba un ocho.

—Depende del mes del año en el que estemos, te colocas en un punto u en otro y te marca con exactitud —dijo ella.

Le hubiera gustado probar, pero faltaba el ingrediente más importante, el sol.

Cuando se marchaban, Álex se fijó en un último detalle que le llamó aún más la atención. Su interés por ese detalle no supo a qué fue debido, y pasarían muchas cosas antes de que lo entendiera, pero su instinto afinado hizo que se percatara.

En un extremo de ese extenso reloj, había dos líneas curvas que tenían su intersección en medio de un disco de metal. En él, estaba representado el planeta Tierra. El punto de unión estaba en España. Así que entendió enseguida que la línea vertical era el meridiano de Greenwich y la horizontal era el paralelo. Al buscarlo en el móvil, descubrió que era el 40 Norte. Los dos se cruzaban en un parque natural en la provincia de Castellón de la Plana.

¿Tendría alguna relación con las víctimas? ¿Tenía que ir a Castellón para entenderlo o solo era una coincidencia?

Guardó el móvil de nuevo y le dijo a Júlia que ahora debían dirigirse a la escena del delito de la segunda muerte. Allí podría haber alguna sorpresa esperándolos.

08

La calle Rocafort nace en la avenida de Josep Tarradellas, cruza la ciudad en pleno Eixample, es decir, ese barrio de Barcelona de calles anchas y manzanas octogonales, y que acaba en la avenida Paral·lel.

Álex aparcó cerca del lugar que buscaba, el número 2 de esa misma calle.

Siguieron un par de manzanas bajo el paraguas. No había hablado con Júlia durante el transcurso del desplazamiento. No paraba de dar vueltas al caso. Concentrado y con ganas de seguir. Encontrar pistas o hilos por los que tirar le provocaba una tremenda satisfacción, adrenalina y adicción al caso. A resolverlo. Él lo comparaba con un adolescente que cae en el pozo de los vídeos de una red social, que uno sigue al otro y ya no puedes salir.

Su sentimiento interno siempre era cerrar el caso de forma rápida; en esta ocasión, no era posible, pero esa pista del reloj en el suelo le había conferido una patada de ánimo y esperanza para seguir.

Cuando llegaron al número 2 de la calle Rocafort, se detuvieron. Llevaban muchos minutos sin decirse nada, solo siguiendo con el

plan, pero en cuanto vieron lo que había en el suelo, se miraron con estupor, asombro y emoción.

No se lo podían creer. ¿Cómo habían ignorado ese detalle tan obvio en las dos escenas del crimen? Era inadmisible desde el punto de vista de Álex. Se les podía haber escapado en uno, ¿pero en los dos? ¿Cómo podía ser que se les escapara en los dos?

Álex se lo comentó a Júlia, desesperado por la evidencia de la situación.

—Piensa que han pasado seis meses de una muerte a otra. No podemos olvidarlo —dijo ella, y asintió—. Y, además, fueron dos equipos diferentes, así que se les puede haber pasado.

Júlia tenía razón, pero el sargento sabía lo que venía después de la visita a la escena del delito: visitar a los parientes de las víctimas. Se sentiría un incompetente por no haber entregado al asesino y, con él, una parte de la paz mental a los respectivos familiares.

—No hay excusa posible. Cuando tienes delante a una madre, a una esposa, al marido de una víctima, ellos no quieren excusas, quieren resultados —dijo con tono riguroso y cabreado, no con ella, sino con él mismo y con la situación—. Ya lo entenderás.

Al cabo de unos instantes, Álex no pudo contenerse más y, al observar lo que había en el suelo, gritó.

—¡Maldita sea!

Una mujer que caminaba detrás de ellos agarró el bolso con fuerza y aceleró para pasar rápido junto al hombre que gritaba. Júlia se sonrió al ver la escena.

Sacó el móvil del bolsillo y repitió lo mismo que en la plaza.

Apareció la instantánea de la víctima sentada en el suelo con la espalda contra la pared.

El hombre, Eloi Massip Fornells, muerto hacía unos seis meses, se encontraba en la puerta de acceso del banco LiberBank. Dicha entrada estaba a un metro hacia el interior, creando un espacio de privacidad, debido al cajero automático que estaba justo al lado de la puerta.

La víctima había sido encontrada delante del cajero automático.

—Creyeron que el móvil fue un robo. Primero, lo obligaron a sacar dinero y luego, lo mataron —dijo Júlia, recordando el expediente—, pero las investigaciones no llevaron a nada porque ni era cliente de esta entidad ni sacó dinero con su tarjeta. Pero, claro, ahora lo entendemos. El hombre no estaba aquí por azar ni porque fuera un robo, sino porque esta ubicación era otro mensaje que se sumaba al otro —explicó, e indicó con el dedo lo que había en el suelo—. ¿Quién se hubiera imaginado que era por un reloj luminoso empotrado en el suelo?

Era el Rellotge dels Llums, que traducido sería, el Reloj de las Luces. Lo ponía en una placa de metal en el suelo, en plena calle. Indicaba a los transeúntes distraídos que esa joya había sido instalada en el lejano 1929 con motivo de la Exposición Universal de Barcelona. Un artilugio mecánico que indicaba las horas, los minutos y segundos con luces que se movían encendiéndose. En el centro, el dios Hermes con alas doradas.

Álex arqueó una ceja.

—Hermes, el mensajero…, el que conecta mundos, entre los vivos y los muertos.

—Exacto —asintió ella, casi sorprendiéndose.

—Lo leí en un libro en casa de mi her… —dijo Álex, y se detuvo, lo que iba a explicar no venía al caso.

—Así que no fue casual que lo mataran aquí. El asesino eligió este lugar porque sabía que era otro reloj olvidado en la ciudad. Otro símbolo. ¿Otro mensaje de su obsesión?

Álex se quedó unos segundos en silencio, como si el ruido lejano del tráfico se hubiera apagado.

—Cada víctima, cada lugar… Puede que algo más tengamos. Se lo explicaremos a Ana y ella nos ayudará mucho a perfilar al asesino —dijo Álex, y viendo la expresión de la mujer, aclaró—. Ana… Cortés, mi hermana.

Júlia levantó las cejas y asintió.

—¿Y cuándo iremos a verla?

Álex notó un cierto interés en esas pocas palabras.

—No lo sé, veremos.

Júlia se rascó la nuca y encogió ligeramente el cuello. Esa expresión le pareció cuando menos interesante.

—¿Quién era Eloi Massip Fornells? —preguntó Álex.

Ella se aclaró la voz y contestó enseguida, como una buena estudiante.

—Ingeniero de la red ferroviaria catalana. No dice nada más en su expediente.

Álex se tomó un segundo para pensar. Mientras lo hacía, el tráfico de la ciudad volvió a fluir.

El traficó arrancó, detenido por el semáforo en rojo. Las personas esquivaban su paraguas en medio de la calle. Personas entraban y

salían de la entidad bancaria. Un hombre dejó en un buzón de al lado unas cartas y siguió por su camino. Un chico con un patinete subió a la acera y esquivó a un anciano con gorra y bastón que caminaba lento.

—¿Algo más? ¿Ves algo más, Júlia?

Álex, mientras esperaba la respuesta, se arregló los rizos hacia atrás y se percató de que, al lado del buzón, justo frente al cajero automático, había un árbol. En la base, seis meses desde la muerte del hombre, aún había gente que acudía al lugar y dejaba flores.

—Creo que eso es todo. ¿Por dónde seguimos ahora, jefe?

Se escucharon unas sirenas de la policía. Un coche de los Mossos bajó por Rocafort a toda velocidad y clavó las ruedas justo delante del semáforo en verde.

Dos agentes bajaron veloces.

Debía estar pasando algo grave, muy importante, para esa actuación tan repentina.

Estuvo a punto de decirle a Júlia que estuviera alerta porque, si fuera necesario, tendrían que ayudar a los compañeros.

Dieron la vuelta al árbol y al buzón y, al verlos de frente, se encontraron con las pistolas de los agentes apuntándolos.

09

«Hacía algún tiempo que nadie me apuntaba».

Eso fue lo que pensó enseguida Álex. Y a los pocos instantes, recordó que Clara, la novia de Néstor, le había regalado un balazo y, así, quitado el privilegio de nunca haber recibido un balazo en servicio.

Pero esa escena era diferente, era más de una película de Groucho Marx. Ser apuntado por tus propios compañeros parecía una parodia.

—Levanten las manos lentamente y suelten el paraguas —gritó uno, y seguido se acercó la boca a la radio que tenía colgada en el pecho, apretó un botón y añadió—: Tenemos a los sospechosos.

«Vaya primer día de Júlia, suerte que Ferrer confió en mí para su formación de calle».

Resopló.

—Chicos, creo que os equivocáis, somos del cuerpo.

—Cállese y levante las manos. Dense la vuelta y arrodíllense.

Júlia ya lo estaba haciendo cuando Álex la detuvo.

—Ni se te ocurra moverte —le ordenó a Júlia, y luego se dirigió a los policías—. Soy Álex Cortés, del grupo de homicidios de la

comisaría de Travessera de les Corts. ¡Baja el arma, es una orden!

El agente que tenía más cerca no la bajó. Se le notaba indecisión mientras movía los ojos alternando su mirada entre él y Júlia.

—¡Baja el arma!

—¡No se muevan! —gritó de nuevo.

—Charli, baja el arma, es Cortés, el tío ese del Asesino del Criptograma, ¿no lo reconoces? Es una falsa alarma.

Toda la gente que estaba en la calle se mantenía alejada pero expectante. Muchos, armados con su móvil grabando la escena, no se perdían el espectáculo genuino y gratuito que estaba sucediendo.

—Es Cortés, Charli. Baja el arma —repitió el agente que estaba un paso por detrás.

Finalmente, el agente bajó la pistola y entró en razón.

Álex mostró la placa.

—Sargento Álex Cortés y agente Júlia Miró. ¿Aclarado, chicos?

Los dos asintieron y el que iba por detrás se acercó a Álex para estrecharle la mano.

—Un placer. Arnau Scamot. Lo siento, hemos recibido una alarma del director de la sucursal y… En fin.

Álex le dio una palmada en el brazo, sonriendo.

—Tranquilo. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Le importaría que nos hiciéramos una foto? —preguntó Arnau.

Álex asintió y este le pasó el móvil a Júlia para que les hiciera una foto.

Los dos agentes se colocaron al lado de Cortés, pero este dio un paso adelante.

—Dame el móvil —ordenó a Júlia.

Ella se lo dio.

—Ponte con nosotros —pidió Álex, y retrocedió, alargó el brazo y cuando fue a hacer la foto, Arnau lo interrumpió.

—Nos hubiera gustado hacerla solo con usted.

—Júlia es de mi equipo, o con ella o sin mí —dijo, tajante.

Arnau titubeó, moviendo en varias direcciones los ojos y las cejas arqueadas.

—Ya, pero…

—¿Sí o no? —preguntó con convicción.

Arnau tragó saliva y asintió.

Entonces Álex alejó de nuevo el brazo e hizo la dichosa foto.

—Así que llamó el director.

Álex no esperó respuesta, recogió el paraguas, lo plegó y, sin despedirse, indicó a Júlia que lo siguiera.

—*Adeu* —dijeron al unísono los agentes sin obtener respuesta del sargento.

Apretó el botón para entrar en la sucursal y esperó a que se encendiera el piloto verde. Empujó la puerta y entraron. Enseguida apareció un hombre trajeado.

—Usted es el director, ¿verdad?

Este abrió la boca y comenzó a excusarse juntando las manos e invocando perdón.

—Hemos tenido un par de intentos de atraco y estamos bastante asustados, ¿me entiende?

Álex no le podía quitar razón, ambos vestían de negro y, además, él lucía una barba de varios días y tenía toda la pinta de no ser un policía.

—No se preocupe, usted ha hecho lo que tenía que hacer —lo tranquilizó Álex—. Ya que estamos aquí, le voy a contar por qué hemos venido —dijo, y entonces le explicó el motivo por el que se habían dirigido hasta la fachada de la sucursal—. ¿Qué recuerda de esos días? ¿Hubo algo particular en los días previos? Me imagino que ya no conservará las grabaciones.

El hombre los hizo pasar al despacho. Cerró la puerta y siguieron hablando, de pie.

—En las imágenes no se veía la cara del asesino, por supuesto. Solo una sombra con capa negra, como si fuera un superhéroe. En los días previos, no ocurrió nada en concreto. Nada que nos llamara la atención ni que destacara. Lo siento. Ha pasado tanto tiempo que pensaba que ya lo habían cogido.

—No, claro está, si no, no estaríamos aquí. ¿Tiene copia de las grabaciones de esos días?

—Las entregamos a sus compañeros. Cada par de meses grabamos encima. Lo siento.

Álex asintió y miró a la chica. Las grabaciones no estaban en la carpeta, tenían que buscarlas. No quiso decirlo en voz alta, ya que habrían parecido unos incompetentes.

Dieron las gracias y se marcharon. Mientras iban hacia el coche, Álex envió un mensaje a Ferrer.

«¿Dónde narices están las grabaciones de la sucursal de LiberBank del asesinato?».

En cuanto llegaron al coche, pusieron la dirección donde trabajaba el marido de la primera víctima, el señor Omar Bonmatí.

Era hora de que el cerco se estrechara y pidieran a los testigos que recordasen hechos anteriores al momento que nunca se olvidaría.

10

Karla sentía que su vida se había puesto cuesta arriba.

Después de que los planetas se hubiesen alineado y que los problemas quedaran atrás, todo volvía a complicarse. Como en una noria o en una montaña rusa infinita, la ansiedad había vuelto.

Creía que llevaba más o menos una hora mirando el ordenador y buscando, pero la verdad era que llevaba todo el día. No estaba con ningún caso que le hubiera asignado Ferrer. No estaba buscando unas cortinas o mirando el catálogo de Ikea.

No, estaba buscando a alguien.

El fantasma de una persona que había pasado por su vida y que ahora necesitaba. Un fantasma al que llevaba tiempo buscando sin éxito; no entendía cómo una policía como ella era incapaz de dar con su paradero.

Lo que reavivó esa búsqueda desesperada fue la última visita a la casa de los padres de Álex. Desde entonces, la búsqueda regresó a ser una de sus prioridades. Durante años, había sido una tarea secundaria, de esas que nos molestan y no queremos hacer y que siempre postergamos. Hasta que la vida da un puñetazo en la mesa

y toca hacerlo. Y Karla no quería perder la oportunidad que le habían regalado.

Así que llevaba todo el día buscando, otra vez, en vano.

Sujetaba un lápiz y, por los nervios, lo rompió. Bajó la mirada y observó cómo se había partido en dos mitades iguales. Observó ensimismada la madera resquebrajada, llena de astillas. No podía seguir así. No podía permitir que el pasado condicionara tanto su presente. Pero a la vez se sentía con las manos atadas. No sabía por dónde tirar. No había trazas de ese fantasma por ningún lugar, por redes sociales, por informes oficiales, nada.

Le quedaba un vía posible que se había negado a contemplar. Siempre pensó que sería lo último que haría en el mundo, pero había llegado el momento de jugar esa carta.

Hubiera preferido cualquier cosa antes que ir a hablar con esa persona, pero no se podía engañar más a sí misma, tenía que hacerlo, por ella, por Álex, por los dos.

Cogió las llaves del coche y salió de la comisaría. Condujo hasta el puerto y entró en la Zona Franca.

Se acordaba de dónde trabajaba y sobre qué hora salía para dirigirse hacia casa. El problema era que había pasado tanto tiempo que tal vez ya no trabajara en esa empresa. Quizá la hubieran despedido, que hubiera muerto, decenas de posibilidades más. Fuera como fuera, tenía que probar.

Aparcó el coche justo al lado de la puerta donde salían los trabajadores de la fábrica. Eran las ocho, necesitaba esperar por lo menos media hora hasta que el turno acabase.

Revisó el móvil, un mensaje de Álex le preguntaba si quería ir a correr con él o si se veían directamente en casa. Ella contestó que se verían para la cena.

Se quedó en la sombra, esperando.

Había borrado todas las fotos del móvil de esa época, pero los recuerdos no. La mente activó todos esos instantes que se había empeñado en olvidar. Uno tras otro, delante de ella, cobraban vida. Un proyector de recuerdos que los enlazaba uno tras otro, convirtiendo ese momento en un calvario.

Pasada una hora en el coche, la puerta se abrió.

Una fila de personas comenzó a salir, unas veinte.

Karla se bajó del coche y las miró una por una, sin excepciones. Si estaba allí, la identificaría. Salió la última persona y se cerró la puerta, el turno de la tarde al completo se había marchado.

No estaba o no la había reconocido. También era verdad que había pasado mucho tiempo y eso no ayudaba.

Se acercó a un grupito que se dirigía hacia la parada del bus. Aceleró y adelantó a todos los trabajadores. Se giraba hacia ellos hasta que reconoció unos ojos. Una mirada que despertó en ella una chispa, un calambre que recorrió su cuerpo y sus recuerdos.

Era ella.

Las dos mujeres se detuvieron para mirarse mejor.

Primero, vio la sorpresa reflejada en su mirada; luego, la perplejidad; y por último, la rabia.

La mujer había envejecido, el tiempo no la había tratado bien. No tenía buena cara y tantas arrugas no ayudaban. Su cuerpo ya no era el de una mujer esbelta, sino el de una anciana cansada.

Pasaron varios segundos observándose, estudiándose.

—¿Qué quieres? —espetó mientras se giraba y continuaba hacia la parada del bus.

—Sabes qué quiero —respondió Karla.

—Me da igual lo que quieras, te lo dije en su momento, tenías que haberlo pensado mejor.

—Era una cría, ¿qué tenía que hacer?

—Me la trae floja. Ahora, por tu culpa, yo tampoco lo tengo. Así que estamos empatadas.

El autobús apareció a lo lejos. El tiempo apremiaba. A pesar de que había varias personas a su alrededor escuchando, las ignoró, debía conseguir lo que había ido a buscar. Sentía náuseas por hablar con esa mujer, el esfuerzo que estaba haciendo era sobrehumano, pero tenía que seguir, no sabía cuándo tendría otra oportunidad. Decidió apretar los dientes, no quería continuar esa conversación, quería decirle lo que de verdad pensaba, pero tuvo que controlar sus sentimientos e impulsos.

—Yo he perdido mucho más de lo que crees, solo necesito saber dónde se encuentra.

Al escuchar esas palabras, la mujer se giró y se dignó a hacerle caso.

—Si la policía no sabe dónde se encuentra, significa que lo ha hecho muy bien. Así que no te lo voy a decir yo. Que te jodan, Karla —soltó con rabia, y escupió en el suelo.

Se giró y esperó en silencio a que el bus abriera las puertas; fue la primera en entrar.

Karla se quedó con los ojos vidriosos e inmóvil hasta que el bus desapareció al fondo del callejón.

Esas palabras le dolieron más que un puñetazo o un manotazo en plena cara.

Su única vía de encontrarlo se acababa de esfumar. Esa mujer no habría dicho palabra ni aunque la hubieran sometido a un interrogatorio torturándola.

Se dio la vuelta y regresó al coche. Tenía ganas de comentarle a Álex lo que había pasado, pero solo incrementaría la fricción entre ellos dos. No podía explicárselo. Se lo guardó para ella y decidió buscar otra posibilidad.

Condujo hasta casa y se prometió poner buena cara y limitarse a preparar la cena, abrir una botella de vino y olvidar. Al día siguiente, se encargaría de ver qué haría.

11

Esa tarde de otoño no daba la impresión de querer parar de llover.

Atravesaron Barcelona para dirigirse a hablar con el marido de la primera víctima, el señor Omar Bonmatí. La última noticia que habían tenido fue que trabajaba en una clínica dental en la calle Valencia. En el número 556, exactamente. Aparcaron en una calle transversal y caminaron hasta la clínica. Era una franquicia de las que se veían por internet y en la publicidad televisiva. De esas que te conseguían todos los dientes perfectos y de un blanco nuclear.

En cuanto llegaron, una mujer joven con bata impoluta los atendió.

Sonrió como una de las modelos de las publicidades y les dio la bienvenida.

—¿Tenían hora?

—Quisiéramos ver al señor Omar Bonmatí —dijo Álex, y la recepcionista bajó la mirada hacia el plano de visitas. No le dio tiempo de analizar el Tetris de horas y operaciones programadas en el horario: Álex sacó la placa—. No me encontrarás ahí. Somos de la policía. Necesitamos hablar con él con urgencia.

La mujer, que empalideció al ver la placa, se levantó y fue a comunicarlo en persona al dentista.

Tuvieron que esperar media hora en el despacho. La secretaria pidió disculpas, pero el dentista estaba resolviendo una urgencia, una operación que no podía dejar de ninguna manera.

Júlia estaba sentada con los dedos de las manos entrelazados, apoyados en el regazo. En silencio, estaba haciendo su trabajo, escaneando el despacho. Álex se había dado cuenta.

Pocas fotos había, una de él jugando al golf, pero con unos años menos. Otra de su mujer soplando velas y con dos niños a cada lado. Una foto en una mezquita y con un fondo desértico. Un ordenador en la mesa y una taza de Londres con una veintena de lápices todos perfectamente afilados.

No tenía ventanas se oía un hilo musical de sinfonías relajantes.

Cuando el estridente y molesto silbido del taladro acabó, se abrió la puerta tras unos pocos minutos.

El señor Bonmatí apareció y fue directo a Álex.

—Lamento la espera, pero… una emergencia —dijo, y estrechó la mano al policía y a la mujer—. ¿En qué puedo ayudarles?

Álex se volvió a sentar en la silla que estaba justo delante de la mesa.

—Sargento Álex Cortés y agente Júlia Miró, del grupo de homicidios de la comisaría de Travessera de les Corts. Estamos aquí por el asesinato de su mujer.

Al escuchar esas palabras, el rostro del dentista se tensó. Los músculos de la mandíbula se apretaron y suspiró.

—Llevan un año con esto, ¿vienen a decirme que lo han arrestado? ¿Quién es? —Álex levantó una ceja y miró por un segundo a Júlia—. No vienen por eso, ¿verdad?

—Verá, le explico. Esta mañana nos han asignado este caso a mi equipo y a mí —dijo con tono tranquilizador mientras señalaba a la compañera—. El equipo que lo llevaba antes estaba en un callejón sin salida y se nos ha presentado la oportunidad de continuar la investigación —explicó, y miró de nuevo a Júlia, esta no movió los ojos del dentista—. Me comprometo a poner todos los medios para resolverlo.

El dentista rio mientras negaba con la cabeza. Era un hombre alto, corpulento, de tez oscura y pelo rizado. Cuando hablaba, no tenía acento barcelonés, sino más bien del norte de Catalunya.

—Estoy cansado de entrevistas infructuosas que solo me hacen perder tiempo y… —dijo, y se entrecortó.

Omar se levantó.

Álex lo imitó, Júlia también.

—Por favor, señor Bonmatí, soy sargento de los Mossos y no le voy a hacer perder tiempo. He resuelto muchos casos complicados y, aunque no sea ninguna garantía, le prometo que, si me concede cinco minutos, no serán desperdiciados.

Omar bajó los ojos y suspiró. Luego, su mirada cayó en la foto de su mujer con velas, tarta y caras felices. En medio del silencio, se percibió una especie de magnetismo entre la foto y el hombre. Su rostro se entristeció aún más y, sin despegarse de la sonrisa de la mujer, se sentó. A continuación, lo hicieron los dos policías.

—¿Es usted de Girona, señor Bonmatí?

Este levantó la cabeza y preguntó a la mujer que repitiera la pregunta.

—Pregunto si es usted de Girona. Yo lo soy y reconozco su acento.

—Olot. Mi madre era marroquí y mi padre, de Olot. Es una historia que no viene a cuento.

Ella asintió.

—¿Pasó algo en esos días antes de que su mujer falleciera?

Omar negó y se reclinó en la silla. Apoyó los codos en los reposabrazos y entrelazó los dedos.

—No pasó nada. Llevo un año pensando quién podría haber sido, por qué mi mujer, por qué ella, que defendía los derechos humanos, una mujer que casi perdió la vida en los barcos de rescate en alta mar de los emigrantes. No me vino nadie a la mente, ¿quién quiere ver morir a un ángel?

«Mucha más gente de la que se imagina», pensó en sus adentros Álex, pero por obvias razones no lo dijo.

—Le comprendo, señor Bonmatí. ¿Qué pasó los días previos? ¿Cambió de rutina? Esos detalles nos podrían venir bien.

—No sabría decirle. Esos días fueron tranquilos. Aparte de que era un sábado y, normalmente, ella los sábados no trabajaba, no tengo mucho que decirles, lo siento.

—Entiendo. ¿Dónde trabajaba su mujer?

El doctor arrugó el ceño, le costó recordar esa información o por su mente se cruzaron imágenes, recuerdos o sensaciones de esos días.

—En el ayuntamiento. Se desplazaba en metro. Aquel día se dejó el móvil en casa. ¡Jodida mala suerte! Podrían saber dónde y qué trayecto hizo, pero se lo dejó en casa. Me llamó desde su oficina avisándome y por la tarde se la tragó la nada. La encontraron por la mañana.

—Lo siento mucho —comentó Álex.

—En el ayuntamiento, ¿de qué se ocupaba su mujer? —preguntó Júlia.

Él negó.

—No lo sé con exactitud, algo de una plataforma social ciudadana. Ella estaba en nómina de una ONG y esta, a su vez, había sido contratada por la exalcaldesa. Tenían varios proyectos y los estaban llevando a cabo. Creo recordar que esos días trabajaba codo a codo con su jefa.

Álex asintió.

—¿Cómo se llama su jefa? —preguntó Júlia.

Él no contestó, sacó su móvil de un cajón. Buscó el nombre en la lista de contactos hasta encontrarlo.

—¿Tiene para apuntar?

Álex sacó su móvil y escribió el número y el nombre.

La señora Adela Bosch era la directora de la ONG donde trabajaba la víctima. Tenían que hablar con ella, era importante para saber de qué se ocupaba Carme Altisent y tirar de la historia, ya que en el informe nadie se había molestado en hacerlo o, por lo menos, en escribirlo. A Álex le dio la sensación de que nadie había tirado por esa dirección, pero él lo sí lo haría. Él sentía que era la dirección por donde investigar.

Se fueron de la clínica dental con poca información nueva, pero con un siguiente paso: hablar con la jefa de Carme y conseguir un fragmento más del rompecabezas del caso.

—¿Próximo paso, Álex? —preguntó Júlia.

Álex miró el reloj. Ya era tarde, como primer día de investigación para una recién llegada ya era suficiente.

—Mañana iremos a conocer a la mujer de Eloi Massip Fornells, a ver qué podemos rascar del ingeniero que no sepamos y nos ayude a acercarnos al asesino.

12

La mañana comenzaba junto a Karla, tomando un café en la cafetería Sirena.

Repasó el diario y las noticias más importantes en silencio mientras comía una caracola de pasas. Escuchó la televisión por si había algo que mereciera su atención y luego, como de costumbre, pidió un café para llevar para él y uno para Karla.

Lo cogieron y se fueron directos a comisaría.

La noche anterior, había corrido diez kilómetros por el paseo marítimo de la Barceloneta como muchas noches. Lo ayudaba a pensar y a focalizar lo que tenía que hacer al día siguiente. Con esa lucidez, esa mañana organizó el *briefing* con Júlia y Karla para seguir con el caso que le había asignado el día antes el subinspector Ferrer.

—Tenemos dos víctimas y las dos han muerto al lado de un reloj en el suelo —dijo Álex, como si fuera la novedad más interesante que habían conseguido hasta el momento.

A Karla le costaba entenderlo, así que Júlia sacó el móvil y le enseñó las fotos de los dos relojes a los que se refería Álex.

Se quedó sin palabras. Quedó asombrada al ver esos relojes, su expresión delataba que no los había visto nunca antes.

—¿Y esta coincidencia no está en el informe? —preguntó Karla.

—No está anotada, tal vez los investigadores no lo apuntaron por alguna razón.

—No lo considerarían importante —añadió Karla, en defensa de los compañeros.

—Puede ser, Karla, pero en los informes no está. Es lo que nos ha llamado la atención y no he dejado de pensar en ello desde ayer. A Carme Altisent y a Eloi Massip los encontraron con seis meses de diferencia, aunque el método del asesino fue diferente, tenían en común el reloj en el suelo y la frase tic-tac escrita en la piel.

Karla asintió, en parte fascinada por ese hallazgo.

—¿Qué sacaste del marido?

Álex y Júlia se miraron y Álex incitó a que ella siguiera. Ese día, se había presentado vestida exactamente igual, pero se notaba que la camiseta estaba limpia, no llevaba ninguna arruga y olía a suavizante.

—La verdad es que no pudimos conseguir mucha información. Nos ha parecido un hombre atento, resentido por no haber cogido al asesino, pero eso es lógico. Nos dio el teléfono y dónde localizar a la jefa de su esposa. Además, descubrimos que ese día se olvidó el teléfono en casa, lo que nos complica más rastrear sus últimos pasos.

—¿Entonces, qué vais a hacer hoy vosotros? —preguntó Karla a Álex.

—Vamos primero a hablar con la mujer de la segunda víctima y luego, a hablar con la jefa de Carme Altisent, a ver qué conseguimos averiguar.

El *briefing* se cerró allí. Álex y Júlia bajaron al aparcamiento y la joven condujo entre el tráfico mañanero de Barcelona hasta la herboristería propiedad de la mujer de la víctima.

—Calle Prada, ¿número 11?

—No, número 31.

El cielo encapotado de Barcelona amenazaba lluvia. Por la cuesta de la calle Prada, pasaba algún coche, seguido por un autobús y un camión de cerveza que iría a entregar algún pedido en algún bar de la zona.

Una señora los miró al cruzar, llevaba la permanente recién hecha y dejaba una estela de laca.

—Aquí está —dijo Júlia.

La herboristería estaba abierta. Dentro del establecimiento, una mujer con bata verde detrás del mostrador atendía a una clienta. Metía cajas de té y bolsitas con hierbas en una bolsa con el logo de la tienda. La dependienta cogió el datáfono para cobrar y fue entonces cuando se percató de que Álex la estaba mirando. Ella se lo quedó mirando por un segundo. Luego, bajó la mirada, distraída. Tuvo que volver a mirar dos veces el *ticket* para teclear la cantidad correcta en la terminal del banco. La clienta pagó con una tarjeta roja y enseguida la guardó.

Álex se había quedado mirando a la mujer sin perderse un detalle.

Cuando la clienta salió, Álex pasó del escaparate de la tienda al siguiente escaparate, donde estaba la puerta de entrada. Júlia lo siguió.

Se escuchó una ligera campanita que avisaba de la presencia de una nueva visita.

La mujer no los recibió como habría hecho con un cliente normal.

—¿Qué quieren? —preguntó, convencida de que no iban a comprar tisanas, tés o frutos secos ecológicos.

Álex sacó la placa y la enseñó.

La mujer arrugó el ceño. Sus ojos hundidos y con marcadas ojeras demostraban estar cansados y abatidos. Tenía el rostro demacrado y la tez, grisácea. La bata verde, de una tonalidad alegre y vivaz, le iba dos tallas grande. Álex pensó que no le quedaba nada bien.

—Somos de la policía —aclaró Álex.

Se presentó, y a la compañera, y le explicó por qué habían acudido a su tienda.

La dependienta y propietaria de la herboristería era la mujer de la segunda víctima, Eloi Massip.

La esposa, la señora Mar García, que lucía una placa con el nombre en la bata, no estaba muy contenta de verlos. Tuvo una reacción similar a Omar Bonmatí de desesperación y frustración por no tener noticias del asesino, de calmar el dolor por no saber quién era el asesino de su marido.

—Hasta que no lo mire a los ojos, no podré calmar el dolor que tengo dentro. Hasta que no se vive, no se puede saber. ¿Lo entiende, sargento?

Álex esperó un segundo y le contestó.

—La entiendo más de lo que se cree, por eso estoy aquí.

—Es una tortura ver a mi hijo, a nuestro hijo, y no saber quién demonios le ha arrebatado a su padre.

Álex notó como Júlia la miraba con la expresión típica de los novatos que aún no se habían curtido y lloraban por todas las injusticias y atrocidades que se encontraban en el camino.

—Sabemos que lo ha explicado varias veces, pero necesitamos escucharlo de primera mano, otra vez.

Ella negó.

—No hay mucho que decir, él salió un día y no volvió.

—¿Qué recuerda de ese día?

—Poco. Era un día como otros. Le había preparado un *tupper* con ensaladilla rusa y unas pechugas de pollo al horno que habían sobrado de la cena. Se fue a la hora de siempre y no sé más.

—¿Tenía alguna preocupación en los días previos o algo que deberíamos saber o que quiera destacar?

La mujer llevaba el pelo recogido en una coleta y se le veía la raíz de otro color, como más ligero, más suave, quizá menos potente. Álex pensó que la señora había cambiado de peluquería o se lo estaba haciendo en casa. Era probable que desde el suceso no acudiera a la peluquería.

Ella negó mirando el mostrador. Arrancó el *ticket* de la venta anterior y lo guardó en un cajón.

Cuando levantó la mirada, apretaba los labios, emocionada.

—Lo siento, pero es importante.

Mar levantó la vista hacia el techo.

—Lo siento, me había prometido que en la tienda no volvería a llorar, pero no siempre lo consigo.

—Lo entendemos, señora García. Es importante que nos ayude. Hace poco que tenemos el caso y ya hemos descubierto detalles importantes. Todo lo que recuerde nos valdrá.

Asintió mirándose las manos.

—Estaba normal… Bueno, quiero decir que no estaba más nervioso de lo que siempre estaba.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que tenía mucho estrés en el trabajo.

—¿De qué tipo?

—Se llevaba el curro a casa. Tenía mucho lío en su departamento. Su jefe lo presionaba mucho y, bueno…, es que no puedo hablar.

Esas palabras despertaron aún más la curiosidad de los *mossos*. Cuanto más tiraban de la vida de las víctimas, más descubrían y, en consecuencia, se acercaban a la verdad.

—¿Por qué no puede hablar? ¿Qué pasaba en su despacho?

Mar se giró hacia la puerta y en su expresión se vio cómo se arrepintió de haber dicho esas últimas palabras.

—Siempre meto la pata, maldita sea.

—Señora García, puede confiar en que mantendremos la conversación en estricta confidencialidad.

La dueña de la herboristería se acercó a la puerta. Pocas personas circulaban por la calle y aparcar en la zona era difícil. Que salieran las cuentas en un comercio como ese, vendiendo tés y productos naturales, tenía que ser muy complicado.

La mujer deslizó el pestillo y giró el cartel que colgaba en la puerta de acceso de abierto a cerrado.

Se acercó al mostrador y, detrás de él, la mujer puso agua a hervir y, sin preguntar, preparó una infusión para los tres.

—No hace falta decir que los trenes en Cataluña son un desastre. Lo saben todos. Cada día llegan más tarde, van más llenos y hay más delincuencia. Es un desastre lo que se ve por las vías, lo que mi marido vivía en la sede central —dijo, y vertió el agua hirviendo en tres vasos de cristal con un sobre lleno de hierbas. Al infusionar, el agua se tintó de un color rojizo. Cuando lo tuvo preparado, se giró y se lo ofreció a los dos policías—. Es lo único que puedo tomar, es una receta mía. Una combinación de hierbas y frutos rojos que tranquiliza. No se preocupen, todo es natural —explicó, y olió acercándose la taza a la nariz—. Dentro del caos que viven en la red ferroviaria, mi marido se encargaba de hacer cuadrar los horarios de los trenes.

13

Álex había cogido con mucho gusto la taza de manos de la señora. Era pequeña, transparente y con una marca impresa que, por descontado, no conocía. Hubiera preferido un buen café negro sin azúcar, pero la tomó con sumo agradecimiento.

La infusión estaba muy caliente, solo con olerla estuvo a punto de echársela toda por encima si no hubiera sido por sus buenos reflejos.

¿Había entendido bien?

¿Podía ser?

Mar García había dicho que su esposo trabajaba en los ferrocarriles de Cataluña cuadrando los horarios de los trenes.

Dejó la taza en el mostrador.

—¿Cómo ha dicho?

La mujer apartó la taza de su rostro y se lo repitió. Álex lo había entendido bien, muchos elementos referentes al tiempo, los horarios, los relojes, se centraban en ese caso.

—En el informe que nos han pasado pone que era ingeniero, no que trabajaba en esa sección en específico. No se nombra, se ha pasado por alto —dijo Álex con entusiasmo respetuoso.

Al escuchar esas palabras, la viuda subió las cejas, sorprendida, casi con un ápice momentáneo de alegría. La mujer, apagada en una bata de color verde, recobró un instante de luz, de vida, de esperanza.

—Entonces, es un detalle importante, ¿los he ayudado?

—Enormemente.

—¿Quién era su jefe? —preguntó Júlia.

La mujer regresó a su tristeza anterior, con una dosis superior de enfado y rabia.

—Ese malnacido…

—¿Cómo se llama? —insistió la policía.

—Josep Prieto.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—En su trabajo. Calle dels Vergós, 44, en Sant Gervasi.

—Allí es donde están las oficinas centrales regionales, ¿verdad?

—Sí, cada día iba allí en transporte público.

Álex consideró que podía dar el primer sorbo, pero seguía muy caliente y desistió.

—Huele muy bien, gracias.

—De nada. Ojalá puedan coger a ese hijo de perra que me ha arrebatado mi vida.

—Le vamos a dar toda la prioridad, no le quepa duda.

—Gracias, de corazón.

Álex sonrió. Miró la taza con la humeante infusión que estaba a una temperatura imbebible y se sintió atrapado. Se quería marchar, quería seguir con la investigación, pero no quería ofender a la señora y dejar el brebaje.

Júlia lo miró sonriente con una expresión de «¿y ahora qué, jefe?».

Mar, sin decir nada, lo entendió, cogió dos vasos de cartón y vertió las infusiones. Las cubrió con una tapa y dijo:

—Así se la pueden llevar. Las infusiones hay que tomarlas muy calientes para que conserven las propiedades.

Álex se sintió aliviado del compromiso. Los dos policías cogieron el vaso de cartón y se fueron hacia la puerta.

—Nos mantendremos en contacto. Gracias —acabó Álex, levantando el vaso.

Cuando Álex se encontró en el umbral de la tienda, la viuda lo llamó.

—Sargento, le puede decir de mi parte a Prieto que es un hijo de perra —dijo con resentimiento e ira ahogada—. Y ojalá sea él el asesino de mi marido y se pudra en la cárcel por todo lo cabrón que fue con Eloi.

Álex se dio la vuelta y entró de nuevo.

—¿Por qué?

La mujer se sorprendió por esa pregunta.

—¿Por qué? Porque puteó a mi marido como un perro —espetó, y Álex asintió—. Ese hombre no sabe hacer la O con un canuto. Lo pusieron allí por enchufe y ha puteado a todo quisqui.

Álex sonrió.

—No se preocupe, señora García, le daremos sus recuerdos al exjefe de su marido. No se preocupe —confirmó, levantando de nuevo el vaso, que, a pesar de estar aislado con doble cartón, quemaba como el demonio, y se marcharon.

Fueron calle abajo buscando el coche. En el primer sitio donde pudo dejar un momento el vaso, se frotó la mano. Júlia se acercó y lo destapó.

—Si lo destapas, se enfriará antes.

Álex sonrió.

—No me creo lo que he escuchado —dijo Júlia, emocionada.

—No le expliques a nadie que no esté relacionado que hemos descubierto o dejado de descubrir elementos nuevos en un caso. Lo que descubrimos en las investigaciones no puede saberlo nadie. Ni hablar si hay secreto de sumario.

—Pero no hay secreto de sumario.

—No, en este caso no, pero es una de mis reglas, ¿se entiende?

Júlia asintió seria.

—Entendido, jefe.

—No me llames jefe.

Ella dio un sorbo a su vaso y preguntó otra vez.

—¿A dónde vamos ahora, Álex?

—Tenemos que hablar con la jefa de Carme Altisent.

—¿Vamos al ayuntamiento? ¿No nos pilla más de paso Sant Gervasi?

Álex lo pensó y dio el primer sorbo a la infusión.

Entrecerró los ojos. Era ácida, caliente y con un toque a frutos rojos, tal y como había dicho.

No era santo de su devoción, pero lo fue sorbiendo.

—Esta mañana llamé al ayuntamiento y me dijeron que a media mañana estaría en su despacho y que nos atendería cuando pudiera.

Así que, aunque hubiera preferido ver al exjefe de Eloi, tendremos que dejarlo para la tarde.

Júlia, que había acabado el brebaje, asintió.

—Pues no perdamos tiempo, Álex, vamos al ayuntamiento.

—Vamos.

—Tengo mucha curiosidad por ver qué más descubriremos de este caso, porque, cada vez que movemos una piedra, encontramos un tesoro. A este paso, en dos días tenemos al asesino.

Álex la siguió calle de Praga abajo, sonriendo.

—¿Siempre eres tan optimista?

—No, solo durante mi primer caso —dijo jactándose, y abrió con el mando a distancia el Seat Altea.

Colocaron en el GPS la dirección del ayuntamiento de Barcelona y fueron hacia su siguiente destino: la ONG donde trabajaba la primera víctima.

14

Dejaron el coche en Vía Layetana, cerca de la Plaça de l'Àngel, en un *parking* subterráneo, y siguieron caminando.

Los primeros dos días de investigación con Júlia estaban resultando ser mejores de lo que había pensado Álex. La agente recién llegada tenía una cualidad que era básica para trabajar con él: tenía que hablar poco. No porque no le gustase hablar, sino porque había escuchado que muchos compañeros de patrulla no se soportaban más de una semana porque uno de los dos era más dicharachero que el otro, o uno era demasiado comilón, o estaba demasiado al teléfono con la novia o novio, o cualquier otro aspecto que le pudiera molestar.

Júlia era discreta, inteligente, hablaba lo justo, obedecía y parecía ser lo que decía Ferrer, una policía muy prometedora.

Caminaron por la calle Jaume I. Los ciudadanos se colaban entre los turistas. Sí, porque esa zona estaba más poblada por turistas que por los propios barceloneses.

Los pasaban repartidores con monopatines eléctricos, los taxis amarillos y negros y alguna furgoneta de reparto.

El cielo estaba gris, a punto de dejar caer un chaparrón de otoño, y el aire llevaba olor a tormenta. Era la típica época donde se pueden encontrar por las vías de Barcelona personas ya con el plumón y otras, con camiseta. Mientras la variopinta fauna barcelonesa desfilaba ante sus ojos, Álex, rumbo al ayuntamiento, repasaba las posibles preguntas para hacer a la exjefa de la víctima. De la misma manera que Eloi, la segunda víctima, su trabajo estaba mucho más relacionado con su muerte de lo que pensaba. El trabajo de Carme podía tener algo parecido. No era seguro, pero en un caso como el que se estaba abriendo a sus ojos, todo era posible.

¿Cómo podía ser que los otros investigadores no hubieran atado cabos?

Pensó que era uno de esos casos mal llevados o que coincidió, desafortunadamente, con otro más importante o mediático o político, que hizo que este fuera dejado de lado.

Entraron en la plaza San Jaume. Muchas veces había acudido a eventos y actos oficiales al ayuntamiento, pero con esa luz grisácea que tenía la fachada nunca lo había visto. A pesar de que su recién restauración la había dejado limpia, parecía regresar a su imagen original, oscura y tétrica.

Un grupo de adolescentes de un instituto estaba parado en medio con un guía turístico que hablaba con un altavoz, explicando el lugar donde se encontraban.

Un grupo de turistas en bicis de alquiler hacía una fila india que cruzaron. Algún periodista estaba en la puerta del ayuntamiento grabando alguna entrevista.

Siguieron caminando hacia el edificio. La puerta de acceso estaba en el lado opuesto al del acceso habitual, por la calle de Sant Sever.

Mientras daban la vuelta al edificio, analizó el caso de Eloi, la segunda víctima. Un señor que tenía un trabajo de ingeniero en los ferrocarriles cuadrando horarios de trenes y que murió cerca de un reloj en el suelo. ¿Le habría pasado desapercibido a un investigador con mucho trabajo? ¿Coincidencia o se debía tener, por desgracia, una experiencia en asesinos en serie con ese tipo de locos?

Álex no se sentía especial, tan solo era un policía como otros muchos y, aunque se había enfrentado a casos excepcionales como el Asesino del Criptograma u otros pirados, no podía reprochar nada a los compañeros. Pero no quería cometer más errores e intentaba escarbar todo lo que pudiera en la verdad escondida por meses de olvido. Los mismos meses que hicieron que fuera un caso frío.

Entraron en el ayuntamiento por la puerta de atrás. Se presentó a los compañeros que la presidían y le indicaron dónde estaba el despacho que buscaba.

Se sentaron en una sala de espera. En lugar de coger una revista, Álex cerró los ojos, descansando y repasando las pistas que se entrelazaban en su cabeza.

—¿Puedo molestarte? —preguntó Júlia.

Álex abrió los ojos.

—Claro.

—¿Sería muy atrevido preguntarte por el Asesino del Criptograma? —preguntó, y tensó el músculo del cuello, casi arrepentida de haber formulado la pregunta con tanta desfachatez, fuera de lugar y demasiado directa.

Álex levantó las cejas, sorprendido por la pregunta tan directa y que venía de la nada.

—¿Cómo dices, quieres que te hable del…?

En la sala no había nadie, solo ellos dos. La puerta de cristal estaba cerrada y nadie podía escuchar sus conversaciones, o eso le pareció a Álex.

Bufó con solo recordar toda esa investigación complicada.

—¿Qué sabes de Néstor?

Júlia arrugó el ceño y se centró en lo que sabía de la investigación.

—Todo lo que puede haber leído un ciudadano en la prensa —respondió, y se detuvo, parecía que había acabado de responder, pero siguió con el mismo tono que si fuera a explicar un secreto—. Y todos los libros que ha escrito Ana Cortés.

—¿Mi hermana? ¿Has leído los libros de mi hermana? —preguntó Álex con tono sorprendido y al mismo tiempo de felicidad—. Es difícil encontrar a alguien que haya leído esos libros. Si no fuera porque he presenciado una firma en una librería del Passeig de Gràcia, no me creería que esos mamotretos gusten a la gente.

—Son superinteresantes. Bueno, es lo que yo creo. He leído todos los libros de tu hermana. Todos.

Álex asintió, sintiendo orgullo por ella.

—Está bien, está bien. Hay mucho que contar, no sé ni por dónde quieres que empiece.

—Pues desde el principio, desde donde prefieras. No sé.

Álex se disponía a empezar cuando la puerta de cristal se abrió. Apareció una mujer rubia con una mata enorme de pelo rizado, casi

como si hubieran enmarañado un arbusto dorado y lo hubieran apoyado en su cabeza.

—Sargento Cortés, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa—. Pase, tengo cinco minutos para usted.

Los dos policías se levantaron y la siguieron. Cruzaron un espacio donde unos quince trabajadores estaban llamando por teléfono y tecleando en un espacio abierto. Cada uno más peculiar que el otro, parecía una escena sacada de una película alternativa y los actores, unos inadaptados *hippies* en un mundo capitalista.

La señora Bosch abrió una puerta de cristal, los dejó pasar en el espacio y cerró.

—¿Este es su despacho? —preguntó Álex, sorprendido por el ambiente.

—No —dijo, y enseguida señaló una de las mesas que acababan de cruzar—. Yo trabajo allí. Esto es una sala de descanso. Pero no quiero que mis compañeros se enteren de lo que vayamos a hablar. Nos ha costado superar lo de Carme.

—Gracias por recibirnos —dijo Álex, y enseguida presentó a la compañera y a sí mismo—. Necesitamos saber qué pasó en los días previos a la muerte. Nos valen todos los detalles. Recuerdos, citas, entrevistas. Cualquier cosa, cualquier detalle.

La mujer, con las palabras del sargento de los Mossos, se teletransportó con sus recuerdos a esos días. La emoción del pasado enturbió el rostro del presente. Arrugó la frente y se concentró.

Se dio la vuelta, encarando el espacio donde todo su equipo trabajaba.

—Somos una organización sin ánimo de lucro. Buscamos el bien de la sociedad, buscamos que sea mejor y que progrese. No hacemos mal a nadie, todo lo contrario. Es difícil pensar que alguien pudiera matar a cualquiera de esta buena gente, ¿me comprenden?

Álex no movió la cabeza, Júlia, en cambio, asintió con la mirada entristecida.

—No tiene sentido, sargento. Carme era una de las mejores. Nadie podía tener motivos para matarla. Llevaba varios años con nosotras y nosotros. Nunca fallaba, defendía su trabajo y creía en él. No sé quién ha hecho algo tan abominable.

—La comprendo, señora Bosch. Nos ayudaría si recordara si en esos días hubo algo diferente. ¿Carme tenía enemigos? Déjeme explicarme, si son una ONG, seguro que sus actuaciones no son cómodas ni resultan placenteras a todos, ¿verdad? ¿Tenía Carme a alguien a quien le pisó los pies?

—Es verdad, es una situación complicada la nuestra, no gusta a muchas personas nuestro trabajo, pero ¿llegar a matar por eso? No lo creo —dijo, y se detuvo pensativa. Se dio la vuelta y fue directa a una regadera, la llenó de agua de un grifo y fue regando las pocas plantas verdísimas que había en aquel espacio común—. En referencia a todo lo que recordamos, hablo en plural porque, cuando murió Carme, nos reunimos y dedicamos tiempo a pensar si habíamos cometido errores, ¿quién podía haber cometido un acto tan extremo en nuestro entorno?

—¿Y bien? —preguntó Álex.

—No llegamos a ninguna conclusión. Es difícil vuestro trabajo.

Álex levantó una ceja, pensó que tenía razón y no añadió que, además, era desagradecido como trabajo. Hizo un gesto para que la señora siguiera.

—No, he acabado, no llegamos a nada. Lo siento. Es lo mismo que explicamos a los inspectores que vinieron antes que ustedes.

—De acuerdo, ¿pero ese día la vio diferente o se comportó de forma inusual o incluso sabe si había quedado con alguien?

Ella lo pensó un instante y negó.

—Que yo sepa no. Cuando venía a trabajar, no hablaba de nada más. Nada personal, era muy discreta con su vida.

—De acuerdo —respondió Álex, algo decepcionado.

—¿A qué se dedicaba Carme? —preguntó Júlia.

Adela arrugó el ceño.

—El ayuntamiento nos pidió soporte para un tema muy controvertido y que la alcaldesa de entonces quería cambiar. Algo difícil, algo que llevaban muchos años intentando, pero al final no lo consiguieron ni con nuestra ayuda.

Álex, que desde que había entrado había permanecido de pie cruzado de brazos, sintió que en ese punto la jefa de la víctima iba a decir algo importante. Descruzó los brazos y dio un paso adelante. Lo mismo que con la otra víctima, se sintió cerca de un giro en el caso.

—Díganos, ¿en qué estaba trabajando Carme? —preguntó, impaciente.

Adela, que había acabado el agua de la regadera, la dejó y lo miró a los ojos.

—Estábamos trabajando en las consecuencias del cambio de hora y para que se aboliera, tanto el horario legal como el solar.

Esa frase resultó ser una flecha que se clavó en el costado de Álex.

15

En un primer momento, Álex se preguntó qué tenía que ver eso con la muerte de Carme.

Parecía una ridiculez.

¿Qué tenía que ver adelantar una hora en otoño y atrasarla en primavera? ¿Era una coincidencia, una consecuencia? Fuera lo que fuese, desde luego, tenía el mismo ingrediente: el reloj.

Tic-tac, se repetía en su cabeza.

El reloj de la plaza Reina María Cristina. La frase escrita en la piel. Todo giraba endiabladamente alrededor de un reloj.

Quizá no era tanta coincidencia como aparentaba.

El escenario se abrió delante de él. La otra víctima, Eloi, ingeniero en los ferrocarriles, se encargaba de los horarios de los trenes. Esto tenía el mismo objetivo específico, el mismo fin, cambiar los horarios.

Álex sintió un escalofrío y se estremeció, como siempre que conseguía dar un paso adelante en una investigación y entender no solo una pieza del rompecabezas, sino el propósito del asesino.

Los dos investigadores se acercaron a un paso a la jefa de Carme, del mismo modo que hubieran hecho unos actores

sincronizados o un ejército de la guardia suiza con entrenamiento, pero, en su caso, realizado espontáneamente.

—Explíquenos, por favor.

—Vaya, sí que les ha llamado la atención lo que he dicho. ¿Es porque se acerca a algo que ya saben? ¿O encaja con la investigación?

—No podemos decirlo, lo siento, pero necesitamos que nos explique más sobre esto en lo que estaban trabajando —aseguró Álex.

Ella sonrió con amargura y negó.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —preguntó la agente con preocupación.

—A que a los gobiernos no les interesa solucionar el mundo, solo enredarlo más. El Estado es una araña que quiere que estemos peor que antes para que sigamos buscando soluciones que nos saquen del atolladero, pero resultan ser peores que la elección anterior. Si los políticos hicieran lo que deberían hacer, solo conseguirían descontento y no volverían a salir elegidos —dijo ella, se fue hacia un sofá, se sentó e indicó a los policías que se sentaran, pero Álex se quedó de pie y Júlia lo hizo en una silla cerca de la mujer.

—Explíquenos qué hacía Carme, por favor —dijo Álex, redireccionando la conversación para que no se fuera el tiempo en temas paralelos y se centraran en el tema que les incumbía.

—Verán, como les decía, la alcaldesa nos contrató para presentar una ley para que no se cambiara nunca más a la hora legal. Que se dejara para siempre, ¿me explico? —Los dos policías asintieron, ansiosos de saber más—. Se implantó con Benjamin Franklin para

aprovechar la hora solar; entonces se iluminaban con velas y tenía cierto sentido. Luego, se fue implantando en la Primera Guerra Mundial, pero solo en los setenta llegó a España con la crisis del petróleo. Dicen que Franco lo implantó también porque era un guiño de amistad al régimen alemán y al Führer. Desde entonces, el último domingo de marzo y el último domingo de octubre se cambia la hora.

—¿Y por qué tenía la alcaldesa tanto interés en cambiar esta medida para ahorrar luz? —preguntó Álex.

—Es una falacia —respondió, tajante, la directora de la ONG—. Los políticos quieren que pensemos que es una medida correcta, pero no lo es. Puede que lo fuera antes, pero ahora, con la iluminación eléctrica y todos los avances, ya no es necesaria.

Álex miró por un segundo a Júlia y esta le devolvió la mirada.

—Pero, lo siento, no lo entiendo, ¿por qué deberíamos retroceder a cuando no había hora legal? No es que esté en contra o a favor, permítame que haga de abogado del diablo —se excusó.

—No se preocupe, es mi pan de cada día, convencer a las personas —respondió, sincera—. La hora legal provoca un *jet lag* social. El cambio de hora en la población provoca un desajuste en los biorritmos de las personas. Desequilibra nuestro ciclo cotidiano y nos altera.

Álex tensó los músculos del cuello y afinó la vista.

—Nunca me ha afectado ese cambio —dijo Álex—. ¿Júlia?

La compañera se giró y, sin saber bien qué decir, negó.

—Creo que no, a mí tampoco.

Adela Bosch bajó la mirada negando. Se miró las uñas cuidadas con un ligero esmalte que las hacía brillar, nada deslumbrante, suave, elegante, discreto.

—Todos piensan igual. Pero los efectos son mucho más profundos y no afectan a todos. Seguramente, usted, sargento Cortés, ni siquiera se dará cuenta, solo el domingo cuando se despierte, pensará que ha dormido una hora más o una hora menos. O por la tarde del mismo día, que se dará cuenta que el ocaso es antes o después —dijo, señalando al policía con su índice, luego, levantó el dedo hacia el cielo con aire de jueza y siguió—. Pero hay personas extremadamente sensibles, individuos vulnerables que no soportan el *jet lag* social.

—¿Qué es el *jet lag* social? —preguntó Júlia.

—El *jet lag* lo sabe, ¿verdad, agente? Es cuando vuelve de un viaje con un horario diferente y se encuentra con un huso horario que no era el suyo. Esa resaca del viaje. Social, porque en lugar de ser fruto de un viaje, es de un cambio de huso horario sin salir de casa.

—Entendemos perfectamente —dijo Álex para volver a encauzar la conversación—. ¿Por qué?

La mujer no lo entendió. Arrugó el ceño y se ajustó los rizos rubios.

Cuando fue a hablar, una persona tocó el cristal que separaba el espacio de descanso del resto del despacho.

Era una chica jovencita con el pelo corto, casi militar, unos grandes aros plateados como pendientes y ojos claros.

Sonrió y llamó la atención de la jefa. Luego, indicó a una persona trajeada en la puerta.

Adela asintió.

—Mi próxima visita ha llegado, señores. ¿He contestado a todo?

—No —se apresuró Álex—. ¿Por qué?

—¿Por qué qué, sargento?

—¿Por qué tuvieron tanto empeño en esto? Creo que es por algo en concreto y que no nos ha explicado —afirmó, tajante.

—La hora legal y vuelta a la solar provoca unos efectos en esas personas sensibles a los cambios.

—¿Cuáles?

—Problemas de salud o de concentración en los primeros días, nerviosismo, irritabilidad. Hay estudios que han demostrado que incluso pueden provocar accidentes de tráfico.

—¿Trastornos psicológicos? —preguntó Júlia.

—Exacto.

—¿Dónde puedo encontrar más información sobre este tema?

La jefa se levantó y después de pensárselo un segundo le respondió.

—Le diré a mi secretaria que le mande el mismo informe que realizamos en esa época, en parte, gracias también a Carme, y que presentamos en la comisión europea en Estrasburgo.

Dio un paso hacia la puerta y fue a abrir la maneta.

Álex hizo lo mismo y le cogió la mano.

—Hay algo que no entiendo, señora Bosch. ¿Cómo puede ser que una mujer tan inteligente como usted nunca pensara que una de sus mejores trabajadoras murió el día del cambio de hora y nunca lo

comentó a la policía? —dijo Álex con la decepción y la urgencia en sus ojos.

16

El Seat Altea salía del *parking* cerca del ayuntamiento de Barcelona.

Sin perder un minuto, fueron hacia el barrio de Sant Gervasi. Querían hablar con el jefe de la segunda víctima, el señor Josep Prieto. De la manera que había hablado la viuda, era un pieza. Tanto que se hubiera alegrado de que pasara mucho tiempo entre rejas.

Al final, Álex lo sabía bien, los momentos de ira ciegan a las personas y las hacen decir y hacer cosas que en circunstancias normales nunca se les ocurrirían. Del mismo modo, también los asesinos pueden ser personas normales que, embestidas por un momento de ira y transformados en el señor Hyde, cometen actos irremediables.

Mientras iban de camino a su próxima visita, Álex no dejó de pensar en la mujer de los rizos dorados. La directora había empujado el caso a una nueva dimensión. La primera víctima había sido asesinada el día 27 de octubre del año anterior, el día del cambio de hora.

Al repetirlo y decirlo en voz alta y comentarlo con Júlia, se dio cuenta de otra cosa. Sacó la carpeta del caso de la guantera y miró el informe de Eloi Massip. Murió el 30 de marzo de ese año. A pesar

de que Júlia estaba circulando por la Gran Vía con mucho tráfico, los dos policías se miraron por un larguísimo segundo.

No tuvieron que hablar, no se lo creían.

Las dos muertes tenían otra coincidencia, los dos habían sido asesinados los días del cambio de hora.

Carme, de la solar a la legal.

Eloi, de la legal a la solar.

Álex, con el tiempo, había adquirido dos lemas: el primero era cerrar rápido un caso, aunque, en esa ocasión, en un caso frío no se podía aplicar; el segundo, que en los casos no existe ninguna coincidencia.

Demasiadas combinaciones. Demasiada fortuna se había concentrado en un solo caso. Relojes, horarios, cambio de hora y una inquietante frase escrita en la piel: tic-tac.

Aparcaron en las inmediaciones de la central de la sede de los ferrocarriles de Catalunya.

Era la una del mediodía pasadas.

El edificio de cristal y acero de cuatro plantas era imponente y moderno. Buscaron la entrada y, después de presentarse en la recepción, se dirigieron al segundo piso, donde estaba el despacho del jefe coordinador Josep Prieto.

Subieron por las escaleras y entraron en la planta.

—Son la una y diez minutos y aquí no hay nadie trabajando —dijo Álex.

Seguramente, también Júlia lo había visto, pero por precavida no lo mencionó.

—Así van nuestros trenes, si nadie trabaja en el departamento de horarios, ¿cómo podemos pensar que lleguen puntuales? —susurró Álex mientras caminaban hacia la única persona que estaba sentada delante de una mesa.

Álex se acercó a la mujer, que bebía de una taza un café negro y llevaba auriculares, concentrada tecleando.

Al verlo, la mujer se asustó.

—¡Por Dios! —gritó la mujer—. ¿Es que me queréis matar?

—Lo siento, señora —dijo Júlia—. Somos de la policía investigativa. Necesitamos saber dónde está el señor Josep Prieto.

La mujer se recuperó en un segundo. Dio un sorbo compulsivo al café y respiró un par de veces.

—Comiendo, ¿dónde puede estar a esta hora?

Álex echó un vistazo a su alrededor y contestó que ya se lo imaginaba.

—¿Cuándo regresará? —preguntó Júlia.

La mujer bufó mientras miraba el reloj.

—Cuando recuerde que se ha olvidado algo en el despacho o cuando tenga que irse a casa —espetó.

Álex se quedó pensando.

—Policía investigativa, ¿qué ha pasado ahora?

—Venimos por Eloi Massip, ¿lo conocía?

La mujer se irguió tan solo escuchar el nombre.

—No, yo ocupo su lugar. Nunca llegué a conocerlo, me contrataron por su defunción.

Júlia levantó una ceja, miró a su alrededor para comprobar que no había nadie cerca y le preguntó en voz más baja:

—¿Es verdad que el señor Prieto es algo… exigente?

La mujer se apartó de la mesa y se levantó. La velocidad de su discurso se elevó. Cuando empezó, era una velocidad de diálogo que a Álex le pareció normal, pero, luego, parecía una ametralladora disparando cartucho tras cartucho.

—¿Exigente dice?

Júlia asintió y la señora se acercó a la agente.

—No, es un hijo de puta. Lo puedes llamar por su nombre —espetó la mujer—. Quien está en su equipo dura muy poco. Luego me enteré.

—Vaya —respondió fingiendo ingenuidad Júlia—. ¿Sabe algo del señor Massip que le puedan haber dicho los compañeros?

—No, nada resaltable. Era un gran tipo, trabajador, no se metía en chismorreos, ni culebrones. Trabajaba y punto. El cabrón de Prieto se aprovecha de personas como Eloi —dijo, y mientras lo decía, se señaló, como dando entender que a ella le estaba sucediendo lo mismo—. Pero no aguantaré mucho. Ya tengo otro trabajo, ¿sabéis? —dijo, orgullosa—. Sí, lo que pasa es que no les quiero dejar con este marrón y marcharme sin más. Además, me da que este puesto está un poco gafado. Se está acercando el mismo período en que murió el señor Massip, modificar los horarios con el cambio de hora es muchísimo trabajo. Igual que en verano cuando es época de turistas y vacaciones.

Los dos policías se miraron, ese punto era clave. El cambio de los horarios. Massip trabajaba en lo mismo y se lo había advertido la viuda. Necesitaban hablar con el jefe.

—Gracias, pero necesitamos saber dónde está Josep Prieto. ¿Dónde lo podemos encontrar?

La mujer, con una sonrisa malévola y por el tono de importancia, contestó vengándose en parte de su jefe.

—Todos los días come en un restaurante de la calle del Rosari. Se sienta al fondo, solo. No os podéis equivocar —dijo con orgullo y venganza.

17

Josep Prieto, efectivamente, comía solo en una mesa del fondo.

El restaurante en la calle del Rosari era una tasca de comida muy tradicional. Mesas de madera maciza, surtidor de sidra y varias cervezas y jamones colgando de las paredes.

No hizo falta preguntar, lo identificaron enseguida por la descripción de la mujer.

Con sobrepeso, cara redonda con gafitas de lentes igual de redondas, barba de un día y pelo brillante, algo grasiento.

Ocupaba solo una mesa de cuatro, por comodidad, supuso Álex.

Delante de él, un plato de anchoas, uno de ensaladilla rusa, otro de gambas cocidas, otro de chipirones fritos y otro de jamón cortado a mano, casi acabados, y la cestita de pan con solo una rebanada en su interior. La mesa, y el periódico que estaba a un lado, estaban llenos de migas, como si hubiese comido un neandertal, gallinas u otro animal algo más grande y maloliente.

Se detuvieron delante del hombre y este levantó la mirada.

—No compro nada —dijo con arrogancia.

Álex respondió enseñando la placa y sentándose. Júlia optó por quedarse de pie.

—Señor Prieto —espetó Álex con un tono intimidatorio—, estamos aquí por el asesinato de Eloi Massip.

El hombre no dijo nada enseguida. Dejó el trozo de pan, se frotó las manos para que cayeran en el plato las migas y se pasó entre los dientes la uña del meñique para quitarse un hilillo de grasa del jamón.

—¿Otra vez?

—Sí. Necesitamos saber qué pasó en los días anteriores. Si vio algo, todo lo que pueda saber nos ayudará.

El jefe de horarios de ferrocarriles bufó.

—Ya se lo expliqué todo a los otros polis.

—Quiero que me lo repita.

El hombre dirigió las manos hacia los platos.

—¿Es que no ve que estoy comiendo? Nos vemos en un ratito en mi oficina, ¿sí? —dijo con voz profunda.

Álex esperó un segundo antes de responder. Si hubiera sido otra persona, lo habría aceptado, pero a ese cerdo no se lo toleró.

—No. Ahora. Aquí.

—Pero se me enfriarán los chipirones, cuando se enfrían, no están buenos, son como chicles.

—Dese por afortunado que no le haga comer yo con el plato incluido los malditos chipirones —amenazó Álex con tal agresividad que asustó al otro hombre.

Al escuchar las palabras, se calló, no asustado, sino sorprendido.

—¿Qué pasó ese día? ¿Qué pasó en los días anteriores? —insistió Álex con más ganas por momentos de meterle ese plato de chipirones hasta el gaznate.

Josep Prieto se empujó hacia la pared y se pasó la lengua por los dientes. Dio un sorbo al vino con gaseosa y, al dejarlo, reprimió un eructo.

—Vino ese sábado a trabajar. Tenía que ultimar algunos detalles. Es normal, en nuestro departamento hay mucho que trabajar.

—Fue el sábado y no regresó.

—Ya, nos pilló a todos por sorpresa.

—¿Qué más me puede decir?

El señor Prieto se lo pensó.

—No mucho más, sargento. Vino y no regresó a su casa.

—¿En los días anteriores notó algo inusual o fuera de lo normal? Cualquier cosa.

—Nada de nada —afirmó, categórico, con un movimiento igual de categórico con la mano.

—¿Todos los trabajadores de su departamento van a trabajar los sábados? —preguntó Júlia, irrumpiendo en la conversación.

El hombre la miró con algo de desdén.

—No, solo él, porque no había acabado su trabajo —contestó, mirando a Álex.

—¿Usted no acudió a la oficina ese sábado? —preguntó de nuevo Júlia.

—No.

—¿Y dónde se encontraba? —preguntó Álex.

El hombre afinó la vista y, después de pensar unos instantes, contestó.

—Creo que de viaje, por unos viñedos de La Rioja en un *tour* de vinos.

Hubo un momento de silencio porque Júlia no replicó y Álex pensó que tenía razón Mar García, la viuda de Massip, que pocas horas antes, con su té de frutos rojos, le había advertido de qué energúmeno de jefe tenía su marido. Se negaba a pensar que todos los trabajadores de los ferrocarriles de Cataluña fueran como ese globo maleducado. Tenía que haber mucha gente que trabajase bien y, por culpa de gente puesta a dedo como él, como dijo Mar, tenían todos los problemas que tenían.

—¿Quién sabía que iría a trabajar Eloi Massip? —preguntó Álex.

El hombre arqueó la boca.

—Supongo que todos. No lo sé, no controlo todo lo que hablan mis trabajadores en sus horas de trabajo.

—¿Y un día tan importante para el servicio ferroviario, como es el cambio de horario, usted estaba en La Rioja, comiendo y bebiendo como un marrano, dejando solos a sus subordinados?

Josep Prieto se encogió de hombros.

Álex se levantó y se acercó a su oreja. Reprimió las ganas de meterle el plato de chipirones en la boca y le dijo:

—La sociedad sería un poco mejor si el asesino le hubiera matado a usted y no al pobre Eloi.

Se incorporó y Josep Prieto vio toda la rabia y desprecio contenidos en los ojos de Álex.

Se retiró sin decir ni una palabra más.

Salió del restaurante con Júlia, que lo seguía. No se dijeron ni una palabra y Júlia no preguntó qué le había dicho a la oreja al otro hombre. Decidió que prefería no saberlo.

Cuando estaban cruzando la calle dels Vergós, donde estaba el Seat Altea aparcado, el móvil de Álex vibró.

Aunque se quedó petrificado al leer lo que ponía en la pantalla, algo en el interior de Álex no se sorprendió de esa noticia.

«Álex, creo que hubo otra víctima antes de las que estás investigando. Ven y te lo explico», escribió la forense Alba Guevara.

18

En menos de media hora, los dos agentes aparcaban en la morgue.

Álex pidió a Júlia que pusiera la sirena luminosa y que adelantara lo que pudiera. El mensaje de la médico forense les había encendido todas las alarmas. Podía ser un caso nuevo para añadir a las dos víctimas que ya tenían o, simplemente, una falsa alarma.

Todo lo que habían descubierto en tan solo dos días no se lo podían creer.

El Seat Altea se detuvo en el aparcamiento del edificio de Sabadell. Fueron a ver a Alba con paso ligero y firme.

Al llegar a las ventanas, vieron cómo Alba estaba seccionando un cráneo con un trépano, en pleno transcurso de una autopsia. Se quedaron fuera. La mujer, concentrada, tardó pocos minutos en abrir por completo la cabeza y separar la tapa craneal con el cabello, dejando a la vista la duramadre.

Álex se dio la vuelta para no ver el espectáculo y, al hacerlo, se dio cuenta de que Júlia miraba la escena con sumo interés, con los ojos expectantes, como si estuviera en el cine.

Cuando la forense dejó el cráneo a un lado, Álex tocó el cristal con los nudillos.

La doctora le hizo una señal y ellos entraron.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó ella, sorprendida.

La mujer llevaba una máscara transparente y una funda de plástico azul por encima de la bata blanca, todo salpicado de sangre y materia orgánica.

—Sí, hemos venido enseguida —respondió Álex.

Alba se levantó la visera de plástico y se quitó un guante.

Se acercó a la mesa llena de papeles y carpetas, una de estas estaba torcida y visualmente parecía más antigua, de otro color y con el cartón más gastado.

La cogió y la apoyó en una mesa de aluminio despejada, sin cadáveres.

—¿Qué es? —preguntó Álex.

—Otro caso de tu asesino de los relojes.

Antes de acercarse y abrir la carpeta, Álex se quedó mirando a la mujer. Suspiró y sintió una sensación extraña que no supo identificar con claridad. Una emoción con la que nunca antes se había topado y que lo dejó bloqueado por unos instantes. Evitó dar el paso, abrir la carpeta y devorar toda la información y ametrallar de preguntas a la forense.

¿Por qué?

Abrir esa carpeta era una entrada a un ideal superior. Dos asesinatos son un asesino, tres hacen uno en serie.

¿No tenía ganas de perseguir a un asesino en serie?

¿Otro?

Bufó y se acercó con enorme esfuerzo.

—¿Qué pasa, Cortés, no quieres saber más sobre tu caso? —preguntó Alba, y luego se giró hacia Júlia—. ¿Le pasa algo?

Júlia no supo reaccionar, solo estaba concentrada en llegar a la carpeta y ver qué había dentro.

Finalmente, abrió la cubierta. En su interior, la pila de folios estaba presidida por una foto desconcertante. Un hombre tirado en el suelo y con un objeto en la mano que, de forma clara y evidente, podría vincularse al mismo caso.

Alba tenía razón, podía estar relacionado.

—¿Cómo te has acordado? —preguntó Álex con cautela.

—Estaba en casa, bajo la ducha, y me acordé de este caso. ¡Puf! Sin más. Así que vine y empecé a rebuscar y lo encontré. Hace ya un año y medio y la memoria, querido Cortés, ya no es la que era hace años. Ya me entenderás —dijo, e indicó el objeto que aparecía en la mano de la víctima—. Eso me recordó lo que me dijiste ayer antes de irte.

El dedo de la mujer que estaba sin guante señaló la foto. El objeto en cuestión era un reloj de bolsillo con una larga cadena que serpenteaba sobre las baldosas de la ciudad de Barcelona. Era fácil de ver porque en el centro aparecía la flor característica de las aceras de la ciudad.

Un reloj de bolsillo.

—Puede que sea una víctima más —dijo Álex a Júlia, que, medio paso por detrás, miraba la foto.

—Puede. ¿Cuándo fue? —preguntó la agente.

Alba se aclaró la voz y dijo la fecha.

Al escucharla, los dos policías se miraron a los ojos.

—No hay dudas, seguro que es él. Empezó hace un año —dijo Álex.

—No —respondió Júlia con temor en su voz por contradecir al sargento—. Hace casi un año y medio. El 31 de marzo del 2024, hace casi un año y medio.

—Otra vez lo mismo —espetó Álex, y tuvo que refrenar las ganas de dar un manotazo sobre la mesa de la morgue.

—¿Qué quieres decir con «otra vez»? —preguntó Alba.

Júlia miró a Álex pidiendo permiso para explicarlo.

—El asesino mata durante los cambios de hora. La noche del sábado al domingo, cuando adelantamos o retrocedemos la hora.

Alba arrugó la frente y tensó los pómulos.

—¿Cuándo hacemos el cambio de hora? ¿Cómo se dice…, la hora legal?

—En efecto, de la hora legal a la solar y viceversa.

Alba se sorprendió. Fue una de las pocas veces que Álex vio que se sorprendía.

—Vaya, Cortés, tienes entre manos un caso cuando menos bizarro —dijo con un tono casi burlesco muy típico de la forense Guevara.

—Ese no es el problema —dijo Álex—. Bueno, sí lo es en parte, lo más importante es que este fin de semana os podéis imaginar qué hay, ¿verdad?

—¡El cambio de hora! —respondió Alba.

—Exacto. Así que, potencialmente, podría matar una vez más si no lo detenemos. Y esto… —dijo Álex, señalando la carpeta— es una pista más para detener a ese hijo de perra. Con esto tenemos más

información. Lo más interesante es que empezó hace tiempo y lo más preocupante es que ha cambiado el *modus operandi*.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alba.

—Antes ponía un reloj de bolsillo. Luego, cambió y fue a lo práctico…

—¡Claro! —interrumpió Júlia—. Ahora escribe tic-tac y listo. Es fácil, sin rastreo y sin complicaciones.

—Exacto —respondió Álex.

—Y con solo ver una foto, Cortés. Muy bien. A ver qué más consigues del resto de información —dijo Alba, apoyando la mano encima de la carpeta.

Álex suspiró y fue directo al grano, no tenían tiempo, los minutos corrían hacia el fin de semana y hacia la probable próxima víctima, y él tenía toda la intención de hacer todo lo posible para evitarlo.

—Cuéntanos cómo mató a esta primera víctima de hace casi un año y medio —ordenó Álex a la forense.

19

Núria Casamitjana era psicóloga y esa mañana salía tarde de su casa.

Era verdad que llegaría cómodamente puntual a su cita en un colegio del barrio, pero quería parar a tomarse un café en la cafetería antes de entrar.

Siempre la llamaban de ese colegio cuando tenían problemas con algún niño. Niños que sufrían *bullying* o comportamientos extraños o con trastornos de algún género.

Todas esas labores las realizaba fuera de su consulta infantil, que abría solo por las tardes. Por las mañanas, se refugiaba en sus libros, estudiando, preparando informes y, de vez en cuando, alguna organización gubernamental la llamaba para dar una conferencia o dar su opinión.

Pero lo que más la motivaba era ayudar a los niños o adolescentes.

Se había graduado en la Universidad de Barcelona y toda la vida la había dedicado a su mayor pasión, la psicología. Siempre en Barcelona, siempre con su gente.

Se había hecho un hueco en su comunidad, ayudaba en la iglesia del barrio, en un canal de una red social y mil cosas más que nunca saciaban su apretujada agenda.

Llegó a la cafetería y tomó su café con sumo placer, como un ritual. Luego, salió hacia el colegio y entró en la sala que le habían indicado.

La tutora y el niño ya estaban allí.

Ramón era un chico hiperactivo. No soportaba estar sentado y le costaba prestar atención en clase. Llevaban varias sesiones analizando qué le pasaba. El médico de cabecera le había recetado unos estimulantes y para ella esa solución era poner una tirita en una pierna rota. Era como desconectar la luz que marca en el salpicadero del coche que falta aceite y no echárselo al motor. Ella pensaba que había algo solapado que influía en la alteración del comportamiento y a ese cambio de conducta del niño.

Con muchas sesiones y su pericia profesional, había conseguido identificar el problema subyacente. Los padres de Ramón se habían separado y había perdido el contacto con el padre. No se presentaba a sus fines de semana de visita y había dejado de llamarlo. El niño pensaba que no le importaba a su padre. Como reacción, el niño cambió y presentaba signos de hiperactividad.

Había encontrado el problema.

Se lo comunicó a la tutora para que hablara con los padres y solucionara la situación.

Confiaba en que, si el padre volvía a tener contacto con Ramón, el niño volvería a tener una actitud interesada y buenas notas en la escuela.

Se fue satisfecha aun no sabiendo el desenlace final, pero eso ya lo había visto en otras ocasiones, así que confiaba en que se normalizaría todo.

La tutora y la directora del colegio le dieron las gracias; ya que el colegio no tenía presupuesto para pagarle, solo le dieron un apretón de manos.

Regresó a la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja.

Compró otro café para llevar y lo fue saboreando de camino a casa.

Cuando llevaba medio camino, el móvil sonó.

Miró la pantalla. Dio un sorbo al café y la previsualización del *mail* la llenó de alegría. Sintió que algo bueno llegaba, por fin, después de tanto tiempo. Por fin, alguien quería saber más sobre su proyecto.

20

A terca, nadie la ganaba.

En cuanto acabó lo que tenía que hacer en el despacho, se propuso volver a verla.

Cerró el ordenador y cogió el coche en el aparcamiento subterráneo.

Cruzó Barcelona en plena hora punta de vuelta a casa.

No podía esperar. Una respuesta como la del día anterior no iba a detenerla.

Llegó a la fábrica y aparcó en el mismo lugar. Se sentó en el capó del coche y cruzó los brazos, aguardando como un animal que estudia su presa.

Esperó a la hora y, con el mismo efecto *déjà vu* del día anterior, vio la ola de personas que salían de la fábrica. Todas, una tras otra, con los rostros iluminados por móviles, se dirigían hacia la parada del bus.

Allí estaba.

La mujer que antaño formó parte de la vida de Karla estaba en la cola y con la misma expresión de tristeza, de aburrimiento, de desidia.

Llevaba el mismo abrigo, era inconfundible. Karla la tenía grabada en su interior con decenas de situaciones que habían pasado en su vida y que no podía olvidar, sobre todo, lo que ella había hecho.

No quiso pensar en la respuesta del día anterior, no, tenía una misión más importante. A pesar de lo que le había respondido, ella seguiría acudiendo allí hasta que le dijera lo que necesitaba saber. Lo que desbloquearía su presente y acabaría con el pasado. Un pasado que fue un error y un tremendo arrepentimiento.

Solo necesitaba saber un lugar, una dirección, un número, y ella desaparecería de su vida. Lo necesitaba como el aire.

Estaba decidida a obtener lo que anhelaba, costase lo que costase.

Se quedó quieta, solo observándola pasar, y algo le llamó la atención.

Su mirada inquisidora la atravesó. Duró un segundo, pero fue suficiente para que la partiera en dos.

Descruzó los brazos y amortiguó la energía venenosa, tóxica, que la alcanzó como una ráfaga de balas.

La señora siguió caminando. Llegó a la marquesina y subió al bus, sin girarse de nuevo.

Se sentó en la parte opuesta, para que la policía no la viera.

Desapareció en la noche y en el tráfico de la Ronda Litoral.

Otra noche estéril, pero Karla era más dura y persistente que cualquier otra persona. Se sentía una gota de agua. Con tiempo y paciencia, la gota acaba con la piedra más dura.

21

La mañana del jueves había empezado como tantas otras, café en el Sirena, caracola de pasas y ojeando las noticias del día en el periódico.

Segundo café para llevar y arrancaba el día en la comisaría.

Eso era lo que más le gustaba a Álex, comenzar con la rutina de siempre. Pasos seguros y con un plan en la cabeza para ejecutar.

No quiso mirar ni la bandeja de entrada de sus correos, tenía que empezar con el *briefing* lo antes posible. Pero antes tenía que desbloquear un tema importante.

Entró en el despacho de Ferrer.

El jefe, en cuanto lo vio, arrugó el ceño y se reacomodó en el sillón.

—¿Qué pasa, Cortés? —preguntó el subinspector con tono arrogante.

—Necesito que me ayude Karla Rodríguez, además de mis otros hombres. Hemos descubierto pistas. Creo que estamos delante de un asesino en serie, tal y como se apuntaba desde un primer momento. La forense ha identificado otro posible asesinato. ¡Le vamos a dar caza!

El jefe no preguntó nada. A pesar de su temperamento burdo, demostró tener confianza en Álex, porque ni contestó ni preguntó. Solo dijo «vale» y le indicó con un gesto que se fuera de su oficina.

Con eso le bastó. Álex entró en la sala del *briefing* con su café en la mano.

Karla, Iván, Víctor, Júlia, Laura y Alan hablaban entre ellos mientras esperaban que llegase Álex. Al entrar por la puerta, todos callaron.

Júlia se estaba dedicando a enganchar en la pizarra las fotos y los informes de las víctimas. El panel de investigación estaba cada vez más completo, sobre todo, desde la nueva incorporación.

—Gracias, Júlia —dijo Álex mientras dejaba su café con leche en la mesa delante de la pizarra—. Silencio, por favor —solicitó, y los agentes se sentaron. Júlia hizo lo mismo, se sentó al lado de Iván. Álex miró a todos a los ojos mientras concedía esos segundos para que se concentrasen—. Os presento a Júlia Miró, es la nueva agente de nuestro grupo de investigación. Seguramente, la habréis visto por aquí estos días. Formará parte del núcleo duro del equipo. Es de Girona y especializada en criminología. Confío en que la tratéis como una de nosotros desde ya —dijo a todos, y luego se centró en ella—. Espero que te encuentres bien entre nosotros—. Las presentaciones, para después —continuó Álex—. Escuchadme, esto empezó por un caso de dos víctimas, pero son tres.

Dicho eso, cogió el vaso de café y dio un sorbo. Se arregló los rizos y se giró. Agarró un rotulador y escribió en la pizarra.

Apuntó tres fechas, una sobre cada víctima.

—Volvemos a tener a un pirado que nos enseña el camino. Un típico psicópata que quiere atención y nos suelta pruebas. Nos deja migajas de información para que nos espabilemos en pillarlo —dijo, e indicó con el rotulador una foto de un cadáver—. Tic-tac. Es lo que escribió el tipo en la segunda y en la tercera víctimas. Esto es para nosotros, no para Caronte, ni para Dios ni para la familia. Es un maldito indicio para la policía, para que sepamos que esto va en serio y que lo relacionemos con los otros casos. ¿Se entiende? —preguntó Álex, mirando a los demás.

—¿No tiene eso escrito el primer asesinato? —preguntó Iván, indicando el primer grupo de pistas que representaban a la primera víctima, adelantándose a lo que iba a decir el jefe.

Álex se giró y retrocedió hasta plantarse a la izquierda de las fotos, casi tocando las ventanas. Apuntó con el rotulador una foto en concreto.

—No. En este caso, nada de tic-tac. Llevaba un reloj de bolsillo entre las manos. Uno de esos que usaban nuestros abuelos, ¿os acordáis? —preguntó sin esperar que su equipo contestara—. Es otro ejemplo. Se tiene que entender que ha habido una clara evolución.

Mientras Álex apuntaba a la foto del reloj de bolsillo y las otras dos con el rótulo de tic-tac en las muñecas, Karla entró en la conversación.

—¿Cómo sabemos que es del mismo asesino? Parece diferente.

Álex se giró, la miró un segundo, luego, a Júlia y se separó un paso desde la pizarra.

—Ya, buena pregunta. Solo lo parece, Karla. Tenemos las tres muertes que coinciden en varios puntos y tienen ciertas diferencias

—dijo, y levantó un dedo—. La manera de la muerte. Víctima uno, por estrangulamiento con una cuerda fina —explicó, y levantó un segundo dedo—. Víctima dos, por inyección letal y posterior asfixia. —Y levantó el tercer dedo—. Víctima tres, por traumatismo craneal y posterior estrangulamiento.

—De estos casos tenemos muchos, no los veo tan relacionados —objetó Víctor.

Álex bajó la mano y se la pasó por los rizos, descomponiendo su cabellera y desordenándola.

—Cierto, si tuviéramos solos estos dos elementos, es decir, el reloj o la frase, y el *modus operandi* de la muerte, reconozco que sería un poco flojo, pero hay dos cosas más —advirtió, captando aún más la atención del equipo.

En la sala de *briefing* se formó un silencio de expectación. Júlia, a pesar de saber todo lo que estaba diciendo Álex, iba anotando ideas en su libreta. Era su tercer día de trabajo en la comisaría de Travessera de les Corts y había incorporado en su rutina anotar todo lo que le pasaba por la cabeza y escuchaba, y sentía y veía.

Iván, al lado, estaba concentrado, pero con el rabillo del ojo no se perdía ni un movimiento de la nueva.

Karla, con el ceño arrugado, escuchaba y de vez en cuando daba sorbos a su café con leche.

—Dos elementos fundamentales —dictaminó Álex, categórico y con un movimiento de brazo para dar pomposidad a lo que iba a decir—. El día y el lugar de la muerte —dijo, y levantó de nuevo la mano extendiendo el meñique—. Víctima uno. Día 31 de marzo de 2024. Lugar donde se encontró el cadáver, el campanario de Gràcia

—dijo, y bajó la mano—. Hemos ido a los otros dos lugares donde se encontraron los cadáveres, pero a este no fuimos, sería bueno acudir igualmente. No hace falta recordar cómo es el campanario de Gràcia, ¿verdad? —preguntó, y esperó una respuesta que del equipo no vino—. La torre en el centro de la Plaça de la Vila de Gràcia es un monumento como si fuera una chimenea cuadrada o un campanario con un reloj. Se encontró el cadáver en un banco de enfrente.

Álex apuntó el rotulador hacia la pizarra, en el punto donde Júlia había pegado una foto del monumento que acababa de describir.

Dio un sorbo al café, lo dejó, levantó la mano con el meñique y el anular extendidos y siguió.

—Víctima dos. Día 27 de octubre de 2024. Lugar, reloj analemático de la plaza de la Reina María Cristina —dijo, e indicó la foto; y seguido, explicó qué era ese tipo de reloj—. Justo al lado, en un banco, allí se encontró el cadáver. —Y extendió también el dedo corazón—. Víctima tres. día 30 de marzo de este año. Lugar, un cajero automático justo enfrente del reloj luminoso de la calle Rocafort. —También explicó a su equipo qué era ese reloj—. Pero lo más importante, aparte de dónde se encontraron los cadáveres, es el día —afirmó, levantando la voz como si fuera una obra de teatro con la intención de que su público se diera cuenta de que era el momento más importante de la reunión—. Júlia, ¿qué días eran?

Ella levantó la cabeza de repente, saliendo de sus pensamientos y sus anotaciones.

Tartamudeó un segundo y tragó saliva.

—Son los días en que hemos cambiado la hora del horario legal al solar y viceversa.

Álex dio una palmada en el aire llamando la atención del equipo y concluyó.

—¿Y sabéis qué pasa este fin de semana?

Laura ahogó un grito y dijo:

—¡El cambio de hora!

Álex asintió lentamente, mirando a la chica con los ojos entornados y las pupilas llenas de rabia.

22

Álex suspiró.

No le dio tiempo de hablar cuando Iván se adelantó.

—¿Crees que volverá a cometer otro asesinato este sábado?

Álex tensó los músculos de la boca y se pasó la mano por la barba de varios días. Se sentó en la silla de la mesa de al lado de la pizarra y dio el último sorbo al café.

—Me temo que sí. Tenemos que adelantarnos a este hijo de perra.

Júlia se aclaró la voz y levantó la mano, pidiendo permiso para hablar.

Álex arrugó el ceño.

—Júlia, aquí es la vida real. Habla sin pedir permiso ni turno. Ni esto es la academia de los Mossos ni yo soy tu profesor. Dispara.

Se aclaró de nuevo la voz y tragó saliva ruidosamente.

—Quisiera añadir otro punto que creo que es importante —dijo con un tono de voz trémulo—. Es la profesión de las víctimas, en qué trabajan.

Álex la apuntó con el dedo.

—Cierto. Explícalo tú. Ese es el factor más interesante de por qué este pirado ha matado a esta pobre gente.

Júlia se levantó como en la academia, sin moverse de su silla con mesa para apuntes, donde yacía abierta en las primeras páginas su Moleskine negra.

Empezó explicando los trabajos de las dos primeras víctimas que habían investigado. Después de hablar con las respectivas familias, se dieron cuenta de que su trabajo estaba relacionado con relojes, con horarios. ¿Cómo podría ser una coincidencia? Explicó que la víctima de la que habían tenido noticia el día anterior, gracias a la forense Alba Guevara, tenía una profesión del mismo estilo. Era un cronobiólogo. Había realizado un informe muy crítico sobre el cambio de horario pidiendo la suspensión del mismo.

Cuando acabó, se sentó.

—Cronobiólogo. ¿Me podéis traducir eso a lenguaje para humanos? —espetó Karla, que le sonó a chino mandarín.

Júlia se levantó de nuevo.

—No hace falta que te levantes, solo contesta, no te preocupes —indicó Álex.

Júlia movió la mirada de Karla a Álex y se sentó de nuevo con un movimiento algo patoso. Luego, miró un segundo sus notas, por vergüenza, porque no tenía nada escrito sobre eso.

—Un cronobiólogo es un científico que estudia cómo los ritmos biológicos afectan a los seres vivos.

Los otros chicos del equipo se quedaron en silencio, algo perplejos.

—¿Ritmos biológicos? ¿Como… el pulso? —preguntó Karla.

—Más bien, los relojes internos. Ciclos de sueño, alimentación, actividad…, todo lo que sigue un patrón. Y cómo estos patrones cambian según la luz, la oscuridad y, sobre todo, a lo que viene, supongo, a reivindicar el asesino.

—O sea —siguió Karla—, quieres decir que este científico se dedicaba a investigar cómo nos afecta que adelantemos o atrasemos la hora.

—Sí, eso parece. He estado averiguando cosas sobre esto esta noche. Estudios que demuestran que el cambio de hora aumenta los accidentes de tráfico, problemas cardíacos y depresiones estacionales. Los cronobiólogos miden, modelan y publican datos sobre eso… y, en el caso de la víctima, parece que no a todo el mundo le gustaban sus conclusiones.

Iván, que estaba a su lado, no decía nada, pero su expresión de asombro ante la explicación de la novata lo dejó atónito.

—Lo que nos estamos preguntando con Júlia desde ayer, y por eso queríamos exponerlo con todos vosotros, es lo siguiente: ¿por dónde empezaría el asesino su cruzada personal? Si lo tuviera que hacer yo y quisiera mandar un mensaje contra los que critican el cambio de hora y yo no quiero que se cambie, empezaría por los expertos que pueden tumbarlo, ¿no os parece?

Alan, que hasta el momento se había quedado callado, abrió un tema aún más interesante.

—Y cada vez que el reloj oficial cambia, nuestro asesino vuelve a marcar territorio. Como si el tiempo fuera suyo. Lo que no me queda claro es si nuestro asesino quiere que se anule o no el horario legal.

Al callar, se formó un silencio.

Júlia lo miró con perplejidad, luego, miró a Álex. Abrió la boca para contestar y la cerró enseguida. Pero al ver que nadie había tomado la palabra, lo hizo ella.

—Es una excelente pregunta, pero creo que aún es pronto para saberlo. Tenemos pocos datos, lo que sí está claro es que todo está terriblemente relacionado y hace que todo esto sea aún más complicado de lo que parecía al principio.

—Si os soy sincero, me da bastante igual lo que quiera este energúmeno. Lo que tenemos que hacer es mostrarle que, una vez en la cárcel, aunque su reloj se adelante o se atrase, no podrá matar a nadie más. Y nosotros daremos respuesta a los familiares de las víctimas —dijo Álex, y miró a los ojos a todos los componentes de su equipo.

En respuesta, sus caras se tensaron y asintieron. Era hora de dejarse de conjeturas y análisis para seguir investigando y averiguar quién era ese malnacido.

En ese punto, Álex tejió un plan.

Se tenía que hablar con los familiares y los compañeros del trabajo de Mateu Serra, la víctima que había encontrado Alba. Averiguar todo lo que pudieran saber. Encargó a Iván y a Víctor que investigaran eso.

Se tenía que estudiar el reloj que se había encontrado en la mano de la víctima. Eso se lo encargó a Karla.

A Alan, en cambio, le encargó rastrear móviles, cámaras y todo tipo de información digital que pudiera acercarlos al asesino, tomando como punto de partida a las víctimas.

Laura debía dirigirse al campanario de Gràcia para ver cómo era la escena del delito y si se perdían algunos detalles que en las fotos se diluían.

—¿Y nosotros? —preguntó Júlia—. ¿Qué hacemos? —preguntó, preocupada porque no veía que hubiera nada más por hacer.

Álex sonrió y respondió.

—¿Nosotros? Vamos a hacer una visita sorpresa a mi hermana, a ver qué nos cuenta de este malnacido.

23

El doctor Mateu Serra i Pons, hasta que murió esa fatídica noche del cambio de hora, vivía tranquilamente en una casita adosada en la población de Sant Andreu de Llavaneres.

Hasta allí se desplazaron los agentes Iván y Víctor para interrogar a la viuda.

En la calle Can Calella, número 29 aparcaron el coche camuflado. Comprobaron el número y la dirección y bajaron.

Pasó un coche descapotado que conducía un anciano señor. A pesar de que era otoño, en esa población de media clase alta a la orilla del Mediterráneo, el tiempo era más agradable.

La urbanización estaba cuidada. Coches de gama media y alta abundaban en las calles. Una casa blanca, rectangular y moderna. Un coche aparcado delante y un muro de piedra vista.

Un perro, un pastor alemán, se aproximó en cuanto llamaron al timbre.

—No podría permitirme una casa aquí ni con todos los sueldos de una vida en los Mossos —dijo Víctor.

Iván se giró y, con las cejas algo curvadas, le respondió.

—Compórtate, ¿de acuerdo?

Víctor se encogió de hombros.

—No sé por qué lo dices.

Se escuchó una voz en el telefonillo. Los agentes se presentaron y la mujer dijo que saldría.

Al abrir la puerta, apareció una mujer de cabello gris y muy bien vestida, tejano y un cárdigan verde oliva. Corte de pelo como Victoria Beckham, más largo por delante que por detrás.

Saludó con una mano a los agentes mientras cogía al animal y lo encerraba en el garaje. Luego, les dio paso.

Desde las butacas en las que se sentaron, se veía el jardín con piscina, luego, la torre del parque de los Gabrielistas y, en tercer plano, una buena porción del Mare Nostrum.

Iván pidió un vaso de agua y la persona del servicio se lo ofreció.

La viuda apartó revistas de moda y de actualidad del sofá y se sentó con los agentes.

—Lamento su pérdida —comentó Iván.

—La vida sigue —afirmó, levantando las palmas de las manos—. Hace ya tiempo, pero esta casa sigue vacía. Solo me queda su perro, que, desde que ya no está, no es el mismo.

—Lo siento. ¿Le importaría que le hiciéramos unas preguntas? —preguntó Iván con suma delicadeza.

La mujer asintió, moviendo su pelo perfectamente peinado. Levantó la mano a la sirvienta y le pidió que le llevara lo de siempre.

—Gracias. Necesitamos saber qué pasó en esos días. La noche en que murió y, sobre todo, en las horas antes.

—El maldito destino, agente.

—¿A qué se refiere?

La mujer se giró hacia la ventana, dejando ver un retrato que Iván veía sin obstáculo desde su posición. En esa foto, aparecían la señora y su esposo, el doctor Serra. Se los veía felices y ella riendo, enseñando los dientes blanquísimos y alineados. En el fondo, había una playa paradisíaca. La señora se dio cuenta de que Iván la veía.

—Éramos muy felices. Aquí estábamos en Bali, en una de sus convenciones mortales, como él las llamaba.

—¿Mortales? —preguntó Víctor.

—Sí, aburridas hasta la médula. Yo lo esperaba en la piscina o en la playa.

—¿Por qué ha nombrado al destino?

La mujer miró de nuevo la foto.

—Teníamos que ir a una cena de beneficencia de una fundación. No quiso que fuéramos. Se excusó en que tenía que acabar no sé qué esa tarde. Estaba cansado y prefirió trabajar un poco en su laboratorio y volver pronto —dijo, y se encogió de hombros, se giró y sacudió la cabeza—. Pero no regresó nunca.

Iván la miraba. La mujer, atractiva y con una sonrisa que solo pudo ver en la foto, se veía abatida. Esa persona alegre de la foto se diferenciaba de la viuda que tenía delante. La presente era solo una versión ensombrecida de la original.

En la mesa de cristal blanco que conjuntaba con el resto de muebles de la casa, la sirvienta apoyó un vaso con un líquido rojo, casi brillante, que burbujeaba encima de un posavasos de yute. Al lado, encima de otro posavasos, dejó un pequeño cuenco con un puñado de patatas fritas de bolsa.

La viuda lo cogió y le dio un trago. Lo dejó por la mitad, de nuevo, en el posavasos.

Iván aprovechó para mirar alrededor. Había más fotos en los muebles y, apoyado en una estantería, un recordatorio funerario. En la casa, se respiraba tristeza y opulencia, decorada con muebles que daban majestuosidad a ese salón.

Víctor, al ver que no comía patatas, las señaló.

—¿Puedo? —preguntó Víctor con la delicadeza de un *bulldozer* en una granja de huevos

La señora arrugó el ceño y le dijo que eran todas suyas. Iván apretó los labios entre los dientes e intentó camuflar lo que pensaba.

—¿Cuándo se enteró?

—Esa noche no pude dormir. Llamé a todos sus compañeros de la universidad y nadie sabía nada. Me dirigí a la universidad y recorrí un par de veces el trayecto que hacía él desde allí a casa y viceversa. Al final, por la mañana, cuando decidí ir a denunciar, al abrir la puerta, vi una patrulla de los Mossos y lo entendí. Venían a informarme que habían encontrado el cadáver, el resto lo saben.

Iván asintió, esperó unos segundos y articuló la siguiente pregunta.

—¿Notó algo en él diferente o que hubiera pasado en esos días?

La mujer fue a responder enseguida, pero, en cambio, respondió con una pregunta.

—¿Por qué dos años después vuelven a preguntarme esto?

Iván dio las razones pertinentes, atribuyendo un cambio del equipo de investigación.

Entonces ella explicó que no recordaba nada extraño en esos días o que él se hubiera quejado o comentado que estuviera fuera de la normalidad. Todo era igual, lo mismo que las otras dos víctimas. Una sorpresa y sin preaviso. El asesino no avisaba de ninguna manera a la víctima, pensó Iván.

—¿En qué trabajaba su marido?

La mujer sonrió con amargura. Cogió el vaso y bebió el resto del brebaje rojo. Luego, levantó la mano e indicó que lo llenara otra vez.

—Los investigadores anteriores ni me escucharon. No sé si tengo que decírselo o vamos a perder otra vez el tiempo.

Estaba claro que la mujer quería decir lo que estaba pensando, pero necesitaba un empujón, una caricia a su dolor y un consuelo a su falta de respuestas a todo lo que había quedado en el aire: ¿quién mató a su marido? ¿Por qué a él? Y, sobre todo, ¿pagaría algún día por sus crímenes?

Iván se sentó en la punta del sillón carísimo mientras la piel bajo sus piernas crujía. Le aseguró que el equipo que ahora estaba tratando el caso le daría la máxima prioridad.

—Está bien. Les expliqué que era demasiada coincidencia que muriera el día del cambio de hora cuando, precisamente, estaba haciendo un trabajo sobre esto. *Los efectos personales y las consecuencias energéticas del cambio de horario en la población* —dijo, recordando el título exacto—. No me olvido, estaba escribiendo un proyecto para presentarlo en el senado, pero se quedó todo en agua de borrajas. A nadie le interesa un informe de un loco cronobiólogo. La inmensa mayoría de la gente no sabe ni siquiera

que existe eso —concluyó, y se rio de la ignorancia generalizada de la población.

Iván, con las cejas levantadas, tosió para aclararse la voz y preguntó:

—¿Podría explicarme en qué consiste esta disciplina de la ciencia? —dijo con una voz más profunda, de intelectual, para compensar su ignorancia.

—No se preocupe, forma parte del noventa y cinco por ciento de las personas que son ignorantes en este tema —contestó, jactándose y casi burlándose—. Mi marido estudiaba los ritmos biológicos de los husos horarios, el *jet lag*, los cambios que radican en la diferente iluminación, el sueño, los biorritmos; se dedicaba a estudiar cómo estos factores alteran la naturaleza humana y cómo podemos cambiarlos. Cómo mejorar la vida de las personas, en definitiva.

Víctor, con la boca algo abierta, asintió.

Iván también asintió y preguntó enseguida:

—Les explicó esto a mis compañeros y…

—¡Nada! Como si lloviera —dijo mientras negaba con la cabeza.

—¿Recuerda si su marido llevaba el móvil encima? ¿Pudieron triangular en qué punto se desvió del recorrido habitual?

La mujer no se apresuró en responder, cogió el vaso con el líquido espumoso rojo y bebió otro trago.

—Si lo estudiaron, a mí no me lo dijeron. Fui dos veces a la comisaría y nunca nadie me supo dar novedades. Estaban demasiados ocupados con otros casos. No era importante. Que muera un científico, ¡pse! Supongo que les dio igual —espetó, y

bebió lo que quedaba en el vaso—. Si quiere más patatas, puede cogerlas —indicó a Víctor.

—Sí, gracias.

—No, nos vamos —contradijo Iván, y se levantó—. Gracias, si tenemos noticias, se lo comunicaremos.

La viuda no se levantó, hizo un gesto de desprecio con la mano al agente.

—No cuento con ello. Ya es un caso frío, así los llaman, ¿verdad? Así que no espero nada. La muerte de mi marido dudo que tenga respuesta. Pero no es justo, porque nosotros hemos pagado impuestos como todos y recibimos el peor de los servicios —espetó con rabia mientras miraba la foto donde aparecía junto a su marido.

Iván notó que esa era la parte más oscura y veraz de la señora, ya que, según él, la verdad de lo que pensaba lo había dicho empujada por los vasos de licor.

—Mi jefe es Álex Cortés y nosotros somos parte de su equipo. Si Barcelona es más tranquila y muchos asesinos en serie y criminales no andan sueltos por sus calles, es gracias a su olfato y a su equipo. Así que el caso frío de su marido está en las mejores manos de Barcelona. Esto es cierto. No le puedo asegurar ningún resultado, pero sí una investigación justa —aseguró Iván mientras ella seguía mirando la ventana.

La viuda, al escuchar el primer paso que Iván dio hacia la puerta, le respondió, siempre mirando el Mediterráneo.

—Deberían hablar con Joan Lladó. Fue la última persona que estuvo con mi marido. Seguro que él le podrá dar algún detalle más… útil sobre sus últimos minutos de vida.

24

Karla suspiró delante de la foto del reloj.

Un maldito y simple reloj de bolsillo, como los que los abuelos se ponían en el chaleco.

Sujetaba la foto mientras saboreaba el café. Se quedó así un buen rato, sola en la oficina, todos los demás se habían dispersado con sus investigaciones sobre el mismo caso.

A ella, le había tocado buscar información, la trazabilidad del reloj. El reloj que sujetaba el doctor Mateu Serra era una pista clara, sí, pero ella se sentía como que regresaba atrás en el tiempo. Hasta la fecha, hasta que apareció la tal Júlia, era ella quien iba con Álex a investigar, a pisar los talones a los criminales y sacarlos de sus escondrijos. Ahora, estaba en la oficina, investigando pruebas como una becaria.

Al pensarlo, Karla llegó a entenderlo. El peso que sentía en el pecho, justo en la boca del esternón, era ansiedad debido a las tareas de becaria. Un paso hacia atrás. ¿Lo siguiente sería perder el grado de cabo?, pensó con amargura.

Dio otro sorbo al café con leche y dejó el vaso de papel lejos de todo el material que estaba estudiando.

Miró un segundo por la ventana e intentó apartar su ego de la investigación. Tenía que seguir, tenía que seguir concentrada y determinada en su trabajo. Ser profesional era lo que tenía que hacer y convencerse.

Levantó de nuevo la foto del reloj.

Era un viejo objeto de culto, *vintage*. Un Omega de 1848. Fabricado en Suiza. La esfera, de color hueso, tenía todos los números en romano. El cristal estaba roto y había saltado un pedacito. Poco más grande que una moneda de dos euros, de la parte superior salía una cadena.

Karla lo buscó en internet; en varios foros de frikis de relojes antiguos y en páginas que los vendían, encontró similares. No era una pieza de particular valor, considerando que desde que había sido construido había pasado más de un siglo y medio, unos doscientos euros no le parecía exagerado.

Mirando las fotos en la pantalla, se dio cuenta de que el reloj dejado en la manos de la víctima tenía las agujas detenidas a las dos y media. Ese dato le llamó la atención.

¿Por qué esa hora? ¿Tenía una lógica? ¿Era una referencia?

Podía ser, de hecho, todo era una pista en ese caso. Los relojes, los horarios, los tiempos, todo mínimo detalle era una pista en un rompecabezas.

Sin embargo, no tenía todos los detalles. Si ese modelo era el mismo, y todas las pistas y mínimos detalles lo indicaban, en la investigación faltaban fotos.

Le faltaban fotos del reloj Omega, porque este se abría en dos partes, como si tuviera unas alas, del mismo modo que se abre una

mariposa. Las dos carcasas externas resguardaban las partes más delicadas, el cristal por un lado y la maquinaria por el otro.

Solo había una manera de averiguar eso: recuperando el reloj original.

Cogió sus cosas y se fue en coche hasta la comisaría de los *mossos* que habían llevado ese caso singular. Pidió el permiso para llevarse las pertenencias del doctor Mateu Serra i Pons, indicando el número de expediente y el caso. El encargado de las pruebas le trajo una caja. En su interior, estaban los objetos que la policía quiso conservar y no devolvió a la familia. El reloj que buscaba, un teléfono móvil, las llaves del coche, la cartera y otros objetos personales que aparentemente no interesaban.

Cogió el reloj y el móvil, depositados individualmente en una bolsa de plástico transparente. Amplió el permiso, añadiendo ese segundo objeto.

Se los llevó. Y mientras estaba en el coche mirando el Omega en su tétrico esplendor, reflexionó sobre lo que tenía que hacer y sacó su móvil. Buscó un relojero que pudiera ayudarla. Encontró una publicidad en Google y pinchó. La llevó a lo que parecía el mejor de Barcelona, expertos en relojes de bolsillo La Joyería Relojería Rabat. Activó el navegador y siguió las indicaciones. En veinte minutos, estaba en Passeig de Gràcia.

Aparcó en un aparcamiento de la zona, para turistas o para gente de negocios, que costaba casi tres euros la hora.

Fue directa a la tienda sin perder un segundo.

Un hombre muy fornido con traje le abrió. Lo miró un segundo de más, porque, si no hubiera sido por la corbata negra y el lugar, le

recordó a Marcos.

Al entrar, el lujo y la exclusividad la golpearon sin preaviso. Un aroma a tierras orientales y té blanco le hicieron cosquillas en la nariz.

Una moqueta muy suave recubría ciertas partes del suelo.

Un chico guapísimo, delgado, con traje oscuro y aire de gigoló, se acercó preguntando si la podía ayudar.

Las primeras palabras que le salieron fueron tartamudeando, patosa y desconcentrada. Cuando se repuso, le enseñó la placa y el muchacho tensó los músculos del cuello.

Ella le explicó lo que buscaba y él la hizo acomodar en una salita privada. En las paredes, las vitrinas mostraban unas joyas de incalculable valor y, en el medio, un escritorio con dos butacas de un lado y una silla con ruedas del otro. En una pared, aparecía el nombre de la marca en relieve dorado sobresaliendo del mármol.

En todas las esquinas, destacaban unas enormes cámaras negras escondidas por cristales redondos que, seguramente, seguían todos sus movimientos.

Unos altavoces camuflados emitían música clásica.

No tardó más de un par de minutos en entrar un señor de unos cincuenta años, vestido con un traje gris, alto y corpulento y prominente papada, observó que tenía una placa con su nombre en la solapa de la chaqueta.

El hombre abrió un cajón del escritorio y sacó dos guantes blanquísimos en los que introdujo sus manos. Tendió sobre la mesa un pequeño mantel también blanquísimo y Karla posó allí el viejo Omega.

—¿Qué buscamos exactamente?

—Quiero ver qué hay en su interior —confirmó Karla, mirando a los ojos pardos del hombre—. Necesito que me diga todo lo que sepa sobre este reloj. Todo. Todo detalle es importantísimo.

El hombre sonrió.

—Una máquina perfecta, sin duda —afirmó el hombre, que se había puesto un pequeño cilindro con lentes que le permitía ampliar la imagen de su interior y de los engranajes.

—Me refiero también a si hay algo que el asesino dejara.

El hombre se detuvo un segundo, pensando que ese objeto lo había tenido en la mano un criminal. Luego, siguió.

Mientras colocaba un pequeño destornillador de punta plana en una ranura, preguntó:

—¿Se puede saber de quién es? ¿Debo preocuparme?

Karla negó con la cabeza.

—Es mejor que no lo sepa, por usted y por la confidencialidad del caso.

El hombre levantó la mirada con ese ridículo cilindro que le daba un aire de mago o de personaje postapocalíptico.

—Me está asustando, cabo.

—No puedo comentar detalles, lo siento —respondió, tajante.

El hombre bajó de nuevo la mirada al objeto que ya había abierto.

Separó la tapa posterior, la contraria a la que se abría para ver la hora.

El hombre se quedó parado observando un texto grabado.

—¿Hay algo? —preguntó Karla, alargando el cuello.

—Sí —respondió, y le giró el objeto.

Había una inscripción: «Medaille d'or. Geneve 1896. Paris 1900. Non magnetic».

Nada relevante, solo una inscripción del fabricante como información de calidad y de los galardones que habían ganado el reloj y su mecanismo.

—Pensaba que era algo más interesante —respondió Karla, decepcionada.

El relojero volvió a girar el reloj hacia él. Encogió los hombros y cuando lo miró de nuevo, cambió su expresión.

—¿Qué es esto? —preguntó con tono misterioso.

¿Qué podía haber de diferente que le llamara la atención?

Al hombre se le cortó la respiración.

—Dígame, ¿qué pasa? —espetó Karla.

—He visto muchos de estos relojes, pero esta marca… no solía estar…

Karla arrugó el ceño y se echó hacia adelante con curiosidad, aliviada de que haber llevado allí ese reloj no hubiera sido en vano.

—¿Qué marca? —preguntó ella.

Él le indicó a lo que se refería. Karla se acercó más y más, pero sin ver nada.

El relojero le cedió el cilindro y apuntó el lugar donde tenía que mirar, entonces, solo entonces, vio algo que no tenía que estar allí: una rosa y una flecha.

En cuanto lo vio, levantó la mirada.

—¿Qué es?

El relojero sonrió y contestó.

—Seguramente, algo que usted busca. Si me permite… —dijo, refiriéndose a la lente para que se la devolviera.

Karla se la quitó enseguida y el hombre procedió a abrir la segunda tapa, la que llevaba los símbolos y las inscripciones de fábrica con fechas y ciudades.

Movió en varias direcciones el fino destornillador y con precisión y delicadeza lo intentó en varias formas. Se notaba en aquel hombre que, aparte de tener experiencia, sentía devoción por esos objetos, a diferencia de Karla, que para ella todos eran iguales. Un Swatch, un Rolex, un Casio, o un Panerai, todos daban la hora.

Pero ese hombre transmitía paciencia y amor hacia esos diminutos objetos casi animados.

Finalmente, algo se movió. Un ruido maravilloso se difundió por la estancia y cubrió por un instante la música clásica.

Clic.

La tapa se abrió.

Karla afinó los ojos para ver si había algo.

El hombre torció la cabeza. Se ajustó el cilindro en el ojo y luego se lo quitó. Levantó la mirada hacia la policía y dijo:

—Creo que he encontrado lo que buscaba.

25

En pleno barrio de Gràcia, hay una plaza que, en su interior, esconde un monumento, una torre desconocida para muchos.

Cuando Laura llegó a la plaza, se encontró algo que nunca antes había visto.

Una torre alta y esbelta que sobresalía por encima de los edificios colindantes y observaba el barrio. Del mismo modo, vanidosa, quería ser vista, sí, porque en la parte superior se distinguía un reloj en cada una de sus caras.

Construida con ladrillo visto de color rojizo y una base más ancha decorada en piedra y con arcos, se levantaba en una plaza arbolada llena de mesas y vida de barrio.

Laura se acercó al banco donde apareció, casi dos años atrás, el doctor Mateu Serra i Pons.

Levantó la foto hasta la altura de sus ojos.

En la foto, las mamparas de los Mossos tapaban el fondo, donde estaban los restaurantes. Aun así, era el mismo escenario con dos años de diferencia.

Levantó la mirada, el reloj lo controlaba todo, presente, tangible. No como en las otras dos escenas, en las que uno era solar y el otro

estaba iluminado en la acera. Además, el reloj que sujetaba la víctima en las manos no se repitió en los asesinatos siguientes, lo sustituyó por un tic-tac escrito en la piel.

Ese primer asesinato era diferente. Todo apuntaba a que la técnica del asesino se había transformado, se había pulido, había sufrido una metamorfosis importante.

El lugar, el reloj y el *modus operandi* habían cambiado.

Pero Laura se tuvo que concentrar en el lugar. Era casi la hora de comer y los bares estaban llenos de gente tomándose el aperitivo a pesar de ser un día entre semana.

Algunos paseantes la miraban un segundo y seguían su camino a otro sitio.

Pensar que en ese mismo lugar, una madrugada de casi dos años atrás, habían encontrado un cadáver estremeció a Laura.

Los comercios que estaban por detrás, una pequeña tienda de alimentación, una de bisutería y una lavandería de barrio, no disponían de cámaras que apuntaran a la calle.

¿Cómo conseguirían una imagen clara del asesino si no tenían cámaras esos comercios?

Al otro lado de la plaza, un estanco y un edificio público que tal vez tuvieran grabaciones.

Se acercó y descubrió que eran oficinas de atención ciudadana.

Un edificio del ayuntamiento debía tener un dispositivo de grabación.

Laura, al entrar, se percató de que una cámara, solo una, apuntaba al exterior.

Comenzó a preguntar a los empleados hasta averiguar que las grabaciones de las cámaras se habían destruido. Obvio después de dos años.

Pero el dato importante no era ese, el responsable de la oficina recordó que las grabaciones las habían requisado los Mossos.

Había grabaciones y el grupo de investigación de Álex no las tenía.

¿Por qué?

Al salir de la oficina, decidió descubrir dónde estaban las grabaciones.

26

Álex miró perplejo a Júlia. Algo no iba bien.

Se equivocaba de calle, pasaba en ámbar y su conducción no era la misma de los dos días anteriores.

Le preguntó qué le pasaba y ella aseguró que todo iba bien, pero Álex no se lo creía.

¿Qué había pasado en la reunión que le había cambiado el humor y el comportamiento, convirtiéndolo en distraído y casi errático?

Cuando entraron en la autovía dirección Sabadell, su conducción mejoró, conduciendo tranquila en el carril de la derecha a una velocidad inferior de la máxima permitida. Álex no añadió nada más, él hubiera acelerado y llegado antes a la central de los Mossos, pero respetó que siguiera a su ritmo.

Al aparcar el coche en la zona de las visitas, justo al lado de la puerta del edificio central, ella suspiró. Sus manos temblaban.

—¿Ahora me quieres decir qué ha pasado?

Ella apretó los labios.

—¿Te he dicho algo que te ha molestado en el *briefing*?

Ella negó. Bajó la vista al volante y suspiró, controlando la respiración.

Álex tuvo un momento de inquietud.

—¿Estás bien? Dime qué te pasa, por el amor de Dios —ordenó.

—No, estoy bien. Estoy nerviosa. Solo eso.

Álex afinó los ojos, la respuesta no le había satisfecho.

—No me lo creo. Algo te pasa.

Ella tragó saliva y levantó la mirada.

—Lo siento, es una especie de ataque de nervios. Me falta la respiración, tiemblo. Lo siento.

Él no se conformó.

—¿Por qué? ¿No quieres entrar?

—No. ¡Sí! Quiero decir.

—¿Entonces?

—Ana Cortés.

Álex arrugó el ceño.

—¿Qué le pasa a mi hermana? La quieres matar, ¿eres una asesina a sueldo? —bromeó.

Ella arqueó la espalda y sonrió. Cerró los ojos, buscando controlar sus nervios.

Cuando los tuvo casi controlados, se giró y cogió de los asientos de atrás una bolsa. Álex no se había enterado de que estaba allí.

De ella sacó un libro.

—Este libro cambió mi vida. De abogada me convertí en una *mosso* con especialización en criminología —confesó con una voz que no era regular.

Álex cogió el libro. Estaba gastado, muy gastado. Lleno de marcadores pegados y que sobresalían del lomo. Lo abrió y estaba subrayado con anotaciones en los laterales.

—Es de mi hermana. Uno de los primeros malditos libros que escribió.

Ella asintió.

—¿Y entonces? —preguntó, y, una vez formulada la pregunta, se dio cuenta de lo estúpido que había sido—. La admiras.

—Fui a varias presentaciones de sus últimos libros, los tengo en casa, pero esto es diferente. Es trabajar con ella. Mi mayor sueño.

Álex asintió, cerró el libro y se lo dio.

—Súbelo para que te lo firme y se lo explicas. Los escritores son solitarios y ermitaños, necesitan saber que sus obras gustan. Ni te cuento si cambia la vida a las personas.

—Pero…

—Pero nada. Vamos —ordenó Álex, y abrió la puerta del copiloto; una vez cerrada por fuera, esperó a que ella también saliera. Entonces la apuntó con su dedo índice—. ¿Seguro, verdad, que no la quieres matar?

Por la expresión de Júlia y debido a su estado anímico, no entendió que era una broma de Álex.

Cerraron el coche y entraron en las oficinas centrales de los Mossos.

Para la recién llegada, entrar en la sede central era un evento. Júlia escaneaba todos los rincones y personas, como si tuviera que hacer un mapa y una recreación de ese lugar una vez en casa.

Justo lo contrario para él, acudir a ese edificio se había convertido en un trámite más.

La novata lo entendió, sobre todo, cuando en el ascensor, subiendo al piso donde trabajaba la hermana, Álex le comentó que

esperaba no encontrarse con el «gran jefe» para que no le hiciera alguna propuesta de traslado o un cargo que tuviera para él.

Por fortuna para Álex, no se lo encontraron. Y después de esperar casi media hora en una sala, entraron en el despacho de la hermana.

—Te han vuelto a cambiar el despacho. Este es más grande, ¿no? —preguntó Álex con una mueca.

Ana no se levantó en un primer momento hasta que no vio que iba acompañado.

—Perdona, esta es Júlia —dijo Álex, indicando a la compañera—. Es criminóloga, muy competente y vergonzosa.

Júlia se sonrojó mientras se acercaba para estrechar la mano de Ana. La hermana la escaneó y se dio cuenta de que esta no conseguía mirarla a los ojos ni por un segundo.

—Bienvenida a mi despacho, Júlia.

—Gracias —respondió, tímida.

Álex puso los ojos en blanco y se acercó a su oído.

—¿Piensas decírselo? —susurró.

Ana se sentó, pasando del hermano.

—¿Por qué tienes que hostigar a esta pobre chica? Espero que sea solo temporal la tortura de tener a mi hermano como compañero de investigación —espetó ella.

Álex levantó las cejas. Se sentó en una silla al otro lado del escritorio y le indicó a la nueva que se sentara también.

—¿Entonces?

Júlia no reaccionaba, estaba atrapada en una especie de modalidad de ansiedad y no podía reaccionar.

—En fin, hemos venido para pedirte ayuda.

Ana se giró hacia él y subió las cejas.

—Vaya, no es ninguna novedad. No me sorprende. Por lo menos, ahora cobro un sueldo de la policía, antes venías a mi casa y te ayudaba de forma altruista —replicó con tono cínico.

Álex cogió todo lo que tenía Júlia en una bolsa y lo dejó en su escritorio. Entre las cosas, estaba la carpeta con las copias del caso para su hermana.

—¿Todo esto, Álex? Pero tardaré una semana en estudiármelo —protestó.

—Es menos de lo que piensas, hermanita —dijo, miró a Júlia y se dio una palmada sobre la pierna—. Te lo vamos a resumir y tardaremos menos.

Álex suspiró y se centró en explicar todo lo que habían descubierto. Los tres cadáveres, las similitudes, las incoherencias en las pesquisas y todos los otros detalles.

Ana, mientras escuchaba, se acercó la carpeta. La abrió y comenzó a mirar solo las fotos de los asesinatos, de la morgue y los demás detalles.

Pasó casi veinte minutos explicándole. Júlia, que no subía la barbilla por miedo o por respeto, miraba a la criminóloga solo moviendo los ojos.

—¿Qué opinas? —preguntó Álex cuando acabó.

Ella bufó y se pasó la mano por el pelo, que llevaba suelto.

—Creo que debería estudiar mejor el caso antes de perfilar al criminal que buscas.

Álex negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo. Y si este finde…

—Ostras, no me acordaba, este finde…

Álex asintió.

—No lo dudéis —dijo Ana, mirando a los dos—. Seguro que volverá a matar. Bueno, hay asesinos en serie que consiguen acallar al demonio que tienen dentro y dejan de matar por un tiempo más largo. A lo mejor, este sábado lo reprime. Si siente que está acorralado, puede que cambie de planes.

—Me la trae al pairo lo que vaya a hacer, si volverá a matar o no este fin de semana, para entonces tenemos que haberlo capturado. No quiero tener un asesino en serie en nuestra ciudad. Como lo sepa la prensa, estamos fritos.

Ana respiró hondo y se mordisqueó un labio.

—La verdad es que, si se sabe esto, podría haber un éxodo de la ciudad este finde. No sería muy buena prensa para Barcelona. La verdad es que no.

—Necesito que me digas ahora lo que ves, lo que sientes, lo que crees. Si mañana cambias de idea, pues, nada, pero necesitamos movernos, saber cosas de este malnacido —dijo, y apuntó a las fotos que Ana estaba mirando.

Ana se tomó unos instantes más para pensar, para ver qué decir sobre este caso.

Álex movió la cabeza hacia Júlia y esta lo miró siempre con la barbilla bajada.

Él arrugó las cejas y señaló a la hermana mientras sacudía la cabeza.

—¿Por qué no hablas? —susurró.

—A ver. Creo que vuestro criminal es un varón de cuarenta o cincuenta años. Catalán o caucásico en general. Puede que tenga una formación técnica, a lo mejor relacionada con los relojes —dijo, y se detuvo en una foto de un reloj—. Es inteligente, muy inteligente. Es metódico y paciente, porque esperar seis meses para cada asesinato… La paciencia es su fuerte. Creo que vive solo y en un lugar popular. Barrio tranquilo, en el que puede pasar desapercibido. Es soltero o ha tenido pocas relaciones afectivas, seguramente, inestables.

Álex la miraba afinando los ojos, como se mira una bola de cristal que te está enseñando el futuro o una pitonisa leyendo las cartas del tarot o los posos de café.

Esa parte le encantaba, por eso siempre se la quedaba para él. Con poca información, Ana sacaba de su chistera de criminóloga un retrato robot del asesino. De no tener nada, como por arte de magia, tenían un perfil que le indicaba por dónde tirar. Casi nunca fallaba.

—¿Qué más, hermanita?

27

Joan Lladó era un científico.

Trabajaba en un oscuro laboratorio de la Universidad de Barcelona, sin ventanas. Estaba rodeado de plantas y de relojes, focos de diversos colores y estanterías metálicas con diversos libros.

A Iván le dio la idea de un científico loco, con plantas carnívoras que alimentaba con ratas congeladas y algún que otro alumno poco aplicado.

Llevaba gruesas gafas que cada minuto empujaba con el índice hacia arriba, en una forma de tic nervioso del que, seguramente, ni él se daba cuenta.

Le costó un buen rato convencerlo para que hablara con ellos. Primero, despegarlo de un microscopio que observaba una minúscula planta y un rayo de luz de color azul que la iluminaba.

Cuando consiguió sentarlo y centrarlo para hablar, se dio cuenta de que sus dientes amarillentos estaban manchados por el tabaco. Y como allí no podía fumar, los nervios a flor de piel por no poder fumar los demostraba con una pierna nerviosa e incontrolable. Escupió un chicle y se metió enseguida otro, nuevo, cargado de nicotina.

Explicó que había trabajado muchos años con el doctor Mateu Serra i Pons. Había sido su mentor y su muerte le había ocasionado una fuerte depresión.

No demostraba muchas ganas de hablar, no tanto por ayudar a la policía, sino por una fuerte y marcada incapacidad para socializar.

Iván le hizo las mismas preguntas que había realizado a la viuda. Él respondió que no había notado nada anormal. Ese sábado, trabajaron hasta tarde en el proyecto del cambio de horario, cómo afectaba a los humanos y a las plantas. Lo acompañó hasta casa, que le venía de paso para regresar a su domicilio en Sant Andreu de Llavaneres. De hecho, el punto donde había indicado el compañero científico fue a pocas manzanas de donde se había localizado el coche.

—¿Cómo cree que supo el asesino que esa noche iban a hacer ese trayecto, que lo acompañaría a su casa? ¿A quién se lo había dicho? ¿Lo comentaron con alguien más? —preguntó Iván.

Joan Lladó se ajustó las gafas y masticó.

—No tengo ni idea, agente. Quizá nos siguió y ya está…

La respuesta, en su simplicidad, era adecuada y la más sensata.

Pero mirando el despacho de ese loco de la botánica y de las luces, pensó que podía haber interceptado el móvil, tenerlo geolocalizado, haber entrado en su WhatsApp y haber leído los mensajes con la mujer. Se abría un abanico de posibilidades increíbles.

Nada más pudo sonsacar del científico, pero, antes de salir, se giró y le preguntó:

—¿Tiene planes para este sábado? ¿Qué va a hacer? —preguntó Iván, como si lo estuviera invitando a una cita.

28

¿Cómo era posible que nadie hubiera encontrado aquello?

Parecía importante.

Ese reloj roto, viejo y olvidado encerraba en su interior un corazón latente y un secreto que desde hacía dos años estaba en manos de las autoridades y no había sido descubierto.

¿Cómo era posible?

De pronto sintió un calor que le subía de los pies hasta la cabeza y se convertía en un escalofrío. Estaba delante de una pista clara y sin precedentes. El ego se había despertado en ella cuando Álex le ordenó, por petición del subinspector Ferrer, que no podía investigar con él. Celosa de la nueva, acató la idea de quedarse en la oficina e investigar unas pistas secundarias. Esas mismas, en ese momento, se habían transformado en la pesquisa principal.

El ego bajó y subió el orgullo.

Respiró a pleno pulmón el aire de la joyería con aroma a perfumes orientales.

Cuando conseguía esos hallazgos, una euforia la recorría y recordaba por qué era policía de homicidios y había elegido esa profesión.

—Nada mal, ¿no le parece? —preguntó el relojero.

Karla le devolvió el cilindro con las lentes. No respondió, disimulando la euforia que sentía en su interior.

—¿Quién es Conxita? —preguntó él con curiosidad.

¿Cuál era el caso y quién era esa mujer que estaba escrita en la tapa más escondida del reloj?

Karla cogió el reloj sin contestar y se acomodó en la comodísima butaca.

«Para S. T. Con todo mi amor, para siempre. Conxita, 1943».

—Buena pregunta, ¿quién es Conxita? —repitió Karla.

Se formó un silencio inquietante. La dedicatoria escrita en la tapa del reloj abrió una esperanza.

Amor, misterio y sufrimiento inspiraba esa frase.

—Cabo, tiene que considerar una cosa importante —advirtió el relojero—. Puede que esto no sea del asesino ni de las víctimas. Quiero decir que puede que no sea de ellos, que sea un objeto comprado. Es un popular reloj de bolsillo *vintage*, puede haber pasado de mano en mano. Estas personas, S. T. y Conxita, puede que no tengan nada que ver con lo que usted busca.

Karla arrugó el ceño.

—¿Dónde se puede comprar un reloj como este?

El hombre se encogió de hombros y se ajustó el traje, estirándolo hacia abajo. Luego, hizo lo mismo con la corbata. De forma silenciosa, manifestaba «desde luego que aquí no».

—En muchos sitios de compraventa de objetos *vintage*. Tiendas de relojes de segunda mano, aplicaciones de venta de objetos de todo tipo… —dijo con un tono que demostraba conocimiento.

La euforia del hallazgo casi desapareció. La posibilidad de que el asesino lo hubiera comprado, vete a saber dónde, era lo más probable. Pero ¿por qué ese reloj en concreto y no otro? ¿Casualidad o causalidad?

No podía atribuir al hombre que buscaban ese objeto. Era posible que unos días antes lo comprara en un mercadillo o en una aplicación. Con el problema añadido de tener que retroceder en el pasado casi dos años, seguir el rastro de ese objeto era casi imposible.

—¿Este reloj no tiene un número de fabricación? ¿No se le puede seguir la pista? —preguntó Karla como perfecta ignorante en la materia.

El hombre suspiró y cogió de nuevo el Omega.

—Los fabricantes empezaron a partir de 1900 a marcar los relojes con un número de serie. Y si lo tuviera, no le serviría para nada. No hay rastro de esta… —dijo, y se calló.

Lo que intuyó Karla era que iba a definirlo como baratija. Y desde el punto de vista de un empleado de una de las joyerías de Barcelona afincada en Passeig de Gràcia, no iba desencaminado.

—Solo para ciertos relojes, a día de hoy, se conserva un rastro o, mejor dicho, un registro de la propiedad. Solo en caso de relojes especializados para la aeronáutica, por ejemplo, o por exclusividad. En fin, no para… esto —concluyó.

«Mi gozo en un pozo», pensó Karla.

A pesar de que eso no ayudaba mucho, esa incisión no se podía haber encontrado si no hubiera llegado hasta el fondo de la cuestión.

¿Cómo lo habría sabido si no lo hubiera probado?

Pero su satisfacción quedaba intacta, había encontrado algo interesante. Podía ser nada, pero podía ser algo. Un tal S. T. y una Conxita escrita con la equis típica de Cataluña. Eso podría indicar que nunca había salido de la ciudad o de Cataluña.

Era un detalle que estrechaba el cerco. El año, 1943, daba una idea precisa de dónde ubicar en el tiempo esa inscripción. Del mismo modo que se pone una chincheta en un mapa, esa fecha era algo parecido.

Sonrió al relojero y le indicó que se lo llevaba.

Lo metió en la bolsa transparente de pruebas con la atención de no cerrar las tapas herméticas.

Dio las gracias al relojero y se fue a la comisaría, tenía algo más que hacer: entregar a Alan el teléfono. A lo mejor, se podía recabar más información.

29

El genio informático del grupo de investigación se sintió perdido por primera vez. Era muy complicado trazar las coordenadas de los móviles de las víctimas después de tanto tiempo.

Llamó a sus contactos, amigos frikis como él en puestos de empresas de telefonía, y consiguió solo las coordenadas de la última víctima.

Todos sus contactos lo informaron de que las coordenadas de triangulación de los móviles los borraban a los pocos meses, con suerte, llegaban a un año.

Si se quitaba de la ecuación a la señora Carme Altisent, la activista que, por caprichos del destino, salió ese día de casa sin móvil, le quedaba el ingeniero de ferrocarriles.

Por medio de la triangulación móvil, recreó el recorrido del hombre hasta el lugar donde había muerto, en la calle Rocafort.

Las coordenadas del móvil de Eloi Massip se detenían en una estación cercana a la escena del crimen. ¿Cómo podía ser?

Alan pensó que era probable que el asesino, después de darle un golpe en la cabeza, se hiciera con su móvil y lo apagara o lo destruyera.

La mala suerte fue que la estación de transporte público que había usado para desplazarse de casa hasta el trabajo pasaba por esa zona.

El asesino lo tenía todo estudiado. ¿Cómo había dejado un cuerpo que pesaba en el cajero, delante del banco, sin que nadie se diera cuenta de que estaba muerto?

Eso no era normal.

—Ya las tengo —dijo Laura, entrando en el despacho de Alan.

En sus manos, sujetaba una caja y en su rostro se mostraba una expresión de victoria.

—Caray, eres eficiente y todo —respondió Alan.

—Las dudas ofenden. Te he traído algo de carburante, que sé que te gusta.

Laura dejó en la mesa la caja y sacó un paquete de dónuts rosa y una lata de una bebida energética.

—¿Pensáis sobornarme siempre con esto? —dijo, indicando la caja de bollos—. ¿Y con esto para mantenerme despierto?

Ella se encogió de hombros.

—Karla me ha dicho que te gustan.

El informático forense la miró de reojo, pero cogió la ofrenda con sumo placer.

—¿Ella te ha dicho que me trajeras esto?

Laura bajó la mirada.

—No.

Alan abrió el envoltorio y dio un bocado al primero de los cuatro dónuts. Lo dejó de nuevo en su lugar y el glaseado que le quedó en los dedos se lo limpió en el tejano.

Acto seguido, asomó la cabeza en el interior de la caja.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el informático.

—He pasado por la comisaría que tenía el caso anteriormente. Se habían olvidado de informar que tenían todas las grabaciones de las cámaras, pero dicen que no sacaron nada de esto —confirmó Laura, dando un golpecito con los dedos al cartón.

Alan comenzó a sacar fotos, instantáneas de grabaciones y dispositivos de almacenamiento USB.

Los fue dejando encima de carpetas, móviles, fotocopias y plásticos de chocolatinas vacíos.

—Alan, ¿cómo puedes vivir en este caos?

Él levantó la mirada de su escritorio y la miró a la cara.

—No es un caos, es un desorden calculado —dijo con un tono casi molesto—. ¿No tienes nada que hacer de lo tuyo?

Laura arrugó el ceño.

—Si no te importa, me quedo contigo a revisar cámaras y ver si encontramos una pista, ¿te importa? —preguntó con suma dulzura.

Alan suspiró, trabajar con alguien no era de su agrado. Era un animal nocturno y solitario. Su inteligencia era conocida en todo el departamento, pero, de igual manera, su personalidad antisocial, compartir espacio y trabajo, era uno de los puntos más sensibles para él. No quería, ni siquiera si era una chica atractiva y dulce como Laura.

—Preferiría trabajar solo, pero gracias.

El rostro de Laura demostró que no se esperaba tanta insistencia en rechazar su ayuda.

—Karla me dijo que te ayudara… —aseguró la agente.

Alan gruñó, sentirse rodeado y tener una intrusa en su mundo no le gustaba. Su espacio de polvo, chips, monitores, cables y móviles en fundas de plástico que representaban pruebas era inquebrantable. Hasta los jefes sabían que, si querían que Alan sacara lo mejor de sí mismo, tenían que dejarlo solo.

—Lo siento. Trabajo solo —afirmó, y bajó la cabeza.

Arrancó un trozo más del dónut y se puso al trabajo sin dilación.

Laura bajó la mirada, algo desconsolada. Salió y cerró la puerta.

Al cerrarse, Alan levantó la mirada y chasqueó la lengua.

«¿Por qué soy tan asocial?», se reprochó.

Se mordió un labio y estuvo a punto de levantarse para detener a la compañera, pero no tuvo el valor.

Tragó el bocado de bollo rosa y siguió trabajando con afán de buscar entre esas grabaciones alguna pista.

Siguió trabajando con el dulce sabor del regalo, pero con la amarga soledad que había querido, hasta que una detalle en esa caja de documentos y grabaciones apareció por arte de magia.

30

De la misma manera que Álex disfrutaba al escuchar el retrato robot que hacía Ana, a ella también la apasionaba ese momento.

La motivaba ayudar a la policía a coger a los criminales que acechaban la ciudad.

Mientras hablaba con Álex, de vez en cuando dirigía su mirada sobre la joven agente que no había comentado ni una palabra desde que había entrado en el despacho.

—Es un hombre con una cierta fuerza física, para estrangular y dejar un cuerpo en la vía pública sin llamar la atención. Intelectual o cultura medio alta, con un mensaje concreto. Ropa sobria, funcional y con aspecto normal. Me parece que es un narcisista y un controlador. Lo necesita controlar todo. El tiempo se le escapa y por eso mata y/o a lo mejor quiere que no se cambie la hora. Podría ser… —dijo Ana con poca convicción—. La motivación, el porqué este criminal mata, considerad qué es lo más importante y, en consecuencia, lo más difícil de saber. Muchas veces, ni siquiera hablando con él podrás saber cuál es la verdadera motivación que lo impulsa a matar. De hecho, muchos de ellos lo saben, solo por matar o por un impulso que en su mente tiene sentido.

Los ojos de Álex brillaban al escucharla. Era una sensación que no podía explicar. Siempre se imaginaba que, antes de hablar con Ana, estaba en una habitación oscura, casi grisácea, sin nada. Cuanto más hablaba ella de ese individuo, creando un retrato robot, él recreaba en esa habitación un pedestal iluminado con el criminal dando vueltas. Poco a poco, se formaba la persona en su mente y en ese pedestal. Cuando salía, por arte de magia, ya tenía una idea más clara de a qué se estaba enfrentando.

—Pero espera. Si no quiere que se cambie al horario legal, no mataría a personas que están buscando precisamente eso. Carme era de una ONG que buscaba no cambiar la hora de la legal a la solar. El doctor Mateu Serra había realizado un estudio completísimo por esto y lo mató.

Ana se encogió de hombros.

—Te lo he dicho, deberíamos hablar con él. Un asesino es imprevisible. De lo que sí estoy segura, con mucha probabilidad, es que volverá a matar.

Álex asintió.

—Está bien, sigue.

—De lo que tenéis que estar convencidos es de una cosa —dijo, mirando a los dos mientras con su mano levantaba unas fotos—. No mata por placer, ni por venganza, sino por una misión simbólica. Tiene algo que demostrar y reivindicar al mundo. Tic-tac. El tiempo pasa y no me pillareis —dijo con tono pomposo y solemne, como si estuviera interpretando el papel de un abogado.

—¿Quiere fama? ¿Tú qué crees que está buscando? —preguntó Álex, y al girarse hacia la agente, vio que estaba tomando notas con

la misma velocidad y avidez que un universitario en una clase importante.

—No creo que quiera fama. ¿Te acuerdas cuando Néstor llamó a Emily? Quiso que su noticia estuviera en la primera página de todos los periódicos nacionales e internacionales. Pero este… este es diferente, no busca notoriedad, esto es un mensaje personal. Algo le tiene que haber pasado a él.

—¿Crees que busca algo en concreto con cada víctima? Primero, un doctor en cronobiología. Luego, una activista y, por último, un ingeniero de horarios de los ferrocarriles. Todos relacionados con el tiempo, con los horarios. No sé cómo entender el patrón. Si va a matar otra vez, ¿a quién? ¿Cómo podemos cogerlo? —jadeó Álex en un volcado de todas las preguntas que le vinieron en un cascada de inquietudes.

Ana se lo quedó mirando un segundo, no era a su hermano a quien tenía delante, sino al sargento que lo caracterizaba, el que quería salvar el mundo.

—Tranquilo, relájate. No soy el oráculo de Matrix. Tienes que pensar que todo lo que os estoy diciendo es una aproximación, es lo que yo creo, tienes que cogerlo con pinzas. Con lo poco que he visto, no puedo decirte nada más. Déjamelo estudiar y te digo algo más en concreto en unos días.

Álex abrió de par en par los ojos.

—Unos días. Estamos a jueves, si el cambio de hora es el sábado, tenemos que cogerlo ya. No tenemos un par de días.

Ella miró a Júlia, que presentaba una expresión algo contrariada. Se pasó la lengua por los labios para remojarlos, dejó las fotos en la

carpeta y la cerró.

—Álex, tranquilízate, no soy uno de tus subordinados, ni un ordenador al que le puedes sacar toda la información que quieras ni una vaca para ordeñar. Soy tu hermana y un ser humano que necesita pensar, analizar y reflexionar. El día que las máquinas te saquen un retrato robot poniendo dentro cuatro datos, entonces será otra época, ahora necesito tiempo, ¿entendido? —espetó a Álex.

Los dos se quedaron unos instantes en silencio, mirándose, con la misma expresión que tenían cuando jugaban en el jardín de sus padres y se peleaban por el vaso con más limonada, por ser el protagonista de un juego o por sentarse en el medio en el coche de los padres.

Mientras la mirada de los dos titanes Cortés chocaba, pasó lo que no se esperaban.

—Creo que tenemos que buscar en el pasado.

Se hizo el silencio y los Cortés se giraron hacia Júlia al unísono. Era lo primero que decía la muchacha. Esta, al verse el centro de la atención, encogió el cuello y, con el mismo gesto que haría una tortuguita, se encogió de hombros metiendo dentro la cabeza.

—¿Cómo dices? —preguntó con tono amable, nada que ver con lo último que le había dicho a su hermano.

Júlia tragó saliva y suspiró.

—31 de marzo de 2024, el doctor. 27 de octubre del mismo año, la activista. 30 de marzo de este año, el ingeniero. ¿Qué pasó antes? ¿Qué le pasó antes de la fecha de la muerte del doctor? A lo mejor en… —dijo Júlia, y buscó rápidamente algo en su móvil con la

velocidad y el frenesí del que tiene la posibilidad de hablar y con el miedo de que le quiten la palabra y no pueda hablar más—. Aquí está. El sábado 28 de octubre de 2023, hubo el cambio de hora antes de que todo esto arrancara. Seis meses antes de la muerte del doctor, es decir, de la primera víctima. A lo mejor, ahí, ese día, le pasó algo a nuestro criminal y empezó todo. Tuvo seis meses para preparar todo lo que vino después —concluyó, y se estiró la chaqueta en dirección a las piernas.

Los Cortés se giraron hacia ellos y se miraron algo asombrados.

—¡Ehh! Bueno, tiene sentido, tiene mucho sentido —dijo Álex.

Después, Ana se la quedó mirando con expectación. El cambio de la novata la dejó sin palabras. Se acercó la mano a la cara y se tocó los labios con el dedo. Afinó la vista y estudió la postura, la ropa y la manera en que estaba escribiendo. Le llamó la atención que la chica tuviera una libreta muy particular con tapa negra, un objeto en desuso, casi del pleistoceno en investigación, pero a la vez muy moderno. Escribir activa el lóbulo prefrontal y activa la memoria y la creatividad. No era de extrañar que la chica, con actitud proactiva, se hubiera adentrado en la mente del asesino. Escribir no es lo mismo que apuntar en una *tablet*, el cerebro trabaja diferente, y eso la podía haber ayudado, analizó Ana. Esa libretita, además, tenía una forma peculiar, alargada como un móvil, de los inteligentes, y giraba las páginas por el lado corto, por arriba.

—Nada mal. Al hombre le ha pasado algo, un accidente, un trastorno, algo, el día ese que has dicho. Buena idea, Júlia. Pero dime una cosa —dijo Ana, dirigiéndose a la agente exclusivamente —, ¿te gusta Colombo, el investigador Colombo?

Júlia abrió los ojos de par en par, como si Ana hubiera tenido una revelación asombrosa.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Tutéame, creo que tendremos mucho trabajo como para hablarnos de usted, me hace más vieja de lo que ya soy.

Júlia inclinó la cabeza, asintiendo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la joven criminóloga.

Ella sonrió.

—Fácil, por tu libreta. ¿Y este libro? —preguntó Ana, sacando de debajo de la carpeta su libro gastado y lleno de marcadores, que supuso que representaban una anotación o una parte que le había interesado.

—Venga, díselo —añadió Álex en tono alentador.

Júlia tragó saliva y suspiró de nuevo. Se arregló el pelo detrás de la oreja con lentitud para dilatar aún más el tiempo.

—Este libro me cambió la vida —dijo Júlia, y levantó la mirada hasta cruzarse con la de Ana—. Gracias a tu libro he cambiado mi rumbo. Dejé el primer año de abogacía y me metí a criminalista y luego, en los Mossos.

Ana juntó las finas cejas cuidadas. Su mirada cambió al escuchar esas pocas palabras. La mirada de la mujer se convirtió casi en la de una madre.

Se quedaron en silencio unos instantes, Ana quería encontrar las palabras adecuadas al momento.

—La verdad es que me llena de orgullo. Por ti, si este objeto ha sido tu brújula de la vida. No tenía ni idea de lo que podía ser capaz. Gracias por contarme ese paso importante en tu vida, pero, si te

parece, otro día tomamos un café y me lo explicas mejor, ¿de acuerdo?

Júlia volvió a bajar la espalda y la barbilla, retrocediendo la cabeza como si fuera una tortuga.

—Claro —respondió a secas.

Los dos hermanos se miraron y él hizo un gesto con la mano.

—Júlia es un poco tímida. Ya quedaréis para ese café —dijo Álex con tono amable, y luego cambió por completo, se giró hacia la novata y concluyó—. Vamos al grano. Tenemos que buscar a nuestro asesino. Explícame más sobre tu teoría.

31

En el despacho de Ana Cortés, en la central de los Mossos, se había formado un silencio.

Los dos Cortés estaban esperando a que la joven agente siguiera explicando la teoría que había iniciado.

Se aclaró la voz y arrancó de nuevo.

—Si pensamos como un criminal, el patrón es perfecto. Tres muertes, los tres fines de semana del cambio de hora consecutivos. Hasta aquí es fácil. Mi teoría es: ¿y si hubiese pasado algo en el cambio de horario anterior? Estaría enfadado por algo, con alguien, por algún suceso que pudiera haber sufrido, ¿no creéis? —dijo con un poco más de confianza en sí misma que hasta el color de su rostro había revivido, y levantó una mano, en un gesto casi teatral—. Señora Cortés, quiero decir, Ana, ¿qué nos debería pasar tan fuerte, grave e impactante en nuestra vida para que nos veamos matando ese mismo día en concreto?

Ana se la quedó observando en silencio. Apoyó la espalda en el respaldo y se empujó unos centímetros hacia atrás, alejándose del escritorio.

Álex, en cambio, se levantó y se fue directo a la ventana que ocupaba toda la pared de al lado. No eran las mismas vistas privilegiadas del despacho del mayor Aragonés, pero también eran bonitas. Daban a las montañas y, en la dirección contraria, hacia Sabadell.

—Tenemos que buscar todo lo que pudo pasar ese día, el… —dijo Álex, intentando recordarlo.

—Domingo 29 de octubre de 2023 —matizó Júlia.

—Eso.

—Creo que tenéis mucho trabajo. Yo buscaría todos los asesinatos, accidentes, desgracias en general, muertes ocasionadas por negligencias médicas, accidentes de tráfico, todo lo que pueda ocasionar que una persona se vuelva tarumba por culpa de algo que sucedió esa noche, del sábado al domingo —confirmó Ana.

—Nos vamos —dijo Álex sin esperar ni un segundo más y dándose la vuelta—. Júlia, recogemos nuestros trastos y nos vamos.

—No, déjame este material, que lo voy a estudiar esta noche. A ver si mañana tengo algo más.

Álex asintió y Júlia recogió el libro.

—No tenemos tiempo de dedicatorias, pero el próximo día, cuando hagáis el café, se lo firmas, ¿de acuerdo? —preguntó Álex a su hermana.

Ella, obviamente, asintió. Álex y la agente salieron del despacho de Ana y bajaron por las escaleras caminando a paso rápido.

No hablaron mucho en el camino de vuelta. Álex solo hizo una llamada a Laura, que ya había vuelto de la escena del primer delito. Le indicó que necesitaba todas las muertes de la noche del 28 al 29

de octubre de 2023, que empezase a buscarlas, que las tenían que estudiar.

Al colgar, se quedó mirando por la ventanilla, los coches que pasaban y los ocupantes. Uno de ellos podría ser el asesino de los relojes. Uno de ellos podría ser el chiflado que tenía en vilo a la ciudad las noches del cambio de hora, sin que sus ciudadanos se dieran cuenta. Ese razonamiento fue adquiriendo importancia hasta que tomó una decisión.

Al aparcar el coche, subieron hasta la mesa de Laura. Ya estaba trabajando en lo que Álex le había indicado.

—Necesito un rato más —dijo la agente.

Así que Álex indicó a Júlia que la ayudara mientras que él hacía otra cosa.

Se fue directo al despacho del jefe. Tocó con los nudillos y entró sin esperar a que le contestara.

—Siempre igual… —refunfuñó Ferrer.

—Es urgente.

—Me la repampinfla, tiene que esperar a que le dé paso, ¡Cortés!

—No sé por qué se enfada, no estaba haciendo nada —dijo en tono chulesco—. En fin, no perdamos tiempo discutiendo.

El subinspector apoyó los codos en el escritorio y se pasó las manos por la nariz y la barba, frotando su rostro.

—¿Qué quiere, Cortés?

Álex sonrió amargamente, se apoyó en el respaldo de una de las sillas que estaba delante del escritorio y se quedó mirando antes de decir lo que había pensado.

—Esa cara no me gusta.

—Lo siento, es la única que tengo.

Ferrer bufó, casi divertido.

—Me refiero a esa expresión, Cortés.

El subinspector comenzaba a conocer bastante bien al sargento y sabía que esa cara, lo que fuera a referir y por lo que intuía, era señal inequívoca de que Álex estaba a punto de soltar una idea de las que no le gustaban un pelo. Una de sus ideas bomba.

—Tenemos que convocar el toque de queda en Barcelona la noche del sábado —soltó Álex con absoluta seriedad y convicción.

Los dos se quedaron mirándose por unos instantes; Álex, esperando la respuesta y el otro, pensando en lo que había acabado de escuchar.

El subinspector se echó a reír de forma grosera. Ante la respuesta del jefe, Álex arrugó el ceño, enfadado y humillado a partes iguales.

—Es la tontería más soberana que he escuchado.

Álex dejó de apoyarse de la silla y lo apuntó con un dedo.

—Será el responsable de una muerte que, probablemente, sucederá este fin de semana.

El jefe seguía riendo, incluso algo forzado.

—Espere, Cortés, ¿deberíamos pedir al ejército que venga a Barcelona y que instaure el toque de queda por una intuición? ¿Es esto lo que me está diciendo?

Álex se cruzó de brazos, con el ceño cada vez más fruncido.

—Tenemos que hacerlo. El caso que me dio para investigar con Júlia Miró…

Y siguió explicando las novedades: la tercera víctima y que, siguiendo el patrón, con toda probabilidad, ese fin de semana se repetiría otro asesinato. Que lo estaban buscando, pero era muy complicado atraparlo en tan pocos días.

—Ni de coña, Cortés. ¿Está loco o qué? Lo hacía un *mosso* brillante, no un paranoico y complotista. No vamos a cerrar una ciudad por una intuición. Aparte de que ni siquiera podríamos. Tenemos que espabilar con lo que tenemos.

Esa frase le sentó como un disparo a Álex.

«¿Tenemos?», pensó en su fuero interno. Considerando que ese hombre nunca salía de su despacho, ese plural colaborativo le venía un poco grande. Decidió no decírselo, o toda la conversación se iría al traste. Tenía que conseguir algo que fuera una maniobra para seguir la corriente del asesino. Una red de protección. Un plan B por si no conseguían encontrarlo.

—Nuestro trabajo es proteger a la ciudadanía, no esperar a que pasen las cosas y luego buscar al asesino, como siempre.

—¡No podemos cerrar la ciudad! —gritó el jefe.

Álex bufó y se pasó una mano por los rizos. Se dio la vuelta y dio un paso hacia la puerta, pero se detuvo y se giró de nuevo.

—Por lo menos, debemos advertirlo. Tenemos que dar una rueda de prensa informando a la población.

32

Habían quedado en un restaurante de regencia familiar en el barrio de Eixample.

A Clara le encantaba el *pa torrat amb botifarra i fesols.* Rascar lo quemado del pan, pero que quedara una sutil capa de forma que el regusto estuviera presente.

Cada dos jueves, siempre y cuando Núria no estuviera en Bruselas, la recogía en el colegio y se iban a comer al mismo sitio.

Clara era la hija de Mario, su pareja. Después del divorcio de Mario, la custodia quedó compartida; una semana con la madre y una semana con el padre. Los jueves, Mario estaba siempre de viaje viendo clientes, así que ellas dos habían instaurado un ritual: la comida de chicas.

Mismo restaurante, mismo menú, mismos temas.

Era algo que fortalecía la relación entre las dos mujeres.

—De verdad, Núria, no entiendo por qué te metes tanto en esas burocracias europeas. Siempre viajando, siempre en reuniones, de videollamadas. ¿No podrías dejarlo, dedicarte solo a la consulta? —dijo Clara antes de dar el segundo bocado a la *torrada*.

Núria la miró, casi como hace un padre cuando el hijo formula una pregunta que, a pesar de ser respondida, igualmente, no va a entender la respuesta. No porque Núria no supiera explicarse, sino porque sus anhelos eran algo visceral y difícil de explicar.

—Clara, a mi edad, no me callaré si puedo evitar que la gente llegue a sufrir insomnio y ansiedad por una tontería política. Es una práctica inútil y lo saben. Y si nadie alza la voz, nada cambiará.

—Ya, pero… cuando no estás, se nota, y la casa está más vacía. Y papá dice que te obsesionas demasiado. Además, yo creo que es una tontería. He visto un vídeo en TikTok y eso es guay, del cambio de hora ni te enteras, al final, el iPhone cambia la hora solo, ni te enteras.

Núria sonrió y la miró con ternura.

—Puede que tenga razón en lo de la obsesión, pero ¿sabes qué pasa? Que cuando oyes a tanta gente decir que algo es bueno, terminamos creyéndolo. Ya no puedes mirar hacia otro lado.

El restaurante era un local modesto, pero con mucha afluencia. El propietario, un señor al borde de la jubilación, les reservaba siempre una mesa los jueves; si no lo hiciera, nunca encontrarían sitio.

Núria había pedido un menú formado por un hervido de verduras y bacalao al pilpil. Le encantaba esa combinación.

Cuando Clara acabó su plato, empezó a juguetear con la servilleta.

—¿Qué te pasa? Llevas toda el almuerzo dándole vueltas a algo.

—Es que… siento que no gusto a nadie. Las chicas más maduras…, más seguras de sí mismas, son las que siempre llaman la atención. Yo… no me veo así.

Núria dejó el tenedor y se pasó la servilleta por la boca.

—Escúchame, Clara. Esa inseguridad la hemos sentido todas alguna vez, incluso esas chicas que tú ves tan seguras. La belleza no es solo lo que muestras, es cómo te sostienes por dentro. Y te aseguro que la seguridad no llega de golpe, se construye con la edad.

—¿Y si nunca me veo suficiente?

—Lo serás en el momento en que dejes de compararte. Y cuando alguien te quiera de verdad, lo hará por ti, no por parecerte a nadie más. Créeme, Clara, gustarse a uno mismo es la clave para gustar a los demás.

La chica dejó la servilleta y apareció una sonrisa en su rostro, algo en su joven mente se despertó de repente.

—¿Puedo enseñarte algo en el móvil? Porfis…

—Tenemos la norma de no mirar ni contestar al móvil mientras comemos.

—Lo sé, pero es superguay. Es un momento.

Núria aceptó y Clara le enseñó unas nuevas zapatillas que aparecían en una página web de una marca americana. Le explicó que todas en su clase se las querían comprar y le pidió ayuda en cómo preguntarle a su padre si se las compraría. La conversación siguió hasta marcharse. Clara fue al colegio por la tarde y Núria, a su consulta. Las visitas con sus jóvenes pacientes comenzaban pronto.

33

—Tenemos dos fotos del asesino. Laura y Alan las han conseguido. Equipo, podemos decir con exactitud que las tres muertes son de la misma persona.

Así empezaba un *briefing* extraordinario con una pizarra llena de pruebas, fotos y mapas.

Esa tarde se había oscurecido por unas nubes que ya estaban soltando lluvia. La aplicación en el teléfono de Álex indicaba que el tiempo de los siguientes días sería con cielo cubierto y temporales. Un frío y lluvioso otoño se estaba encarando a la Ciudad Condal.

El equipo estaba sentado delante de Álex. Sus caras, cansadas pero algo más animadas por la noticia.

Los *briefings* eran reuniones que se hacían por la mañana, no por la tarde. A menos que hubiera algo importante o urgente.

Álex indicó a Alan que explicase cómo lo había conseguido. En tiempo récord, el informático forense consiguió ver en dos ocasiones una imagen del presunto hombre que buscaban. En las dos, fruto de un reflejo, aparecía un hombre con un abrigo largo y un gorro de lana. Rápido, en movimiento, corriendo, escapando de la escena del

crimen. Las dos, con seis meses de distancia, con la misma huella criminal.

A pesar de que la imagen no era del todo nítida, sino muy pixelada, se podía ver una similitud asombrosa en los dos casos. Esa era la clave para vincularlos.

—Álex, ¿por qué no lo encontraron los inspectores anteriores?

—Dejémonos de polémicas, Víctor —respondió, tajante.

—Bueno, Víctor tiene razón, ¿por qué no nos han entregado toda la información y las pruebas recogidas? —preguntó Karla.

Álex suspiró, su compañera tenía razón, pero no podían atrincherarse en temas banales como ese. Tenían que seguir adelante con la investigación, ya que el tiempo corría.

—Lo único de lo que nos tenemos que preocupar ahora es de que este fin de semana puede que haya otro asesinato y tenemos que poner todos nuestros medios para coger a ese malnacido antes del sábado —dijo Álex.

Sabía que era una misión complicadísima, pero también era verdad que ese caso no era más complicado que otros que habían resuelto.

Álex se quedó unos instantes en silencio, mirando a los ojos a todos los componentes de su equipo. Karla, Iván, Víctor, Laura, Alan y la nueva llegada, Júlia.

Siguió explicando que había conseguido convencer a Ferrer, que el día siguiente darían una rueda de prensa advirtiendo de los peligros que podría haber el sábado, el asesino que estaban buscando y qué podía suceder precisamente ese fin de semana.

Explicó también que acudió con Júlia a ver a su hermana en la central de los Mossos y que Ana, al estudiar de forma superficial los informes, pudo hacer un retrato robot. Mientras lo explicaba, colgó las dos instantáneas del mismo hombre en la pizarra.

—Varón, entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Vive en un barrio popular de Barcelona. Inteligente, nivel cultural medio alto. Narcisista y aislado socialmente —resumió Álex mientras todos escuchaban—. Pero el dato interesante es el siguiente —continuó, y enunció las fechas intercaladas entre los asesinatos y, por último, la fecha del domingo del 2023—. Seis meses antes. Consideramos que pasó algo ese día que hizo que se le fuera la pinza. Por eso le he pedido a Laura que busque si pasó algo, qué intervenciones hubo. Esto ha sido idea de Júlia. —Señaló a la novata.

A esta indicación de Álex, Karla se giró hacia la joven. Esa mirada no tenía nada que ver con la del martes. Los ojos de Karla se habían convertido en bolas de fuego que lanzaban rayos de luz láser hacia la joven.

Álex no pudo verlo, sin embargo, Júlia sintió su mirada penetrante que se estrellaba contra ella.

No le dio tiempo de girarse, Karla había conseguido contener sus propios celos y girarse de nuevo hacia Álex.

—Laura, explícanos qué has encontrado.

Laura, como si estuviera aún en la academia de policía, se levantó y se aclaró la voz. Levantó el papel donde aparecía todo lo que habían encontrado y miró Álex.

—Hemos identificado que en la noche de aquel sábado hubo unas doscientas intervenciones de las fuerzas del orden —dijo, y

resonó en la cabeza del resto del equipo solo un dato: doscientos.

—¿Cuántos? —preguntó Álex, incrédulo.

Laura asintió.

—Sí, entre ambulancias, policía y bomberos, hubo esas intervenciones.

Álex arrugó el ceño y bajó la mirada un segundo antes de replicar.

—No. Hay que hacer una criba, buscamos dramas, muertes, sucesos que te cambian la vida. No que un bombero acuda a la casa de un vecino a sacar a alguien de un ascensor.

Laura negó con la cabeza y no supo qué contestar en un primer momento. Luego, indicó que necesitaba un minuto para filtrar esas doscientas intervenciones, así que corrió hasta su escritorio, desenchufó el portátil y regresó. Lo apoyó en la mesa al lado de la pizarra y comenzó a realizar la criba.

—Cincuenta muertos, entre asesinatos, accidentes de tráfico y una presunta negligencia médica —afirmó Laura mientras levantaba la mirada hacia el jefe.

Este se pasó la mano por el rostro. Desde los puestos de delante se escuchaba cómo los engranajes de su cerebro se movían a toda velocidad.

La lluvia, empujada por el viento, rebotaba contra la ventana. Los componentes del grupo se quedaron callados menos Karla.

—Sé lo que piensas. Ni te lo plantees. Son demasiados, de aquí al sábado no podemos investigar cincuenta personas, aunque sean en la misma Barcelona —afirmó.

Álex torció la boca, Karla tenía razón, eran demasiados casos para investigar en ese limitado espacio de tiempo.

—Esperad, creo que es más fácil —dijo Júlia, capturando todos los ojos hacia ella y tragó saliva con la cabeza sobre su libreta y miradas furtivas al jefe—. Imagino que, si fuera un criminal normal, serían eso, cincuenta. Pero no es el caso. Si a nuestro hombre se le ha ido la cabeza de este modo, y si es verdad que nos manda estos mensajes, lo que tiene que haberle pasado está relacionado con el cambio de hora —afirmó, y tosió un par de veces—. ¿Me explico?

Álex asintió y se giró hacia la agente.

—Intenta filtrar… —dijo Álex, y fue enseguida interrumpido por Laura.

—Se reducen a treinta y dos.

Álex se pasó una mano por la cabeza, dando vida a sus rizos oscuros.

—¿Alguna idea?

Karla carraspeó, se levantó y alzó el reloj que estaba en las manos del doctor asesinado. Explicó lo que había encontrado dentro: una anotación en una parte escondida del objeto. La posibilidad de haberse comprado en un mercadillo y de ser de cualquier persona, pero también que fuera de alguien relacionado con la persona que buscaban. Lo sacó de la bolsa y leyó en voz alta la inscripción.

«Para S. T. Con todo mi amor, para siempre. Conxita, 1943».

—No me refiero a Conxita, sino al nombre de él. S. T. Una opción es que un antepasado de nuestro hombre podría ser este tal S.

Álex se acercó y cogió un momento el reloj. Lo miró con detenimiento, pero, a pesar de afinar la vista, le costaba ver la frase

tan pequeña.

—Buen hallazgo, puede ser, pero… ¿y si la pariente es Conxita? A lo mejor buscamos para nada. ¿Alguna idea más?

Iván levantó la mano.

—Deja de levantar la mano, Iván, dispara.

Júlia se giró hacia el agente que estaba en segunda fila y sus miradas se cruzaron por un segundo.

—Con Víctor fuimos a hablar con la viuda del doctor —dijo Iván, y reportó todo lo que habían entendido sobre su disciplina, la cronobiología—. Yo creo que, después de haber oído lo que ha dicho Júlia —dijo, indicándola, y ella se giró otra vez—. Quizá esto es más complejo.

—¿Más complejo? —espetó Álex—. Seguro que es más sencilla la solución, no más compleja.

—Espera, déjalo hablar… —lo reprendió Karla.

—Quiero decir, si alguien se vuelve un asesino es porque ya está predispuesto, porque no es para todos ser un asesino, por lo menos, creo yo.

—Es un alivio saberlo siendo tu compañero, ahora dormiré más tranquilo sabiendo que mi compañero no cree ser un asesino —dijo Víctor en un tono humorístico.

—No, espera, quiero decir, ¿qué puede haberle pasado a esta persona esa noche para que tenga estos delirios de matar? No puede ser cualquier cosa. Tiene que ser algo que pasó esa noche y relacionado con el cambio de la hora —explicó Iván, y los compañeros se quedaron perplejos, casi anonadados.

Júlia, invadida por una indecisión y por un asfixiante miedo escénico, levantó la mano. Cuando se giró Álex, la bajó enseguida.

—Iván tiene razón.

—¿Por qué? —preguntó, seco.

—Porque el cambio de hora se efectúa en la madrugada. Cuando esa noche fueron las tres, se retrocedió a las dos. Así que, quizá, el suceso que buscamos sucedió en esa franja horaria. Y si es así, Laura, ¿a cuántas intervenciones reducimos?

34

Laura tecleó rápidamente en su ordenador. Cuando le dio al Enter levantó la mirada hacia Álex y su expresión se percibió alegre, casi triunfal.

La originaria lista de doscientas personas se había reducido lo suficiente para que Laura sonriera.

—Diez —anunció, y el resto de compañeros emitió un suspiro de alivio.

Álex se acercó al ordenador.

—Puede que tengáis razón. Tiene que haber pasado en esa franja horaria —añadió Álex casi eufórico—. ¿Los puedes leer?

Laura se aclaró la voz antes de empezar.

—Perfecto. Esa madrugada del 28 al 29 de octubre de 2023, con el cambio de hora de tres a dos, fue una noche larga y caótica en Barcelona: sábado de fiesta, alcohol, tráfico, hospitales saturados…, un caldo de cultivo para que muchas desgracias pasen juntas.

»El primero es un accidente de tráfico múltiple en la Ronda Litoral. Sucedió a las dos y cuarto de la hora legal. Un conductor ebrio perdió el control y chocó contra varios vehículos. Hubo dos heridos graves y un muerto. La confusión horaria hizo difícil

determinar la hora exacta del siniestro en el informe oficial. El segundo es una pelea masiva en una discoteca del Puerto Olímpico. Sucedió entre las dos y las dos y media, una riña por celos derivó en varias detenciones. Tres personas acabaron hospitalizadas con cortes de botella y una muerte por apuñalamiento. El tercero, un incendio en una cocina de hotel en la Gran Vía. Se declaró a las dos y cuarenta y cinco de la hora legal. Sin víctimas mortales, solo un cocinero sufrió heridas tan graves que permaneció meses hospitalizado. Además, provocó la evacuación de doscientos huéspedes. Cuatro: agresión sexual denunciada en el Raval. Una mujer de 25 años denunció haber sido atacada entre las dos y las dos y cuarto. El parte médico se registró con la hora duplicada, lo que complicó el atestado. Se dio el caso de que unos vecinos llamaron a la policía y no llegaron hasta pasados unos cuarenta minutos, sobre las tres. La mujer expuso denuncia a las autoridades. ¿Sigo?

Álex asintió y le hizo un gesto con la mano para acelerarlo.

—Cinco: fallecimiento por presunta negligencia médica en el Hospital Clínic. Registrada a las dos y veinte. Un paciente murió tras recibir una medicación duplicada por error. El presunto error se atribuyó a la confusión del turno nocturno con el cambio horario.

—Este me gusta —dijo Álex con énfasis—. Pero sigue.

—Seis: accidente laboral en Mercabarna. A las dos y diez, un trabajador cayó desde una plataforma de carga y murió. El informe oficial muestra discrepancias horarias sobre la asistencia del 112. Siete: desplome de un balcón en el Eixample. A las dos y treinta y cinco, un balcón se vino abajo durante una fiesta privada. Un joven

murió aplastado. Ocho: asalto a mano armada en Nou Barris. Un grupo de encapuchados robó una tienda de alimentación regentada por un pakistaní. Eran las dos y cinco minutos. El dueño recibió un balazo y estuvo dos meses en coma. Finalmente, murió por culpa de las heridas. Nueve: choque de un taxi y una moto en la Diagonal. El atestado de los compañeros de tráfico anotó que eran las dos y cincuenta, el motorista falleció tras embestir al taxi. La viuda denunció retraso en la ambulancia debido a la duplicidad horaria —dijo Laura, y levantó la cabeza del ordenador—. Este es un caso sonado, tuvo mucha cobertura mediática—. Diez: muerte sospechosa en la estación de Clot-Aragó. A las dos y cincuenta y cinco, un hombre de mediana edad fue hallado muerto en un banco del andén. Oficialmente, se atribuyó la defunción a una parada cardíaca. El parte forense se archivó rápidamente, pero el horario marcado, justo en la franja duplicada, nunca cuadró con la versión de los vigilantes —concluyó Laura, y levantó la mirada hacia Álex.

En la sala de *briefing* reinaba el silencio. Era la tarde del jueves y faltaban dos días para el cambio de hora. Los ánimos, anteriormente reavivados por la selección de los diez casos, una vez que los había enunciado Laura, se volvieron a hundir. Álex lo vio en los rostros de su equipo.

—¿Qué son esas caras? Tenemos que buscar a ese hijo de perra entre estos casos.

—¿Y si no son? —preguntó Víctor con un tono que parecía más una deserción que otra cosa.

—¿Y si sí lo son? Empezaremos por estos. Yo creo que los casos de la agresión sexual, la negligencia médica, el accidente laboral —

dijo Álex mientras enumeraba con los dedos de la mano los casos—, el choque en la Diagonal y la muerte en la estación tienen nuestra prioridad —afirmó, y siguió—. Son cinco casos de los que tenemos que averiguar todo. Todo quiere decir todo. Es lo único que tenemos. Nos los dividiremos entre Iván y Víctor, Júlia y yo.

Al escuchar eso, Karla se extrañó.

—¿Y yo qué hago?

Álex suspiró y se fue a la pizarra. Indicó la foto del hombre que se reflejaba en un cristal, es decir, el presunto asesino, y miró a su compañera directamente a los ojos.

—Nos vamos a dividir en dos grupos de trabajo. Los que he dicho, con la esperanza de cogerlo antes de que vuelva a actuar. Y Karla, Laura y Alan, quiero que elaboréis un listado de posibles objetivos. Necesito que os centréis en las personas que murieron y que elaboréis un listado de posibles personas que podría atacar este año. Me da igual si es de cinco, veinticinco o ciento cinco. Las que sean. Los vamos a contactar y les diremos que pueden ser el blanco de nuestro asesino. ¿Está claro? —preguntó Álex con un tono que daba por concluida la reunión.

Los demás componentes aceptaron el encargo del jefe, quien levantó un pulgar, quien asintió y quien susurró «vamos a por ello».

Álex miró el reloj y dio una palmada en el aire.

—Necesitamos descansar. Dejad todo preparado para mañana e iros. Laura, ¿podrás dejarnos los nombres y apellidos de los casos que te he dicho para arrancar mañana directos con eso?

Laura asintió y Víctor añadió una pregunta que dejó a todos helados y que arrastraba a los componentes del equipo a años

antes, cuando encontraron la furgoneta de cadáveres.

—¿Cómo lo vamos a llamar?

Álex no lo entendió.

—Al asesino, ¿cómo lo llamamos? O a la operación —añadió Víctor.

—Sigo sin entenderte, Víctor —preguntó Álex.

—Cuando Néstor Luna dejó la furgoneta llena de cadáveres delante de la cafetería, no sabíamos cómo se llamaba. Pero tuviste la idea de llamarlo Roberto. A este asesino, ¿lo podemos llamar de alguna manera? Mañana en la rueda de prensa, ¿cómo lo vas a llamar?

Álex, finalmente, entendió lo que quería decir el compañero.

—No lo sé. Algo sencillo y poco tétrico. ¿Alguna idea?

—El Asesino de los Relojes, tal y como lo hemos llamado hasta ahora, ¿no? —sugirió Júlia.

A Álex no le convenció, pero ya que no había más opciones, lo aceptó.

Era oficial, tenían dos días para coger al Asesino de los Relojes antes de que actuara de nuevo.

Cuando todos los compañeros se habían marchado a sus escritorios, Álex se quedó solo en la sala del *briefing*. Él y la foto del presunto asesino. Un tipo normal, del montón, que bajo ese abrigo y un gorro de lana escondía a cualquier persona: un médico, un bombero, un camionero, un abogado, un fotógrafo, cualquier persona insospechable.

Sintió que estaba cerca de cogerlo, sentía que estaba a un paso de ese individuo. Estaba decidido a meter entre rejas a ese

malnacido que tenía delante. El Asesino de los Relojes. Necesitaba descansar o salir a correr. Al día siguiente, tenía que estar en forma y despejado. La rueda de prensa lo esperaba.

Salió de la sala y fue a su escritorio.

Cuando fue a encender el ordenador y mirar sus correos electrónicos, se frenó. Necesitaba correr, su cuerpo se lo pedía a gritos.

Se acercó a Karla y le preguntó:

—¿Te vienes? ¿Vamos a correr un rato?

No hubiera necesitado de una respuesta, ya que los ojos de Karla hablaron por ella.

—Prefiero acabar estas cosas e irme después, tengo mucho trabajo —afirmó Karla sin mirarlo a los ojos como era lo habitual.

Le extrañó a Álex, pero lo aceptó. Se fue con una sensación de incertidumbre, como un gusano que come una manzana por dentro. Algo en Karla no lo convencía. Se fue, pero con el deseo de haberse quedado. De todos modos, ejercicio físico era lo que necesitaba.

35

La escena se repetía.

Apagó la pantalla y miró el reloj. Faltaba algo más de media hora para que el encuentro se volviera a producir.

No podía dejarlo, tenía muchas expectativas con el resultado. No quería pensar que eso fuera eterno y quería resolverlo de una vez por todas.

Cerró el cajón de donde cogió las llaves del coche.

Arrancó el Seat Altea y se dirigió otra vez al puerto, otra vez a la Zona Franca, otra vez a ver a esa mujer salir.

Mientras iba hacia allí, pensó que no le importaba cuántas veces tuviera que seguir haciéndolo, pero no desistiría. Podría pasar por una acosadora y si, aun así, lo fuera, no le importaría.

Escuchaba la música que ponían en la emisora los 40 Principales Clásicos. Prefería las músicas antiguas y de su época y no los perreos o los reguetones modernos. Sobre todo, por las letras, en su mayoría homófobas y de explícito machismo.

Todo iba normal, pero algo le desbloqueó un recuerdo.

Al salir de la Ronda de Dalt, una canción, *You're Beautiful*, del cantante James Blunt, sonó y su sangre se heló.

En su retina, sobrepuesta a los coches y al asfalto de la calle, aparecieron los recuerdos.

Recuerdos que se despertaron de repente.

Karla sintió nostalgia y una punzada en el corazón.

Esas notas, viejas, vetustas, empolvadas, se habían apoderado de sus recuerdos y de sus sentimientos.

Con los pelos como escarpias, recordó que un día esa mujer era una persona querida, una persona amable, más joven y menos sombría.

Le cayó una lágrima al recordar esos momentos bonitos, esos años de felicidad. Se pasó rápidamente las manos para quitarla. No quería llorar, no por ella, no por él.

Parte de la vieja Karla se sintió responsable de todo lo que había sucedido.

No podía evitarlo. Gritó en el coche para liberar a una Karla de la que no se enorgullecía.

Lo que había hecho esa Karla de años atrás la perseguía como una sombra oscura, una mancha en su pasado, un tatuaje que no se podía borrar.

El grito le sentó bien, pero solo por unos minutos.

Las notas de la canción acabaron y dieron paso a otra, de unos años después que rompieron, como por arte de magia, el instante de recuerdos.

Se secó otra lágrima y se centró en llegar.

Aparcó en el mismo sitio de siempre. Salió del coche y esperó a la sirena del cambio de turno.

Un avión pasó sobre su cabeza y lo siguió con la vista.

Vio cómo las luces rojas de las antenas que precedían la pista de aterrizaje parecían suspendidas en la nada.

Hacía mucho que no se marchaba y se tomaba unas vacaciones con Álex. La puerta de personal de la fábrica la devolvió al presente.

Comenzaron a salir, como todos los días, como los tres días que iba allí a verla.

Una, dos, cinco, diez. Finalmente, salió.

Dio un paso hacia adelante para que viera que esa noche estaba allí, otra vez, en espera de una información, de un suspiro, de su clemencia.

Pero esa noche, la señora ni siquiera se dignó a girarse.

Karla, la dura y reservada y tenaz Karla, se sintió perdida. Le pesaron los brazos, los hombros se le hundieron y una sensación de enfado hacia esa mujer primero y luego hacia ella misma la invadió.

¿Por qué?, se preguntaba.

¿Por qué pesaban tanto los errores del pasado?

¿Por qué no se podían cambiar?

Y, por último, ¿por qué tenían que pesar tanto sobre el presente?

Vio a la mujer subirse en el bus y desaparecer una noche más.

Se quedó inmóvil, casi un minuto después de que el bus ya se hubiera perdido en la noche.

Entonces, cuando se quiso dar la vuelta, sintió una mano en el hombro.

Se heló del susto.

No reaccionó en un primer segundo.

Metió la mano en la chaqueta y sintió el frío metal de la pistola que yacía en su funda.

—Karla, ¿qué haces aquí? —dijo una voz masculina.

36

No supo explicarlo con palabras ni se lo pudo explicar a sí misma. Karla, con lo independiente y decidida que era, no supo por qué, pero se sintió sucia, en falta, como cuando la madre encuentra al hijo haciendo justamente lo que no debe hacer.

Al fin y al cabo, estaba allí para los dos, pero el subconsciente la traicionó.

No sabía por qué. No podía explicárselo. Bueno, en realidad sí, pero le costaba hablar de ese agujero de años de los que se arrepentía amargamente.

Al ver al hombre, se asustó.

Dio un paso hacia atrás y dejó la pistola.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

—¿Qué haces aquí, Álex?

Él dio un paso hacia ella y la cogió de la mano.

—¿Qué haces tú aquí? Me habías dicho que estarías en casa. Lo mismo que ayer.

Karla arrugó el ceño y se soltó de su mano.

—¿Te estás convirtiendo en un controlador? —espetó casi gritando en medio de la calle—. ¿Te estás volviendo como esos

maridos celosos y opresivos?

Álex parpadeó varias veces.

—¿Cómo?

—Sí, ¿por qué me sigues?

Álex dudó en contestar enseguida, empujado por la pregunta. Esa Karla, esa versión de Karla era un muro de goma contra el que se acababa de estrellar y rebotar varios metros.

Levantó las manos y fue a buscar las suyas.

Esa vez, ella se las dejó coger y apartó la mirada.

—Karla, te quiero. Llevas días ausente, no me hablas, y en casa… es como si no estuvieras. ¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estamos en un polígono del puerto de noche? ¿Qué haces aquí, amor?

Ella estuvo tentada de gritar y de quitarse las manos de las suyas y correr.

Luego, estuvo tentada de llorar y decir que todo era culpa suya.

Por último, miró la puerta de la fábrica de donde había salido la mujer y suspiró.

Cerró los ojos y, como se sueltan los secretos cuando ya no se pueden soportar y se necesita decir la verdad, entonces, solo entonces, de su boca salieron las palabras:

—Vamos a casa y te lo explico todo.

37

Descorcharon una botella de vino.

Sentados uno enfrente del otro, en el salón, en una alfombra, y una imagen de chimenea en la televisión.

Rocky se restregaba contra la espalda de Álex, pidiendo cariño.

—¿Cómo puede ser que este gato te quiera más a ti que a mí?

Álex sonrió mientras lo acariciaba.

Luego, se tumbó, dejando la barriga peluda de su pelo naranja para que se la rascara.

Álex, con una mano seguía y con la otra iba sorbiendo el vino.

—Te equivocas, te quiere más a ti, pero le gusta que le rasque yo.

Ella negó con la cabeza y miró a Rocky, su gato.

—Judas… —susurró en un tono divertido.

Estuvieron unos segundos en silencio. Luego, la mirada de él subió y se cruzó con la de Karla.

—¿Entonces?

Ella suspiró.

Desde el momento que ella dijo que se fueran a casa, pensó durante todo el trayecto qué decir, cómo decirlo y si tenía que

hacerlo.

No supo responderse. No supo qué hacer ni qué decir.

Pero allí estaba. Álex había descorchado una botella de vino tinto de las que guardaba para las ocasiones que lo merecerían y ella sentía una mano en la garganta que no la dejaba respirar, ni vocalizar.

Suspiró otra vez.

—No creía que sería tan difícil.

Ella pensó que ojalá fuera solo difícil.

Dio un sorbo a la copa de vino. Se tomó un momento más, mientras que en la pantalla crepitaba una leña de pino que alimentaba la imagen.

Se pasó la lengua por los labios. Ni se había dado cuenta de qué sabor tenía el vino. Frutos rojos, chocolate, canela, frutos secos, entre otros sabores. Muchas veces comentaban lo que escondía el vino en su interior, pero esa noche bebió por mera necesidad. Buscó en la copa el santo grial del coraje y no lo encontró.

—No estoy preparada para contártelo todo.

Álex bajó las cejas, desconcertado, por tristeza.

—No te entiendo. ¿Queremos ser pareja y no me lo quieres decir?

—No es que no quiera, es que no me siento aún preparada para contarlo.

Álex se separó de ella, irguiendo la espalda. Dio un sorbo de vino.

—¿Cómo vamos crear una familia si no podemos confiar nuestros secretos el uno al otro?

Karla sintió una punzada en su costado que representaba la verdad. Álex tenía razón, pero era más complicado de lo que parecía.

—¿Es complicado o prefieres no decírmelo? —quiso saber Álex, abatido—. Si es así, no te preocupes, lo entiendo.

Aunque fueron las palabras que salieron de su boca, hubiera preferido insistir, saber, ayudarla y seguir la búsqueda de no sabía qué juntos. Pero creyó que eso era lo mejor para ella.

—Dime solo por qué estabas allí esta noche.

—Estoy buscando a alguien —dijo ella, y él asintió, esperanzado —, que forma parte de esos años en que tú y yo no éramos más que colegas de trabajo. Y hay una persona que sabe dónde está ese alguien que busco, pero no quiere decírmelo… —acabó Karla, mirando la copa de vino.

Álex bajó la mirada por un segundo, buscando las palabras adecuadas.

—¿Por qué no te lo quiere decir?

Ella suspiró.

—Tampoco estoy preparada para decírtelo.

—Karla, ¿dónde estamos tú y yo, nosotros?

—Álex, estamos en el mismo punto que hace días, te lo aseguro —confirmó mientras le acariciaba el rostro—. Solo que necesito tiempo. Un poco de tiempo para arreglar una cosa… Nada más, solo eso.

Se formó un silencio incómodo entre los dos.

En realidad, no podía ser un momento peor para ellos dos.

En el jardín de la casa de los padres de Álex, por fin, él se había decidido a pedirle matrimonio. Por fin, estarían juntos, pero lo que había pasado años antes y que Álex desconocía, creó un muro entre ellos dos y una fricción en la relación.

—Lo superaremos. Estoy convencido —dijo Álex, cogiéndole la mano—. Estoy seguro. No somos la primera pareja que tiene problemas.

Ella sonrió, pero en esa expresión había amargura, como si lo que acababa de decir Álex fuera ingenuo o casi insensato.

—Seguramente, sí.

—Me gustaría saber algo más, la verdad, pero confío en ti. El día que lo sientas me lo dirás, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que sí, y espero que sea pronto —dijo, y bebió lo que le quedaba de vino en la copa, tragándolo, casi sin apreciarlo.

Dejó la copa en la alfombra y fue a rellenarla de nuevo. Sintió miedo y ansiedad con esa situación que se le escapaba de las manos. No podía estar más enfadada consigo misma de lo que estaba, pero tenía un compañero paciente y respetuoso.

Sentada en casa sobre la alfombra, su mente, inhibida por el alcohol, tuvo una idea. Algo que iba en contra de la ley, pero ¡qué diablos!, pensó. Cuando tenía un problema que no conseguía resolver de una forma, siempre había otra manera. Solo en ese momento, con el vino, con Álex delante, se le ocurrió.

Sonrió mientras Álex le clavaba sus preciosos ojos verdes y subió una ceja de ese modo que solo indicaba una cosa.

Él se acercó y besó sus labios carnosos.

Luego, se abrazaron y la ropa comenzó a desaparecer, dejando espacio para el amor y el sexo.

38

Sentía una mezcla de agobio, nervios y arrepentimiento.

No había conseguido comer nada, ni su bollo de pasas en la cafetería delante de la comisaría.

Una fuerte presión en el pecho, debido a los nervios por hablar, no solo en público, sino delante de algún medio de comunicación, le estaba pasando factura.

Sorbía su café en la cafetería sin mirar las noticias de la televisión, ni el periódico, sino observando cómo los reporteros y periodistas iban entrando en la comisaría. Uno tras otro. Cada uno de ellos se los iba a encontrar después con los ojos clavados en él y con las preguntas más feroces.

Se arrepintió de ser *mosso*. También de haber convocado ese circo mediático que lo esperaba en pocos minutos. Lo había organizado él, cierto, pero pensando en una solución o en una actuación policial. En la mente de Álex, siempre era todo simple y siempre tenía un efecto favorable; sin embargo, la vida real difería mucho de sus idealizaciones personales. Aquello podría salir mal, no podía prever el efecto de sus palabras en la población. El día

anterior, discutiendo con Ferrer sobre qué hacer, tampoco se había parado a pensar cuánto le costaría anímicamente ese momento.

Mucho, le estaba costando mucho relajarse.

En lugar de un café, tenía que haberse tomado una valeriana con diazepam. Había leído que ese era el mismo medicamento que tomaban los francotiradores para controlar el temblor de las manos y afinar la puntería.

Dio el último sorbo y sintió la mano de Karla en su hombro.

—¿Listo?

Él respondió con la mirada. Entraron en la comisaría y se fueron directos a la sala de prensa.

Se detuvieron en la entrada, donde estaba el jefe, Ferrer. Este, que tenía unos surcos en la frente con la misma profundidad que el Gran Cañón, marcados por las veces que la arrugaba, le dijo en voz baja:

—Espero que sepa lo que hace, sargento.

Álex no se giró, dejó que el comentario se le deslizara y entró en la sala.

El famoso Álex Cortés volvía a la carga convocando una rueda de prensa.

Caminó por el lado izquierdo de la sala. Todas las sillas estaban ocupadas. A cada paso que daba, más se creaba un silencio artificial, incómodo.

Calculó que había por lo menos unos treinta periodistas, sin contar los que estaban entre las sillas y los laterales, más los que controlaban las cámaras apoyadas en trípodes al final de la sala.

Un *déjà vu* transportó su mente a la última vez que había realizado una rueda de prensa, por el malnacido de Néstor Luna. Era inevitable que volviera a recordarlo, eso era un recuerdo marcado a fuego y que nunca olvidaría.

Se sentó en el centro, Ferrer a su derecha y Karla a su izquierda.

Tocó el micrófono para ver si los altavoces estaban activados.

El ruido acolchado del micro se difundió en la sala. Todas las miradas estaban sobre él. Se quedó petrificado delante de ese ejército de personas expectantes por lo que iba a decir. No era muy difícil anunciar que había un nuevo asesino en serie y que alguien sería el blanco del perturbado ese fin de semana.

Sería más fácil decirlo así, pero el protocolo no se lo permitía.

Entonces, el subinspector Ferrer, como si lo tuviera programado, se adelantó.

—Desde la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Travessera de les Corts, nos dirigimos hoy con un comunicado que nuestro sargento Cortés ha preparado —dijo con un tono de presentador de televisión—. Sargento…

El jefe se giró.

Álex miró sus notas y arrancó sin más dilación.

—*Bon dia, gràcies per la vostra assistència.* Comparecemos hoy para informar sobre una investigación en curso relacionada con una serie de hechos criminales que se han producido en la ciudad de Barcelona. En las últimas semanas, durante nuestras investigaciones, hemos detectado un patrón muy concreto vinculado a varias muertes violentas. La investigación nos lleva a pensar que este fin de semana, coincidiendo con el cambio de hora, podría

repetirse un nuevo episodio. Quiero ser muy claro: no podemos dar detalles que comprometan el trabajo de los investigadores ni de la policía científica, pero sí debemos advertir a la ciudadanía de que estamos ante un individuo peligroso, con una conducta altamente ritualizada y que actúa siempre en el mismo marco temporal.

»El objetivo de los Mossos d'Esquadra es proteger la vida de todas las personas, por eso vamos a intensificar la presencia policial en la ciudad, especialmente, durante la madrugada del sábado al domingo. Habrá controles preventivos, patrullas reforzadas y un despliegue específico en los puntos que hemos identificado como sensibles. Quiero subrayar un punto: no se trata de alarmar, sino de prevenir. La ciudadanía debe continuar con su vida con normalidad, pero pedimos colaboración. Si alguien observa un comportamiento extraño o detecta movimientos inusuales, debe llamar inmediatamente al 112. Cualquier detalle, por pequeño que parezca, puede ser clave en una investigación como esta.

»Desde los Mossos d'Esquadra, nuestro consejo es que mañana por la tarde y por la noche, se realicen los mínimos desplazamientos posibles. No es una prohibición, sino un consejo. Si pueden anular todas las actividades para el sábado a partir del mediodía, sería lo mejor. Quedarse en casa es la mejor opción y postergar un fin de semana sus compromisos. No es por alarmar, es para prevenir. Aprovecho también para trasladar un mensaje de confianza, estamos trabajando contrarreloj, pero contamos con un equipo preparado, con experiencia y con la determinación necesaria para detener a esta persona y ponerla a disposición judicial.

»Quiero acabar con una reflexión. Muchas veces la policía llega después de los hechos; esta vez, nuestro deber es adelantarnos. No podemos permitir que una vida más se pierda, por eso contamos con la colaboración ciudadana, ya que lo consideramos básico y necesario. *Gràcies. Ara estem a la vostra disposició per a les preguntes.*

En cuanto acabó, una ola de preguntas se despertó en esas personas que habían quedado calladas. Una ráfaga de fotos y preguntas llegaron al estrado.

Todos querían ser el primero.

Álex se sintió sobrepasado. ¿Por qué había dicho eso? Tenía que haber omitido las preguntas. Ya lo había explicado todo, no hacían falta más detalles.

Aunque tampoco tenía que contestar a todos.

Indicó a una mujer en primera fila.

—¿Por qué ha mencionado el cambio de hora? ¿Tiene alguna relación con su viejo caso de Néstor Luna? —dijo la mujer morena de ojos atentos con un tono de voz alto y directo.

—Estamos averiguando la relación de las muertes con este fenómeno. No puedo dar más pistas sobre el criminal.

Al concluir, se apartó del micro y las manos volvieron a levantarse, entre gritos y llamamientos, convirtiendo, en décimas de segundo, una sala silenciosa en un mercado o en un gallinero.

—Yo. Aquí. Una pregunta, sargento. Álex, por favor. —Se escuchó y Álex indicó a un hombre en la mitad de la sala—. ¿Tenéis ya una idea de quién puede ser, algún sospechoso o vais a ciegas? —soltó el

periodista con camisa blanca, americana y un ordenador portátil en su regazo.

La pregunta era buena.

—Como he dicho antes, no podemos dar detalles, no podemos adelantar nada, pero… —dijo Álex, callando por unos instantes mientras miraba directamente a los ojos a su interlocutor y el silencio se intensificaba— el cerco se le está estrechando —mintió.

Señaló a otra mujer, más hacia el final, considerando que ya era la última pregunta.

—¿Ha colaborado su hermana, la famosa criminóloga, para determinar el perfil criminal del asesino?

«Una pregunta más afilada que la precedente», pensó Álex.

Y tuvo que pensar rápido. Si decía que sí, le estaba dando más notoriedad y más visibilidad. Si le decía que no, habría mentido, pero se libraría de esa nefasta notoriedad y de ser el centro de un posible debate si fallaban.

—Los Mossos disponen de muchos criminalistas y criminólogos que nos ayudan, entre ellos, la señora Ana Cortés. Hasta aquí, las preguntas. Muchas gracias por venir —dijo, y se fue a levantar cuando algo inesperado sucedió.

Karla agarró el micro de Álex, que estaba encendido, e irrumpió en la rueda de prensa, ya concluida.

—Soy la cabo Ramírez. Vamos a difundir una foto del asesino y daremos una recompensa a todos los que puedan dar información valiosa para capturarlo —dijo, y tragó saliva—. Gracias.

39

Los periodistas suelen estar hambrientos de noticias. Con o sin sucesos, llenan páginas y páginas en los periódicos, pero si, además, les echas un buen titular o un buen motivo, se convierten en aves carroñeras insaciables.

Esa última frase de Karla los llevó a un estado de ánimo cercano al delirio.

«¿Cómo que una recompensa? ¿Cuánto? Necesitamos la cantidad exacta. Necesitamos la foto, ¿cómo nos las enviaréis? ¿Qué información se precisa para la recompensa? ¿Cómo se las harán llegar a los ciudadanos?», gritaban los periodistas.

Ferrer y Álex miraron sorprendidos a la compañera, que se había incorporado a la rueda de prensa con un llamamiento fuera de programa.

Karla se levantó y, como si no hubiera pasado nada, fue la primera en irse. Los otros dos la siguieron entre las insistencias de los periodistas.

En cuanto pisaron el pasillo, Ferrer la cogió de un brazo y aceleró el paso. La metió en el primer despacho y Álex cerró la puerta después de entrar él también.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Es que se ha vuelto loca o qué? —gritó el jefe, alternando su mirada entre Karla y Álex.

Este también la miraba con perplejidad.

—Karla, pero ¿qué has hecho?, eso no estaba en el programa —reprochó con cariño, casi con comprensión.

Ella levantó la barbilla.

—Ha sido una rueda de prensa de gallinas. No hemos hecho nada, solo alarmar a la población y cebar a la prensa. ¿Es que no lo veis? Ahora tiene un motivo para no actuar, para que quien lo conoce y que pueda saber algo actúe —respondió con parsimonia.

—Ha perdido el juicio. ¿Cómo se le ocurre ofrecer dinero público, que además no tenemos, para estas cosas? Como si nos sobrara dinero para destinarlo a estas tonterías —gritó el jefe—. No quiero ni pensar en las jodidas llamadas que voy a tener en cascada con los jefazos y con políticos que me van a martirizar con esto —bramó, se giró de repente y apuntó con el dedo a Karla—. Esto no tenía que hacerlo, Ramírez. Esto me lo va a pagar.

Álex se puso entre el dedo acusador del jefe y Karla con las manos levantadas.

«De perdidos al río», se dijo Álex en sus adentros.

—Podemos sacar provecho de esto, jefe. Es una idea buena, a lo mejor es verdad, alguien que sepa algo y no se ha atrevido a decir nada quizá lo haga ahora. O, incluso, el mismo asesino se puede sentir acechado y no asesinar este finde. Eso nos daría más tiempo para cogerlo, ¿no cree?

El jefe, que jadeaba rabioso por la agente indisciplinada, siguió apuntando contra la mujer.

—No es una buena idea y nos ha pillado desprevenidos. No quiero ni pensar la cara que he puesto ante la brillante idea que se le ha ocurrido a su novia —rugió como un animal herido.

Ese comentario no le gustó para nada. Le hubiera dado un puñetazo en la cara para aplastarle la nariz. Cuando era algo negativo, era su novia. Y cuando era algo positivo, era la cabo Ramírez.

A Karla tampoco le gustó, pero Álex la consiguió contener detrás de él.

—Sigo pensando que la cabo no ha actuado según el protocolo, ni avisándonos con antelación lo que pensaba hacer, seguramente, se le ha ocurrido mientras estábamos allí. No ha sido premeditado, ¿verdad? —dijo, y Karla no respondió, solo observaba al jefe con rabia por el comentario—. Vamos escasos de personal, nos vendrá bien la ayuda de la ciudadanía. Por lo tanto, llegados a este punto que no podemos cambiar, deberíamos considerar la opción de aprovecharlo.

—El dinero, Álex, ¿se lo va a dar usted? —ladró el jefe.

Álex bufó.

—En el caso de recibir una información válida y contrastada, hablaremos con Aragonés, que suelte un cheque y punto —concluyó Álex.

Ferrer dio un paso hacia atrás. Luego, se dirigió hacia la puerta y puso la mano en el pomo. Esperó un momento antes de salir para decir lo último.

—Todo esto es una absoluta locura. Lo más seguro es que nos estemos equivocando con todo esto. Lo que sí que no voy a tolerar

es dejarles la investigación solo a ustedes. Esta noche quiero saber cuáles son los avances y qué piensan hacer mañana sábado —ordenó, y apuntó a los dos con el dedo otra vez—. No más sorpresas, ¿entendido? Ahora a currar, que seguro que su improvisación nos saturará las comunicaciones todo el fin de semana —concluyó, y al salir, cerró dando un portazo.

Álex suspiró y se giró despacio.

Karla lo miró sonriente.

—Karla…

—¿Qué?

—La has liado, por lo menos, admítelo.

Ella sonrió con esa manera tan peculiar suya que demostraba que estaba por encima del momento y de la gente.

—La he liado… o no. Veremos —aseguró.

Álex volvió a suspirar y miró la puerta. A punto de salir y regresar a la búsqueda del Asesino de los Relojes, susurró:

—Espero no haber atizado el avispero.

40

Mientras Júlia conducía, Álex revisaba los expedientes.

Estaban empezando con el caso del hombre fallecido en el muelle de descarga de Mercabarna la noche del 29 de octubre del 2023, es decir, hacía dos años.

El accidente se produjo en la zona de carga y descarga mientras vaciaban un tráiler que venía desde el norte con pescado.

Una desatención y un despiste, la rueda del toro bajó del muelle y, cayendo, aplastó al conductor. Eduardo Prieto, originario de Ecuador y afincado en Barcelona desde hacía décadas.

Al llegar a Mercabarna, el responsable del almacén donde aconteció el suceso al principio no quiso hablar, alegando que los jefes se habían empeñado en que dijera que todo estaba en manos de los abogados. Ese accidente era una herida abierta en la empresa.

Álex consiguió hacerle entender que no venían por ese pobre hombre que había fallecido, sino por los parientes varones que pudieran estar enojados o desquiciados.

—Vino su hijo después de una semana. Un tío que se calienta rápido. Joven y algo impulsivo. Tuve que llamar a seguridad para

que se fuera —acreditó—. Ahora tengo que volver a trabajar. Lo siento.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Álex—. Y ya nos vamos.

El hombre le comentó dónde decían las malas lenguas que podrían encontrarlo. A la última pregunta de Álex sobre quién más podía vengar la muerte del trabajador, el hombre dijo que solo tenía un hijo aquí, el resto de la familia estaba en su país.

Álex y Júlia regresaron al coche con la información que necesitaban. Acudieron al barrio donde vivía el señor Eduardo Prieto en búsqueda de su hijo.

Durante el trayecto, la central le envió toda la información que disponían sobre él. Iván Prieto, veintisiete años, historial de violencia y alcoholismo. Pequeños hurtos y delitos, estaba salpicado de antecedentes penales. Sin trabajo estable, solía estar en el bar debajo de su casa.

Álex y Júlia se presentaron en el lugar y mostraron su placa. El camarero, sujetando una bandeja llena de cervezas y tapas, les indicó con la barbillas dónde estaba.

Al ver que Álex se acercaba, Iván se levantó y con pasos rápidos se alejó de la mesa, hasta que el cañón de la pistola de Júlia lo apuntó.

Levantó los brazos y se detuvo.

—Lamento la muerte de tu padre —dijo Álex, iniciando las preguntas.

—No lamentas nada, poli de mierda. Cómo vas a lamentar algo que no conoces.

—Necesitamos hacerte unas preguntas.

—¿Esto es un interrogatorio?

—Una charla entre amigos si te portas bien —aseguró Álex.

Júlia seguía a dos pasos de distancia, lista para sacar otra vez la pistola.

—¿Dónde estuviste el día 30 de marzo de este año?

El chico afinó los ojos y cambió la expresión de su rostro, como si el policía le estuviera hablando en árabe.

—Yo qué sé, tío, no sé lo que hice ayer.

—Míralo en el móvil o donde quieras, quiero saberlo.

Iván Prieto bufó como si esa petición representase demasiado esfuerzo. Álex entendió que necesitaba un empujoncito.

—No te quiero arrestar, solo quiero saber dónde estabas ese sábado y me voy —aseguró Álex—. Si no te va bien mirarlo ahora, te llevaré a comisaría y lo descubrimos tú y yo en una sala cerrada. Solos —afirmó mientras levantaba las cejas.

El chico prefirió no saber si era un farol o ese poli, que nunca había visto por la zona, hablaba en serio.

Sacó el móvil y empezó a buscar.

En el WhatsApp tenía grupos familiares, de música y otros que ponía «Camellos sin Fronteras» y «A esta le haría…».

Entró en un chat privado. Encima, ponía el nombre de una mujer, Edén, y el emoticono de un corazón partido.

Retrocedió hasta la conversación de ese día, hasta un mensaje que ponía: «En cinco minutos estoy allí. Prepárate, esta noche tengo mucho amor acumulado para ti».

Lo dejó marchar solo cuando le dio el número de teléfono de la tal Edén y el suyo.

—¿Qué piensas de este chico? —preguntó Júlia al sargento.

Álex echó el último vistazo al bar de mala muerte.

—Me da mala espina, pero no creo que sea nuestro hombre. No cuadra con el retrato de mi hermana.

—Entonces a por el siguiente —añadió ella—. ¿Cuál?

—Vamos a por la muerte del Hospital Clínic, a ver si allí tenemos más suerte.

41

Laia Fuster era una chica normal.

Veinticinco años, estudiaba los últimos años de Arquitectura en la universidad. Creativa, sencilla y cumplidora. Un amigo que se estaba convirtiendo en un pretendiente y una noche como otras.

Había salido con amigas a un bar de copas del casco antiguo de Barcelona. Llegaron en metro y, después de cenar en un restaurante vegetariano, se fueron de copas.

Tres chicas universitarias siempre son el objetivo de hombres hambrientos. La noche fue fluyendo y las copas con ella. Se encontraron sentadas con dos chicos que estaban más interesados en sus amigas que en ella. Así que decidió marcharse antes de la hora, dejarlas con los dos chicos y soltar la vela que se había encontrado en la mano.

Ella se fue hacia la puerta y cogió su abrigo; cuando las amigas se despidieron, ella las tranquilizó con que su intención había sido irse pronto, al día siguiente tenía que estudiar. No sabía que fuera la esperaba una persona que cambiaría el curso de su vida.

Antes de llegar a la entrada del metro, su violador la cogió y la arrastró a un callejón oscuro.

Varios transeúntes fueron testigos igual que vecinos que llamaron a la policía. Eran las dos y cuarto de la madrugada de un día que pasaba de la hora solar a la legal.

La policía acudió pasada una hora. Laia estaba en el suelo cubierta de lágrimas y aterrorizada.

La explicación de la policía fue atribuir un fallo de comunicación entre los servicios de emergencia.

Pero el hermano no pensaba lo mismo.

Iván y Víctor consiguieron localizar a la única persona que podía querer vengar a Laia, su hermano. Era verdad que no reflejaba el patrón de los demás casos, que habían sufrido un desenlace fatal. Sin embargo, el cambio de hora y el tema de la violación parecía que podía ser uno de esos casos que había investigar.

—Policía. Baje de su furgoneta, necesitamos hablar con usted —exigió Iván mientras enseñaba la placa.

El hombre cerró la puerta de mala manera.

—¿Qué pasa ahora, me he saltado un semáforo en rojo, agentes?

—Somos de homicidios, tranquilícese, señor Fuster. Debería escucharnos y responder a unas simples preguntas. En caso contrario, le tendremos que llevar a comisaría.

El hombre con una barriga prominente y sudado por el trabajo físico los miró con hastío.

—¿Qué queréis?

—Que nos diga dónde estuvo el día 30 de marzo, por favor —indicó Iván con seriedad.

Este se pasó la mano por el pelo corto y se secó el rostro con la manga de la sudadera.

—No tengo ni idea —respondió, sorprendido.

La idea era sencilla, preguntar y ver dónde estuvo con mensajes de WhatsApp, coincidiría con el retrato robot que tenían y, seguramente, se delataría. Si las dudas seguían, se lo podían llevar a la comisaría.

El hombre necesitó un rato para mirarlo y, después de ver las fotos en su galería del móvil, lo confirmó con exactitud.

—Ese fin de semana estuve en Sevilla —dijo, y señaló las fotos.

Luego, entró en el chat de su madre y les enseñó los envíos de las fotos a su madre de ese mismo día, el domingo 30 de marzo.

Iván y Víctor se despidieron. Consideraron que ese hombre no podía ser la persona que buscaban por obvios motivos.

Tenían que seguir buscando e ir a por el siguiente caso, el del atropello de un taxi en la Diagonal.

42

Núria Casamitjana tenía las mañanas libres.

Muchas veces daba paseos con los auriculares, escuchando sesiones con pacientes que se había grabado o, simplemente, escuchando pódcasts sobre psicología. Otras veces, estudiaba o trabajaba en el proyecto que estaba preparando para presentarlo a la Unión Europea como experta en el tema de los trastornos del sueño relacionados con cambios de horario.

Esa mañana, en cambio, la habían llamado de la radio. Un tema controvertido y de actualidad: el cambio de hora.

En el programa *Barcelona, bon dia* de la emisora Ràdio Ciutat. Un día antes del ajuste de las agujas, el presentador Toni Vilaseca, un chico inteligente y famoso en la ciudad, la había invitado como ponente.

—Muy buenos días, Barcelona. Volvemos de las recomendaciones publicitarias y regresamos en directo. Bienvenidos de nuevo a *Barcelona bon dia*, el espacio donde hablamos de aquello que nos afecta más de lo que pensamos, aunque lo tengamos tan cerca que casi lo pasamos por alto. Hoy, a las puertas de, una vez más, dejádmelo decir, otro cambio de hora. Sí, ese ritual de atrasar los

relojes una hora, queremos entender mejor qué significa para nuestra salud y si de verdad sigue teniendo sentido. Para ello, nos acompaña la doctora Núria Casamitjana Serra, psicóloga clínica y especialista en trastornos del sueño. Doctora, gracias por acompañarnos.

El silencio se formó en el diminuto estudio radiofónico. Una mesa redonda en el centro, goma espuma por las paredes, una pequeña ventana que daba a la Avenida Diagonal y muchos micrófonos.

Núria, a pesar de estar acostumbrada a hablar en público, siempre se ponía nerviosa al enfrentarse a un micrófono.

—Gracias a ti, Toni. Encantada de poder hablar de un tema que, aunque parezca menor, tiene efectos reales en la vida de todos nosotros —dijo, mirando la gomaespuma con el logo de la emisora, una nube con un rayo y la frecuencia impresa, 103.5 FM.

—Núria, empecemos por lo básico: ¿qué nos pasa realmente cuando cambiamos la hora? ¿De verdad es para tanto?

Ella tragó saliva, ya había arrancado y se tenía que soltar.

—Es mucho más serio de lo que la gente cree. Nuestro organismo funciona con ritmos circadianos, que son relojes internos. Alterarlos de golpe, aunque solo sea una hora, implica que el cuerpo necesita varios días para readaptarse. Eso significa más insomnio, irritabilidad, cansancio e incluso un aumento de los accidentes de tráfico y laborales en la semana posterior al cambio.

—O sea, que no es solo cuestión de dormir una hora más o menos… —dijo Toni, dejando la frase en el aire para que la continuara.

—Exacto. Y añado algo: los estudios muestran y demuestran que también aumenta el riesgo de infartos y problemas de concentración. Es un cambio artificial que interfiere en nuestra salud mental y física.

—Entonces, ¿por qué seguimos haciéndolo?

—Por inercia política y falta de valentía para cambiarlo. El cambio de hora no solo es inútil, es dañino. Es un error que debemos eliminar para siempre.

—Palabras fuertes, doctora —dijo el locutor con un guiño para que soltara un titular duro o algo más por donde tirar.

—Lo son, pero son necesarias. Si queremos una sociedad más sana, debemos acabar con esta práctica obsoleta.

—Pero, doctora, si cuando viajamos a Estados Unidos o a Asia, el efecto es mucho más fuerte, son seis, ocho incluso diez horas de cambio del huso horario, ¿el cambio de una hora es tan perjudicial? El *jet lag* de la vuelta es tremendo y no nos pasa nada. Lo digo porque hace unos meses estuve en Japón y la verdad es que el latigazo fue tremendo.

Ella cogió su botellita de agua y dio un sorbo mientras Toni acababa la pregunta.

—En eso tienes razón. Pero tienes que pensar una cosa, si haces ese viaje, es algo personal tuyo, sabes a lo que vas y asumes las consecuencias. Además, el efecto es solo para una persona. Si, en cambio, se hace para toda la población de una nación, el efecto es para todos. Eso es diferente. Piensa que siempre se ha hecho por una cuestión económica y que ahora ya no tiene sentido. La electricidad ha marcado un hito en nuestra sociedad y esta arcaica

actuación no se ha modernizado. Es hora de que políticos valientes tomen el control, hagan los cambios pertinentes y volvamos a nuestras costumbres precedentes.

Toni la miraba con sus ojos penetrantes, azules y muy luminosos. Llevaba solo una camiseta blanca y un corte moderno.

—Doctora, nos queda un minuto. Una última pregunta. No sé si se ha enterado, pero esta mañana el famoso sargento de los *mossos*, Álex Cortés, ha realizado una rueda de prensa poniendo en alerta a la población y sosteniendo que hay un asesino que, en el cambio de hora, mata a personas. ¿Se ha enterado?

Núria bajó la mirada con una sonrisa sarcástica.

—Algo he escuchado.

—Bien, nos invita a quedarnos en casa porque este cambio de hora, es decir, mañana de madrugada, puede que haya otro asesinato. Le soy sincero, si no fuera el mismo que capturó varias veces el Asesino del Criptograma, no le daría mucho crédito. Pero es él —dijo, y se quedó un segundo en silencio—. ¿Usted se lo cree? ¿Qué tan dañino es el cambio de hora?

Núria suspiró mientras movía la mirada del locutor a la gomaespuma.

—Sí, es dañino, pero no creo que alguien se vuelva loco como para matar gente el día del cambio de hora. Creo que es una exageración y me imagino que algo más hay detrás. Una manipulación, un complot, una orden desde el ayuntamiento, una plataforma de *streaming* que hace un superlanzamiento… que quieren que la gente esté en su casa viendo la tele. No lo sé.

—¿Es usted una complotista, piensa que siempre hay algo detrás y que por una causa hay siempre un efecto?

—Soy realista, Toni, solo eso.

El locutor miró el reloj y levantó el dedo apuntándola, indicando que era la última y cortaría el programa para volver a la publicidad.

—Usted saldrá mañana a la calle.

Ella sonrió.

—Yo haré vida normal.

43

En un lejano verano, Karla acompañó a su prima y a sus tíos a un parque de atracciones.

Llevaba todo el año esperando ese momento, quería subir a la atracción de referencia del parque.

«Este año sí. Este año sí», se dijo todo el invierno.

Pero el chico que daba el permiso de subirse a la atracción la midió y no llegó a la altura mínima. Por dos míseros centímetros, no llegaba.

Su decepción fue tal que lloró desconsoladamente. No lloró como lo hacen los niños mimados y con berrinche. No, solo de decepción.

Subieron el tío y la prima, un año mayor que ella.

Luego, fueron a comer. A pesar de que la *pizza* estaba muy buena, le pareció que comía cartón. Ella estaba centrada en su montaña rusa. Se quedó mirando el servilletero en la mesa con enfado cuando se le ocurrió una idea.

Preguntó si podía ir al lavabo y los tíos la dejaron.

Antes de entrar en el aseo, raptó un servilletero y se lo llevó consigo. Una vez sentada en el retrete, sacó todas las servilletas y

las metió dentro de las zapatillas, soltó al máximo los cordones hasta que las zapatillas dieron de sí.

Luego, se escurrió del restaurante y fue hasta la atracción.

Hizo la cola para acceder a la montaña rusa y cuando estaba a punto de sentarse en el vagón, la chica que sustituía al anterior controlador la midió. Faltaba medio centímetro para el metro cuarenta, pero la chica, esa vez, le guiñó el ojo y la dejó subir.

La experiencia más adrenalínica que tuvo de niña, dijo al bajar. También tuvo que lidiar con la bronca monumental que le echaron sus tíos.

Karla recordó ese momento mientras buscaba con Alan y Laura los posibles blancos del Asesino de los Relojes. Ella no era de despachos, era de acción, de saltarse las normas, de ponerse servilletas en los zapatos para subir a la atracción que quería. No respetaba normas y la autoridad. Estar encerrada en un despacho buscando nombres y dándole al Enter la mataba. Si en eso se había convertido su vida, prefería ser un guardaespaldas o limpiar cristales en un rascacielos colgada con un arnés en la fachada. Ese carácter le había dado muchas alegrías y muchos problemas, algunos muy grandes.

Llevaban la mañana debatiendo. Con base en las personas asesinadas, intentaron construir un perfil del posible objetivo en ese cambio de horario.

Eso, al principio, le dio dolor de cabeza y la sensación de estar perdiendo el tiempo. No tenía sentido pero, poco a poco, con la inteligencia de Alan y la dulzura de Laura, se fue disipando esa niebla que la mente suele poner delante de las tareas difíciles.

La lista fue cobrando vida y con ella la satisfacción de que lo estaban consiguiendo.

Seguían trabajando con el mismo ahínco que el primer momento, pero Karla consideró que era hora de hacer lo que había planificado.

Se acercó a Laura y le pidió que fuera a comprar unos cafés para los tres. No de máquina, sino en la cafetería de enfrente.

Ella obedeció.

Cuando la vio por la ventana cruzando la Travessera de les Corts, se acercó al informático forense.

—Tengo un problema, Alan.

—Ya, y yo… —respondió, indicando la pantalla.

Karla se acercó al compañero.

—Tienes que ayudarme, Alan, no sé a quién pedir esto. Eres la única persona que me puede ayudar.

Él arrugó el ceño, su rostro, entre la incredulidad y el miedo.

—A ver qué me pides, Karla, esa expresión de gato con botas la conozco y no me gusta. La última vez… —dijo, y Karla lo interrumpió.

—Escúchame, tienes que buscar a una persona —pidió, y le pasó un papel.

El chico lo abrió y lo leyó. Había un nombre, un número de teléfono y un número de DNI.

—¿Quién es?

—Guárdate ese papel y no lo hables con nadie.

—Me parece que estoy trabajando en el CNI, no en los Mossos.

Ella suspiró y se pasó la lengua por los labios carnosos. Miró a su alrededor para que nadie pudiera escucharla.

—No te puedo decir quién es. La estoy buscando desde hace tiempo. No doy con ella. Creo que ha cambiado de nombre o algo así. Esta información es la única que tengo. Necesito que me eches una mano, Alan, eras la única persona.

A cada palabra que añadía, a Alan le resultaba más extraño ese discurso.

—¿Por qué no contratas a un investigador privado?

Ella negó.

Esa opción ya la había sopesado muchísimas veces, pero no la llevó nunca a término. No, tenía que ser mucho más discreto.

—Álex se enteraría.

—¿Álex, qué tiene que ver Álex?

—Shhh. Te lo ruego, Alan, confidencialidad.

Él se encogió de hombros y se guardó la nota en los tejanos.

—Miraré lo que puedo hacer.

Ella suspiró de alivio. Tuvo la sensación como de soltar una carga al compartirla con otra persona. Confiaba en Alan y si no lo resolvía él, a lo mejor, se plantearía más caminos. Pero ese era el más rápido y discreto.

—Confío en ti —dijo Karla.

Justo en ese momento apareció Laura con los cafés.

—¿Confiar en qué? ¿Qué me he perdido, habéis encontrado a alguien nuevo para añadir a la lista? —preguntó ella.

Karla negó y desvió el tema a los cafés. Cogió el suyo y dio el otro a Alan.

Siguieron investigando y sacando más nombres con los que su olfato le decía que deberían contactar.

44

Llegaron al Hospital Clínic.

El tiempo pasaba y el reloj de arena del viernes ya iba por la mitad. Tenían que agilizar la búsqueda. Por la noche, el subinspector Ferrer le exigiría explicaciones sobre qué habían encontrado y si valía la pena esa búsqueda alocada.

Sin dilaciones, fueron directamente a hablar con el doctor responsable del departamento de Cardiología. La escena se repitió, el hombre no estaba muy feliz por comentar el caso. Una presunta negligencia médica no era plato de buen comer. Se veía la contrariedad y casi la indiferencia que transmitía el médico. Era la vívida representación de la distancia que se tiene que poner entre los pacientes y los médicos.

Calvo, ojos saltones y tan delgado que daba la impresión de que lo hubiera alimentado Néstor un mes.

—Lo lamento, señores, pero no quiero hablar del tema —aseguró.

Álex intentó convencerlo, pero no hubo manera. Y para una orden judicial hubiera perdido demasiado tiempo. Después de

insistir, los dos policías se dieron la vuelta para marcharse, pero antes de cerrar la puerta Álex escuchó:

—¿Es usted este? —preguntó el médico.

Álex regresó. El hombre tenía un móvil en la mano, mirando en una aplicación de noticias la rueda de prensa que había dado por la mañana.

—Siéntese. ¿Qué necesita saber? —preguntó el médico con un tono completamente diferente.

Álex preguntó lo que necesitaba saber.

—Lo siento, no fue una buena publicidad para mi departamento. Somos punteros, pero fue un fallo imperdonable.

—El pasado es el pasado. Quiero saber si alguien de la familia pudiera ser la persona que buscamos —afirmó Álex, indicando el vídeo de la conferencia, que se reproducía en bucle.

El hombre dejó el móvil de última generación en un tapete de cuero color tabaco encima del escritorio.

Se pasó las manos por los ojos saltones y, después de habérselo pensado, dijo:

—Tuvimos muchos problemas con la familia de ese pobre hombre. En parte tenían razón, aplicar dos veces la misma medicina por un cambio de turno mal hecho en el cambio de hora fue un error garrafal. El hermano. El resto de la familia no dio problemas. Este vino varias veces y gritó no sé qué frases amenazantes, pero no hizo nada al final —confesó bajando la voz.

—¿Qué decía?

—Algo así como: «El sistema está podrido, si nadie paga, pagaréis todos». En fin, no lo culpo.

—¿Cómo era? —preguntó Júlia—. De aspecto.

El médico movió el labio e intentó recordar.

—Alto, corpulento, musculoso, un individuo que espero no encontrarme nunca de noche, la verdad —dijo, y añadió—. Y de día tampoco.

Álex y Júlia se miraron al escuchar esa frase.

—¿Dónde lo podemos encontrar? —preguntó Álex.

Los dos investigadores regresaron al coche y se fueron directos al lugar donde les había indicado el médico. Aparcaron cerca y caminaron los pocos metros que quedaban por llegar.

Comprobaron dos veces el lugar antes de entrar. Al hacerlo, llamaron la atención de todos los presentes. El gimnasio del hermano del fallecido tenía máquinas de musculación, bicicletas estáticas, cintas y un par de cuadriláteros para el boxeo. Los deportistas se detuvieron para verlos y solo se escuchó, por unos instantes, la música altísima y los golpes de un chico que lanzaba contra un hombre acolchado en el *ring*. Cuando este se detuvo, el hombre que hacía de *sparring* descendió del *ring* y bajó la música.

—¡Seguid entrenando, nenazas! —gritó a pleno pulmón.

Caminó hasta donde estaban los dos visitantes. Álex, sin decir nada, enseñó la placa.

—¿Qué pasa ahora? ¿Alguno de mis chicos se ha metido en algún lío? —preguntó, molesto.

—¿Eduard Avelló? Necesitamos que nos acompañe a un lugar tranquilo, ¿tiene un despacho?

—No tengo secretos para mis chicos. ¿Qué queréis?

Álex miró a su alrededor y le formuló la pregunta.

—¿Dónde estuvo el 30 de marzo?

El hombre se extrañó.

—Oye, aquí a la pasma la respetamos, pero que me vengan con tonterías preguntando con mierdas, no estoy de acuerdo. ¿Qué coño queréis decir con esto?

—Estamos investigando un homicidio, solo necesitamos saber dónde estaba usted ese día —espetó Júlia.

El hombre refunfuñó una cadena de palabrotas que Álex se negó a escuchar. Al entrar un chico con la bolsa de entreno, se fijó en Álex y le dio una palmada en la espalda a Eduard.

—Oye, jefe, este tío es famoso. Está en todos los telediarios. No sabía que eras un soplón de la pasma —dijo con tono divertido y se fue riendo.

—Vete a calentar, que luego reiré yo contigo —gritó, y se giró—. No sé de qué vais, pero yo hace tiempo que no hago nada ilegal. Ahora soy un tío legal —dijo, levantando las manos—. Tengo un gimnasio. Soy empresario del deporte. He dejado atrás muchas cosas.

—Tal vez. Pero necesitamos saber dónde estuvo ese día —insistió Álex, repitiendo la fecha.

El hombre se agarró los genitales.

—Seguro que follando con alguna rubia —dijo, y se rio solo.

Detrás de él, los chicos, que entrenaban con menos intensidad porque estaban más pendientes de la conversación con la policía que de lo suyo, se rieron.

—No queremos llevarle a la comisaría —espetó Júlia en un tono que Álex no había escuchado hasta ese momento—. Estamos

hablando de asesinato. Es penal. Se puede comer veintipico años de cárcel, ¿de verdad es lo que quiere? ¿Perder todo esto?

Eduard resopló y afinó la mirada sobre la chica.

—Tiene carácter, jefe. Ve con cuidado —dijo uno por detrás.

Suspiró varias veces y luego miró a Álex a los ojos.

—Creo que estaba en un combate por la zona de Alicante. Se enfrentaban dos…

—¿Puede probarlo?

—Creo tener las entradas por mi despacho, tendría que comprobarlo.

—También necesitamos que nos indique el hotel donde estuvo alojado —dijo, y le alargó una tarjeta de visita—. Ahí tiene mi número. Mándeme las fotos de las entradas, alguna foto suya que lo demuestre y el hotel.

—No estuve en ningún hotel, me invitó una pedazo de rubia que te cagas.

—Mándeme todo lo que tenga para que yo vea que estuvo allí. Lo que sea —dijo Álex, e hizo una señal a Júlia para irse—. Lo quiero hoy o mañana vendremos y esta conversación será muy diferente.

Álex dio un paso hacia la puerta y Júlia fue detrás.

—No me asustas, poli. Estás metiendo la pata conmigo —gritó mientras salían.

Regresaron al coche.

El estómago de Álex emitió un rugido de hambre. El reloj del Altea decía que eran las cuatro pasadas. Júlia no se había quejado en ningún momento, pero tenía que estar muerta de hambre como él.

—¿Y ahora, Álex?

—¿Ahora? A por el último caso de hoy. El del muerto en la estación de trenes —dijo, y le indicó la dirección.

45

El segundo caso que tenían que gestionar Iván y Víctor era un accidente.

Un motorista había fallecido al ser atropellado por un taxista. La noche maldita, la del 28 al 29 de octubre de 2023, una noche como otras que transformaría muchas vidas. Entre ellas, la de un criminal que evolucionaría al Asesino de los Relojes.

Localizaron a Fernando Sáez, el taxista. Seguía con la licencia en vigor. Después de una evaluación por parte de la administración y por el gremio de taxistas, consiguió conservar su trabajo. Sobre todo, como explicó, porque una cámara grabó el accidente y se vio que la culpa no fue suya.

—Me hizo así… —dijo el hombre ayudado con la mano, que serpenteaba en el aire—. Esquivaba los coches. Tenía una prisa del demonio, no sé dónde narices tenía que ir a esa hora. Barcelona es una jungla, amigos. Cada día te enfrentas a más motos que se te cuelan por todos sitios, maldita sea. Derecha, izquierda, como cambies de carril, te la juegas. Es la puta república de las motos —dijo con un tono desesperado y de rabia a la vez.

Iván entendió que el hombre tenía razón y que el motorista había cometido la temeridad de sortearlo, y le salió mal. El vídeo lo acreditaba. Pero la pregunta era la siguiente, ¿quién podía querer vengar su muerte?

El taxista no tuvo la menor idea de qué contestar a eso. ¿Cómo podía saberlo él?, respondió. Así que tuvieron que dejar de lado el taxista y dirigirse a los familiares de la víctima.

Óscar Mena Delgado tenía una mujer y un niño recién nacido.

«¿Cómo puedes ser tan temerario cuando eres padre?», se preguntaba Iván. Él pensaba que justo sucedía al revés. Cuando alguien que conocía se convertía en papá o en mamá, se transformaban en más lentos, más calmados y más prudentes.

Montserrat lo atendió mientras aprovechaba para fumarse un cigarrillo. Trabajaba de contable en una oficina de Barcelona. Estuvieron hablando el tiempo de fumarse un *light* y volver a la oficina. Con ojeras, la viuda con una niña a cargo se veía tremendamente cansada. A Iván le dio coraje hacerle las preguntas que habían acordado.

Ella estaba claro que no podía ser el Asesino de los Relojes, pero alguien de su entorno sí. Iván tuvo que desarrollar toda su máxima capacidad de analizar las respuestas de la mujer. Detectar resentimiento y venganza era normal, pero no fue así.

Destrozada por lo ocurrido, fue la primera que tachó de temerario e imbécil a su marido. Entonces le explicaron, de forma clara, por qué estaban allí. Montserrat, con la misma franqueza, dijo que su hermano, el cuñado de la víctima, se había encarado en el juicio al taxista y a las autoridades por la tardanza en socorrer a

Óscar. Pero que lo conocía bien, que nunca habría matado a nadie, ni a una mosca. Y si no estuviera convencida, se lo diría. Ya bastantes desgracias habían tenido en la vida.

Con esa información, Iván y Víctor regresaron a la comisaría. Su investigación no había sido de mucho provecho.

¿Cómo podían encontrar a un asesino de ese modo?

En el camino de vuelta, confrontaron y dudaron de la manera en que se estaba buscando, en la técnica de sacar a la luz a un asesino como ese. Algo no iba bien, o Álex y Júlia habían tenido más fortuna o se habían equivocado en todo, tanto en las suposiciones como en la metodología de su búsqueda de campo.

Podría haber sido el hermano de Laia Fuster, la víctima agredida sexualmente, pero demostró estar en Sevilla. Aunque eso se podía planificar y maquillar, solo una triangulación de su móvil lo habría certificado o un billete de avión o un hospedaje en un hotel.

Pensaron en comentarlo al equipo y profundizar en el tema si se necesitase.

Llegaron al *briefing*. Ferrer ya estaba hirviendo porque no estaba Álex.

Tuvieron que explicar al subinspector cómo habían ido las pesquisas, pero cuanto más explicaban, más se enfurecía.

Esperaron que las investigaciones de Álex hubiesen ido algo mejor.

46

Conocía un lugar para hacer una parada rápida.

Júlia detuvo el coche en un carga y descarga y se quedó esperando. Álex bajó y rápidamente cogió dos bocadillos calientes y dos bebidas de cola en un *frankfurt* de la calle Balmes.

Se quedaron allí, estacionados, durante unos minutos para comer.

—Los mejores de Barcelona. ¿No los conocías? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza y la boca con restos de kétchup.

—No me has explicado al final lo de Néstor, nos quedamos a medias.

Él asintió.

Esa maldita palabra rompió el hechizo que el pan caliente y la *frankfurt* con salsas le estaban proporcionando. Ella se dio cuenta y pidió disculpas.

—No pasa nada —respondió con la boca llena—. Es normal. Néstor es un hijo de perra que se enamoró de mi hermana y le cortó una mano —dijo, y tragó el bocado—. También la ayudó a parir a su segundo hijo, pero eso es un detalle sin importancia.

Ella sujetó las ganas de reír.

—¿Qué más?

—Se escapó hace unos meses y ya no sabemos nada de él, oficialmente… —dijo, y dio un bocado al bocadillo.

Ella se detuvo de dar un siguiente mordisco para decir:

—¿Oficialmente?

Álex masticó el delicioso manjar y luego contestó.

—La verdad es que creo haberlo visto hace un tiempo en una fiesta. Me asusté. Eran sus ojos en un cuerpo diferente. Un tiburón de las finanzas. Alguien que no podría ser él de ninguna manera. Pero…

—Pero…

—Tuve una corazonada y… En fin, esto da para mucho tiempo. Lo conozco y es un maldito camaleón. Nunca sabes con qué te va a salir.

—¿Y fuiste a buscarlo? ¿A hablar con él?

Álex negó con la cabeza.

—Es complicado, es solo una corazonada. En fin, tenemos que marcharnos —dijo Álex, y se metió en la boca la punta final del perrito—. ¿Te había dicho que estaban tremendos? ¡Vamos!

Esperaron poco antes de entrar en el despacho del director de la estación de Sants, un hombre de mediana edad, con traje, pelo corto y barba estilo hípster.

Dio su máxima disponibilidad de colaboración desde el primer momento.

El suceso que tenían entre manos era una mancha en la dirección de la estación. El cambio de hora de ese día generó tal vacío de agentes de seguridad que hubiera podido pasar cualquier

cosa, hasta robar un tren si alguien se lo hubiera propuesto, confesó.

—Que yo sepa, el señor Ferrán Tahull no tenía apenas familia. Lo siento, no recuerdo a nadie que responda a la descripción.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Júlia.

El director suspiró a pleno pulmón y se pasó la mano por la barba, siguiéndola hasta la punta, como si fuera a decir algo que preferiría no decir.

—Me obsesioné con este caso. Parecía alguien solitario. No encontré a nadie que pudiera estar vinculado a él. Seguí su pista y tiré del hilo de su vida. Y conocí a su hija, fruto de un matrimonio fallido hacía tiempo. No pude hablar mucho con ella, pero la mujer estaba entristecida porque no veía al padre desde hacía mucho tiempo. Por lo que supe, heredó un piso en Sitges —dijo, levantando las cejas—. Nada mal.

—¿Por qué fue a buscarla? —preguntó Álex.

—Por si la podía ayudar de alguna forma. Mi predecesor se obsesionó con el suceso y lo destituyeron. Perdió el norte, está de baja psiquiátrica desde hace dos años. Yo cogí su puesto. ¿No se lo había dicho?

Los dos policías se miraron.

—No —respondió Júlia.

—Pues al anterior director, y perdone la expresión, se le ha ido la chaveta —afirmó con un movimiento de los dedos que imitaba las comillas—. Yo fui a conocer a la hija del señor Tahull porque sentía parte de responsabilidad… —confesó, bajando la mirada.

—¿Dónde podemos hablar con la hija de Tahull? —preguntó Álex.

—¿Y con el exdirector? —preguntó Júlia.

A los pocos minutos, tocaron a la puerta del exdirector. Dejaron el coche en una calle cercana a la estación. El hombre vivía a pocas manzanas de allí.

Barcelona seguía encapotada y la luz comenzaba a menguar.

En cualquier momento podía caer un chaparrón.

Abrió la vieja puerta una señora. Moño en la cabeza, pelo gris y un delantal floreado.

Los policías se presentaron y fueron acompañados al salón. La señora fue muy explícita en que no lo agobiaran mucho; aunque ese día estaba bastante lúcido, su estado podía cambiar en cualquier instante.

Siguieron los dos inspectores por un pasillo hasta una puerta de cristales anaranjados. A Álex le recordó la casa de sus abuelos en Tarragona y sus vasos Pyrex para el agua.

Al abrirla, se presentó una sala de estar con una ventana que daba a la calle. Del otro lado de los cristales y cortinas, se veía la fachada del otro edificio.

Un mueble hecho a medida para la televisión, figuritas de cerámica y marcos de fotos de una vida que solo era un recuerdo. Un sofá con pequeñas telas de encaje y una butaca. En un sillón orejero, estaba la persona que buscaban.

Manolo Almeida estaba escuchando la radio que estaba encendida en un mueble. La mujer se adelantó y apagó la radio.

—¿Por qué la cierras? —preguntó él.

—Tienes visita.

—¿Quién es, ese inútil del hijo de la vecina? —preguntó él.

—No, está aquí la policía.

—Vaya, llega la caballería. Diles que no estoy. Esos inútiles me harán solo perder el tiempo.

La mujer retrocedió y, antes de hablar, Álex tosió. El exdirector se giró. Al verlos, chasqueó la lengua.

—Vaya, podías haberme dicho que ya estaban aquí.

Ella cogió el brazo de Álex.

—Ya lo hice. Les dejo solos —afirmó, y cerró la puerta de cristal.

El hombre gruñó.

—Buenos días, señor Almeida —dijo Álex, y se presentó.

—Supongo que tendrán que sentarse —gruñó, y señaló el sofá con la mano.

Álex se sentó en la butaca que quedaba justo frente a él y Júlia, en el sofá.

—Venimos a molestarlo solo por un par de preguntas referentes a la muerte del hombre la noche del 28 al 29 de octubre de hace dos años.

El exdirector de la estación miró al hombre y luego a la chica.

—¿En serio vienen por aquello? ¿Es una broma pesada de Juan o de Pepe?

Álex no esperó ni un segundo para responder mientras Júlia miraba al sargento.

—No, no es ninguna broma. ¿Qué pasó, nos lo podría contar? Su sucesor no nos ha podido decir mucho.

El hombre se empujó con una mano para acomodarse en el respaldo.

—¿Qué quiere que le diga que no sepa aún? —dijo con tono desencantado, pero luego cambió radicalmente a un tono más interesado, curioso—. Espere, usted es… La radio lleva toda la mañana hablando de un asesino, ¿cómo lo llaman? De los Relojes, sí. ¡Fue usted!

Estaba claro que toda Barcelona y, parte de la península, tenían en su oído y en sus retinas las palabras del sargento. La incontinencia verbal de Karla, con una supuesta recompensa por dar noticias, también tenía que haber contribuido a hacer el caso más mediático.

—Sí, somos nosotros, de la comisaría de Travessera de les Corts —respondió, casi molesto por tanto alboroto, ya se veía que, al salir a correr, tendría que camuflarse o la gente lo detendría por la calle.

—¿Y por qué viene hasta mi casa, sargento? ¿Solo para saber la opinión de un viejo apartado que cuenta batallitas? No me lo creo.

—Así es. ¿Qué pasó ese día? —dijo Álex, y miró el reloj—. No tenemos mucho tiempo.

Manolo Almeida adelantó su cuerpo, sentándose en la punta de la butaca.

—Si está aquí, es porque cree que ciertos asesinatos están relacionados con la muerte de Ferrán Tahull, ¿verdad?

Álex asintió.

—Pues enhorabuena, policía, es usted muy inteligente —dijo Manolo con el brillo en los ojos.

47

Álex se acercó al exdirector de la estación de Sants.

¿Inteligente? ¿Por qué inteligente?

¿Qué tenía que ver ese hombre que daba por sentado que estaban relacionados los asesinatos de los relojes y la muerte de Tahull?

¿Porque era el asesino?

Ese hombre no parecía capaz de hacer daño ni a una mosca, pero lo que sí demostró con esa frase era que había llegado él también a la misma conclusión, ¿podría ser?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Álex con la curiosidad a flor de piel.

—Pues que han tardado años en relacionar las dos cosas. Pero por fin lo han conseguido. ¡Enhorabuena! —afirmó con sarcasmo.

—¿Quiere decir que usted lo sabía? ¿Y por qué no dijo nada?

Las facciones de la cara de Manolo se tensaron. De repente, se enfadó. Bajó la cabeza y arrugó las cejas.

—Llevo todo este tiempo diciéndolo y nadie me ha hecho caso. Solo he conseguido que me cesaran del trabajo por ser un loco. Un

viejo loco —se lamentó, se levantó y apuntó al policía con un dedo —. Yo no estoy loco, yo lo he visto. Vino a verme y…

Álex se levantó, esa historia avanzaba imparable, iba demasiado rápido y quería detenerla.

—¿Qué quiere decir con que vino a verlo? ¿Quién?

Manolo se subió una pernera del pantalón y vieron unas marcas que recorrían toda la pierna.

—Me hizo esto. Yo pagué por la incompetencia de mi gestión. Me apartaron del trabajo y él me rompió las piernas. No soy un loco, solo un viejo que estaba en el momento equivocado en el lugar equivocado.

Álex dio un paso hacia adelante.

—¿Quién es? —insistió Álex, aún más serio.

Manolo Almeida se tambaleaba, le costaba mantenerse de pie.

—Por favor, siéntese —dijo Júlia con dulzura.

—¡María! ¡María, ven! —gritó el hombre.

La segunda vez que Júlia se lo repitió, se sentó.

Álex permanecía en silencio mirando y esperando que el anciano contestara.

La puerta se abrió.

—María, por favor, tráeme eso —espetó.

—Les dije que no lo alteraran mucho. No me han escuchado… —condenó la mujer a los policías.

—¡María! No es su culpa —gritó el hombre.

Ella, sin cerrar la puerta, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Qué es lo que quiere decir, señor Almeida? —preguntó Álex sin entender nada.

Este bajó la mirada y esperó a que la mujer regresara.

Trajo una bolsa de terciopelo roja. Se la dio de mala gana mientras lanzaba una mirada de reproche a los policías.

El hombre necesitó pocos segundos para abrir la bolsa y sacar un objeto de un envoltorio de plástico.

Lo levantó y se lo enseñó a los policías.

—Él me lo dio —dijo Manolo mientras lo acercaba al sargento.

Álex sacó un pañuelo del pantalón y lo cogió como si fuera el diamante más grande del mundo.

—Es parecido —murmuró Álex.

—¿A qué?

—Al que tenía en la mano la primera víctima.

El viejo se rio.

—Claro, porque me lo puso en la mano cuando estaba en el suelo. Yo lo vi, hablé con él.

Álex bajó el reloj para mirar al hombre.

Manolo volvió a reírse.

—Llevo dos años diciéndolo y nadie me había creído. Hasta hoy —afirmó Manolo mientras suspiraba y se apoyaba en su butaca orejera.

Una calma recorrió el cuerpo de Álex. La misma que sintió cuando estuvo al borde de tocar con las yemas al infame Néstor. Un calma que venía de una investigación construida sobre intuiciones. Intuición sobre intuición. Del mismo modo que se construye un castillo de naipes. Ese sentimiento de alivio duró poco, pero

confirmó que todas las suposiciones se habían construido de forma correcta.

—Por favor, explíqueme. Quién, cómo… ¿por qué? —dijo Álex con las ansias de saber y con la misma calma ya evaporada de sus células.

—Llevaba un pasamontañas. Era alto, fornido, tenía unos hombros anchos y músculos de culturista. Me vino a ver una noche. Habían pasado pocas semanas del suceso —dijo el hombre, y se dio cuenta de que la puerta que daba al pasillo estaba abierta—. Agente, ¿podría cerrar la puerta? Mi mujer se pone nerviosa cuando explico estos hechos —indicó, y Júlia se levantó, cerró la puerta y volvió a sentarse—. Gracias. Llevaba un pasamontañas. Estábamos en una calle detrás de la estación. Solos. Me dijo que yo era el responsable de la muerte de Ferrán. No hizo falta decirme de quién hablaba porque lo entendí enseguida. Me dijo que el problema era el cambio de hora. Si no hubiera sido por eso, Ferrán estaría vivo. El cambio de turno y la burocracia excesiva son consecuencias, dijo. Aún me acuerdo de la voz grave y sus ojos llenos de rabia. Me tiró al suelo y me empezó a dar con un bate de madera hasta que mis piernas quedaron hechas añicos. Me operaron varias veces. De hecho, he perdido la cuenta de las operaciones, de los clavos y placas que me han metido y de los puntos de sutura —afirmó, desconsolado, perdiendo la vista en sus manos.

—¿Por qué, Manolo, por qué no lo ha denunciado?

El hombre levantó la cabeza hacia el policía. En sus ojos, había una neblina de desesperación que los cubría.

—Porque ese hombre tenía razón. Yo fui responsable de la muerte. Me sentí responsable de mi equipo, del fallo que cometimos. Lo único que pude hacer fue asumirlo.

Álex negó con la cabeza.

—No, no estoy de acuerdo. Es un narcisista y un psicótico asesino de tres al cuarto. No puede hacerse cargo de la furia homicida que tiene dentro.

El hombre se encogió de hombros y se movió. Álex se dio cuenta que cada movimiento le producía un dolor que el hombre intentaba enmascarar.

—¿Y el reloj? —preguntó Júlia.

El hombre lo levantó.

—Curioso. Cuando acabó de azotarme, me lo puso en la mano. Ni me di cuenta hasta que estuve en la ambulancia e intentaron quitármelo. Me había agarrado a él como si fuera un peluche.

—Que no se lo explicara a la policía puedo entenderlo, aunque no comparta que no quisiera denunciarlo. Pero explicarlo… Se habrían ahorrado varias muertes.

Manolo Almeida sonrió y apoyó una mano en su rodilla.

—Es joven, policía, algún día entenderá que no todos los policías son como usted —dijo, y suspiró—. Me tildaron de loco y que no estaba bien de la cabeza. Luego, me despidieron por obvias razones —dijo, indicando las piernas—. El ocaso de un hombre, me dije, así que dejé de luchar hasta que entraron ustedes dos.

Álex se levantó y se agachó a su lado. Le cogió una mano y le dijo:

—Necesitamos saber cómo encontrarlo. Quién es, tenemos que detenerlo antes de mañana. Sabe qué es mañana, ¿verdad, señor Almeida?

El hombre se quedó callado, no sabiendo cómo ayudarlo. Asintió despacio, pero no tenía una respuesta.

—Ese hombre, Ferrán Tahull, ¿no tenía a nadie más que una hija? ¿No tenía un hijo? ¿Quién puede hacer esto? ¿Qué relación puede tener el Asesino de los Relojes con él? —preguntó Álex mientras miraba muy fijamente los ojos de Manolo.

—Yo solo le puedo dar esto —afirmó Manolo mientras le entregaba el reloj en la bolsa de terciopelo rojo—. El resto saldrá de su olfato. Si ha llegado hasta mí, no tengo la menor duda de que llegará hasta el final y cogerá a esa pobre alma en pena que mata para acallar sus demonios.

Álex se quedó boquiabierto por lo que dijo el exdirector de la estación. Sus últimas palabras se repetían en su mente. Parecía el razonamiento de alguien que, en un momento de lucidez y con pocas palabras, transmitía la clave de todo.

«Esa pobre alma en pena que mata para acallar sus demonios».

«Sus demonios eran la muerte de Ferrán. Pero ¿quién es ese asesino?», se preguntaba mientras caminaban en silencio hacia el coche. Tenía todo el trayecto hasta la comisaría para hablar con Júlia y entender lo que había pasado y compartir qué pensaba cada uno.

Tenían que llegar lo antes posible, en la sala de *briefing*, estaban esperándolos para el resumen con Ferrer y con los chicos.

Pero las sorpresas no se habían acabado para Álex. Al acercarse al coche, vio un papel en el salpicadero.

—Debería estar prohibido que un policía pusiera una multa al coche de otro poli, ¿no te parece? —dijo Álex mientras subía al vehículo.

Júlia cogió la hoja blanca del retrovisor y la miró. Al ver cómo se descomponía la cara de ella, Álex salió de nuevo.

—¿Qué pasa, Júlia?

Ella levantó lentamente la vista hacia el compañero.

—Creo que es él —dijo ella con la voz entrecortada.

—Cómo que es él. ¿Él quién? —preguntó Álex.

Júlia giró el papel hacia el compañero mientras le decía:

—No me detendréis. Tic-tac —leyó Júlia.

48

Álex abrió la puerta de la sala capturando la atención de todos.

Ferrer, Karla y los demás estaban en la sala esperándolos.

—Vaya horas de llegar —dijo Ferrer sin que Álex le prestara atención.

El sargento pasó por su lado sin mirarlo y cuando estuvo delante de la pizarra, levantó la mano. Una franja de papel quedó en el aire, ondeando como una bandera.

—Tengo dos buenas noticias y una mala —gritó al equipo—. Una de las buenas es la siguiente. Hemos encontrado la muerte que activó al Asesino de los Relojes. La mala es que va a matar este fin de semana. Ha dejado una nota en nuestro parabrisas diciendo esto: «No me detendréis. Tic-tac». Así que hemos dado en el clavo —expresó Álex con un tono que parecía un presentador de teletienda —. Y la otra buena noticia es que todas las suposiciones que habíamos hecho eran correctas. Adivinamos la muerte que despertó al Asesino de los Relojes entre los doscientos sucesos de ese día. Conseguimos despertar su atención con la rueda de prensa y de alguna forma nos siguió hasta la casa de Manolo Almeida y nos dejó

una nota. Chicos, vamos por la senda correcta —concluyó con euforia.

Todos se miraron entre sí con la duda en sus rostros, sin sonreír, ni aplaudir.

Entre ellos, el primero que reaccionó fue Alan.

—Si el asesino te ha dejado esa nota, podemos rastrearlo. ¿Dónde fue? ¿Había cámaras? —preguntó, enfadado—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Mientras lo decía, Júlia lo miró con ternura, justo a su lado.

—Alan, ya lo hemos mirado. Habíamos aparcado en una calle paralela de Sants y no hay ni una puñetera cámara. Hemos tardado por eso y no por otra cosa. Nada. Ninguna ha podido grabar. Podrías dedicarle más tiempo, pero necesitamos adelantarnos y conseguir entender quién será su próxima víctima —explicó.

Alan, como un perro furioso, se contuvo.

Pero la mayor sorpresa la protagonizó Ferrer al decir:

—Enhorabuena, Cortés, cree estar en la buena dirección, pero esto no quiere decir nada. Si mañana tenemos otra víctima, quedará todo tirado por la borda, ¿me entiende? —dijo directo a los ojos del sargento.

—Por eso estamos aquí a estas horas de la noche, jefe. Tenemos que repasar los posibles objetivos y ver cómo organizarnos mañana, que es el día que va a matar a su próxima víctima —dijo Álex.

Los dos se miraron. Álex, que había bajado la mano con el mensaje del asesino y en la otra mano guardaba la bolsa de terciopelo, tuvo la sensación de que su jefe siempre remaba en contra, nunca ayudaba, solo cuestionaba y criticaba.

Ferrer dio un paso adelante y le clavó los ojos a pocos centímetros.

—Cortés, más le vale a su carrera que no tengamos otro muerto o esto de «tengo buenas noticias» se habrá acabado, ¿ha entendido? —ladró el jefe.

Los dos se quedaron en silencio observándose en un duelo de miradas.

Álex suspiró y sin titubeos le respondió.

—Entonces, déjenos trabajar y no nos haga perder el tiempo.

El jefe, que tenía una respiración pesada y ruidosa, con un aroma a ajo, se retiró sin decir nada más.

Cuando salió de la estancia, sin que nadie lo expresara, la energía cambió y todos lo sintieron.

—No tienes que ser así —reprochó Karla, haciendo referencia a la última frase de Álex.

—¿Qué tienes en esa ridícula bolsa, jefe? —preguntó Víctor.

Álex suspiró y esperó unos instantes a que sus constantes vitales se calmasen para responder a Víctor.

Apoyó la bolsa en la mesa al lado de la pizarra y enseñó el reloj del exdirector.

Al levantarlo, Karla lo señaló.

—¿Otro? ¿Quién lo tenía?

Álex explicó la historia de ese reloj. Que el exdirector de la estación de trenes de Sants había recibido una soberana paliza y que le dejó el reloj en la mano.

Tic-tac, pensaba Álex mientras lo miraba, con las agujas a las dos y cuarto.

Karla lo cogió y se lo acercó con interés, como si estuviera buscando algo. No era un Omega, era otro reloj, pero del mismo estilo y de la misma forma, un reloj *vintage* con cadena como los de los abuelos.

—Karla, podrías ir mañana a la relojería para ver si te lo pueden abrir, a lo mejor encontramos alguna pista, ¿te parece?

Ella asintió.

Debatieron de forma superficial de lo que habían encontrado en los otros casos del 28 de octubre de 2023. La mujer agredida sexualmente y el accidente de la Avenida Diagonal. Iván y Víctor expusieron sus impresiones sobre lo que habían encontrado. Luego, lo hicieron Álex y Júlia con los otros dos casos, el del Hospital Clínic y el accidente en Mercabarna, pero se centraron en el caso de la muerte en la estación de Sants.

Tenían que buscar alrededor de la vida de ese hombre. Solo una hija tenía en su entorno familiar. Debían hablar con ella.

Álex y Júlia se propusieron hablar con ella a primera hora de la mañana. Buscaron el teléfono y la dirección.

—Tenemos que cerrarle el cerco a este asesino en serie. No podemos dejar que cometa otro asesinato —dijo Álex con rabia mientras apretaba el puño.

Sintió las uñas clavarse en la carne y se acordó de las palabras del exdirector de Sants: «Esa pobre alma en pena que mata para acallar sus demonios». Como lo llamaba él, esa pobre alma atormentada tenía que ser detenida o el círculo no se cerraría. Los errores del pasado, en no relacionar las muertes entre sí, el no

escuchar a Manolo Almeida y considerar que tenía razón, todos los errores quedarían redimidos si cogieran a ese hombre.

El Asesino de los Relojes no podía caminar a sus anchas por Barcelona ni una noche más.

Miró a Laura y a Alan.

—Después del llamamiento que hizo Karla para pedir a la población colaboración e información a cambio de dinero, ¿hemos tenido algún resultado?

Laura miró a Karla por un segundo.

—Tenemos las líneas saturadas. Antes de entrar en la reunión, bajé personalmente y los compañeros de centralita dicen que un montón de llamadas, pero lo típico, que si mi cuñado es el asesino, que mi suegra está relacionada, que yo soy el asesino, que el vecino le sale por la puerta olor a cadáver. Cosas así —concluyó mientras se encogía de hombros—. A los más significativos, mandan una patrulla de agentes de seguridad urbana, pero hasta ahora nada de nada.

Álex asintió.

—Esperemos que sirva para algo —contestó Álex, y suspiró.

Se acercó a la mesa y se sentó en ella. Se pasó la mano por los rizos e invitó a sentarse a todos.

—Karla, ¿tenemos un listado de posibles objetivos?

Ella se aclaró la voz e incitó a Laura a hablar.

Esta se levantó y subió hasta la altura de los ojos unos papeles.

—Hemos estudiado quiénes podrían ser objetivos, pero no nos hemos detenido solo en esto, sino que hemos pensado también cuáles serían los posibles lugares donde podría consumarse el asesinato…

Álex se sorprendió, levantó las cejas y, entusiasmado, le hizo una señal para que siguiera, la idea lo había cogido desprevenido, pero le encantó.

Así que Laura comenzó a enumerar los objetivos seleccionados.

49

La idea era genial.

Sin haberlo comentado entre ellos, el equipo formado por Laura, Karla y Alan había encontrado una opción C. De la misma manera que un funambulista camina sobre un cable y cruza dos puntos con una red de protección, el equipo había conseguido una tercera red de seguridad.

Si no conseguían capturar al asesino durante el día del sábado, tenían un plan B, es decir, el listado de posibles víctimas. Las contactarían y advertirían. Pero si no acertaban con esa lista, que todo apuntaba a ser parecida a la de Schindler, consideraron la opción de tener una red más, un plan C: detenerlo en el lugar del asesinato antes de que lo cometiera.

Habían tenido una muy buena intuición de búsqueda; en todos los casos, se les había dormido o golpeado para matarlos *in situ*.

Todo empezaba a pintar un cuadro más optimista. A pesar del cansancio y la tensión en los rostros de su equipo, Álex estaba confiado.

—Hemos elaborado el siguiente listado según los patrones de las víctimas anteriores. Primer candidato: Pere Rius Ferrer. Profesión:

técnico de mantenimiento de la Torre del Rellotge del Port. Segundo candidato: Helena Torras Llombart. Profesión: responsable de sincronización horaria en TMB, Metro de Barcelona, servidores centrales y relojes de estación. Tercer candidato: Dr. Albert Muntaner Roca. Profesión: cronobiólogo en Hospital Clínic, especializado en ritmos circadianos; portavoz habitual en medios sobre horario de verano/invierno. Cuarto candidato: Dra. Núria Casamitjana Serra. Profesión: psicóloga clínica, asesora del Comité Europeo sobre trastornos del sueño por cambio horario.

Álex la interrumpió. Estaba muy concentrado escuchando, pero algo lo molestaba.

—Por favor, Laura, no los llames candidatos, que parece esto un *reality* o un Gran Hermano —dijo con tono amable.

Ella tensó los músculos del cuello y asintió con la cabeza.

—¿Quinto seleccionado? —preguntó, mirando al jefe de reojo.

—Quinto y punto, mejor.

—De acuerdo. Quinto: Jaume Vidal Prats. Profesión: catedrático de Física y Meteorología del Tiempo en la Universidad de Barcelona; consultor en calibración de relojes públicos y estándares de sincronización. Sexto: Clàudia Estany Pujol. Profesión: periodista de ciencia; autora de la sección «Tiempo y Salud» en *La Vanguardia*. Séptimo: Enric Pallarès Soldevila. Profesión: psicólogo del Institut Català del Son; realiza informes para la Generalitat sobre el impacto del cambio horario. Octavo: Marta Oller Font. Profesión: diputada en comisión de racionalización horaria; impulsó propuesta de fin del cambio estacional —dijo, y levantó los ojos—. Ya estamos acabando. Noveno: Silvia Benet Cardona. Profesión: ingeniera de sincronización

ferroviaria en Rodalies-Adif; responsable de servidores de tiempo y relojes de andén. Sustituta del difunto Eloi Massip. Y, por último, décimo: Dra. Laia Caus Mir. Profesión: conservadora de relojes históricos municipales en el ICUB; coordina restauraciones y ajustes estacionales —concluyó, y levantó la vista de los papeles—. Esto es todo.

Álex bufó y se pasó de nuevo la mano por los rizos rebeldes.

—Es mucha gente. No quiero entrar en cómo los habéis elegido ni los que habéis dejado fuera.

—Había mucha más gente, jefe —dijo Alan—. Pero creemos que estos son los más probables. Con el tiempo que tenemos y los recursos, ya bastante hemos hecho.

Álex negó con la cabeza mientras estiraba la espalda con disimulo.

—No lo dudo, Alan. Aunque algunos yo no los veo, mejor estos que ninguno. Al final, esperemos que estas personas sean las más idóneas…

—Y que cumplan con nuestro aviso. Porque puede que se lo pasen por donde no les da el sol —dijo Karla, interrumpiendo a Álex.

Álex suspiró y asintió.

—Tienes razón, pero no nos podremos reprochar no haber hecho todo lo que estaba en nuestras manos y más. Así que confiemos en la sensatez y en que la población se ceñirá a nuestras recomendaciones.

Se calló a continuación. Álex dejó que el silencio y el cansancio tomaran el protagonismo en la sala.

A la retina de Álex regresó la imagen del anciano Almeida y sus palabras.

«Esa pobre alma en pena que mata para acallar sus demonios».

¿Estaba en la lista esa persona?

No podía preverlo, ni él ni su equipo. Solo podía rezar para que sí estuviera. Asintió y siguió.

—Bien, habrá que conseguir los números de teléfono y mañana a primera hora hay que llamarlos uno por uno y decirles que son posibles objetivos del Asesino de los Relojes —dijo, levantó la voz y con un gesto con la mano y de forma categórica añadió—: Nada de rodeos, nada de nos parece que… ¡No! Directos al grano. Creemos que usted es la próxima víctima. Tiene que mantenerse en casa todo el día. Punto. ¡Categóricos! ¿Está claro? —insistió.

Laura asintió y Karla no dijo nada, le parecía demasiado invasivo y fuera de sus competencias, pero no objetó, conocía a Álex. Si no lo hacían ellas, lo haría él, incluso se presentaría casa por casa para decírselo. Incluso si pensara que funcionaría, les pondría un cepo en el coche.

Karla no soportaba la explosividad de Álex, pero justo lo que le molestaba de él era su efecto espejo, su misma esencia. No lo soportaba, pero al mismo tiempo lo amaba y admiraba. Y el caso era que la misma sensación era mutua, Karla lo veía en los ojos verdes de su compañero.

—Laura, por favor, dinos cuáles son las posibles escenas del delito.

Ella pasó de página y se aclaró la voz de nuevo.

El día había avanzado rápido, aunque para el grupo de homicidios de esa comisaría, demasiado. Todos estaban cansados y hambrientos. Afuera, el tiempo se giró de nuevo. Los días de lluvia y claros dieron paso a los truenos y las fuertes precipitaciones.

Un trueno resonó cerca de la comisaría e impidió que Laura empezara a exponer. Pasó un instante y, cuando empezó, el relámpago entró en la habitación.

—Valoramos los lugares con relojes y con un banco para dejar a la víctima. Eliminamos los que ya se habían usado y nos quedaron estas ubicaciones. Primero: Plaça del Sol en Gràcia, es una plaza bohemia y llena de bancos. Un reloj de sol preside la fachada de una finca. Dos: el Parc de l'Oreneta, en el barrio de Sarrià. Consideramos que es un espacio verde tranquilo, con bancos y un reloj de sol histórico en piedra. Ideal por su carácter apartado. Está cerrado de noche, pero creemos que nuestro hombre se las apañará para saltar la verja. Tres: Plaça del Diamant, también en el barrio de Gràcia. Famosa por la novela de Mercè Rodoreda —dijo, y añadió encorvando la espalda—. Lo siento, pero soy un poco friki de los libros —acabó esto mirando a Alan—. Tiene bancos y un pequeño reloj urbano en la fachada. El simbolismo literario creemos que refuerza el tono. Cuatro: campus de la Universidad de Barcelona, en la Diagonal. Los jardines universitarios tienen muchos bancos y un reloj solar de gran tamaño. El asesino podría justificarlo como «el tiempo del conocimiento». Cinco: Plaça del Nord, en el barrio de Gràcia. Un lugar recogido, con bancos en círculo y un reloj de sol central en el suelo. Seis: Jardins del Palau Robert, cerca de Passeig de Gràcia y Diagonal. Tiene un hermoso reloj de sol en la fachada

del palacio, bancos en los jardines, transitado pero también con rincones tranquilos. Siete: Plaça Virreina, en Gràcia, junto a la iglesia de Sant Joan. Muy reconocible por la iglesia y sus bancos. En la fachada lateral, hay un reloj de sol clásico. Ocho: Parc de la Ciutadella, por la zona Parlament. Diferente a la Torre del Reloj del Moll: aquí hay varios relojes de sol en edificios antiguos y bancos frente a ellos. Nueve: Plaça Sant Just, en el barrio Gótico. Uno de los relojes de sol más antiguos de Barcelona consta del siglo XV en una fachada. Bancos de piedra en la misma plaza. Y, por último, diez: Jardins de Rubió i Lluch, en el Raval. Un lugar con mucho simbolismo histórico, era un antiguo hospital medieval. Tiene un reloj de sol en la fachada y bancos para sentar a la víctima —concluido, levantó la mirada hacia Álex.

Este no contestó por unos instantes, como si estuviera pensando en otras cosas. Seguramente, con tantos nombres y con tantos lugares, desconectó al segundo o tercero.

—Los que hayáis identificado, me parecen bien. Tenemos que poner estos lugares bajo vigilancia de agentes de paisano. Desde mañana por la mañana hasta la madrugada siguiente. Hora clave, entre las dos antes del cambio de hora y las cuatro del nuevo horario. ¿Se ha entendido? —ordenó, y todos asintieron—. Iremos nosotros a varias de estas localizaciones, pero quiero dar cobertura a todas las zonas como sea. Quiero bomberos, *mossos*, urbana, nacional, como si los malditos carteros tienen que travestirse de guiris y ayudarnos. Quiero a todo el mundo en alerta y una ambulancia camuflada lista para intervenir —dijo mientras daba un puñetazo en la mesa—. No se nos puede escapar, chicos. Me temo

que, si se nos escapa, tendremos que esperar seis meses más y un cambio de horario más.

El equipo se levantó al unísono de Álex.

Se dividieron los trabajos para el día siguiente y, antes de marcharse a casa, Álex preguntó con un tono menos autoritario:

—¿Sabemos si ha tenido algún efecto la rueda de prensa, aparte de que nuestras centralitas están saturadas?

Solo Víctor se atrevió a hablar.

—Mi madre tiene un restaurante aquí en Barcelona. Le va bastante bien, pero desde esta mañana han ido llamando para anular todas las reservas para mañana, tanto al mediodía como a la noche. Creo que mañana por la tarde habrá poca gente por la calle.

50

La imagen de ese sábado se diferenciaba mucho de un sábado normal.

Los sábados solían ser tranquilos. Los agentes de homicidios y de científica de Travessera de les Corts disfrutaban del fin de semana. Todos menos unos pocos que se quedaban de forma rotativa, de turno para emergencias y de guardia.

Ese sábado no fue así.

La primera planta de la comisaría era un hervidero.

La prensa asediaba la parte externa y todos los agentes del grupo de homicidios estaban allí trabajando. Excepto Alan, los demás de la científica en el segundo piso disfrutaban del fin de semana.

Para tomarse un café en la cafetería, en días de acoso de los periodistas, Álex tenía estudiado un plan.

Dejaba el coche en el aparcamiento. Salía por la comisaría de la Unidad de Seguridad Ciudadana y salía por la puerta que daba a la calle opuesta a los periodistas. Daba la vuelta a la manzana, entraba en la cafetería y regresaba con su cargamento de café. Esto o pedir que fueran ellos.

Pero a pesar de que llovía, a Álex le gustaba dar ese minipaseo hasta la cafetería.

Después de tomar el café, regresó.

Todo el equipo ya estaba trabajando. Dejó un café al lado del teclado de Karla y se agachó.

—Mírame —dijo, llamándole la atención—. Nada de tonterías. Nada de heroicidades. Si ves algo que no te gusta o que te siguen o cualquier cosa, ni pistola ni placa ni «¡alto, policía!», pides refuerzos y vamos enseguida.

Karla puso los ojos en blanco.

—¡Tranquilízate, *sheriff*! Yo no me llamo Álex Cortés. ¿Quién quieres que me siga a mí?, el que tiene que ir con cuidado eres tú, que vas con… —dijo con algo de retintín mientras indicaba a la nueva— ella. Me da que, si hay que disparar, echará a correr.

—Tú preocúpate por ti. ¿Quieres que te asigne un agente que vaya contigo? —dijo con un tono serio y dulce a la vez.

Ella se encogió de hombros.

—¡Qué dices! Sé cuidarme solita —confirmó, y cogió el vaso de cartón para dar un sorbo.

Álex le pasó una mano por la cabeza y se fue a la mesa de Laura. Esta tenía el listado de los posibles objetivos en una hoja y los iba subrayando.

—¿Cómo va, Laura?

Ella levantó la cabeza de la pantalla. Se la veía nerviosa y concentrada.

—Me está costando encontrar el número de teléfono móvil de estas personas. Y los que he conseguido, pocos contestan —

respondió, casi jadeando.

Álex se acercó a la agente.

—Escúchame, tranquila. Piensa que lo que vas a hacer tú hoy puede que salve una vida. Así que pon la máxima concentración, pero con calma. No sirve para nada que te pongas nerviosa.

—La verdad es que siento una presión que…

—Shhh. Lo que tienes que hacer es avisarlos. Piensa que eres una teletienda, que vendes televisores o batidoras Thermomix. Tienes que saberlo vender. Si les transmites estrés o caos, no te harán caso. Solo si se lo sabes vender, te lo comprarán. ¿Me explico?

—Sí. Vendérselo, sí.

—Como esas personas que te llaman para convencerte de que su seguro es mejor o que su servicio de teléfono es más barato. Pues así.

—Sentirme como una vendedora de teletienda —dijo, convencida mientras espiraba.

Álex sonrió. Laura era la más joven antes de que llegara Júlia. Le tenía afecto también cuando se ahogaba en un vaso de agua.

Se alejó mientras ella seguía intentando comunicarse con esas diez personas que habían seleccionado.

Fue a dos mesas más hacia el pasillo, hasta la de Iván. Antes de que le dijera nada, él habló.

—Estamos desplegando las unidades de policías de paisano, pero es complicado. Hay muchas patrullas que están teniendo problemas de disturbios urbanos. No sé si ha sido una buena idea, Álex.

—Si hay menos gente por las calles que un sábado normal, entonces fue una excelente iniciativa —afirmó Álex.

—Lo sé, pero piensa que todos están revolucionados, se mueven con nerviosismo y corren de un lado al otro. Parece un apocalipsis. ¿No has visto en la Ronda cómo iba la gente?

La verdad era que él no se había dado cuenta y no le contestó.

—¿Pero tenemos agentes en todos los sitios sensibles?

Iván asintió con la cabeza.

—Bien.

—Nosotros, esta noche —dijo Iván, señalando también a Víctor— iremos al muelle, a la Torre del Reloj del Moll de la Fusta, si te parece bien. —Álex asintió despacio— . ¿Tú dónde estarás de guardia?

Álex se lo pensó. Se giró a mirar a Karla un segundo y luego contestó.

—Ya te aviso —afirmó, y le dio una palmada en el hombro—. Hablamos. Coordínalo bien, me vas informando —confirmó, y le guiñó el ojo a Iván.

Fue hasta la mesa de Júlia, que estaba, desde que entró Álex, con la cabeza sobre las pruebas y sus anotaciones de su libreta estilo teniente Colombo.

—Nos vamos —dijo a la nueva—. Tenemos trabajo.

51

Karla bajó una manzana por el Passeig de Gracia.

A su lado, unos turistas con pantalones cortos con rasgos nórdicos bajaban y otros asiáticos que se encontró de frente. En la otra acera, pocos transeúntes. Por el centro de la calzada, circulaban pocos coches, la mayoría eran taxis amarillos y negros de la ciudad y alguna furgoneta de reparto.

Se reflejó en los aparadores de la Relojería Rabat. Relojes modernos, caros y brillantes de marcas extranjeras estaban al otro lado.

Cuando apretó el timbre silencioso, la pesada puerta se abrió por el mismo hombre del día anterior. La saludó bajando la cabeza y le hizo un gesto elegante para que pasara.

Esperó pocos segundos para que el mismo dependiente guapísimo la atendiera. Le explicó que estaba allí con otro reloj para inspeccionar. Le gustaría que la atendiera el mismo relojero experto. El chico se retiró unos instantes y, después de consultar en una habitación con un cristal oscuro, regresó y le indicó que lo siguiera.

Entraron en la misma salita. Se sentó y, cuando se dio la vuelta el chico, le miró el trasero escultural.

La sala estaba igual, misma luz, misma mesa con todo dispuesto de la misma forma, limpísimo y con una relajante música clásica.

—Buenos días —dijo un hombre al que, *a priori*, no reconoció la voz.

Karla se levantó y se dio la vuelta, vio entrar a un hombre que no era el mismo relojero.

—Buenos días —respondió, algo perpleja.

—Siéntese, por favor —dijo con elegancia mientras indicaba la silla.

Ella tomó asiento.

—¿En qué puedo ayudarla?

Ella sacó la bolsa de terciopelo rojo y extrajo el reloj. Lo dejó encima de la mesa, en una superficie de cuero.

—Necesito que me abra esto, por favor, es una prueba de un caso y necesitamos saber si dentro hay alguna marca, alguna señal o inscripción.

El hombre asintió, sacó unos guantes blancos, apoyó unas herramientas en fila y procedió a abrir el objeto.

El relojero se llamaba Rafael Puerta, lo indicaba la placa en la americana. Tenía el pelo gris y unas cejas depiladas, nariz prominente y ojos verdes. Karla pensó que podía rondar los cincuenta años, pero tenía un atractivo de modelo.

Con rapidez, abrió la parte posterior del reloj de bolsillo.

—Es un reloj de bolsillo de la marca Lepine, modelo Régulateur. ¿Dónde ha encontrado esta pieza de museo?

—Preferiría no decirlo si no le importa.

El hombre no reaccionó, como si tampoco tuviera mucho interés en saberlo. Luego, sacó el mismo monóculo que había usado el otro relojero y comenzó a mirar.

—Buscamos una inscripción, una firma, cualquier cosa —dijo Karla.

Rafael buscó y buscó. Abrió la segunda compuerta, la que protegía la maquinaria interna del reloj y cuando acabó, dejó con parsimonia y con movimientos lentos el reloj. Apoyó la lente y procedió a hablar.

—No, lo siento, no hay nada, está intacto, no falta nada ni sobra nada. Lo siento si buscaba algo.

Karla suspiró con abatimiento. Pensaba que allí podía estar la clave, una clave que llevaría al final del caso y la resolución de la identidad del asesino. Pero no había nada, las esperanzas se esfumaron con la última frase del relojero.

—¿En qué más puedo ayudarla?

Karla torció la boca con ganas de coger el reloj, estamparlo contra una de las vitrinas que parecían blindadas y reventar en mil pedazos el objeto.

—Nada más. Gracias.

El hombre asintió y fue a dárselo de vuelta, cerrado.

—No, no lo cierre, por favor.

—Como quiera.

Al ponerlo de nuevo en la bolsa de terciopelo, se fijó en un detalle. Algo que no estaba en el otro, el Omega encontrado en la escena del delito del doctor Mateu Serra. Allí había otra información que no estaba en el otro.

—¿Qué es esto?

—Esto es una pegatina de esta casa —dijo, y señaló un pequeño cartón encajado con el nombre de Relojería Rabat—. Esto indica que ha sido vendido en esta tienda.

—¿Todos los relojes que venden en esta tienda lo llevan?

—Sí, tanto los nuevos como los que nos entran de segunda mano y vendemos. Ahora aplicamos un adhesivo diminuto.

Karla levantó las cejas.

—Gracias.

—No hay de qué. Pensé que se lo había explicado mi compañero Salvador.

—No, no me lo explicó, creo recordar que aquel reloj no tenía esta etiqueta —comentó Karla, y guardó el reloj en la bolsa de terciopelo—. Por cierto, pensaba que me atendería él.

—No, sabiendo que vendría menos gente, hoy hemos recortado personal y él se pidió el día libre.

Karla asintió mientras se levantaba.

—Gracias por su colaboración —dijo al darse la vuelta.

Salió de la joyería y se fue directa al coche con la intención de volver a la comisaría. Sentía que algo tenían en común esos dos relojes, pero aún no sabía qué narices era.

52

Mariona Tahull, ese sábado, se había quedado en casa.

Había hecho caso de las advertencias de la policía. Con previa llamada, recibió en su apartamento de Vallcarca a los dos policías.

—Pasen, por favor —dijo Mariona—. Descuiden, no presten atención al desorden, con dos gemelos de cinco años, está todo hecho un… En fin.

Álex pasó por encima de un pato amarillo de plástico y un coche de bomberos. Júlia, en cambio, sorteó unos animales de la selva.

—No se preocupe, solo serán pocos minutos —aseguró Álex.

El piso era modesto y lleno de juguetes, eso parecía la república independiente de los dos traviesos. Unas cortinas blancas, un sofá de cuero con *chaise longue* y una televisión que intentaba entretener a los dos hijos con dibujos animados.

—Pasen a la cocina, ¿quieren un café o un té? —preguntó, y abrió la puerta de la cocina—. Mamá se tiene que hablar con estas dos personas, por favor, portaos bien.

Los dos hijos, hipnotizados por la televisión, parecían dos suricatos con pijama de Superman.

Cerró la puerta y los decibelios de la televisión bajaron de repente. Los policías se sentaron en la estrecha mesa y ella preparó dos cafés de cápsula.

—Mi marido se ha tenido que marchar a trabajar, no le permitieron quedarse en casa. No tiene jefes muy comprensivos, ¿saben?

—Entiendo, pero ha hecho bien usted en quedarse —afirmó Álex.

—Estaríamos dando un paseo. Nunca les pongo la tele, por eso están callados, si no, estarían destrozando algo.

Júlia levantó las cejas, pero la mujer no lo vio.

—Venimos para saber de su padre.

La mujer levantó la mano y contó con los dedos de las manos.

—Creo que hace unos tres años que murió.

—Dos. Fueron dos años.

—Sí, es verdad, no sé ni dónde vivo —confirmó la mujer—. Mi padre era un hombre especial, ¿sabe? —dijo, y apoyó la primera taza a Júlia—. ¿Azúcar?

La *mosso* dijo que no con un gesto.

—Para mí tampoco, gracias —confirmó Álex.

Mariona Tahull asintió y se giró hacia la máquina, que ya estaba echando más café en la segunda taza.

La mujer se veía agotada, se intentaba sujetar con una mano en la encimera. La pila estaba llena de cacharros para lavar.

Acabado el segundo café, se lo acercó a Álex y él lo cogió. Separó la silla y se sentó con los dos policías.

—Como decía, era un hombre muy especial.

—Gracias —indicó Álex por el brebaje—. ¿Por qué era especial?

La mujer suspiró y se arregló unos cabellos que habían caído delante de su rostro.

—Era un hombre reservado. Conmigo siempre se había portado muy bien, me quería mucho, pero con mi madre… —dijo, y acentuó sus palabras con un gesto de la mano.

—¿Qué quiere decir?

Mariona suspiró.

—Tenían muchos problemas de convivencia. Tampoco recuerdo mucho, pero llegó un día que las discusiones fueron tan grandes que mi padre se marchó. No sé si hubo algo más ese día. Si llegaron a pegarse o qué pasó. Solo supe, con el tiempo, que mi padre engañó a mi madre.

—Lo siento —afirmó Álex.

La mujer hizo un gesto que daba a entender que tampoco le importaba mucho.

—¿Cómo fue su relación con su padre? —preguntó Júlia.

Mariona Tahull lo pensó un segundo.

—Bien. Normal, supongo. Nos veíamos los fines de semana. De hecho, uno sí y uno no.

—¿Y su madre rehízo su vida? —preguntó de nuevo Júlia.

—Sí, se casó y tuvo a mi hermano.

La noticia llamó la atención de los dos.

—¿Y se conocían su padre y su hermano?

—Creo que no, no le interesó nunca saber de mi padre. Normal, con lo que le explicaba mi madre…

Se escuchó un ruido en el salón y se levantó de golpe. Salió y después de pegar un par de gritos y cambiar el canal de la tele

regresó.

—Señora Tahull, no la queremos entretener demasiado, estamos buscando a una persona que estuviera muy ligada a su padre y que pudiera vengarlo por haber muerto en la estación Sants, solo. ¿Le viene alguien a la mente?

Mariona lo pensó por un rato y se quedó en silencio reflexionando.

—No tengo ni idea, la verdad —confesó mientras negaba con la cabeza.

—¿No sabe quién puede ser?

—No, mi padre era hermético, no hablaba mucho y nuestra relación fue en detrimento en los últimos años. Venía a traer regalos a mis hijos y punto.

Se quedaron en silencio unos instantes, en un silencio incómodo que se prolongó. De fondo, solo se escuchaba un pato que hablaba, proviniendo de la televisión. Los dos policías se miraron y Júlia regresó la mirada a la mujer para su última pregunta.

—¿Su padre le ha dejado algo en herencia?

Mariona asintió.

—Su piso. Es un apartamentito en Sitges. Es pequeño y muy mono, me ayuda a llegar a fin de mes. Mi marido y yo lo tenemos alquilado por temporadas en una aplicación de alquiler por días.

—¿Por casualidad está libre?

—Sí. En estos días lo tenemos libre, ¿por?

Álex y Júlia se sonrieron y se entendieron a la perfección. A los segundos, dejaban atrás la república anárquica de los dos gemelos con las llaves del piso del padre.

—Rumbo a Sitges —dijo Álex.

Su opción de buscar en los recuerdos del padre estaba en ese inmueble de Sitges. Las respuestas los esperaban.

53

Mario y Núria, el sábado por la mañana, habían dado un buen paseo por Collserola.

Respirar aire puro cerca de Barcelona y regresar para comer con Clara, esa era la rutina de los sábados.

La semana, entre edificios, cemento o asfalto, hacía que los fines de semana necesitasen ver el cielo, de ver verde y de cogerse de la mano y caminar tranquilamente.

Hasta hacía un año, la adolescente se añadía a las caminatas, pero, al crecer, dejó de participar porque tenía cosas más importantes, como dormir hasta tarde, mirarse al espejo o chatear con amigas.

Comieron en casa y, mientras Mario lavaba los platos, sonó el teléfono de casa.

Núria y Mario se miraron a la cara. Nadie llamaba ya a ese dinosaurio que era el teléfono fijo. Un instrumento de tortura y un canal de televenta. Nadie tenía ese número de casa, solo unos pocos familiares que primero llamaban al móvil.

—¿Quién puede ser? —preguntó Mario mientras que ella se encogía de hombros—. ¿Vas tú, que tengo las manos mojadas?

Núria dejó lo que estaba haciendo en la cocina y entró en la sala de estar.

—¡Clara, a lo mejor es para ti! —gritó para que la adolescente la escuchara desde su habitación y para sobrepasar la música.

Levantó el auricular e hizo ese gesto que tanto se hacía antes y ya casi se ha olvidado.

—¿Diga? —preguntó mientras miraba por la ventana.

—Buenos días, soy agente especial de los Mossos d'Esquadra, grupo de homicidios de la comisaría de Travessera de les Corts. ¿Es usted Núria Casamitjana Serra?

Núria arrugó el ceño y se giró hacia la cocina.

En la puerta, apareció Mario secándose las manos.

—¿Quién es? —dijo en voz baja.

Núria tuvo un momento de indecisión.

—Sí, soy yo.

Del otro lado se escuchaban teléfonos y personas que hablaban, otras que tecleaban. Un lugar ajetreado en pleno apogeo, tuvo la impresión la psicóloga. La realidad era que la comisaría estaba en medio de un apogeo.

—Perdone que le insista, pero ¿es usted la psicóloga especialista en trastornos del sueño relacionados con cambios de horario?

Ella suspiró, ya había entendido hacia donde confluiría la conversación.

—Sí —respondió casi con un tono molesto.

—Muchas gracias. La llamo porque su perfil es compatible con las víctimas de un asesino en serie que mata en la madrugada del cambio de hora. La llamo para pedirle que se quede en casa y que

ante cualquier movimiento sospechoso o ruido o cualquier cosa inusual nos llame. Tenemos una línea abierta y reservada para los posibles objetivos, ¿quiere apuntar el número? —preguntó la voz femenina al otro lado del auricular.

Núria se lo pensó un segundo. En un primer momento, fue a buscar el papel y el boli que de costumbre tenía al lado del aparato, pero cambió de idea.

—No me interesa, gracias.

—Señora Casamitjana, no cuelgue. La llamo por su salud, por su seguridad. No sé si me he explicado bien.

—Lo he entendido perfectamente. No me interesa, pero gracias por tomarse el tiempo de llamarme. Si cambio de idea, les avisaré. Feliz sábado —dijo, y colgó.

Resopló mientras se daba la vuelta.

Mario la miraba de reojo con una expresión muy extraña.

—¿Qué querían?

—Nada, Mario, que los ayudara con no sé qué…

—No entiendo, es muy raro. No quieres ayudar a la policía, ¿tú, que ayudas a todos? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Mario, solo que no me apetece ayudar tanto, tengo que pensar más en mí misma. Solo es eso —respondió de vuelta a la cocina—. No me apetece. ¿Es que no puedo hacer lo que quiero?

Mario la siguió con la mirada, cada vez más extrañado.

—No te reconozco. ¿Qué te pasa? Solo pregunto.

—Nada, cariño —dijo, y se dio la vuelta para darle un beso.

—¿Cómo es que te llaman el sábado? No lo comprendo.

Ella se encogió de hombros y siguió con sus cosas.

—Yo tampoco. Están aburridos.

Mario se calló. Regresó a la pila y fue a limpiar los últimos platos y vasos que le quedaban. Luego, se secó de nuevo las manos y se sentó en un taburete que estaba en la cocina.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros al cine? —preguntó Mario.

Ella se dio la vuelta. Cogió el rostro de Mario y lo apretó con dulzura.

—Segurísima —dijo, y besó sus labios—. Me dais envidia al ir a ver esa película, dicen que es muy buena.

—Pues dile que no puedes ir y te vienes. No sé, un sábado por la noche y encima con lo que dijeron los *mossos* de prestar atención esta noche. No me da mucha tranquilidad.

Ella suspiró.

—¿Tú vas al cine y yo no puedo ir a tomar un té con un posible financiador para mi proyecto que quiero llevar a la Unión Europea? ¿En serio?

—Pero el cine está a la vuelta de la esquina, por el amor de Dios.

—Lo mío también. Y es que este posible patrocinador viene de un viaje y mañana se vuelve a ir. No tiene más tiempo, es una oportunidad de oro —aseguró.

54

En el número 15 del Carrer Pintor Pere Jou de Sitges se levantaba un edificio de tres plantas.

Júlia encontró enseguida aparcamiento. Las calles de Sitges en invierno eran poco transitadas y el efecto de llamamiento de no circular ese sábado parecía haber llegado hasta esa ciudad costera.

Sacó el manojo de las llaves y empezó a buscar entre ellas la que abría el portón del residencial.

Cuando la encontró, entraron en el pequeño jardín dividido por un caminito de baldosas oscuras. En la puerta de entrada del edificio, repitieron la misma búsqueda.

Subieron las escaleras y entraron en la puerta B del segundo piso.

Álex se había pasado el trayecto pensando que allí encontrarían una pista, un hilo por el que tirar, aunque este fuera pequeño y endeble. Cualquier cosa serviría. Seguro que lo encontraría.

La hija no tenía ni idea de quién podía reflejar las características del hombre que buscaban. ¿Quién podía ser ese maldito hombre?

Al segundo paso que dieron en el piso, a Álex le invadió una sensación que lo dejó helado.

¿Y si los estaban siguiendo?

Metió la mano en la chaqueta de cuero y agarró la pistola. La sacó y la mantuvo en la mano.

Júlia, que iba delante, no se había percatado.

Se dio la vuelta y regresó al pasillo.

—¿Álex? —dijo ella, dándose la vuelta.

—Júlia, enciende todas las luces e inspecciona el piso. Yo vuelvo enseguida —ordenó.

La joven policía arqueó las cejas y, dudando sobre lo que tenía que hacer, obedeció.

Álex cogió las llaves y cerró la puerta. Escondió la pistola bajo la solapa de la chaqueta y bajó las escaleras. Salió del edificio y abrió la puerta que daba a la carretera.

Su corazón latía fuerte, había sentido un escalofrío que le decía que el asesino lo estaba siguiendo. ¿Podría ser verdad? ¿Era una premonición o un miedo?

No asomó la cabeza, salió a la calle con la pistola en la mano. Infringiendo no sabía cuántas reglas de los Mossos. Pero él, el decálogo de comportamiento lo usaba como papel de váter.

Comenzó a caminar en el sentido contrario por donde habían venido. Llegó al Altea y siguió por la calzada, por el medio, apuntando al inicio de la calle. Si ese hijo de perra lo estaba siguiendo, estaría allí. Pero recorrió unos cientos de metros hasta la siguiente curva.

Aceleró el paso, podía estar en esa calle. Llegó corriendo apuntando a los coches.

Solo encontró vehículos aparcados. Así que se apresuró a controlarlos. Uno por uno. Si alguien estaba en su interior, en los asientos delanteros y los posteriores.

Nada.

Escuchó un ruido metálico. Algo que se desbloqueaba justo a su lado.

Movió el cañón de la pistola, siguiendo su oído y su instinto.

Una puerta se abrió.

Un señor apareció.

Llevaba una boina y un abrigo negro.

—Vamos, Rita —ordenó con firmeza.

El señor salió de la casa arrastrando un buldog perezoso que no quería seguirlo.

No le dio tiempo de esconder la pistola. El señor la vio y, asustado, regresó a su casa. Cerró la puerta gritando del susto.

Álex fue a decirle que lo sentía, pero el hombre ya no estaba.

Su sensación de que lo seguían no había sido acertada.

Guardó la pistola en la funda y regresó al piso.

—¿Júlia, has encontrado algo?

Ella se apresuró a salir del dormitorio.

El piso olía a nuevo, a limpio y a madera. Todos los muebles eran baratos, seguramente, de Ikea. El primer precio de la línea más básica. Un sofá de tejido azul, una televisión mediana y una chimenea que se veía que no se usaba desde hacía años.

En el dormitorio, las toallas enrolladas y unos pétalos de rosas daban la bienvenida al huésped.

—No hemos contado con una cosa —dijo Júlia mientras señalaba el piso como si fuera una promotora inmobiliaria—. Que si lo alquilas, no dejas nada de valor, nada personal ni de tus parientes.

Álex cerró los ojos y levantó la cabeza. Apoyó la mano en la frente y soltó:

—Mierda, no lo habíamos pensado. Claro. Maldita sea —espetó—. Hemos venido para nada.

Álex se asomó al ventanal, que daba a un jardín interno. Desde ahí, no se veía el mar, solo una ciudad con edificaciones como cualquier otra de la costa.

—Si quieres, regresamos a la comisaría —propuso Júlia.

Álex suspiró y se removió los rizos, pasando la mano.

—Sí, volvamos. Creo que necesito pensar —dijo Álex—. Cerramos las ventanas, las luces, dejamos todo como estaba y regresamos a la comisaría.

55

Llevaban toda la tarde encerrados en la sala de *briefing*.

Álex, Júlia y Karla repasaron lo que habían hecho, lo que habían descubierto en esos días y, sobre todo, lo que sabían a ciencia cierta.

No se habían ni parado a comer, seguían a base de cafés y nervios a flor de piel.

Álex, sentado en una silla, miraba la pizarra llena de pesquisas pero sin respuestas. La peor sensación que tenía era que sabía que iba a suceder un asesinato, pero no conseguía entender quién ni dónde. Seguramente, tenía la solución delante de él, pero era incapaz de avanzar, de encontrar esa pieza que desencadenara la solución. Coger al asesino o bien salvar a su próxima víctima.

No tenía ni idea de dónde estaba. Si estaba cerca, lejos, si había hecho todo lo que estaba en sus manos.

A media tarde del sábado del cambio de horario, las calles estaban desiertas. Eso era lo único que habían conseguido, la única certeza, vaciar la ciudad condal. Una imagen que parecía la de años atrás, cuando las autoridades habían ordenado el toque de queda por el virus Covid-19.

Las personas más expuestas a ser objetivo del Asesino de los Relojes se habían avisado. No podían bloquearlas en casa por varios motivos. Necesitaban una orden judicial para arresto domiciliario, algo injusto y que un juez en su sano juicio no firmaría. Por otro lado, Álex no creía que fuera necesario. Cuando la policía te pide que te quedes en casa un día, porque cree que estás más seguro en tu domicilio, uno debería tener en consideración esa advertencia.

A Álex y a su equipo no les cabía en la cabeza que alguien se lo pasara por el forro.

Lo que sí pensaban era que ese listado que habían confeccionado podía ser más amplio y más variado.

Por la ventana, todos los pisos que había en el edificio de enfrente tenían la televisión encendida. La lluvia comenzó a caer otra vez y la luz del día menguaba. La noche se estaba acercando.

Álex se dio la vuelta.

Karla estaba leyendo folios en la mesa de al lado de la pizarra.

Álex se acercó.

—Por favor, repíteme qué pasó en la relojería —indicó Álex.

Ella se despegó del folio y se reclinó en la silla mientras bufaba.

—¿Otra vez?

—¡Otra vez!

—En fin, he ido y el relojero que me ha atendido hoy me ha dicho que el reloj de Manolo Almeida, el exdirector de la estación de Sants, había sido comprado allí, en esa misma joyería. En su momento, ponían un cartoncito encajado. No llevaba nada escrito en su interior —repitió.

—¿Qué más? Explícamelo otra vez.

Resopló Karla.

—No sé, Álex, ya te lo he explicado.

Álex se sentó y se cogió con las dos manos la cabeza.

—Algo tiene que haber en esos dos malditos relojes. Son una pista, una maldita pista. ¿Es que no lo vemos? —gritó a sí mismo—. Todos los detalles son importantes.

Luego, levantó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con el «relojero que me ha atendido hoy»? ¿No es el mismo de ayer? ¿Son personas diferentes?

Karla miró al suelo y encogió los hombros.

—Hoy me ha atendido un tal Rafael Puerta, el primero se llamaba… Salvador, creo que ponía en su placa. Por lo visto, se había tomado el día de fiesta, porque…, bueno, no hace falta decir por qué, ya sabes qué pasa hoy, no hay ni quisqui por allí.

Álex sintió.

—Ha hecho bien, tenían que cerrar la relojería por completo —dijo Álex, y se acercó a Karla.

—Si hubiesen cerrado, no nos habrían abierto el segundo reloj —replicó Karla, y lo apuntó con el bolígrafo.

—Tienes razón, Karla.

Álex se quedó mirándolos. Cogió un guante, se lo puso en la mano derecha y sacó los relojes de las bolsas.

Observó los dos con mucha atención. El primero, el que habían encontrado en el doctor Mateu Serra llevaba una inscripción, una dedicatoria. El segundo, del señor Almeida no. ¿Qué quería decir?

¿Por qué después solo escribió tic-tac? ¿No tenía más relojes?

¿Solo tenía dos, uno bueno y otro no tanto?

¿Los eligió?

Se dio cuenta de que era un rompecabezas demasiado complicado.

Pero entonces brotó una nueva oportunidad, ¿y si no fueran suyos?

Los tal S. T. y Conxita podrían no ser sus parientes. Podía ser. Todo podía ser. Y se percató de algo.

—¿Qué es eso, Karla?

—¿El qué?

Álex señaló un borrón que cubría la dedicatoria del primer reloj.

Karla se acercó.

—No sé, ¿suciedad?

Álex juntó ambos relojes por el mismo punto. El de la dedicatoria, tenía la mancha y el otro, el cartoncito con «Relojería Rabat».

Karla ahogó un grito.

—Que me parta un rayo. Rafael, el de esta mañana, me ha dicho que, cuando entra un reloj de segunda mano, le ponen ahora una pequeña etiqueta para reconocer que lo han vendido ellos. ¿Sabes qué es esto, Álex? ¿Esta suciedad mugrienta oscura que has visto?

Álex afinó la mirada y movió la cabeza despacio, negando.

—Es el pegamento de la etiqueta arrancada.

Álex no la seguía, se veía en su rostro.

—Los dos relojes fueron comprados en Rabat. Si podemos unirlos con las cámaras o los registros, sabríamos quién es el asesino.

—Claro, Karla, eres un genio. Al que sabía que llegaría a manos de la policía, le quitó la pegatina con el nombre de la Relojería

Rabat, en el del señor de la estación, como fue el primero, no pensó en ese detalle, o se le olvidó, tal vez consideró que nunca llegaría a nuestras manos.

Álex, eufórico, el primer instante en que se sintió así ese día, besó a Karla. Lo hizo delante de Júlia y esta se giró para respetar la intimidad.

—No esperes, llama a Rabat, necesitamos ver esos registros.

56

La cafetería debería haber estado cerrada. No había nadie. El chico, apoyado en el botellero detrás de la barra, deslizaba vídeos en una red social. Aburrido de no atender a nadie.

Por las calles del centro comercial de Barcelona, casi nadie caminaba. El tiempo acompañaba a quedarse en casa con una manta, una película y un cubo de chocolate.

Ella había llegado quince minutos antes de la hora acordada. Había aparcado su coche en el aparcamiento subterráneo, le gustaba llegar con antelación. Juntó dos mesas y se sentó de cara a la puerta de entrada. Abrió el portátil y lo cerró de nuevo con la presentación lista para enseñar al inversor.

Lo cerró y esperó con paciencia.

El posible inversor se presentó a la hora exacta. A las cinco de la tarde en punto, cruzó por la puerta, tal y como habían quedado. No hubo confusión, solo podía ser él. Llevaba un abrigo negro, un paraguas oscuro que dejó al lado del de margaritas de la psicóloga y entró.

Llevaba un traje elegante gris y una camisa blanca, sin corbata. Sonrió y se acercó a la mujer.

—¿Salvador? —dijo ella.

Él aceleró el paso y le estrechó la mano. Ella apoyó también la otra mano encima de la otra que ya estaba estrechando mientras sus ojos penetraron en los del hombre.

Era alto, corpulento, con poco pelo y un rostro de intelectual. En su cara resaltaba una papada que le daba más años de los que realmente tenía.

—Gracias por venir.

—Un placer, doctora —dijo, y cuando soltó la mano, continuó con tono directo y autoritario—. No dispongo de mucho tiempo, tengo una cena dentro de poco en casa de un amigo. ¿Sabe?, cuando vengo, todos quieren verme.

—Claro, claro, iremos al grano. Por favor —dijo ella, indicando la silla que le había preparado.

Con su meticulosidad y previsión, tenía la silla ligeramente separada y el ordenador listo. Todo estaba dispuesto para explicar su proyecto.

—Doctora, ¿le importaría si me siento en la silla de la pared? Me gusta tener controlado el local, lo siento, es una deformación profesional. Mi padre tenía esta manía y la he heredado, ¿le importa? —preguntó con un tono más dulce.

Ella se quedó perpleja un segundo, con la boca abierta y sin saber qué decir. Su planteamiento ya se quedaba descuadrado. De su boca no salió ninguna palabra hasta que entendió que no podía ser de otra manera, si quería sus fondos, ese hombre marcaba lo que fuera.

—Claro, por favor —claudicó, y se apresuró a quitar su abrigo, moverlo de la silla junto a su maletín y reorientar la pantalla del portátil.

Cuando todo estuvo en orden, el inversor en la silla en la que se encontraba cómodo y ella con todo ajustado, el camarero preguntó qué querían. Los dos pidieron un té verde y el camarero se fue a prepararlo.

—Gracias por venir, señor Breda. No todos los días una recibe un correo ofreciéndose a financiar un proyecto de salud pública.

—Llámeme Salvador, por favor. Para mí es un honor. He seguido de cerca su trabajo sobre los trastornos del sueño. Usted habla con convicción, con… fe. Eso me interesa.

La mujer se ruborizó y bajó la mirada, mientras que sus pómulos tomaban un color rosáceo.

—Bueno, muchas gracias, no estoy acostumbrada a que me alaguen. Aunque, más que fe, datos.

—Nada, solo la verdad, pero, ahora, si quiere, podemos seguir —animó él.

—Claro. Lo que proponemos es que la Unión Europea elimine definitivamente el cambio horario. Es un despropósito mantenerlo. Cada año, los índices de insomnio, de ansiedad y hasta de accidentes aumentan tras el cambio. Mi proyecto busca establecer campañas de prevención, pero también asesorar a los políticos con informes sólidos —dijo ella mientras enseñaba las diapositivas de su presentación, muy trabajada, que aparecían en la pantalla del portátil.

—Claro… claro… Evitar que la gente sufra por culpa de los relojes.

—Exactamente —respondió, apresurada, luego razonó e intentó perfilar la idea—. Y no solo por los relojes en sí, sino por cómo el tiempo artificial interfiere en nuestra biología. El reloj interno es mucho más sabio que el reloj legal.

El camarero se acercó y dejó en la mesa las dos infusiones. El hombre se la acercó, sin prestarle mucha atención.

Ella se dio la vuelta y preguntó al chico cuánto tiempo llevaba la bolsita de té en el agua caliente. Luego, miró el reloj del ordenador y calculó cuándo tenía que sacarla.

—Una persona metódica. Me gusta —afirmó el hombre.

Ella sonrió, halagada. Aprovechó el momento para preguntar algo personal.

—¿Me permite una pregunta?

El hombre se extrañó, pero accedió con un gesto.

—¿Por qué está interesado en este tema? Entiendo que hay centenares y centenares de proyectos sociales en los que uno podría invertir, ¿por qué el mío?

El hombre afinó la vista. Se tomó un segundo para responder. Levantó una ceja y se pasó la mano por el rostro y la papada, perfectamente afeitado.

—El motivo nació un día de hace años, cuando alguien querido, muy querido, murió en un acontecimiento desafortunado. Un día del cambio de horario. Fue duro y desde entonces me intereso por el tema —dijo con un tono sentido, suspiró y, con un tono más animado, le indicó que siguiera.

—Claro —dijo, e indicó el monitor del ordenador—. El reloj interno es lo que regula el ciclo cartesiano. No necesitamos despertadores, ni relojes. La naturaleza marca el ritmo, no la sociedad. No necesitamos relojes, solo escuchar nuestro cuerpo, que es sabio. Necesitamos dormir y escuchar nuestro cuerpo. Él sabe lo que es bueno para nosotros. Él tiene un reloj interno que es el que verdaderamente funciona.

—El reloj interno… sí. Pero también es frágil, ¿no? Un empujón, un pequeño cambio… y todo se desajusta. Como si la vida de una persona pudiera detenerse en seco… justo a las dos en punto.

La psicóloga se sintió incómoda. No acababa de entender al interlocutor que tenía delante. ¿Por dónde quería ir?

Se había enfrentado a muchas situaciones como esa, tanto personal como profesionalmente. Cuando empezaba a hablar con una persona, ponía de lado todo lo que sabía de la comunicación no verbal, de la psicología y de todo lo que había aprendido, para sentir lo que el corazón le transmitía. En esa ocasión, su corazón le transmitió que esa conversación, esa persona, no le cuadraban. No encajaba con ese hombre. Algo en lo profundo de su ser rechinaba. Se le pasó por la cabeza levantarse e ir al cine con su familia. Aún estaba a tiempo. Pero no quiso escuchar su interior más visceral, pensó que era una falsa alarma y quiso aprovechar al máximo la oportunidad.

—Bueno, sí, el organismo es sensible, pero por eso debemos protegerlo. La sociedad no debería someterse a esos vaivenes.

—Usted insiste mucho en proteger. Dígame, doctora, ¿cree que todos merecen ser protegidos? Incluso quienes se empeñan en jugar

con el tiempo… ¿aunque eso dañe a miles?

—Creo que todo el mundo merece ser escuchado, incluso quienes se equivocan. El diálogo es siempre mejor que la imposición —dijo ella, ya con un tono diferente.

Salvador se acercó a la mesa, más de lo que había hecho en el resto de la reunión. Bajó la barbilla, aplastando la papada, y bajó algo la voz.

—¿Y si el diálogo ya no sirve? ¿Y si alguien tiene que… ajustar los relojes por su cuenta?

Núria no entendía ya por dónde estaba yendo la conversación. Parpadeó dos veces y buscó una metáfora en las palabras del hombre.

—Bueno, siempre habrá extremistas, pero ahí entra la ley, ¿no? Yo me limito a la ciencia.

Salvador se reclinó en la butaca y recuperó la voz normal.

—La ciencia…, claro. Aunque yo creo en otra cosa: en la justicia del tiempo. El tiempo nunca falla, doctora. Siempre señala a quienes merecen su castigo.

Núria sonrió nerviosa, intentando ya cerrar la reunión como fuese.

—Entiendo… Mire, me alegra su interés, pero si hablamos de financiación, lo ideal sería que le envíe por *mail* la presentación con una propuesta formal.

—No hace falta, doctora Casamitjana, he entendido todo perfectamente. Dígame, ¿no cree que el tiempo nos pondrá a cada uno en su sitio?

Solo en ese momento, a Núria, a pesar de ser una persona inteligente y orgullosa, le vinieron a la mente dos momentos: cuando Salvador dijo que el motivo de su interés era que alguien querido murió en un acontecimiento desafortunado, y la cara de Álex Cortés en la rueda de prensa, exhortando a que se quedaran en casa por el Asesino de los Relojes.

Sintió que se había dejado llevar más allá de lo que se imaginaba. No podía ser, se repetía, no podía tocarle a ella, ¿por qué justo a ella? Con toda la población de Barcelona, ¿por qué justo a ella?

Su rostro palideció y comenzó sentir una presión en los hombros que la aplastaba hacia la silla y que no la dejaba respirar ni pensar bien.

57

Karla sacó su teléfono del bolsillo del pantalón.

Buscó rápidamente el nombre de Relojería Rabat en el buscador de internet.

Apareció enseguida y entró en la página web. Allí, apretó contactos y llamar.

Conectó el altavoz y levantó la mirada.

Se cruzó con los verdes ojos de Álex.

—Cogemos un coche y lo registramos todo hasta que sepamos el nombre de ese malnacido —dijo Álex.

Primer tono.

Karla asintió.

Segundo tono.

—Mierda, no contestan.

—Tendrán una horda de guiris que quieren llevarse media tienda de Rolex —vaticinó Álex.

Surgió una voz femenina, sensual, elegante como toda la tienda.

—Bienvenidos a Relojería Rabat. En este momento no podemos atenderle. Debido a las medidas policiales extraordinarias, hemos cerrado excepcionalmente este sábado por la tarde. Su relojería de

confianza reabrirá el lunes por la mañana. Esperamos y le aconsejamos quedarse en casa. Disculpe las molestias —dijo la voz, y luego empezó a hablar en inglés.

Álex dio un manotazo en la mesa.

—Mierda —gritó Álex—. Tenemos que conseguir entrar allí. Maldita sea.

—Álex, no hay otro número, tenemos que esperar al lunes. Es una puñetera joyería, está blindada, ni se te ocurra entrar de otra forma.

—Voy a pedir a Aragonés que me dé el contacto del dueño y vamos a buscarlo si hace falta, no podemos estar aquí con las manos atadas.

—¿Has perdido el juicio, Álex? No puedes hacer lo que te salga de… allí.

Álex ya había sacado el móvil y buscó el número del mayor de los Mossos d'Esquadra.

—No pensarás en llamarlo, ¿verdad?

—¿Tienes otra idea?

Karla se tapó la cara con las manos. Su cara parecía un neón intermitente que decía «esto se nos está yendo de las manos».

Se acercó a la ventana. La lluvia seguía. El móvil del mayor sonaba.

Un tono. Dos. Tres.

—Sargento Cortés, qué demonios ocurre para llamarme un sábado por la tarde.

Álex tragó saliva y orgullo.

—Necesito su ayuda.

Hubo silencio del otro lado.

—Ayuda, ¿a qué se refiere?

—Tengo la identidad del Asesino de los Relojes, pero…

—Enhorabuena, ¿y por qué no están todos los informativos diciéndolo y que se retira el consejo preventivo de quedarse en casa?

Álex tragó de nuevo saliva. Del otro lado, se escuchaban voces y risas.

—Necesito entrar en los archivos de la Relojería Rabat para confirmar su identidad.

—Ajá, ¿y?

—Necesito el teléfono del dueño, necesito entrar y averiguarlo. Es que la relojería está cerrada.

—Por supuesto, porque habrá tenido sentido cívico y ha cerrado.

Álex se quedó en silencio.

—No hace falta que esta conversación siga, Álex. No pienso darle el teléfono del señor Rabat. Además, me pilla en medio de una película con mi hija y no pienso dejarla. Tendrá que esperar al lunes o buscar otra vía de investigación. Buenas noches, Cortés.

El mayor le colgó sin dar posibilidad de réplica.

Karla aguantó la risa.

—Veo que tú y el mayor Aragonés… *best friends*, ¿verdad?

El nivel de enfado de Álex se disparó.

Se sentía un león enjaulado, con la solución a dos centímetros e inalcanzable por las cadenas que lo sujetaban.

—Tenemos que buscar otra línea de investigación, Álex.

Se sentó, dejó el móvil en otro asiento y se agarró la cabeza con las manos.

Esperó al menos un minuto en esa posición.

El silencio de la sala de *briefing* se rompió por la vibración insistente del móvil de Álex.

Pensó que era el mayor Aragonés, que se lo había pensado, pero era otra persona.

—Maldita sea, ¿ahora qué pasa? —dijo, y apretó el botón—. Cortés.

—Sargento Cortés, soy Mariona Tahull. Siento molestarle y decirle esto, me he olvidado de decirle que, cuando vuelvan de Sitges, si pueden, pasen a devolver las llaves, mañana al mediodía entran unos inquilinos.

Álex cerró los ojos y se pasó la mano por el rostro. «Solo eso me faltaba», pensó.

—¿No puede esperar al lunes?

Ella insistió, no tenía más llaves y era urgente, o esa tarde o el domingo a primera hora de la mañana.

Álex colgó.

Karla le preguntó qué pasaba y él se lo explicó.

—Buscaré a alguien que se las lleve —dijo Álex.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Júlia.

Álex la miró y pensó.

—No, prefiero ir yo, necesito despejar las ideas —dijo Álex.

—Voy contigo —añadió Karla.

Él no se opuso. Dejó al mando a Laura y que Júlia fuera ayudándola con las posibles llamadas y coordinando los agentes que

estaban en los lugares señalados como sensibles.

Karla y Álex bajaron al sótano. Cogieron el coche camuflado y fueron hacia la casa de la mujer. Aparcaron con dificultad, las calles estaban a rebosar de coches. Todos estaban en casa. Caminar por esa calles desiertas y con lluvia daba una idea de Navidad, de fiesta, pero ese día, de festivo no tenía nada.

Subieron y la mujer abrió la puerta.

Mariona Tahull llevaba un delantal manchado de comida. Detrás de la silueta de la mujer, se entreveían a los dos pequeños *gremlins*, que, entre gritos, seguían en el comedor aporreando con un trozo de madera un dinosaurio y un camión de los bomberos.

—Gracias, de corazón. Es que tengo que ir a revisarlo mañana. Lo siento —afirmó Mariona.

—De nada, gracias de todos modos —dijo Álex, y bajando la cabeza, saludó.

—¿Han encontrado algo que les haya servido?

Álex se detuvo. Le hubiera encantado decirle que sí, pero la verdad era más dura. Habían perdido el tiempo visitando ese lugar.

Suspiró. Miró a Karla y de nuevo a la hija del hombre que despertó al Asesino de los Relojes.

No supo por qué, pero se acordó las palabras de Manolo Almeida: «Esa pobre alma en pena que mata para acallar sus demonios».

—No, señora, no hemos encontrado nada.

—¡Oh! Lo siento —dijo ella, y antes de retirarse, preguntó—. ¿Tampoco en el trastero?

58

Álex, que ya se estaba retirando, se giró de repente.

Esa última frase lo dejó desplazado.

¿Cómo? ¿Había entendido bien?

Dio un paso más hacia la mujer.

—¿Cómo ha dicho?

Mariona se giró hacia a los niños, que su marido no conseguía contener.

—Enciende la tele otra vez, ya no los aguanto hoy —gritó—. Lo siento, sargento, pero sin salir, ha sido una trinchera esto.

—¿Ha dicho algo del trastero?

—Sí, el apartamento de mi padre tiene un trastero. Allí pusimos todos sus recuerdos. Bueno, también nuestra vieja lavadora por si acaso y la televisión, y álbumes de familia, y cajas con libros. Pero, principalmente, las cosas de mi padre que no quise tirar y que llenaban la casa. Con los huéspedes, no podemos tener esas cosas. Ya me entiende, ¿verdad? —afirmó riendo.

Álex dio un paso más hacia la mujer y la cogió de los brazos.

—¡Un trastero! Y, ¿por qué no me lo ha dicho esta mañana?

Mariona Tahull lo observaba con la mirada perdida, recordando la conversación y repasando las palabras que había usado.

—Lo siento si me olvidé. Es que ya le digo, este día ha sido un terror con mis pequeños angelitos encerrados sin parque.

—¿Dónde está el trastero?

La mujer se lo explicó. Incluso le señaló la llave con la que podía abrirlo.

Bajaron las escaleras saltando los escalones de dos en dos.

Corrieron hacia el coche y arrancaron. Álex conducía desesperado hacia Sitges. La ventaja era que no había casi tráfico, el problema era que, además de ir contrarreloj, la lluvia no le permitía correr todo lo que el Altea le podía dar.

—Estamos a tiempo, Karla, estamos a tiempo. Son solo las once de la noche. Podemos llegar, identificarlo y detenerlo. Seguro que sí —gritó.

—Por lo que más quieras, Álex, no corras tanto, que esto no es un Ferrari y la calle está mojada.

Álex, sin mover la vista del parabrisas, le respondió.

—Llama a la central, infórmalos y que estén preparados para buscar lo que sea que necesitemos. Un nombre, una dirección, un número de teléfono —ladró Álex.

Karla, entre sujetarse con una mano en la manilla del techo y la otra con el móvil, consiguió llamar a Laura y avisarla. Ella, a su vez, le explicó que todo estaba tranquilo y que esperaban cualquier movimiento en los puntos sensibles; estaban listos para actuar. También había una ambulancia camuflada, lista para ser usada si se necesitaba.

Álex salió de la autopista de la costa por la salida de Sitges y recorrió de memoria la ruta que había hecho con la novata.

Aparcó el coche delante y saltaron fuera del vehículo. Abrieron bajo el agua el portón externo y la puerta del edificio. Las personas que vivían allí salieron a la ventana para ver qué pasaba y grabar con sus móviles la escena inesperada.

Bajaron las escaleras hasta el aparcamiento subterráneo. Lo recorrieron de una punta a la otra. Buscaron una puerta de aluminio con una reja de ventilación.

La abrieron y un olor a basuras les dio la bienvenida.

Esa no era.

Probaron la siguiente.

La abrieron y una luz automática se encendió.

Entraron buscando el trastero del apartamento. Mariona Tahull les indicó que tenían que seguir por el pasillo hasta ver una puerta que decía B.

—¡Esta, Álex, es esta!

Álex se lanzó con la llave. La abrió y encendieron la luz.

Delante de ellos se abrió un bazar caótico de recuerdos, cajas y polvo.

Se quedaron un segundo observando y pensando.

Álex se pasó la mano por los rizos. Guardó las llaves en su bolsillo.

—Tenemos que ir sacando una cosa tras otra, Álex. Da igual que llenemos el pasillo, vamos sacando y, mientras sacamos, vamos revisando, ¿te parece?

Álex miró el reloj, eran las doce menos cuarto, tenían tiempo. Sintió que aún estaban a tiempo de identificarlo y si tenía a la víctima en su casa, lo detendrían. De las doce de la noche a las tres de la madrugada, tenían tiempo de parar a ese asesino. Ese año sí, esa vez, tenían todas las cartas para conseguirlo.

Se quitó la chaqueta y asintió.

Comenzaron a sacar objetos del mismo modo que hacen los que compran trasteros americanos abandonados y los tienen que vaciar.

Una bici oxidada y con las ruedas deshinchadas.

Un televisor de tubo catódico.

Tres cajas de libros.

Una lámpara de mesilla de noche de tela azul y con motivos orientales.

Un ventilador de pie.

Cajas con una etiqueta que ponía «vestidos para regalar».

Cuando Álex ya empezaba a sudar, su móvil sonó.

Se detuvo y respondió.

Era la comisaría.

Activó el altavoz.

—Cortés.

—¿Álex?

Era Laura. Su voz no era de las mejores, llevaba una carga de tristeza.

—Sí, dime, Laura.

—Lo siento…, ya ha aparecido el cadáver de la víctima.

59

Eran las once de la noche.

En octubre, el cambio de hora alarga una noche de sueño que se contrarresta con la que se quita en primavera.

Iván estaba sentado en un coche escondido cerca de la Torre del Reloj del Moll de la Fusta.

A su lado, Víctor observaba con unos prismáticos todo lo que se movía.

Otro policía, uno de la urbana camuflado, estaba en otro punto. La ambulancia estaba entre un muro y un barco en mantenimiento.

El olor a salitre había invadido el coche.

Detrás de ellos, estaba el mar y muchos yates de ricachones que amarraban en el mismísimo puerto de recreo de Barcelona.

No tenían prisa, pero el sueño comenzaba a hacerse sentir. En los asientos traseros, los plásticos de una cena improvisada estaban en una bolsa, pero seguían soltando olores de *curry* y salsa de soja. Solo habían encontrado un restaurante medio chino y medio hindú.

El resto, botellas de refrescos y vasos desechables de café.

Barcelona parecía que estaba abducida por un hechizo. Los decibelios de la ciudad pocas veces eran tan reducidos.

Víctor dejó de mirar con los prismáticos y se reclinó un momento. Cerró los ojos e Iván se dio cuenta.

—¿Qué haces? —dijo, dándole un golpe en el brazo.

—Déjame cinco minutos. Luego, lo haces tú.

—Estamos de servicio, tío.

—Son las once, de aquí a las dos de la madrugada, falta un buen rato, no voy a aguantar.

Iván pensó que era el efecto de sus dos kebabs y una bandeja de *sushi*. Cenar demasiado lleva a tener demasiado sueño.

Aceptó en silencio que el compañero se durmiera.

Se quedó vigilante mientras sus pensamientos iban a la nueva. Júlia, nueva y guapa.

Intentaba rechazarlos, era una compañera, pero en medio de tanto aburrimiento, su mente le llevaba a sus ojos y a su flequillo.

Entre las pocas imágenes que recordaba, pensó que le hubiera gustado mirar su foto de perfil de Instagram o de WhatsApp. Pero no podía, estaba prohibido mirar el móvil, porque la luz de la pantalla hubiera delatado su presencia y posición.

Desde lejos, aparecieron unas luces.

Dos luces.

Una al lado de la otra.

Estas se hacían más grandes. Se acercaban.

Un coche entraba en el recinto portuario con las largas puestas.

—¿Ves eso? —preguntó por radio al de la urbana.

—Sí.

—En cuanto pase, cierra la verja y atrápalo.

—Es pronto. No será él —respondió el de la urbana.

—Da igual. ¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó, irónico, Iván.

El urbano lo confirmó y esperó.

Iván dio un codazo a Víctor y le cogió los prismáticos.

—Despierta. Pasa algo.

Víctor bostezó y se estiró un momento.

Iván se acercó los prismáticos. Un Citroën Picasso se estaba acercando con las largas puestas y una velocidad reducida. Alguien estaba en el asiento del conductor, el cuerpo se sacudió.

—Hay alguien y se acerca, Víctor. Salimos.

Apagó la luz del habitáculo para que, cuando abrieran las puertas, no se encendiera. Dejó los prismáticos y empuñó la pistola.

Salieron. Mientras se acercaban, el estrépito metálico de la verja del puerto se cerró. El urbano había cumplido su parte. Ahora les tocaba a ellos dos.

Avanzaron a hurtadillas, entre cajas de pescado vacías, redes de pesca y material almacenado, caminaban hacia el reloj.

No creía Iván que fuera verdad. Habían acertado con el lugar y él había elegido el bueno.

El Citroën Picasso se acercaba.

Ellos también.

Se detuvieron a pocos metros detrás de unas cajas. Cuando el asesino detuviera el coche, se lanzarían hacia él para que no matara a su víctima.

El coche se aproximaba más, siempre hacia la base del reloj. Una columna alta más de diez metros con una base en ladrillos claros y en la cima de la columna con base cuadrada, un reloj en cada lado.

Iván pensó que no podía fallar. Una ocasión tan clara de detener al Asesino de los Relojes no se repetiría tan fácilmente. En seis meses, a lo mejor, pero no quería considerarlo.

El coche no se detenía, seguía avanzando muy despacio hasta tocar la base del reloj. Cuando lo hizo, empujó un par de veces el bloque de ladrillos, sin éxito, y el motor se apagó.

Era el momento.

Salieron con las pistolas apuntando y con una linterna que iluminaba el objetivo.

—¡Policía! ¡Quieto! Manos arriba —gritaron al unísono.

Se acercaron sin despegar sus ojos del conductor, que parecía que no se movía. Iván se acercó a la ventanilla del conductor y Víctor, a la del copiloto.

—Quieto, manos arriba —gritó Iván.

El corazón le latía fuerte y la responsabilidad en sus venas se difundía por sus músculos tensos. Lo tenían delante, no se podía escapar. El policía urbano corría hacia ellos decidido y apuntando al coche desde una perspectiva diferente, cerrando el paso, cerrando la huida.

Iván dio un paso más hacia la ventanilla. Enfocó el rostro de la persona que estaba en el coche. El pelo largo y unos dulces rasgos no llevaban a malinterpretaciones.

Se acercó un pasó más hasta tocar el cristal.

Picó dos veces con la caña de la pistola.

No hubo efecto.

Sin bajar el arma, abrió la puerta y entendió todo.

Apoyó dos dedos en el cuello. El latido era ausente. La piel de la mujer estaba tibia, más fría que un cuerpo normal.

Se apartó y cogió la radio.

Llamó a la ambulancia para que entrara en acción, tenían a la víctima y tenían que probar lo imposible para revertir la tragedia.

Mientras las luces de la ambulancia se hacían visibles, Iván entendió qué había pasado.

La dinámica había sido diabólica. El asesino tenía que haber pensado que la presencia de la policía era obvia, y acertó.

El cuello de la mujer estaba sujeto por unas bridas al reposacabezas. Unos hematomas rojizos rodeaban las fajas de plástico. El torso estaba sujeto por unas vueltas de cinta americana al asiento. Las manos, también atadas al volante.

Habían arrancado el coche y dejado que avanzase al ralentí.

Iván levantó la vista hacia la verja que habían cerrado. El asesino había conseguido su propósito: conseguir matar a la víctima, dejarla en el punto que había designado y escapar.

Dejando entrar el coche en su propia trampa, fue la solución para que ellos se centraran en el vehículo y no en su huida.

Iván se pasó la mano por la cara y gritó a pleno pulmón, alimentado por toda la rabia que sentía. Habían fallado. El Asesino de los Relojes había conseguido, una vez más, matar a una de sus víctimas el día del cambio de hora.

Cogió el teléfono y llamó a la comisaría, tenía que informar de lo que había sucedido en el muelle de la torre del reloj.

60

El móvil se le cayó de las manos a Álex.

El ruido llamó la atención de Karla y la preocupó.

Después de la noticia, fue bajando la mano hasta que el brazo estuvo completamente caído. Dejando de hacer fuerza, el objeto cayó al suelo.

Salió del trastero diminuto del apartamento de Sitges de Mariona Tahull. En el pasillo, se llevó las manos a la cabeza y gritó.

Karla se acercó hacia él.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

—La hemos fastidiado otra vez —gritó, y se agachó, haciéndose un ovillo en el suelo.

Karla no fue hasta él, dio la vuelta y recuperó el móvil. Contestó, preguntando quién era.

Le respondió Laura, que intentaba escuchar para entender qué estaba pasando.

La informó que la víctima que esperaban había aparecido en el muelle donde estaba Iván. Lo peor era que no lo habían cogido, ni sabían adónde se había marchado. El operativo había sido un fiasco.

Karla cerró la llamada y se acercó a Álex.

Lloraba desconsolado, sintiendo la presión que tenía sobre ese caso. Un caso imposible que en pocos días había avanzado rápidamente gracias a su equipo, pero que, aun así, no había conseguido detener la furia homicida del asesino.

Un asesino en serie que mataba el día del cambio de hora.

Inconsolable, se levantó, cogió la bicicleta oxidada y la tiró por el pasillo lo más lejos que pudo. El estruendo se propagó por toda la planta.

Luego, cogió una caja de ropa y la tiró en la misma dirección.

Sentía rabia, impotencia y ridículo por haber montado ese operativo policial sin éxito. Una ciudad detenida un fin de semana para salvar a una persona y Álex había sido un inútil incapaz de protegerla. Se sintió el hazmerreír del departamento, del cuerpo, de la ciudad.

La caja reventó dejando la ropa desparramada por el pasillo y la bici.

—¡Cálmate! Así no vas a resolver nada —gritó Karla mientras él cogía otra caja y la lanzaba—. ¡Para!

Álex se detuvo, con las lágrimas bajando por las mejillas, y la miró.

Karla no dejó que Álex se lo volviera a pensar, lo agarró y lo abrazó fuerte. Tan fuerte fue el abrazo que no pudo casi ni respirar.

—No es culpa tuya. No es culpa nuestra. Solo hacemos lo mejor que sabemos, pero a veces no lo conseguimos —susurró a Álex.

Él se mordió el labio inferior. La impotencia lo atravesó como una espada de fuego. Un dolor en pleno pecho, una presión en el esternón.

Abrazó fuerte a Karla también. Siempre sabía qué decirle y cómo decírselo. Se quedaron unos minutos así, abrazados, con la noticia que se repetía en sus mentes.

¿Por qué? ¿Quién era la víctima? Y lo peor, ¿qué no habían hecho para cogerlo?

Álex apoyó la cabeza en el hombro de ella.

—Shhh, tranquilo. Tenemos que seguir, ser fuertes —susurró Karla mientras le pasaba la mano por los rizos.

Al final del pasillo, la puerta que daba a las escaleras se abrió. Apareció un señor con una linterna y un móvil en la mano.

—¿Quién coño sois? —gritó, apuntando la luz a los ojos de los dos.

Mientras el hombre enfocaba a Karla y a Álex, la mirada cayó en el desastre que había en el pasillo, la bici por el suelo y las cajas rotas y con lo que almacenaban desperdigado por todas partes.

—¡Sois ladrones! —gritó, horrorizado—. Voy a llamar a la policía.

Álex dio un paso adelante y sacó la placa.

—No hace falta, somos de la policía —dijo, y levantó las palmas de las manos hacia el techo—. Lo lamento, ha sido… —Y se detuvo para pensar qué decir.

Karla dio un paso adelante.

—Había un ratón y hemos intentado matarlo, pero se nos ha ido de las manos, creo —confesó, mirando el suelo.

El hombre arrugó las cejas. Los miró con perplejidad, pero aún con desprecio.

—¿Podría bajar esa luz, por favor? —pidió Álex.

El hombre la bajó.

—Espero que pongan orden y que dejen de hacer ruido. Aquí hay gente que quiere dormir.

Álex consiguió ver al hombre, que había bajado en pijama. El impacto de la bicicleta había llegado a las plantas superiores.

Cerró la puerta.

—¿Un ratón? —preguntó, burlándose.

—Es lo primero que me vino a la mente.

Cuando cerró la puerta, se dio cuenta de lo que había dentro de la segunda caja que había lanzado: álbumes de fotos.

Se quedó paralizado, recordando las palabras de Mariona Tahull, que entre todas las cosas que quitaron del apartamento del padre había álbumes de fotos.

—Las tres B, Karla, maldita sea, ¿cómo no me vino a la mente antes? —dijo Álex, y se acercó a los álbumes que habían salido de la segunda caja.

Cogió uno y lo abrió. Mariona salía en todas las fotos con los dos *gremlins* aún pequeños.

—¿Qué dices de las tres B? ¿Qué tiene que ver?

Álex dejó el álbum y cogió otro.

—Bautizo, bodas y comuniones, como dicen los ingleses. Si buscamos a alguien que defiende a Ferrán Tahull, lo encontraremos en los álbumes que su hija dejó en este cuarto —afirmó Álex, y levantó la segunda caja que había lanzado.

En un lateral, ponía las palabras «fotos y álbumes», escritas en mayúsculas.

—Necesitamos buscar mejor.

Karla no dijo nada, lo pilló a la primera.

Los dos se metieron dentro del trastero otra vez, revolviéndolo todo. Sacaron más cajas, todas con las mismas indicaciones en un lateral. Cuando las apartaron todas, quedó detrás, casi escondida, una fila de cajas de otro color y con unos rótulos externos diferentes.

Buscaron una por una hasta que encontraron lo que buscaban, las fotos personales del padre de Mariona. Álex y Karla se miraron a los ojos. Él aún los tenía vidriosos. Estaban sudados y sucios por el polvo, pero habían encontrado la caja que estaban buscando.

61

Álex sentía como la palpitación le aumentaba.

Le pasaba cuando corría por el paseo marítimo de Barcelona y cuando se acercaba a la verdad, pero con una diferencia sustancial. En el primer caso, era por un esfuerzo físico; en el segundo, por una corazonada, por acercarse a esa pieza clave que lo acercaba a la verdad.

La caja la retiraron del fondo de la fila.

La abrieron sin titubear ni un segundo. Karla y Álex no se hablaban, solo con pocas miradas se entendían.

Lo primero fue una caja de zapatos.

Dentro, fotos viejas color ocre y descoloridas por el efecto del tiempo.

Salía el difunto con una niña pequeña y una mujer.

Karla identificó enseguida a Mariona y a Ferrán Tahull.

La mujer podía ser la madre antes de divorciarse, supusieron. Databan de muchos años antes y salían siempre ellos en varios viajes y veranos diferentes.

La apartaron y siguieron sacando.

Más álbumes y más fotos en cajas. Alguna de estas eran de hojalata de galletas.

Al fondo de todo, como si la persona que preparó esa caja fuera lo que menos quisiera ver, lo último en encontrarse y lo más escondido.

Sacaron un álbum moderno, no gastado por el tiempo. Al abrir, aparecieron las fotos más recientes de Ferrán Tahull. En Sitges, en un parque de atracciones, en bares y en barcos. En todas las fotos, no aparecía solo, sino rodeado de hombres.

Karla indicó una imagen en la que los hombres que compartían el catamarán de alquiler le dieron una sensación extraña.

—¿Qué sientes, Karla?

—Se divorció porque le gustaban los hombres… —dijo sin titubeo Karla, y se giró hacia Álex—. La pareja de Ferrán era un hombre —aseguró, y señaló la foto.

Siguieron mirando una por una y la conclusión se presentó como si fuera una persona que hubiera tocado a la puerta del polvoriento y desordenado trastero: una persona se repetía inevitablemente en todas las fotos.

Karla era mucho mejor que él en muchas cosas, y una era esa.

—Este es el asesino y su pareja… y sé quién es —dijo Karla, temblándole la voz.

Álex arrugó el ceño y afinó la vista. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y sus pelos se alzaron como escarpias.

—¿Lo conoces?

—Sí, la papada, su cara, su nariz, su elegancia. El dependiente de Rabat, el experto en relojes de bolsillo —confesó, tapándose la

boca con una mano.

—Por todos los demonios, ¿cómo se llamaba?

Ella necesitó unos instantes para recordarlo.

—Salvador… —dijo, y necesitó un rato más para el apellido—. Breda, Salvador Breda.

No esperó un segundo, Álex cogió el móvil y llamó a la comisaría.

No tenía tiempo de explicar a Alan todo lo que habían conseguido descubrir, solo le pidió que buscara en Barcelona a Salvador Breda y su dirección.

Mientras Alan accedía a los datos de Hacienda para conseguir la información, Álex miró a Karla. Le sonrió y le preguntó:

—¿Estás segura?

—Segurísima. Lo he tenido delante y no he hecho nada.

La situación se había girado. Karla se estaba castigando por tener al asesino delante y no verlo; no lo detuvo, no lo arrestó, no lo mató. El error costó una víctima más del Asesino de los Relojes.

—No podías saberlo, era imposible —confirmó Álex.

—Por eso hoy no estaba en la joyería, debía estar preparando… Maldita sea.

Alan por teléfono le dijo que había encontrado tres personas que se llamaban así.

—Tengo a Salvador Breda Fortuny, Salvador Breda García, Salvador Breda Serra. ¿Quién es? —dijo Alan por el altavoz del móvil.

—No lo sé, en su placa solo ponía el nombre y su primer apellido —dijo ella.

—Tienes que entrar en la seguridad social y mirar cuál de estos tres trabaja en la Relojería Rabat —dijo Álex.

Hubo un segundo de indecisión por el informático forense.

—Tardaré un buen rato, el sistema necesita unas autorizaciones y no puedo entrar a la brava. ¿Sabéis si tiene antecedentes?

Álex miró a Karla.

—No —respondió, tajante, Karla—. Dime el estado civil e hijos de cada uno.

Álex sonrió, era una excelente idea.

—Salvador Breda Fortuny: dos hijos y casado con una tal María. Salvador Breda García: divorciado con dos hijos. Salvador Breda Serra: divorciado.

La información no daba una clara opción de quién podría ser el asesino.

—OK. El primero descartado, porque tiene una familia y sería más difícil. Alan, ¿de quiénes se divorciaron los últimos dos? ¿Tienes nombres?

—Claro —dijo, y se escuchó cómo sus rápidos dedos picoteaban las teclas—. Salvador Breda García, divorciado de una tal Elena. Salvador Breda Serra, divorciado de…

—¿Quién? —preguntó ella.

—Un tal Juan Ramón —dijo sin estar muy seguro de lo que decía.

Álex y Karla se miraron.

—Bingo, chaval —dijo ella—. Necesitamos la dirección de este.

Alan se la mandó al WhatsApp en el tiempo que los dos policías corrían hacia el coche, dejando detrás un trastero abierto y unas cajas y una bici esparcidos por el pasillo.

Arrancó el coche y a toda velocidad regresaron a Barcelona. La dirección que indicó Alan era justo a la entrada de la ciudad volviendo de Sitges.

Pidieron refuerzos, pero Álex consiguió llegar antes.

Encontraron la puerta abierta del edificio y llegaron al piso donde presuntamente estaba Salvador Breda Serra. Algo no iba bien, también esa puerta estaba abierta. A lo mejor llegaban tarde de nuevo, a lo mejor se habían equivocado y no era su hombre. Lo que no podían negar era que esas puertas abiertas era muy extraño.

La puerta rechinó y el sonido se propagó por el pasillo. Era un apartamento elegante. Karla intentó detener a Álex y que esperasen a los GEI, pero él quería ver los ojos de ese hijo de perra antes que nadie.

Siguieron la luz hacia una estancia.

El parqué crujía bajo sus pies y sus niveles de adrenalina se habían disparado. ¿Qué les podía esperar detrás de esa puerta que dejaba escapar una línea de luz por la fisura inferior?

Álex agarró el pomo y, antes de abrirlo, se giró a mirar a Karla.

Ella asintió.

Las pistolas estaban cargadas y con el seguro quitado. Podían encontrarse con cualquier cosa detrás de esa puerta. Podía ser una trampa, pero la curiosidad y la venganza por lo que había hecho fueron más grandes que esperar.

Giró el pomo y la abrió.

El haz de luz los cegó. Apuntaban hacia una luz que no sabían de dónde provenía ni quién los estaba mirando.

Álex reconoció en sus adentros que había sido una mala decisión, otra de las que solía tomar de forma impulsiva.

Cuando sus ojos se acostumbraron, pudo ver lo que había delante y lo que vio lo estremeció.

62

El cañón de la pistola apuntaba al hombre de la estancia.

La luz que lo cegó, después, le dejó poco a poco ver lo que había en el espacio. Vio siluetas, una sombra, un mueble en medio de la habitación, una butaca, una figura sentada y, por fin, Salvador, que los miraba.

Se quedaron callados los tres, mirándose.

Álex jadeaba. Apretaba los dientes mientras seguía apuntando al presunto asesino.

Este no se movía, estaba a la expectativa de lo que hicieran los policías. Estaba claro que los esperaba, era más, los había invitado a entrar.

—Por fin me habéis encontrado —dijo el hombre.

Álex escaneó su entorno, cualquier detalle, indicio o trampa que pudiera haber preparado ese hombre no lo habría sorprendido. Todo era demasiado fácil.

Dio un pequeño paso con la derecha y luego con la izquierda hacia el hombre, escudado por su pistola.

Salvador llevaba un gorro y un abrigo oscuros. En el piso, el frío y la humedad pinchaban. Estaba sentado en una butaca con orejones.

El brazo izquierdo apoyado en el reposabrazos y la mano estirada hacia fuera y en un puño.

La otra mano se perdía entre el respaldo y su pierna.

—Levante las manos, señor Breda.

—Salvador, por favor, no estamos aquí para formalismos —dijo con tranquilidad, con la misma con que había atendido Karla en la Relojería Rabat.

—Tenía que haberte arrestado ese día —espetó Karla con un tono invadido por la rabia y el resentimiento.

—Levántate, Salvador. Todo esto ha terminado.

Salvador sonrió. El hombre alto y fuerte no se movió un milímetro.

—Terminar… Qué palabra tan relativa, sargento. ¿Acaso el tiempo termina alguna vez? No. Se transforma, se repite, como las agujas de un reloj que regresan una y otra vez a la misma hora.

Álex rechinó los dientes para mantenerse firme y no reventarle la tapa de los sesos de un balazo.

—Lo único que se repite aquí es la muerte que has dejado a tu paso. Cuatro víctimas. Cuatro familias destrozadas. Y todo por un delirio tuyo con el tiempo.

—Delirio… Tú lo llamas así porque no has sentido cómo el tiempo puede arrebatarte lo más preciado. Dime, sargento, ¿qué harías si una absurda convención humana te robara a la persona que más amas?

Álex permaneció en silencio y sin saber qué contestar. La mandíbula se le puso aún más tensa. Salvador lo vio y percibió la incomodidad del policía, sonrió con más amplitud.

Karla se acercó al objetivo, poniéndose en paralelo con Álex, también apuntando al hombre.

—Lo recuerdo como si fuera ayer… Octubre de 2023, el cambio de hora. Ferrán, mi pareja, sí, mi pareja. Soy gay, ¿y qué? Ferrán lo era, ¿y qué? Lo que pasaba es que él no lo asumió, no lo quería comunicar a la familia. No quería que se enterase la galería. Por eso lo mantuvimos siempre en silencio. Es una mierda esta sociedad. Una basura, una auténtica mierda. Se merecería morir más gente de la que muere y de la que maté.

—¿Por qué, Salvador? ¿Por qué matar? Fue un error del sistema, no humano.

Salvador esbozó una sonrisa ahogada.

—Ferrán murió porque ese día me fui de fiesta con unos amigos y él quiso volver antes de tiempo. No fui con él. Si no, esto no habría pasado. Le dio un ataque al corazón en plena estación de Sants. Nadie lo atendió. ¡Nadie! —gritó Salvador, y era la primera vez que su tono tranquilo se alteraba—. Ni un maldito viajero ni nadie de seguridad. Podían haber robado un jodido tren y nadie se hubiera enterado. Y Ferrán pagó el pato por el maldito cambio de horario.

—Has matado a cuatro personas y dejaste lisiada a otra. ¿No te parece injusto, maldito hijo de perra?

Salvador lo miró profundamente, sus ojos oscuros eran dos flechas que lo estaban traspasando.

—Tú no conociste a Ferrán. Él lo era todo para mí y esta jodidísima convención absurda y arcaica y todos sus problemas que conlleva me lo arrebataron.

—¿Y culpas a todo un sistema por un error humano?

—No, Cortés. No fue un simple error humano. Fue el tiempo, amañado por políticos, burócratas y expertos que defienden un cambio inútil. Esa noche no murieron solo Ferrán y otros…, murió la justicia. Y yo decidí corregirla.

Salvador sonrió, inmóvil, mientras los dos policías al mismo tiempo avanzaban un paso más. Había seis metros que los separaban y unas tremendas ganas de hacer de Salvador un colador. Por rabia, por injusticia, por todos los asesinatos. Pero tenían que esposarlo y llevárselo a comisaría vivo. Aunque las ganas de ser justicieros de la noche eran grandes, no podían dejarse llevar por sus instintos y sus feroces ganas de justicia personal.

—¿Y así justificas los asesinatos? Profesores, activistas, médicos… Ninguno de ellos mató a tu pareja —preguntó Álex con los dientes apretados.

—Te equivocas, Álex. Todos eran personas importantes que defendían, con sus estudios, que el cambio de hora se tenía que anular. Ahora serán mártires. Cuando todo esto salga a la luz, la gente defenderá a capa y espada lo que defendían. Serán mártires del tiempo. Entonces escucharán a los expertos que quedarán y abolirán esta práctica inútil de cambiar una hora más o menos. Y muchas más personas no morirán por sus efectos. Muchos Ferrán no tendrán que morir por esto, ¿lo entiendes, Álex? ¿Entiendes el legado que me ha tocado?

—Entiendo, Salvador, que eres un psicópata asesino en serie que tergiversa la realidad para que los demás crean que es normal, cuando solo eres un vulgar asesino con una excusa que solo te la

crees tú —espetó, y dio un paso más; Karla lo siguió—. Y ahora esperas que un juez lo entienda. Que se ponga en tu lugar.

—No, sargento. Ni tú ni un juez jamás comprenderéis lo que es amar a alguien que no puedes nombrar. Ferrán nunca se atrevió a presentarme a su familia. Yo era su sombra, su secreto vergonzoso. Y, aun así, lo amé con cada fibra de mi ser. ¿Sabes lo que significa querer a alguien, aunque el mundo insista en negar su existencia?

A Salvador, los ojos le brillaban de furia contenida mientras se inclinaba hacia adelante.

—Cuando murió, ni siquiera pude firmar en su ataúd como pareja. Fui un conocido cercano. ¿Lo entiendes? Para todos, Ferrán murió solo, pero no lo estaba. Estaba conmigo. Y ellos me lo arrebataron.

—Eso no te dio el derecho a matar.

Salvador se volvió a reclinar en la butaca de orejones.

—El derecho es un invento. La justicia real es otra cosa. El reloj siempre da la hora justa, aunque nadie la quiera mirar. Yo solo he marcado a fuego lo que otros prefieren ignorar.

—Puedes llamarlo como quieras. Lo que has hecho no es justicia. Es obsesión. Y esta obsesión te ha destruido.

La estancia se iluminó por un relámpago. La lluvia que había concedido una tregua regresaba esa noche frenética y de injusticia.

—¿Destruirme? No. Me ha completado. Por primera vez en mi vida, fui fiel a lo que sentía. Ferrán me hizo invisible, pero no lo culpo. El mundo tenía que saberlo y la sorpresa fuiste tú, Karla, que viniste a verme a la relojería. Me llamó mucho la atención. ¿Cómo me encontraste?

Karla apretó la pistola. El sentido de responsabilidad que tenía la estaba corroyendo. Como a Álex, pero, sin saber lo que probaba él, era lo mismo. Hubiera reventado la cabeza a ese criminal.

—El destino me llevó hasta ti —respondió, seca.

—¿Por qué no mataste al exdirector de la estación de Sants?

Salvador se tomó un segundo para responder. Pasó su mirada por los dos, primero, Karla y luego, regresó a Álex.

—Porque matarlo no era parte del plan.

—No entiendo.

Salvador chasqueó la lengua, su expresión se tensó, le molestó que el sargento no entendiera lo que decía.

—Te lo voy a decir simple, Álex. No me pareces un tío que no comprenda las cosas, pero te lo voy a decir sencillo. Mira, si hubiera matado al exdirector, sería una muerte que habría roto el patrón que quería dejar. Un cronobiólogo que estudiaba los efectos del sueño y los cambios de hora. La activista que defendía la abolición del cambio de hora. El ingeniero que se encargaba de los cambios de horarios de los trenes. Y, finalmente, la psicóloga que ayudaba a personas con trastornos de la conducta modificados por los cambios de horarios. Cada uno defendía o trabajaba para que el cambio de horario se quitara. ¿Qué pintaba un director de trenes?, me hubiera delatado y hubiera roto el patrón. No podía morir Almeida o, por lo menos, no por mis manos.

—¿Y por qué le pusiste un reloj a él también? —preguntó Karla.

La pregunta le gustó a Salvador.

—Por fin hablas, dulce policía. Le susurré que no me denunciara o su familia se quedaría sin descendientes. No visteis la cara de

miedo de Manolo Almeida cuando se lo dije. Se quedó petrificado. Vi el miedo, el terror en sus ojos. Así que decidí que lo dejaría vivo y que solo había recibido lo que se merecía. Le dejé un reloj para que un día algún lumbreras de la policía lo relacionara y viera que todo estaba conectado —dijo, y se rio profundamente, sus gritos se difundieron por la estancia y sorprendieron a los policías—. Lo más divertido, ¿sabéis qué fue?

Los policías no respondieron, solo dieron un paso más hacia él. Quedaban pocos pasos que los distanciaban.

—Nadie vio que las muertes estaban conectadas. Solo tú, Álex. Mi enhorabuena. Ibas por buen camino y cuando te vi en la televisión, supe que acabarías con este caso. Así que te dejé una nota. Ese mensaje era para que entendieras que teníais que seguir, que tus deducciones eran buenas. La pista era la correcta.

Álex arrugó el ceño.

—¿Y por qué querías que te encontráramos? ¿Es que no querías seguir con esto?

Salvador sacudió la cabeza.

—Veo que eres menos inteligente de lo que pensaba, Álex. Solo si me conseguíais encontrar y dabas un sentido a mi obra, todo esto tendría la resonancia mediática que necesita y solo de este modo, algún día, que creo que será antes de lo que creemos, los políticos tomarán la sabia decisión de detener el cambio de las agujas del reloj.

—Estás enfermo, Salvador. Y vas a pasar el resto de tu vida en una celda.

—¿Sabéis lo más divertido de todo esto? —dijo Salvador—, que a cada muerte, a cada cambio de hora tanto legal como solar, dejaba las puertas abiertas del edificio y de mi puerta con la esperanza de que me cogierais. Todas las noches, hasta la mañana siguiente. El domingo, cuando me despertaba de esta butaca, miraba las noticias y, al ver siempre que no me buscabais, cerraba las puertas, triste, desconsolado, esperando que este preciso momento pudiera llegar en el cambio de reloj siguiente. De seis meses en seis meses, he esperado. Hasta dos años he esperado. Hasta hoy.

—¡Manos donde pueda verlas! —gritó Álex, apuntándolo.

Salvador decidió mostrar a los dos policías lo que llevaba en su mano izquierda, la que sobresalía de la butaca.

La abrió y se la enseñó.

Era un reloj de bolsillo, similar al que encontraron en la mano de la primera víctima, el doctor Mateu Serra i Pons, el cronobiólogo, y también al que dejó en la mano del exdirector de la estación de trenes de Sants.

Apretó el mecanismo y la tapa se abrió.

—Tranquilo, sargento —dijo, y se quedó mirando unos instantes las agujas mientras las sirenas de las patrullas que habían llamado de refuerzo se escuchaban en la lejanía, acercándose—. ¿Sabes qué es lo irónico? Que son las dos y cuarto, la misma hora en que murió Ferrán, mi Ferrán, hace dos años —dijo, mirando el reloj de bolsillo sin prestar atención a qué hacían los policías, hipnotizado por el tiempo—. Es una señal, ¿no creéis?

—¿Una señal para qué? —preguntó Álex, ingenuamente.

Salvador sonrió.

—No. Quieto —gritó Karla, que intuyó lo que estaba a punto de suceder.

Salvador sacó la mano derecha de la oscuridad del sillón. Entre el reposabrazos y la pierna, guardaba un revólver de pequeño tamaño.

—El tiempo… siempre… se cobra su deuda —dijo, y se acercó a la base de la barbilla el reducido cañón.

—No. Quieto, Salvador, no lo hagas —gritó Álex.

Álex reconoció el revólver, que podía ser un treinta y ocho especial. Se lo clavaba en la mandíbula. La ironía era que él nunca lo habría matado, aunque sintió la llamada de reventarle la cabeza por lo que había cometido. Ahora, él se quería suicidar y Álex no iba a permitirlo.

Dio un paso hacia adelante para quitársela, pero no llegó a tiempo.

El estruendo se propagó por la sala, junto a la sangre y la materia gris. El disparo estalló en el cráneo de Salvador y creó un boquete en la coronilla. La pared se cubrió de un color carmesí y de trozos de materia cerebral.

Álex se giró por el impacto. Necesitó unos instantes para recuperarse.

Karla se limpió las gotas de sangre que le habían salpicado. No podía haber imaginado un final más dramático. Salvador había ganado, cumplido con su cometido, matar a su última víctima y suicidarse con policías delante.

Álex y Karla habían perdido, o eso fue lo que ellos sintieron.

Se abrazaron mientras los coches de policía se agolpaban delante del edificio. Los agentes empezaron a bajar de sus coches y a entrar.

Álex cogió el reloj que sostenía Salvador. Efectivamente, marcaba las dos y cuarto de la noche. La ironía de la suerte, o un detalle más que Salvador había calculado como experto en relojes *vintage* de bolsillo, fue que el impacto lo detuvo a las dos y cuarto, a la misma hora que Ferrán Tahull había muerto dos años atrás. El único alivio de Karla y Álex al abandonar el apartamento de Salvador Breda fue que habían conseguido romper ese círculo de muerte relacionada con los cambios de huso horario. Todo se había acabado y el tiempo para la venganza del Asesino de los Relojes también.

63

Al día siguiente, Álex y el subinspector Ferrer habían organizado una rueda de prensa.

Se habían reunido un segundo antes.

Le costó tremendamente decirles a Karla, a Álex y a todo el equipo que habían realizado un buen trabajo; el asesino se había suicidado y una víctima más colgaba de su expediente.

Álex no se sentía bien consigo mismo.

No podía. Había sentido la impotencia y había cometido varios errores. Uno de ellos, no controlar antes el trastero de Ferrán Tahull. Si lo hubiera hecho el sábado por la mañana, seguramente, la psicóloga Núria Casamitjana estaría viva.

No, no se sentía satisfecho con su operación.

Cansado por no haber dormido ni un minuto esa noche de cambio de horario, sintió que tenía que hablar a la población. Del mismo modo que había hablado unos días antes para sugerir que la ciudadanía no saliera, ahora era el momento de tranquilizarla.

En la sala, habilitada para las ruedas de prensa, había más micrófonos en la mesa donde estaban sentados Karla, Álex y Ferrer. La misma situación, pero con más cobertura mediática. Periodistas

extranjeros y nacionales, que no habían conseguido un lugar en la sala, ni siquiera de pie, habían dejado un micro, una grabadora o un móvil en la mesa para grabar la rueda de prensa.

Álex tocó el micro y el pitido se escuchó por toda la estancia.

Carraspeó y comenzó.

—*Bon dia*. En nombre de los Mossos d'Esquadra, quiero informarles de que la investigación conocida como caso del Asesino de los Relojes, vinculada a los homicidios ocurridos en los últimos cambios de hora, ha concluido con la identificación del autor. Mientras un operativo estaba intentando arrestarlo, el presunto asesino se quitó la vida. Tras años de trabajo conjunto entre las unidades de homicidios, policía científica y analistas de perfil criminal, hemos conseguido detener al responsable de estas muertes. Su nombre era Salvador Breda Serra. La operación se ha desarrollado durante la madrugada de este domingo, coincidiendo con el cambio horario de otoño, momento en el que el sospechoso acababa de matar a su última víctima, Núria Casamitjana Serra, psicóloga infantil y especialista en trastornos del sueño relacionados con cambios de horario.

»Quiero dejar claro que Barcelona está a salvo. La amenaza ha sido neutralizada y no existe riesgo alguno para la ciudadanía. No podemos olvidar, sin embargo, que hay cuatro víctimas mortales y familias destrozadas. A ellas dirigimos todo nuestro respeto y acompañamiento. Nadie devolverá lo perdido, pero hoy podemos asegurar que no habrá más muertes en manos de este asesino en serie. Nuestra obligación es ser transparentes: este caso ha exigido un esfuerzo extraordinario y muchas horas de trabajo. Quiero

agradecer a los equipos de investigación, a los compañeros que han analizado pruebas contrarreloj y también a la ciudadanía que colaboró en el día de ayer, reduciendo los movimientos y quedándose a salvo en su casa.

»A partir de ahora, la causa seguirá su curso judicial. Lo relevante es que el peligro ha terminado. Los vecinos y vecinas de Barcelona pueden retomar sus vidas con tranquilidad. *Moltes gràcies*.

Álex acabó y se levantó a la vez que una avalancha de preguntas de periodistas lo asaltaban.

Hizo caso omiso de tanta curiosidad morbosa y se fue escoltado por Karla y Ferrer. El domingo, a pesar de que acababa de comenzar para todos, para él se terminaba.

Se fueron a descansar. Karla y Álex se tumbaron en la cama para intentar dormir en su casa de Collserola.

Álex, antes de cerrar los ojos, miró el viejo despertador en la mesita de noche. Miró el número dos, la hora del cambio de hora y de la muerte de Ferrán Tahull, que había desbocado la furia homicida de Salvador. En eso tenía razón Salvador, ya no volvería a mirar igual un reloj desde ese día.

Cerró los ojos pensando en el asesino y los errores que había cometido y prometiendo que en las próximas investigaciones no los repetiría más. Nunca más.

64

Ana vio en directo, desde el sofá de su casa, la rueda de prensa de su hermano.

La del viernes también la vio en directo, pero esa vez desde su despacho de la central de los Mossos de Sabadell.

Tanto la primera como la segunda la dejaron sin palabras. Ver a su hermano en la televisión, que odiaba las cámaras, hacerse fotos y ser el centro de atención ya desde pequeño, fue un choque.

Debió llegar al límite para enfrentarse a su miedo escénico y hablar a la ciudad. Pero supuso que los sucesos de los últimos días lo llevaron a hacerlo sin dilación.

Cuando se presentó en su despacho con esas pruebas, nunca se habría imaginado hasta dónde se había empujado ese caso. Pero allí estaba, tranquilizando a la ciudad después de haberla defendido.

El domingo seguía oscuro, con las nubes que cubrían el cielo y siempre con el temor de desplegar tormentas.

Su hijo se había puesto a jugar con unos Lego y el pequeño dormía plácidamente.

Pidió a Javier, que estaba leyendo el periódico en la *tablet* sentado en una butaca, que se ocupara de los niños, que ella se iba

un rato al despacho.

Subió las escaleras internas y entró en su mundo. Le encantaban las vistas del mar oscuro los días de tormenta, que se perdía en el horizonte casándose con el cielo.

Se sentó en su cómodo sillón. Se quedó un buen rato mirando la carpeta que le había entregado Álex el día que se vieron. Una etiqueta en la portada indicaba que dentro estaban los documentos del Asesino de los Relojes. Razonó sobre lo que había pasado en la ciudad y lo que había sucedido para que ese hombre sacara su parte más primitiva y se convirtiera en un asesino.

Sacó el móvil de un cajón.

Buscó el número de Patrick Cletman y dudó un segundo más si apretar el botón para llamar.

Se colocó unas auriculares inalámbricas con la mano y se lo volvió a pensar.

Finalmente, suspiró y marcó.

Arrancó la llamada y al segundo tono le contestó.

—Pensaba que la famosa y ocupadísima Ana Cortés no trabajaría en domingo —dijo el hombre con un fuerte acento escandinavo.

Ella se rio.

—Pensaba que no me contestarías.

—¿Cómo no podría contestar a mi gallina de los huevos de oro? —preguntó, sarcástico, mientras se escuchaba que se estaba alejando de algún lugar lleno de ruido—. Me imagino para qué me llamas. Tengo una corazonada.

—¿Sí? —preguntó mientras tocaba la etiqueta de la carpeta con la mano y miraba al horizonte—. ¿Dónde estás?

—Eso da igual. ¿Por qué me llamas?

—Ya lo sabes, has tenido una corazonada.

—Me gusta que me digas las cosas…

Ella se rio de nuevo.

—Pensaba que, como hombre al corriente de la actualidad, como mi editor y después de tantos libros publicados, pensaba que te podría interesar escribir un libro más juntos.

—Tengo que confesarte, Ana, que después de mi yoga matutino y mi meditación, siempre visualizo otro libro contigo.

—Tengo en mente un libro sobre el Asesino de los Relojes, así lo llamaron los *mossos* y la prensa.

—Ajá.

—Creo que es un tema interesante cómo afecta el cambio de hora legal a la solar y viceversa, puede ser interesante. Como el meridiano de Greenwich, el que pasa por Londres y a partir de él se determinan todas las horas del globo, con más dos o más seis o más doce. En España, con base en esa línea imaginaria, se determina el cambio de hora, una hora más o una hora menos de Londres. Este hombre mató porque su amor quedó desatendido en esa franja imaginaria y que no existe. Si lo piensas…

Al otro lado, se escuchaban menos ruidos, pero el editor de Ana se había quedado callado.

—Patrick, ¿estás ahí?

—Sí, Ana, pero lo que tú digas estará perfecto para mí. No te preocupes, los detalles y los contenidos que hagas, a mí me parecerán bien. La gente ya te lee solo porque eres tú y sabe que

eres muy buena. Como si te inventaras un *thriller* psicológico, tus lectores fieles te leerían.

Ella se quedó algo desencantada, le hubiera gustado otra respuesta.

—Ana, escribas lo que escribas, yo te lo publicaré. ¿Está claro?

—Sí, entendido. Gracias. Referente a las condiciones, ¿son las de siempre?

—Las de siempre —dijo, y se escuchó una voz que lo llamaba—. Tengo que dejarte, Ana. Gracias por la llamada y por las noticias fantásticas.

—Gracias a ti —respondió ella.

—Por cierto, Ana, última pregunta. Por casualidad, ¿ya tienes en mente cómo se va a llamar el libro?

Ana lo dudó. No lo había aún pensado.

Pasó las yemas por la etiqueta de la carpeta de nuevo, por encima los surcos de las letras y, como si no fuera una idea suya, sino llegada de otro lugar, lo pronunció.

—¿Qué te parece este? —dijo Ana, y esperó unos instantes antes de comunicarlo para crear una pizca de suspense—. El síndrome Greenwich.

65

Unas semanas después.

No era necesario decir que Alba Guevara, alias la Dama de la Muerte, sentía debilidad por los restaurantes italianos.

O, mejor dicho, que Alba sentía debilidad por los italianos y por sus pizzas. Daba igual si eran jóvenes o maduros, rubios o morenos, musculosos o intelectuales, abogados o camareros. Todos le iban bien para tirar la caña.

Como bien sabían Karla y Ana, el restaurante donde irían a hacer la cena de chicas de ese mes no podía ser otro que un italiano.

Quedaron a las ocho y media. Cenar y a casa, que al día siguiente se trabajaba.

Karla pasó a buscar a Ana a su ático de la zona del Barceloneta y fueron directas. Aparcaron cerca y se presentaron con un par de minutos de retraso. Alba ya estaba sentada con un Spritz que ya llevaba por la mitad. Había elegido un restaurante italiano de la calle Roselló, número 180, Ristorante Gusto.

No hubo necesidad de buscar la mesa, ya que siguieron las risas escandalosas que emitía la compañera. Estaba sentada con un

hombre de pelo gris y largo hasta el hombro. Cuando este se dio cuenta de que las mujeres habían llegado, se levantó.

—*Per favore*… —dijo el hombre en italiano mientras apartaba la silla para que se sentaran.

Karla hizo caso omiso del hombre que tenía la piel tostada como si su madre se lo hubiera olvidado media hora más en el horno cuando era pequeño. Camisa negra abierta un botón de más y parecía llevar el frasco entero de una colonia que solo podía ser Giorgio Armani o Dolce e Gabbana.

Alba dio dos besos a Karla y luego se los dio a Karla.

—*Ciao*, Carlo —dijo Alba, intentando imitar el acento italiano mientras le guiñaba un ojo.

El hombre se alejó y entró en la barra del restaurante.

—¿Quién es? —preguntó Karla con cara de asco.

—Es el dueño del chiringuito. ¿A que es elegante, fascinante y sensual?

Karla lo volvió a mirar.

—Me parece tan… macho, seguro que ese hombre tiene que ser tan mujeriego que tiene que haber escapado de Italia perseguido por una horda de maridos enfurecidos —dijo Ana Cortés con retintín.

—Me parece de lo más chulo y vomitivo que se pueda echar una a la cara —replicó Karla siempre con una expresión de asco.

—A que sí… —dijo Alba, haciendo ojitos a Carlo y sin haber escuchado ni una palabra de lo que le habían dicho.

Las tres pidieron un Spritz cada una. Alba terminó el primero que había pedido de un sorbo, como se hace con los chupitos, y devolvió al camarero la copa vacía a cambio de la llena.

—¿Para quién es la cuarta silla? —preguntó Ana.

Alba dejó de beber y la miró sorprendida.

—Uy, no te lo dije, he invitado a la nueva, la chica del grupo de investigación de Álex y Karla. Júlia Miró —dijo Alba.

Karla puso los ojos en blanco.

—No pongas esa cara, la chica vale, solo hay que darle tiempo.

—La verdad es que, si llego a saberlo, no vengo —respondió Karla.

—Tía…, no digas eso. Es buena gente, ¿no crees? —preguntó Alba.

—La chica promete, pienso lo mismo, si no fuera tan tímida, podrías conocerla más y te gustaría —aseguró Ana.

Mientras las tres mujeres hablaban de la chica, esta entró por la puerta de la pizzería.

Se acercó tímidamente después de que un camarero le indicara la mesa. Las tres se levantaron para saludarla; Karla la última. Su «hola» fue el más frío y distante de todos.

—Siéntate, por favor —dijo Alba, y levantó una mano para el camarero—. Otro para mi amiga, por favor.

Júlia se dio cuenta del pedido.

—Oh, no, yo no bebo, soy abstemia —respondió con suavidad.

—Y una porra, aquí se bebe por lo menos un Spritz cada una y una copa de Lambrusco cada una o no eres de las nuestras.

Júlia evitó replicar, atemorizada por la seguridad de la forense.

Tragó saliva y levantó unas bolsas.

—Os he traído unos detalles. Siento llegar tarde, pero cada día hay más gente en la tienda de Eco Lúmen —dijo, y acercó a cada

una de las tres mujeres una bolsita.

Esta llevaba el logo de la marca. Júlia explicó que era un círculo minimalista que simbolizaba la luz dividido en dos mitades. La mitad superior era clara, que representaba la pureza. La mitad inferior más oscura representaba lo oculto, lo turbio, lo sucio.

—Wow, ¿te has vuelto loca? —preguntó Alba.

—¿Qué es? —preguntó Ana.

—¿Qué es? ¿En serio, Cortés? ¿Es que dónde vives encerrada en tu torre de marfil escribiendo no hay redes sociales? —se jactó Alba, presumiendo de que sabía lo que estaba en sus manos—. Esto es oro para la piel. Es el jabón y la tienda de cosméticos que están haciendo estragos en Barcelona. ¿Cómo puedes no saberlo?

—Bueno, es un jabón pequeño, mi sueldo no da para mucho, pero es un detalle de agradecimiento por invitarme y haberme hecho entrar en vuestro círculo de cenas de chicas —afirmó Júlia.

—¿Detalle? Este jabón vale una fortuna —dijo Alba, ya desenvolviendo varias capas de papeles de seda—. Y no solo eso, sino que primero tienes que hacer una cola kilométrica de personas que quieren comprar estos manjares de belleza. Y, por último, llegar y que no se hayan acabado.

Karla también miró en su bolsa y no pudo controlar la curiosidad. Descartó el jabón y olió el perfume que le había tocado: lavanda. Miró a Júlia y pensó que cómo había adivinado esa chica el jabón que le gustaba.

De repente, no supo cómo, pero entre risas, regalos, copas de vinos y pizzas, Karla dejó de lado la rivalidad con Júlia y los celos por investigar con Álex.

Pasaron una velada de risas, flirteo de Alba con el guapo italiano y de buena comida en ese restaurante.

Se fueron a las doce pasadas. Las cuatro mujeres estaban más que alegres y algunas con demasiado alcohol en sangre. Pero no cometieron el error de comer tiramisú y así no tuvieron que dar un paseo para digerir. La última vez que lo hicieron, se encontraron una piscina llena de cadáveres.

Se despidieron y cada una se fue a su casa.

Karla sacó el coche del *parking* subterráneo y acompañó a Ana a su casa. Justo después de que la hermana de Álex cerrara la puerta del coche de Karla y antes de arrancar para regresar a casa, recibió un mensaje. A esa hora solo podían ser o Álex o sus padres.

No fue nadie de los dos.

Desbloqueó la pantalla y resultó ser Alan.

El mensaje era corto, directo, pero cargado de esperanza.

«Lo he encontrado».

66

Tres días después.

Era un pueblo perdido de la campiña francesa.

Entre Perpiñán y Narbona.

Un pueblecito de casas de piedra y pocos vecinos. Una panadería, una charcutería y una tienda con todo tipo de objetos. La ganadería y la agricultura eran el único sustento de los pocos habitantes que quedaban.

Aparcó el Seat Altea en la plaza del pueblo, justo delante de la iglesia, demasiado grande para la población que tenía.

Buscó la dirección que le había indicado Alan. En el número 5 de la calle, había una puerta de madera verde con un letrero que decía «Veterinario».

Aún dominaba el francés, no como cuando lo practicaba a diario en Figueres con los turistas, pero algo recordaba.

La secretaria le preguntó en qué podía ayudarla. Karla le dijo que quería ver al veterinario, necesitaba hacerle unas preguntas.

La invitó a esperar, que enseguida la atendería. Karla se sentó justo al lado de la puerta.

Esperó muy poco, lo suficiente para ver que la guapa secretaria hacía muy poco allí y eso le llamó la atención, que un veterinario de una consulta rural la necesitara.

Se abrió la puerta de la consulta y salió una señora, luego, una chica con una jaula con un gatito dentro.

La secretaria le indicó que podía pasar.

Karla pasó y cerró la puerta detrás.

El veterinario estaba detrás de la pantalla del ordenador. Dijo que esperara un segundo. Le dio tiempo a Karla de quitarse la gorra y las gafas.

Se desmelenó y el hombre levantó la mirada.

Cuando el hombre la enfocó con sus gafas, empujó la silla hacia atrás mientras soltaba un grito no del todo ahogado.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo Karla.

El hombre no contestó. Se giró de lado, como si estuviera preparado para recibir el derechazo de un boxeador.

—Tú, ¿tú? ¡Tú! —respondió él—. ¿Cómo me has encontrado?

Karla se acercó hasta la mesa que los separaba.

—Eres un maldito hijo de puta, Vicente. Eres un mezquino, escurridizo y malvado hijo de perra. He tenido que revolver la maldita Tierra para encontrarte, pedazo de gusano —espetó con rabia contenida por años—. Te has venido a esconder en esta pocilga de lugar para escapar de la verdad, del pasado —dijo con los dedos golpeando la mesa.

Se quedó callada, viendo lo que iba a hacer, disfrutando del momento.

Vicente suspiró y con la mirada llena de veneno se levantó.

—¿Qué quieres, Karla?

Karla pensó que ahora reconocía a ese malnacido.

Ella sacó de su anorak un fajo de folios grapados y se los lanzó al centro del escritorio, encima del teclado.

—Quiero que lo firmes.

—¿Qué es?

Karla pensó que lo sabía de sobra, pero Vicente siempre había sido así, mezquino y retorcido.

—Nuestro divorcio. Quiero que me sueltes de tu maldito cordón umbilical, que aún persiste desde entonces.

—No quiero.

—Tienes que hacerlo, por ti, por mí y por… ya sabes —dijo ella, disminuyendo el tono de voz.

A Vicente se le iluminaron los ojos.

—Dilo, di el nombre de ella. Venga. Dilo. Después de tantos años, sé valiente por una vez.

—Éramos jóvenes, Vicente. Fue todo muy rápido. Cuando se es tan joven, todos cometemos errores.

—¿Hablas de Valentina?

Karla aguantó un sollozo.

—Los ángeles nunca son un error.

—¿Ni cuando la madre es defectuosa y los pare muertos?

Esa frase la atravesó como una flecha de fuego.

No respondió.

Valentina había nacido muerta. Después de un embarazo con muchos problemas, al final, no pudieron salvarla por una enfermedad congénita. Ella cayó en un agujero negro y lo dejó.

Entonces él escapó de ella, del pasado, del recuerdo de Valentina.

—Éramos jóvenes, Vicente. No puedes bloquear mi vida. Podría conseguir que un juez los firmara, pero los quiero ya, no quiero esperar más. Quiero que tú tengas tu vida y yo, mi vida. Quiero quedar bien contigo, después de todo lo que pasó, no quiero que la última vez que nos vemos sea otro recuerdo envenenado —dijo, y señaló los papeles—. Por favor, fírmalos.

Vicente se acercó.

Los cogió.

—Me arruinaste la vida —espetó con soberbia y prepotencia.

—Éramos jóvenes. No podemos recriminarnos nada. Las cosas fueron así, ojalá Valentina hubiera vivido y tú y yo… En fin.

Vicente los apoyó de nuevo sobre la mesa y cogió un bolígrafo.

Fue a firmar la primera hoja y Karla sintió la brisa de la libertad soplarle en la cara.

Pero Vicente se detuvo.

—Si lo quieres tan rápido, es porque hay otro hombre —dijo como una reprimenda—. Así que tendrás que decidir tú. Te doy dos opciones…

Karla se sintió hundida otra vez en el mismo abismo del que venía. Verlo era un suplicio, había necesitado afrontar esa sensación muchas veces en su mente. Prepararse y pensar en todas las posibilidades posibles. Conocía a Vicente, tal y como había empezado, no sonaba bien para nada.

—La primera opción es que esperes los años que el juez dictamine la nulidad de nuestro matrimonio…

Karla bufó.

—¿Y la segunda?

Vicente dejó de nuevo en el teclado los papeles del divorcio y se reclinó en el asiento de la silla.

—O me concedes una última vez probar tu cuerpo. Una última follada, una última vez para probar tu fruto prohibido ya de otro hombre. Una última vez y serás libre —dijo con un movimiento rápido de cejas—. ¿Qué me dices, Karla? ¿Cuál es tu respuesta?

¿Te ha gustado?

Descubre "El Tiburón de Barcelona", la siguiente entrega del inspector Álex Cortés.

IR AL LIBRO

Una serie de muertes misteriosas se propaga por la ciudad.
Un criminal con trajes de Hugo Boss y afilada avaricia.
Un propósito y una identidad oculta.
Un tiburón financiero suelto por Barcelona.

Napoleón Deulofeu se enfrentará a un giro definitivo de su suicida y maquiavélico plan, que lo llevará hasta límites que nunca se había imaginado.

Después de haber arruinado a miles de familias, entre los cuales se cuentan los padres de Álex, se enfrentará a un final tan inesperado como injusto.

¿Recibirá su merecido?
¿Podrá Álex desenmascararlo y encarcelarlo de una vez por todas?

Todas las respuestas están en la próxima novela de Álex Cortés, El Tiburón de Barcelona.

IR AL LIBRO

LLEGA NÉSTOR

Antes de El Hedor de la Verdad, hubo una historia.

Una historia donde la lucha por el bien y el mal arrancó y dejó un legado.
Donde surgió ese surco en el interior de Néstor que lo llevó por la senda de los asesinos en serie.
No fue una historia banal, sino algo que desestabilizó los cánones de la cordura y dejó un legado escrito en los informes de la policía.
Esta novela sucede cuando Néstor aún no era el Néstor que hoy conocemos.
Una novela imprescindible, porque para entender el presente hay que conocer el pasado. Un pasado oscuro, de violencia y con una relación que marcó su carácter: una mujer que creó un cisma en su interior y contribuyó a crear al Néstor de hoy en día.

Néstor: El origen del asesino **te espera en mayo 2026 cargada de misterio y un oscuro pasado.**

Puedes reservarla siguiendo el enlace aquí abajo.

ENLACE A AMAZON

NUEVA SERIE

Querido lector,
En 2026 mi nueva serie verá la luz.
La historia se divide en 10 libros.
A mediados de marzo, exactamente el 19 de marzo, verá la luz la primera.
No te puedo adelantar muchos detalles todavía.
No te puedo explicar por qué está dividida en 10 novelas.
No te puedo explicar quiénes son los protagonistas.
No te puedo decir cuál es el tema principal.
No te puedo adelantar dónde está ambientada.

Solo te puedo decir dos cosas:
La primera es el título de la primera novela: *No matarás.*

La segunda, que el tema central es controvertido y polémico, y aparecerán tantos detractores como defensores.

Lo que sí te puedo confirmar es que son thrillers policíacos.

Tan solo puedo darte estas cuatro pinceladas. **Hoy la puedes reservar por tan solo 0,99€.** Cuando se ponga en venta, subirá a

4,99€.

Si has disfrutado con Álex Cortés, Fosco o Gildo, te invito a que, a pesar de no tener mucha información por ahora, le des una oportunidad a esta nueva serie. Si estás en mi lista de correo, recibirás más actualizaciones sobre este nuevo proyecto literario. Si no lo estás, te invito a entrar en este enlace.

Nada más, solo darte las gracias por haber llegado hasta aquí.
Riccardo.

ENLACE A AMAZON

MIS OTRAS NOVELAS

El thriller psicológico más adictivo de Riccardo Braccaioli

Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

"**Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.”**

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.
El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.
Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.
Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.

ENLACE AL LIBRO



Serie El Forense

RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.

Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.

El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey

Serie Gildo Falcone

RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas. Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica. Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.

Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado

por la sorprendente Rita De Angelis**,** resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

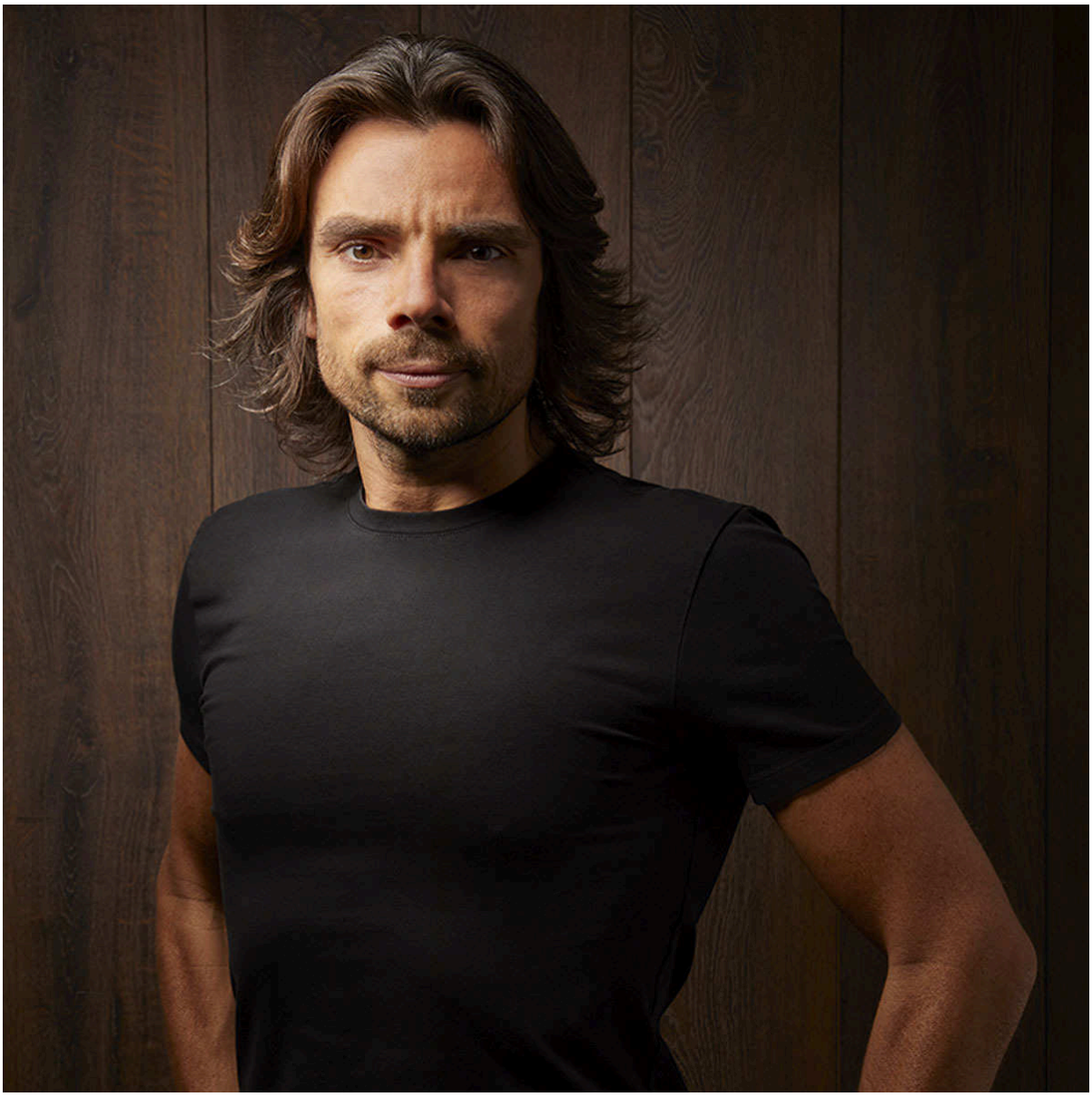
Festival de Muerte

Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector,

me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

Y por último, me encantaría que, si no estás en mi lista de lectores y no recibes mis correos de los jueves a las 15:30, te pudieras apuntar. De esta forma, estarás al corriente de todas mis novedades editoriales y muchas más cosas. Solo tienes que entrar en este enlace y dejar tu correo.

ENLACE A MI NEWSLETTER

También puedes acceder a mi newsletter escaneando con la cámara del móvil este código:

"⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly"

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

El Secreto del Pantano

Vivo Porque Mato

A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense

El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey

BIBLIOGRAFÍA

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA.
4. UN FUNERAL EN ROMA
5. TOSTADERO DEL DIABLO
6. MUERTE A LA NAPOLITANA

+ CONSPIRACIÓN EN ROMA
(CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

RICCARDO BRUSCIOLI

kindle unlimited amazon



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:



Leer muestra | ▶ Muestra

Sigue al autor



Riccardo Braccaioli — Seguir

Barcelona es una ciudad hermética y que esconde facetas inimagin

Una novela negra policiaca que gira en torno a la obsesión por el pro
y la soledad de una gran metrópolis.

El asesino empujará hasta el extremo el inspector que maldecirá h

Leer más

Libro 1 de 13	Longitud de impresión	Idioma
Inspector Álex Cortés Novela negra policíac...	**396 páginas**	**Español**

Ver todos los detalles

Informar de un problema con este producto